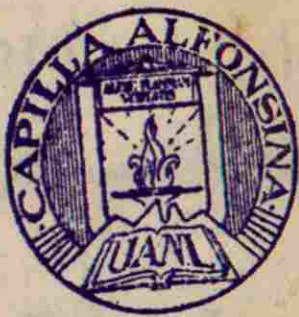
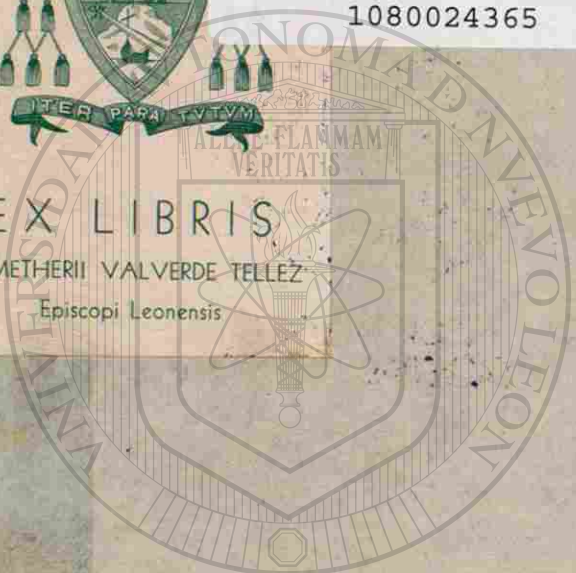


DA
CIÓ



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Num. G.	N
Num. Autor	2259
Num. Adg.	2844
Procedencia	6-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catalogó	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITAN ROSSI.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

D. Niceto de Zamacois

TOMO II.
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Segunda edicion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VALVERDE Y TELLEZ
MEXICO.
IMP. LITRERARIA, 2.º DE STO. DOMINGO N. 10.

1864.

2844

PQ7297

.23

C3

v.2

1869



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

...del bosque...
 ...medio del campo...
 ...se veía...
 ...había...
 ...había...
 ...había...
 ...había...

CAPITULO I.

Esperar la muerte.

Miguel, al caer, había exclamado "¡soy muerto!" y esta exclamacion obligó á su contrario á alejarse de allí inmediatamente, y á tomar las disposiciones de viaje que hemos visto para ponerse lejos del alcance de la justicia.

Pero Miguel solamente cayó herido; la espada de Fernando había penetrado en su pecho, pero no había interesado ninguna parte noble.

Sin embargo, la herida era profunda, y sin nadie que atajara la sangre que de ella salia en abundancia, preciso era que la

002844

muerte se apoderara de aquel cuerpo tendido en medio del campo.

Ni una casa, ni una chosa, se veía próxima al punto en que fué el duelo.

Miguel miraba con ojos moribundos hacia todas partes, y solo encontraba tinieblas, soledad, sombras impalpables, y un cielo encapotado por negras nubes que interceptaba la luz de las estrellas, como el velo de la muerte la vista del moribundo.

De pronto la luz de un relámpago, acompañado de un espantoso trueno que fué á perderse poco á poco en la inmensidad con ruido sordo, como la rotacion de un carruaje sobre un hueco pavimento de madera, dió paso á algunas gruesas gotas de agua que cayeron sobre la faz del herido.

Miguel, que habia caído de espaldas, trató de volverse á un lado para ocultar la cara y evitar el desagradable golpe del agua que le daba en el rostro; pero no tuvo ya fuerzas para cambiar de postura, y tuvo que sufrir el continuo goteo que se desprendía de las nubes y mojaba su semblante. Entonces conoció lo poco, lo nada que vale el

hombre. El, tan robusto, tan activo, tan fuerte, tan lleno de vigor y de vida hacia un instante, ahora no puede ni aun mover un brazo para cubrirse con la mano la faz y defenderse del agua. Este pensamiento le dió nuevo valor, y creyendo aún que todo cede á la fuerza de una voluntad firme, trató de hacer el último esfuerzo para colocarse bien y morir menos penosamente: pero la parte material no correspondió á la espiritual, y cuando la voluntad luchaba enérgica para moverse de aquel sitio, sus miembros permanecían flojos, helados como el mármol frío de una estatua á causa de la mucha sangre que habia perdido.

—¡Esperemos la muerte!....

Dijo con la mente mas bien que con los labios, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos; y se puso á esperar con resignacion el último instante de su vida.

¡Cuántos pensamientos se agolparon en tropel á su imaginacion en aquel momento solemne, en que el alma se despide de todos los objetos de la tierra!

Allí recordaba los instantes de inmensa

felicidad que Luisa le hiciera concebir, antes que deberes sagrados los separaran: allí la contemplaba jurándole amor, humedecidos sus bellos ojos en dulces lágrimas brotadas por la intensa pasión de una alma que solo vive de amor.... Creía escuchar su melodiosa y dulce voz, contemplar su angelica sonrisa que reflejaba todo el cariño de un corazón virgen, y aspirar su balsámico aliento, aliento embriagador, mas puro que el aroma de las flores que, filtrándose por todos sus miembros, vertía en ellos una languidez dulce, angelical, inexplicable, que le trasportaba á otro mundo, á otras regiones en que presentia una existencia sin término y una felicidad sin guarismo.

A estas ideas sucedieron, de repente, otras menos gratas, menos fantásticas, menos deslumbrantes. Recordó el sitio en que se hallaba; miró que estaba tendido en un lago de sangre; lejos de su cariñosa prima y de sus ancianos padres; olvidado de todo el mundo; espirando en medio del campo y de la soledad, en tanto que Luisa, rodeada de admiradores, entregada á los goces de

la sociedad, bailaba al son de estrepitosa música, sin pensar siquiera ni un solo instante en él.... ¡en él que la quería tanto!.... ¡en él que perdía la vida por su amor!.... ¡en él que la consagraba el último pensamiento!....

Miguel conoció todo el daño que le causaba la memoria de los objetos que tanto había amado, y para no ocuparse en ellos, dirigió su pensamiento á otro mundo mas grande, libre de la corrupción, de las miserias, del orgullo y de la falsedad que en el nuestro imperan.

— ¡Dentro de un momento, pensé, voy á comparecer ante la presencia de Dios!

Y este terrible pensamiento le hizo temblar por la vez primera en su vida.

Leyó en el fondo de su conciencia algunas páginas de su existencia, manchadas con las debilidades humanas, y pidió perdón de ellas al Ser misericordioso, que siempre está dispuesto á perdonar.

La idea de la eternidad se le presentó inmensa, grande, imponente y sublime. Midió lo fugaz de la vida de que iba á salir, con

lo largo de aquella en que iba á entrar dentro de breves instantes, y le pareció aun menor que un gusano de arena comparado con la extension del ancho mundo. En esos instantes en que el alma va á emprender un largo viaje, del que no volverá jamas, es cuando filosofa el hombre. Cuanto mas se acerca á él, mas conoce las miserias de la vida, y mas se prepara para emprenderlo. Por eso, cuando llega á la vejez, trata de expiar las faltas de su juventud, y hasta nos parece intolerante con la nueva generacion, á la cual acusa de irreligiosa y corrompida. Miguel echó una mirada al pasado, y vió que el hombre, en el curso rápido que emprende desde la cuna al sepulcro, no deja rastro alguno de su existencia; que apenas muere, el olvido cubre su memoria sin dejar recuerdo en su transito, como un bajel cruza el Océano sin que deje huella ninguna de su paso en las espumosas ondas que vuelven á juntarse en el mismo instante que se aleja.

—¡Y por un mundo que alvida—continuó pensando:—por un mundo que el pri-

mer dia nos dedica una lágrima, el segundo un tibio recuerdo, y que el tercero nos olvida; por un mundo donde el cariño halla por recompensa la ingratitud; la amistad amargos desengaños, y los generosos sacrificios indiferencia y falsedad, nos desengañamos de nosotros mismos; de ese Dios todo amor, todo bondad, que nos espera como recto Juez para premiarnos ó castigarnos por toda una eternidad!... ¿Cuál es el lugar que le espera á mi ánima que lucha ya por separarse del cuerpo en que está aprisionada?....

Y su alma se replegó en sí misma, y recogió sus últimos espíritus para entregarse toda entera al Sér Supremo, único que puede favorecer al hombre en el último trance de la vida.

De repente sintió que una venda le ponian en los ojos: miró entre el espacio que dejaban las nubes al separarse, el imperceptible brillo de los astros que volvian á ocultarse, como los fuegos fátuos que exhala la tierra y que desaparecen en el fondo oscuro de las nocturnas sombras; poco des-

pues vió extenderse, encima de su cabeza un velo oscuro, como el paño mortuario que cubre el ataúd, hasta que por último quedó en completa oscuridad.

—¡Ya nada veo!

Dijo interiormente; y poco á poco fué quedando sin movimiento y sin sensibilidad.

En medio de aquella espantosa soledad, y por entre los árboles que adornan el paseo de Bucareli, se dejaron ver en aquel instante dos hombres envueltos en ordinarias frazadas, cubiertos la cabeza con anchos sombreros de petate, y á quienes la oscuridad prestaba mayores formas de las que en realidad tenían.

Las gotas de agua que poco antes habían empezado á caer, se convirtieron en menuda y espesa lluvia, iluminada, con frecuencia, por los relámpagos que precedían al espantoso trueno.

—Ya solo nos falta por registrar el cielo y el infierno.

Dijo uno de aquellos hombres, santiguándose con respetuosa devoción al herir sus ojos la luz de la explosión eléctrica.

—Sí;—contestó el otro—porque el mundo no tiene ya rincón que no háyamos visto. Dos noches hace que le buscamos, y todas nuestras diligencias han sido inútiles.

—¡Calla!... ¡No has visto allí abajo un bulto como el de un hombre tendido!

—¿Dónde?

—Mira.

Dos relámpagos que brillaban casi á la vez, iluminaron por un momento el sitio hácia el cual señalaba con el dedo.

—Cierto; allí hay un hombre en el suelo.

—¿Si será D. Carlos?

—Corramos á ver.

Los dos hombres, cuyo ordinario traje daba á conocer que pertenecían á la clase mas humilde del pueblo, se dirijieron hácia el sitio en que se encontraba Miguel; inclináronse para reconocer sus facciones; y un nuevo relámpago, mas prolongado que los anteriores, les hizo ver que no era la persona que buscaban.

—¿Está muerto?

—No; está herido: todavía respira aunque débilmente.

- Y es de buena familia según el traje.
 —¿Y qué hacemos ahora con él?
 —¿Cómo qué?... llevarle á casa de nuestra señorita, para auxiliarlo en lo que se pueda.
 —Tienes razón.
 —Extiende tu frazada en el suelo, y coloquémole en ella para que vaya mejor.
 —Ya está.
 —Ahora cógele de los hombros, y ayúdame á ponerle bien.
 —Cómo pesa.
 —Y su ropa está empapada en sangre y agua.
 —Temo que espire antes de llegar á casa.
 —Pues no perdamos tiempo.

Y los dos, después de colocar al herido perfectamente, cogieron la frazada de los extremos, y echaron á andar hácia la Ribera de San Cosme, descansando de vez en cuando en los asientos de piedra que hay á lo largo del paseo.

Al llegar al Puente de Alvarado, el ruido de sus pasos y de las palabras que se dirigian, atrajo la atención de otro hombre que

llamaba á la puerta de una casa situada en la esquina de la plazuela de San Fernando sin que nadie le respondiera.

Aquel hombre era Enrique, el cual no habiendo encontrado á Rossi en el café, volvió al salón del baile: allí, al preguntar á su hermana por Miguel, supo que habia salido con Fernando; y como creyó que el encuentro de los dos no podia dar otro resultado que un desafío á muerte, volvió á salir á la calle con intento de evitarlo. Sin embargo, no habiendo logrado encontrarles en ninguna parte, y viendo que el baile habia terminado, se encaminó á casa de su cuñado para exigir de él la verdad de lo que habia pasado; pero ¿cuál fué su sorpresa cuando se encontró con que nadie habia dentro de ella!

—Sin duda le ha matado y ha huido.

Pensó interiormente, y se quedó con los brazos cruzados.

En aquel momento hirió su oído el ruido de los pasos y las palabras de los que conducian al herido.

Enrique, por uno de esos presentimien-

tos incomprensibles del corazón, creyó que el hombre que llevaban era Miguel; impulsado de esta idea, cruzó de una acera á la otra; fijó los ojos en el cuerpo tendido en la frazada: dió un grito espantoso, y preguntó con voz terrible y amenazadora:

—¿Quién ha matado á este hombre?

—Lo ignoramos—contestó uno de los que le conducían—le hemos encontrado en el paseo de Bucareli, y hemos querido traerle para que en casa de una familia muy buena le socorran.

—¿Es decir que no va muerto?

—No señor; está herido solamente; pero ha perdido tanta sangre, que no habla ni vé.

—¿Y está lejos la casa de esa familia que decís?

—En la Plazuela de Buenavista.

—Ya estamos cerca, no nos detengamos.

—Ahora menos que nunca.

Y los que conducían á Miguel apresuraron el paso; poco despues se detuvieron enfrente de la puerta de una casita cercada de árboles, y llamaron á ella.

—¿Quién es?

Preguntó desde adentro una voz dulce de mujer.

—Nosotros, señorita Pilar.

Al instante se abrió la puerta, y se presentó con una luz en la mano, la hermosa hija de D. Andrés. Cuando vió entrar á sus criados conduciendo un hombre herido, se abalanzó á ellos llena de afán y de dolor exclamando.

—¿Es mi hermano Carlos?

—No señorita. Es un hombre desconocido para nosotros: un amigo de este señor, á quien hemos encontrado tendido en el paseo de Bucareli.

—¡Infeliz!—exclamó Pilar enternecida—colocadle al punto en la cama de mi hermano, y corred uno al instante por un médico.

—¿Cuánto tengo que agradecer esa bondad; señorita.

Dijo Enrique, mientras los criados se encaminaban, acompañados de la joven, y seguidos de él, al cuarto destinado al herido.

—No hago mas que cumplir con un deber que nos impone la humanidad. ¿Tal vez

pagamos así los favores que otra familia prodiga á mi querido hermano, cuyo paradero ignoramos!

—Voy por el médico—dijo uno de los criados en cuanto colocaron al herido en la cama—por fortuna vive á un paso de aquí.

Y marchó sin detenerse, á la vez que D. Andrés, atraído por el ruido, salió de su alcoba y se presentó lleno de agitacion en la pieza.

—¿Es Carlos?

Preguntó con ansiedad y pálido como la muerte, al ver ocupado el lecho de su hijo.

—No, papá; es un amigo del señor que han encontrado herido en el Paseo.

—¡Ah!... tal vez á mi Carlos le habrán asesinado!....

Exclamó el anciano, derramando un torrente de lágrimas:—¡Hijo de mi corazón!

Y D. Andrés se dejó caer abatido en una silla: su hija corrió á su lado para socorrerle.

—Por lo poco que he oído—dijo Enri-

que—está vd. inquieto por la desaparición repentina de su hijo.

—¡Ah!... sí señor; de un hijo que era mi amor, mi esperanza, y que despues de mi muerte debia ser el sostén de su desgraciada hermana.

—Pero ¿no sospecha vd?....

—Nada. Habia dado en salir todas las noches al toque de ánimas, y de volver á la una; pero ignoro á dónde iba, y hace dos noches que no vuelve á mi lado.

Enrique vislumbró un rayo de luz. Sale al toque de ánimas, dijo para sí, y vuelve á la una. ¿No era aquella la misma hora en que salia y volvia Fernando?.... Además, hacia dos noches que habia desaparecido, de la lista de los vivientes, un jóven en la logia de San Juan de York.

Este recuerdo heló la sangre de Enrique, quien temiendo que se realizaran las sospechas que le asaltaban, preguntó:

—¿Qué traje llevaba su hijo de vd. la noche última en que salió?

—Levita y pantalon de casimir rayado,

chaleco de raso negro, corbata encarnada y sombrero de paja.

—¿Y sabe vd. si tenia algun enemigo?

—Uno solamente: Rossi.

—Es el mismo.

Dijo para sí Enrique; pero disimulando su sorpresa, y ahogando el dolor que sentia con el recuerdo del sangriento fin que habia tenido el hijo de aquel inconsolable anciano, añadió en alta voz.

—Pero si hubiera sucedido alguna desgracia como la que vd. teme, no podria permanecer oculta tanto tiempo: un acontecimiento de esa naturaleza, pronto llega á saberse, por mas cuidado que sus autores tengan en ocultarlo.

Don Andrés iba á contestar; pero la llegada del médico puso fin á aquel diálogo, que empezaba á afectar de una manera demasiado profunda á los tres personajes.

CAPITULO II.

El herido.

Diez horas han trascurrido desde que Miguel, asistido con la mayor solicitud, y rodeado de toda su familia, se encuentra en su casa entregado á un dulce sueño, producido por el corto alimento que ha tomado despues de tantas horas de riguroso ayuno; tiene cerrados sus grandes ojos, y sus largas pestañas dibujan una línea oscura debajo de sus párpados: en sus mejillas nota-se un apreciable tinte, semejante al de la flor blanca cuando acaba de abrir su boton, revelando un germen de vida; y su mano derecha puesta sobre el pecho, como indicando el amor puro que debajo de ella existe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chaleco de raso negro, corbata encarnada y sombrero de paja.

—¿Y sabe vd. si tenia algun enemigo?

—Uno solamente: Rossi.

—Es el mismo.

Dijo para sí Enrique; pero disimulando su sorpresa, y ahogando el dolor que sentia con el recuerdo del sangriento fin que habia tenido el hijo de aquel inconsolable anciano, añadió en alta voz.

—Pero si hubiera sucedido alguna desgracia como la que vd. teme, no podria permanecer oculta tanto tiempo: un acontecimiento de esa naturaleza, pronto llega á saberse, por mas cuidado que sus autores tengan en ocultarlo.

Don Andrés iba á contestar; pero la llegada del médico puso fin á aquel diálogo, que empezaba á afectar de una manera demasiado profunda á los tres personajes.

CAPITULO II.

El herido.

Diez horas han trascurrido desde que Miguel, asistido con la mayor solicitud, y rodeado de toda su familia, se encuentra en su casa entregado á un dulce sueño, producido por el corto alimento que ha tomado despues de tantas horas de riguroso ayuno; tiene cerrados sus grandes ojos, y sus largas pestañas dibujan una línea oscura debajo de sus párpados: en sus mejillas nota-se un apreciable tinte, semejante al de la flor blanca cuando acaba de abrir su boton, revelando un gérmen de vida; y su mano derecha puesta sobre el pecho, como indicando el amor puro que debajo de ella existe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un hombre de venerable aspecto que está sentado junto al lecho, le cubre de vez en cuando, con la sábana que, con algun leve movimiento, desvía el herido: este hombre era su padre. A los piés de la cama está una mujer contemplándole de hito en hito; era su madre. De rodillas, junto al lecho, y como en oracion, se veía á una hermosa jóven, vestida con una bata blanca suelta, con el cabello en agradable desórden, que le caía sobre su espalda, pendiente de su respiracion y de sus mas leves movimientos; esta jóven era María: la hermosa que le amaba con todo su corazon.

Al lado de la cabecera, pero en el lugar contrario al que ocupaba el padre de Miguel, está un jóven, cuyos ojos se apartan un solo instante de la hermosa que está orando, para fijarlos un momento en el desdichado herido: este jóven es Enrique.

Los semblantes eran allí el idioma único que manifestaba el dolor de que estaban poseidos aquellos séres; porque las palabras estaban proscritas por la pesadumbre que sujetaba la lengua.

Miguel entreabrió los labios por la fuerza de algun dulce ensueño que le embargaba, y pronunció, con lánguida voz, por dos veces, este dulce nombre.

—¡Luisa!... ¡Luisa!...

A estas palabras, dos semblantes se cubrieron allí de muy diferentes tintas. El de Enrique, á cuyas mejillas se asomó el mas subido carmin, y el de María que se cubrió de una palidez mortal.

Hay afecciones indefinibles dentro del corazon de los mortales, y estas afecciones vinieron á enseñorearse del alma de María; porque el alma de María amaba con todas las veras con que ama una virgen que ama por primera vez, y la indiferencia, hácia este amor, de parte de la persona amada, la prensaba de tal manera el corazon, que apenas le permitia respirar.

—¡Se llama Luisa la mujer afortunada!— pensó para sí María—debe ser muy hermosa para que merezca el amor de Miguel.

Y la tierna jóven contuvo los suspiros que se disputaban la salida para publicar la honda pena de su alma.

Profundo silencio volvió á reinar en la estancia; pero aquel silencio era mil veces mas elocuente que todas las palabras que encierra el idioma humano. Cada uno de aquellos personajes, sufría distintas penas, y no obstante su silencio, cada uno manifestaba en sus ojos y en su semblante, de una manera clara, los íntimos sentimientos de su corazón.

El ruido producido por los pasos de una persona que se acercaba, hizo que todos dirijieran la vista hácia la puerta, por la que á poco entró el médico.

Miguel abrió sus grandes ojos, y los fijó primero en María, que le correspondió con otra mirada llena de ternura y de amor.

—¡Gracias á Dios que he descansado!

Dijo Miguel.—¡Qué sueño tan dulce he tenido!... ¡Ya se vé, hay aquí quien cuida tan tiernamente del pobre herido!...

Y extendió la mano hácia su prima que se sentía conmovida hasta la médula de sus huesos.

—No hay que hablar mucho—pronunció el médico con el interés de la amistad, acer-

cándose á Miguel y tomándole el pulso—la conversacion seria perjudicial en un grado tan alto de debilidad.

—¿Cómo le encuentra vd?

Preguntó con maternal interés la mujer que estaba á los piés de la cama.

—Hay una notable mejoría.

Contestó el médico.

—¿Cómo no he de estar mejor, amigo mio, si los ángeles—dijo Miguel, señalando á María—se empeñan en retenerme en el mundo?

Dos lágrimas de ternura se asomaron á los ojos de María.

—Sea vd. obediente, señor enfermo—dijo el facultativo—la conversacion le hace á vd. notable daño.

—Seré obediente.

El médico despues de haber recetado y de ordenar el sistema que se debia observar, se despidió hasta la hora destinada á la curacion de la herida.

Los padres de Miguel salieron de la pieza tras el facultativo para hacerle algunas preguntas con respecto al estado en que

encontraba á su hijo, quedando solos en la alcoba María, Enrique y el herido.

—¿No es verdad—dijo Miguel al verse sin el que le podía impedir hablar—no es verdad, Enrique, que es una felicidad estar herido, cuando hay una jóven hermosa que se interesa por nosotros, que no se aparta un solo instante de nuestro lado, que vela nuestro sueño como el ángel de nuestra guarda, y que embalsama la atmósfera que circunda el lecho del dolor con su dulce y delicado aliento? ¿No es verdad, amigo mio, que tú desearias estar en mi lugar, siendo el objeto de la ternura y atenciones que á mí me prodiga el sér mas puro y hechicero de la tierra?....

María bajó con rubor sus grandes y hermosos ojos, y Enrique guardó silencio.

—¿No respondes, Enrique?—prosiguió Miguel.—Al menos tú me has dicho mil veces, que es mi prima la mujer mas hechicera del mundo, y que con ella te considerarías el mas feliz de los hombres.

Estas palabras produjeron una sensacion indescribible en los que las escuchaban.

Enrique tembló como un niño, porque temia que su pasion, tan pura, ofendiera á aquella mujer á quien miraba como á un sér sobrenatural y digno solo del amor de un sér celestial; y María que guardaba hácia aquel hombre el mas tierno agradecimiento, sintió discurrir por sus venas un frio mortal y agradable á la vez, pero que la hubiera matado si no hubiera pasado tan súbitamente como habia venido. ¿Le amaba acaso ya?... No: las mujeres como María, solo aman una vez y para siempre. A Miguel habia entregado el corazon, y Miguel era el único hombre que ella podía amar.

No era Enrique de esos jóvenes que guardan de que, en los secretos del corazon haya un testigo, y por lo mismo se sentia avergonzado ante María, no porque supiese que la amaba, no, sino porque temia que llegase á sospechar que aquello era un plan combinado de antemano para declarar disimuladamente su amor. Dominado por ese sentimiento de noble delicadeza, y deseando por lo mismo, cortar una conversacion que podía molestar á la mujer que amaba, contestó:

—Si continúas desobedeciendo al médico, y te excedes en la conversacion, tendrémos la pena de ver tardío tu restablecimiento.

Miguel, que conocia á fondo los nobles sentimientos de su amigo, comprendió lo que pasaba dentro de su corazon, y para no mortificarle mas, contestó:

—Tienes razon: soy un rebelde; pero desde este momento te prometo no hablar ni una sola palabra.

María miró el reloj, y viendo que ya era hora de darle el alimento, salió, y pocos minutos despues volvió á entrar.

Miguel tomó el ligero sustento, que consistia en un pozuelo de *atole* (1), que le trajo su tierna prima, y suplicando que le dispensaran porque necesitaba de un instante de reposo, se volvió de un lado, y se entregó á un profundo sueño.

Un largo espacio de tiempo permanecieron en silencio los que le asistian, hasta que Enrique lo rompió diciendo:

(1) Líquido hecho de maiz, que los médicos recetan en aquel país, aun á los enfermos mas débiles.

—Buen humor ha manifestado su primo de vd., señorita.

—Y yo le doy gracias á Dios, porque eso indica mejoría.

Contestó la jóven.

—Pero no le dará vd. gracias por las palabras que con respecto al cariño que profeso á vd., pronunció.

—Puedo asegurar á vd. que me es altamente satisfactorio merecer el aprecio de un hombre tan recomendable como vd.

—¿Y yo, señorita, podré contar con la amistad de vd?

—Nunca seré ingrata con el que tan marcado empeño ha manifestado en salvar la vida de mi amado primo.

Enrique se sintió inundado de un placer indecible, y no se atrevió á contestar.

María guardó silencio; y ambos se quedaron en esa situacion penosa, tan comun en los que se aman: situacion en que no se sabe cómo proseguir la conversacion.

De repente se levantó Enrique de su asiento, tomó el sombrero, y acercándose

á María para despedirse de ella, dejó caer sobre sus faldas una carta, diciendo:

—Hoy sabré si soy tan feliz como me lo han hecho vislumbrar esas últimas palabras de vd.

Y sin dar lugar á que contestara la jóven salió apresuradamente.

María se encontró perpleja, sin saber qué hacer con aquella carta que tenia sobre ella; pero reflexionando que ningun daño le podia sobrevenir de leerla, se resolvió á abrirla, y vió que estaba concebida en estos términos.

“Atrevimiento es solicitar el amor de una persona que, por su hermosura y virtudes, es muy superior á nosotros; pero este atrevimiento es disculpable, cuando en vez de contar con el corto mérito que tenemos, se atiende á la inmensa bondad de la persona amada. Yo amo á vd., María; y aunque conozco que este amor íntimo que profeso á vd., y el escaso mérito que pueda tener, son nada para aspirar á la ternura de ese corazón tan puro, la certeza que tengo de la benevolencia sin límites que caracteriza á vd., me presta valor para declararla una

pasion que hasta ahora era desconocida en mí, y que vd. que solamente ha podido inspirármela, tendrá poder para mitigarla si se digna admitirla y corresponderla.

“De la respuesta de vd. depende mi eterna desdicha ó mi felicidad futura.

“No olvide vd., María, que mis palabras son la expresion pura del sentimiento de mi alma, para que así su tierno corazón dejándose llevar de su natural bondad, se ponga de parte de su rendido y fino adorador.
—*Enrique.*”

—¿Qué carta tan respetuosa! . . . —pensó María—; qué alma tan pura la de Enrique! . . . ¡Ah! . . . ¿por qué no le puedo amar? . . .

Y la infeliz se puso triste con este pensamiento; apoyó su frente sobre la mano derecha, cuyo brazo descansaba sobre el respaldo de la silla, y se quedó meditabunda, sosteniendo en los dos dedos de la mano izquierda el papel abierto.

Tan extasiada estaba en sus reflexiones, que no sintió el ruido que hizo Miguel al despertar, el cual, viéndola en aquella postura y con la carta en la mano, la dijo:

—¡María!....

La jóven se estremeció: dió un salto en la silla, y quiso guardar el papel; pero ya era tarde.

—¿Qué carta es esa, querida prima?

Preguntó Miguel.

—Nada, nada.

—Si es un secreto, no quiero que me lo confies, aunque, la verdad, nunca creí que tuvieras secretos para mí.

María amaba á Miguel y no podia hacer traicion á sus sentimientos: así es que, temiendo que pudiera creer que ella amaba á otro, contestó:

—Ni los tengo, ni los podré tener; y en prueba de ello quiero leerte este papel que acaba de poner en mis manos Enrique.

—¿Enrique?....—dijo Miguel con ternura—me alegro: ¡es tan noble su corazón!... véamos qué dice.

Entonces María leyó la carta en voz muy alta y despacio.

—¡Pobre amigo mio!....—exclamó Miguel—esa timidez y esa desconfianza, le

hacen aún mas recomendable. ¿Y tú qué piensas decirle?

—¿Qué te parece á tí que debo contestarle?

—Que le amas.

María exhaló un profundo suspiro: amaba demasiado á Miguel para que aquella respuesta no la atormentara: ella hubiera querido, y pensó, que su primo manifestara pena, sentimiento de que amara á otro, y en lugar de esto, solo vió en él fria indiferencia.

—¿No piensas tú lo mismo que yo?

Prosiguió Miguel, notando la tristeza de su amada prima, pero sin comprender el origen de ella.

—No, Miguel.

—¿Cómo!....—exclamó éste sorprendido—¿tendrás crueldad para despreciar al hombre que te ama tanto?

—¡Miguel—contestó María fijando en su primo sus lindos ojos—¿podrías tú amar nunca á otra mujer que no fuese aquella á quien una vez diste tu corazón?

—No; jamas.

Esta respuesta heló á la desdichada jóven, porque conoció que ni una esperanza le quedaba de ser amada del hombre cuyo corazón pertenecía ya á otra mujer: á Luisa cuyo nombre habia pronunciado entre sueños.

—Pues eso me sucede á mí....

Respondió María con mareado dolor.

—¿Amas, prima mía!.... ¿Y me lo has ocultado?... ¿Y quién es el que ha podido interesar ese corazón tan puro?....

—Ese es un secreto.

—Hace un instante me dijiste que no tenias secretos para mí.

—¿Es verdad!.... dijo María con amargura.—Y sin embargo, hay uno que llevaré conmigo á la tumba.

—¿Luego amas sin ser correspondida?... ¡Pobre María, te compadezco!.... ¡te compadezco!.... sí; porque eso es mas cruel que la misma muerte!

—¿Es verdad que es muy cruel?....

—Yo, yo lo sé, María, y te compadezco.

La llegada de la madre de Miguel, puso fin á aquel diálogo que desgarraba el corazón de la desgraciada huérfana.

CAPITULO III.

Preparativos de boda.

Algun tiempo despues de haber tenido lugar las escenas del capitulo anterior, se disponian los esponsales que debian preceder al dulce enlace de dos seres que se amaban con toda el alma.

Tres personas, íntimamente interesadas en que se llevara á cabo aquella respetable ceremonia, se encontraban reunidas en una salita decentemente adornada, esperando con impaciencia la llegada del sacerdote y los testigos, por los cuales habian ido ya dos coches, uno de alquiler y otro particular.

Junto á la sala, en una risueña, clara y alegre pieza con vista á un pequeño huerto

Esta respuesta heló á la desdichada jóven, porque conoció que ni una esperanza le quedaba de ser amada del hombre cuyo corazón pertenecía ya á otra mujer: á Luisa cuyo nombre habia pronunciado entre sueños.

—Pues eso me sucede á mí....

Respondió María con mareado dolor.

—Amas, prima mia!.... ¡Y me lo has ocultado?... ¡Y quién es el que ha podido interesar ese corazón tan puro?....

—Ese es un secreto.

—Hace un instante me dijiste que no tenias secretos para mí.

—¡Es verdad!.... dijo María con amargura.—Y sin embargo, hay uno que llevaré conmigo á la tumba.

—¿Luego amas sin ser correspondida?... ¡Pobre María, te compadezco!.... ¡te compadezco!.... sí; porque eso es mas cruel que la misma muerte!

—¡Es verdad que es muy cruel?....

—Yo, yo lo sé, María, y te compadezco.

La llegada de la madre de Miguel, puso fin á aquel diálogo que desgarraba el corazón de la desgraciada huérfana.

CAPITULO III.

Preparativos de boda.

Algun tiempo despues de haber tenido lugar las escenas del capitulo anterior, se disponian los esponsales que debian preceder al dulce enlace de dos seres que se amaban con toda el alma.

Tres personas, íntimamente interesadas en que se llevara á cabo aquella respetable ceremonia, se encontraban reunidas en una salita decentemente adornada, esperando con impaciencia la llegada del sacerdote y los testigos, por los cuales habian ido ya dos coches, uno de alquiler y otro particular.

Junto á la sala, en una risueña, clara y alegre pieza con vista á un pequeño huerto

cubierto de naranjos y de exquisitas flores, con esmero cultivadas, estaba preparada una mesa, sobre la cual se veían dorados platos con exquisitos dulces y pasteles, simétricamente colocados entre elegantes jarrones de porcelana de China con olorosos ramos de flores. En medio de la mesa, ocupando el primer término, se veía un templo alegórico, debido á la maestría del mas hábil confitero de la ciudad: las columnas, las paredes, la bóveda y el pavimento, eran lo mas delicado que en el arte de repostería pudo presentarse; junto á un altar se veía á Himeneo, gallardo jóven coronado de flores, con la antorcha nupcial en una mano y un velo en la otra, y sobre el extremo de la torre, á la Fidelidad y al Amor, estrechamente enlazados. Vinos generosos de los mas afamados, bizcochos de todas clases, almendras garapiñadas y cuanto el deseo puede apetecer respecto á frutas en almíbar, se encontraba en la mesa. Nada se habia descuidado para obsequiar dignamente á los convidados que debían sentarse á ella.

Nada faltaba, pues, sino el sacerdote y los testigos, á quienes esperaban con impaciencia los tres personajes que en la sala dejamos.

La novia, que era uno de ellos, estaba hermosa como nos pinta Fenelon á Calipso rodeada de sus ninfas.

En su hechicero rostro brillaban la alegría que inspira una dicha anhelada, y el pudor de un corazón vírgen, que envía á las mijillas el tinte purpúreo de la honestidad, que rodea á la mujer de un atractivo irresistible que cautiva al hombre.

El venturoso mortal que iba dentro de breves instantes á ver realizada su esperanza, participaba tambien de los mismos sentimientos de la jóven; una y otro parecían animados de una misma alma, dotados de idénticas afecciones.

En medio de estos dos seres, que se juzgaban los mas felices de la tierra, se veía á un anciano que les miraba con cariño paternal, que participaba de la alegría de ellos: pero á cuyos ojos se asomaban, de vez en cuando, algunas lágrimas que trata-

ba de ocultar á los dos jóvenes que le rodeaban, para no acibarar la dicha de sus almas.

—¿Por qué llora vd., padre mio?—dijo la joven descubriendo el mal reprimido llanto del anciano.—¿No está vd. contento de nuestra union?

—Sí, hija mia: en ella veo tu felicidad, que es todo lo que puede desear un buen padre que idolatra á sus hijos como yo te idolatro. D. Antonio es el hombre con que la Providencia trata de dulcificar, en parte, mi amargura.

—¡Ojalá!—contestó el joven—pudiera poner término á todos los males que desgarran ese noble corazón.

—Gracias, D. Antonio, gracias. La suerte de mi querida hija, Pilar, era la que mas me inquietaba; y puesto que dentro de breves instantes estará unida su suerte á la de vd. que la hará feliz, nada codicio; nada, sino volver á ver mi inolvidable Carlos, cuyo paradero ignoro.

—¡Padre mio!...—exclamó Pilar entrecorrida.—Yo espero que mi hermano apare-

cerá por fin para completar nuestra ventura. El cielo que nunca deja sin premio la virtud, le enviará á vd. ese consuelo, para que nada falte á la felicidad de todos.

—No lo espero yo así, hija mia. Dentro de pocos dias se cumple el plazo puesto por el gobierno para que los españoles salgan del país, y cualquiera que sea el motivo que impide á Carlos venir á calmar nuestra ansiedad, existirá tambien entonces, para que yo parta sin verle, sin abrazarle, sin llevarle en mi compañía.

—En la nuestra.—Interrumpió D. Antonio.—¿No hemos convenido en que seguiremos á vd. á España, hasta que las escenas políticas tomen otro giro, y se alce á los españoles la orden de expulsion?

—Sí, D. Antonio: vd. ocupará el lugar de Carlos; vd. que tanto interes se ha tomado por mí; vd. que abandona el suelo de su hermosa patria por seguirme al destierro; vd. que idolatra á mi amada hija, y que por dispensarnos tan distinguidas atenciones,

se ha atraído la enemistad de Rossi, nuestro común enemigo.

—No hablemos más de él.

—Es que no puedo desterrar una espantosa idea que me domina.

—¿Cuál?

—Olvida vd. que hace pocos días, cuando se disponía vd. á ir á un baile de posadas, se presentó á vd. un caballero desconocido, suplicándole fuese á ver inmediatamente á un enfermo de gravedad; que vd. accedió en el acto; entró vd. en el coche que él mismo llevaba; que apenas tomó vd. asiento se arrojaron sobre vd. dos hombres que dentro estaban, le vendaron á vd. los ojos y le condujeron á una casa, donde quitándole la venda se encontró vd. con varios enmascarados que le obligaron á firmar un plan de conspiración?

—No lo he olvidado, ni lo olvidaré jamás.

—Y á juzgar por el acento, no dudó vd. entonces que fueran extranjeros.

—De eso estoy persuadido.

—Pues bien, si entonces no quise manifestar sobre quién recaían mis sospechas,

ahora debo decir que no podía ser otro que Rossi, acompañado de algunos de tantos aventureros como infestan el país.

—Puede ser muy. Sin embargo...

—Déjese vd. de dudas. ¿No sabe él que ama vd. á Pilar?

—Sí.

—¿No le desafió vd. la noche en que me dejó arruinado?

—Sin duda.

—¿No le prometió á vd. vengarse?

—Cierto.

—¿Y no trató de asesinar á vd. villanamente aquella noche en que salía vd. de visitar á un enfermo?

—Como que gracias á mi ojo perspicaz, que me dió tiempo para verle y retirarme unos cuantos pasos, y luego á mis pistolas, le hice retroceder sin necesidad de dispararlas.

—Pues ¿cómo quiere vd. que no esté inquieto, cuando estoy persuadido de que ese malvado cumple lo que ofrece?

—No le temo; y estoy preparado para

probarle que mis armas son superiores á las suyas.

—Es que no se trata aquí de su valor.

—¿Pues de qué?

—De su maldad.

—¿Cómo?

—Tal vez en este momento pide el destierro de vd. presentándole como conspirador.

Don Antonio se sorprendió con aquella observacion.

—¿Qué ideas tan tristes dominan á vd., padre mio!

Dijo Pilar, participando del recelo que se habia apoderado de su mente.

—Sí; son tristes, hija mia; pero por desgracia están basadas en la razon. ¿Para qué sino para arrancarle á vd. de nuestro lado, le ha exigido esa firma?

—Pues bien—exclamó D. Antonio con resolucion;—para evitar que esa venganza nos alcance, salgamos mañana mismo de México. Soy rico, y todo lo dispondré para que no se detenga nuestro viaje.

—¿Y Carlos!...—Prorumpió D. Andtes con

el acento del mas profundo dolor.—¿Quiere vd. que yo parta sin saber lo que ha sido de mi amado hijo?

A esta observacion no supo que contestar D. Antonio, y los tres quedaron meditando.

Pilar, oprimida con el recuerdo de su buen hermano, á quien amaba entrañablemente, y cuya desaparicion la tenia en continuo sobresalto, no pudo reprimir el hondo pesar que despertaba en ella aquel recuerdo, y exclamó con el acento del mas íntimo pesar.

—¡Hermano mio!... ¡hermano mio!...

Y se quedó tristemente abatida, con la cabeza caída sobre el pecho, y nublados sus ojos por el continuo llanto que exhalaba el comprimido corazon.

—¡Pilar!—dijo D. Antonio conmovido por el dolor de la mujer que amaba.—¿Por qué te empeñas en amargar estos momentos en que van á unirse para siempre nuestros destinos?... Carlos vive; te lo aseguro; estoy convencido de ello; he preguntado por él á todo el mundo; he mandado practicar todas

2844

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

las diligencias para ver si se había cometido en estos días algun crimen; y nadie tiene noticia de haberse perpetrado asesinato alguno.

—¡Y sin embargo, él no parece!...—Contestó la jóven sin poder participar de la confianza de su amante.—¡Por qué, si es cierto que vive, como tú dices, no viene á consolar el corazon de su afligido padre y de su tierna hermana?...

—Tú sabes, Pilar, que de algun tiempo á esta parte, se han llenado las prisiones de personas tildadas de poco afectas al gobierno, sin que les haya sido posible comunicar á sus familias su desgracia.

—Es cierto.

—¡Y por qué no ha de ser Cárlos del número de esos perseguidos, á quienes tienen incóunicados, pero que saldrán en libertad tan pronto como se descubra su inocencia!

—¡Ah!... ¡quiera Dios que sea como tú dices, y no como recela mi alma siempre temerosa!

Y Pilar se quedó triste y reflexiva: su padre la miró con cariñosa compasion, y D.

Antonio cruzó los brazos con aire abatido, dominado por la profunda melancolía que advertia en el sér cuyas penas hubiera querido endulzar aún á costa de su vida.

—Os he puesto tristes, hijos míos:—exclamó despues de un instante D. Andrés, viendo retratado el pesar en el semblante de aquellos dos séres que se amaban:—los viejos no servimos mas que para presagiar desgracias. Me arrepiento de lo que he dicho: ¡por qué he de anticipar males que, tal vez, no vendrán á aquejarnos nunca? Pensemos en vosotros, en vuestra ventura, en el risueño porvenir que os espera.

—¡Cuán bueno es vd., padre mio!

Dijo Pilar, estrechando entre sus torreadas manos la fria y seca del anciano.

—¡Qué contento quedará Cárlos cuando vuelva á casa y sepa que vas á ser la esposa del mas generoso de los hombres! Porque él volverá, ¡no es verdad, hija mia? Sí; él volverá para que juntos recorramos la España, hablando siempre de México, de su rico cielo, de su benigno clima, de la belleza y sublinidad de su campiña.

Y D. Andrés se frotó las manos con manifestación de alegría; hizo un esfuerzo para desterrar de su memoria todas las ideas lúgubres que le tenían abrumado, y habló en voz alta, creyendo que con el ruido de ella, dejaría de oír el grito de su corazón que le anunciaba irreparables desventuras.

Pilar y D. Antonio, engañados por el fingido placer que demostraba el anciano, volvieron á entregarse al regocijo que experimenta el alma cuando mira próximo el bien que codicia.

—Nuestro destierro—dijo D. Antonio lleno de entusiasmo—no será de lágrimas, sino de satisfacción y de contento.

—Siempre me ha inspirado terror la idea sola de cruzar el mar;—advirtió la joven—pero ahora me siento tan animada, deseo tanto conocer el país de mi amado padre, que el que antes consideraba peligro, me parece, al presente, un camino risueño y pintoresco, digno de ser visitado y conocido.

—Irémos á Madrid;—repuso D. Andrés tratando siempre de desterrar sus tristes

ideas;—nos pasearemos en aquel delicioso retiro, cubierto de laberintos y de fuentes; adornado por un magnífico estanque lleno de peces de colores que tiene trescientas varas de largo y ciento cincuenta de ancho: veremos el suntuoso Museo de Pinturas, que cuenta con dos mil quinientos cuadros de los mas afamados pintores que ha producido el mundo, como Rafael, Rubens, Juanes, Velazquez, Murillo y el Ticiano: visitaremos la América Real, donde se ve desde la silla en que montaba el Cid, hasta las brillantes armaduras de nuestros grandes guerreros; y admiraremos, por último, las bellísimas fuentes de la Granja, el grandioso Escorial, los hermosos jardines de Aranjuez, y cuanto de notable encierra la corte de los reyes de España.

—¡Con qué placer he escuchado á vd., padre mio!—Dijo Pilar radiante de alegría.—¿Qué puede faltar allí á nuestra felicidad, cuando en medio de esas maravillas tendremos á nuestro lado las personas que mas amamos en la tierra?

Y la joven y D. Antonio se dirijieron una

de esas miradas llenas de ternura y de amor que embriagan el alma, derramando en ella las inefables dichas que encierra una pasión correspondida.

A completar el placer de que estaban inundados, vino el ruido de dos coches que se detuvieron en aquel momento en la puerta de la calle.

—Ahí están ya el sacerdote y los testigos.

Exclamó, sin poder ocultar su gozo, el enamorado joven. D. Andrés se dirigió á la puerta de la sala para recibirlos, y Pilar se puso encendida como una grana.

—Ha llegado el momento tan anhelado por mí, y apenas me atrevo á creer en mi dicha.

Dijo D. Antonio á Pilar en voz baja, mientras D. Andrés se adelantaba á recibir á los esperados personajes.

—Yo estoy temblando como la hoja del árbol.

Contestó la joven sintiendo el ruido de los golpes que daba su corazón dentro del pecho.

El ministro del Señor, seguido de los tes-

tigos, penetró en la sala, saludó á los novios, y poco despues, colocados todos en rededor de la mesita que estaba en medio de la pieza, se dió principio al interrogatorio que, en tales casos, se hacen á las personas que van á unirse por toda la vida. Pero aun no habia el sacerdote acabado de formular la primer pregunta, cuando se presentó un criado, diciendo:

—Un oficial, seguido de algunos soldados, pregunta por D. Antonio Miron.

A la palabra soldados, se pintó en el rostro del sacerdote y en los semblantes de los testigos, la sorpresa; en D. Andrés el terror, en los novios la amargura y el espanto.

—¡Me lo esperaba!

Exclamó al fin el anciano, rompiendo el silencio.

—¿Cree vd., padre mio—dijo Pilar pálida como un cadáver—que la llegada de esa tropa, trae por objeto destruir nuestra felicidad?

—Sí, hija mia; mi corazón me habia anunciado un funesto contratiempo que se empieza á realizar,

Don Antonio, á quien las grandes desgracias prestaban mayor energía y resolución, dijo con acento firme:

—Don Andrés, hermosa Pilar, es preciso no entregarnos al dolor y á la tristeza: sea cual fuere la misión que trae la fuerza armada, no debe amilanar nuestras almas: además, es preciso no aventurar conjeturas que están, tal vez, muy lejos de la verdad.

Y luego dirigiéndose al criado que esperaba la contestación, añadió:

—Dí, á ese caballero oficial, que pase.

Un joven como de veinte años, de simpática figura y de finos modales, penetró en la sala.

—Siento—dijo con afable voz—venir á molestar á tan distinguidas personas; pero mi obligación como militar, que no puede faltar jamás á las órdenes que recibe, por doloroso que le sea cumplir con ellas, espero que será para con vdes. mi mejor disculpa.

—Señor oficial—contestó D. Antonio—yo le doy á vd. las gracias por esos nobles

sentimientos, y puede vd. estar persuadido de que, sea cual fuere la misión que trae vd., no disminuirá en nada el aprecio que me ha inspirado su buena educación.

—Mil gracias.

—¿Preguntaba vd. por mí?

—Por D. Antonio Miron.

—Vea vd. qué me manda, pues yo soy.

—Lea vd. esta orden.

D. Antonio leyó un papel que le entregó el oficial, y exclamó:

—¿Quiere decir que tengo que marchar en el acto?

—Sin detenerse un instante.

—Pero de qué se me acusa?

—Su nombre de vd. figura en la lista de los conspiradores contra el gobierno.

—Señor oficial, esa firma me ha sido arrojada por fuerza, sorprendiéndome en una casa por enemigos personales.

—Lo creo; pero ya vd. ve que, por persuadido que yo esté de su inocencia, no tengo facultades para obrar según mi convicción. El tribunal oirá los descargos que vd.

haga, y estoy seguro de que, si como creo, es vd. víctima de infames enemigos, éstos serán castigados. Al gobierno le han presentado un plan de conspiración, donde aparece vd. como uno de los principales miembros de la revolución, y al mandar aprehenderle, no hace más que cumplir con los deberes que tiene de conservar el orden.

—Muy lejos estoy de censurar al gobierno por este acto.

—En ese caso, espero se dignará vd. seguirme sin detenerse.

—¿No me permite vd. que demos conclusión á un asunto que nos ocupaba?

—Siento mucho verme obligado á negar á vd. lo que solicita; pero tal es mi orden.

—En ese caso, la respeto y no replico.

Pilar, que había presenciado toda aquella escena sorprendida y en silencio al lado de su amoroso padre que la estrechaba contra su corazón, empezó á verter un torrente de lágrimas.

—¿Te vas? ¿Te vas?...—exclamó desprendiéndose de los brazos del anciano y corriendo adonde estaba su amante.—¡Ah....

esta separación me asusta.... me hiela el corazón!....

—¡Cálmate Pilar!—contestó D. Antonio, tratando de consolarla:—Pronto volveré: haré ver mi inocencia, y nadie podrá después separarme de tu lado.

—¡No!... ¡Me parece que esta separación es para siempre!....

Y Pilar sollozaba sin consuelo.

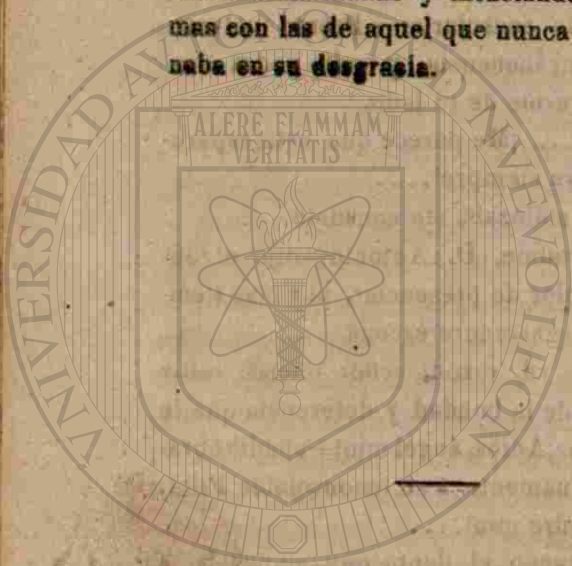
—Ahorradme, D. Antonio—dijo el oficial—el dolor de presenciar, por más tiempo esta desgarradora escena.

—Tiene vd. razón, señor oficial: estoy abusando de la bondad y deferencia que le distinguen. ¡Adios, ángel mio!—añadió abrazando tiernamente á su inconsolable Pilar. ¡Adios, padre mio!....

Y ocultando el llanto que empezaba á asomar á sus ojos, y desprendiéndose de su amada que le tenía fuertemente estrechado contra su pecho, salió de la sala, y siguió al oficial.

D. Andrés fijó los ojos con paternal cariño en su desventurada hija: ésta, al ver alejarse al hombre que amaba, miró á su dex-

redor, y al contemplar á su padre que le esperaba con los brazos abiertos, se arrojó en ellos sollozando y mezclando sus lágrimas con las de aquel que nunca la abandonaba en su desgracia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

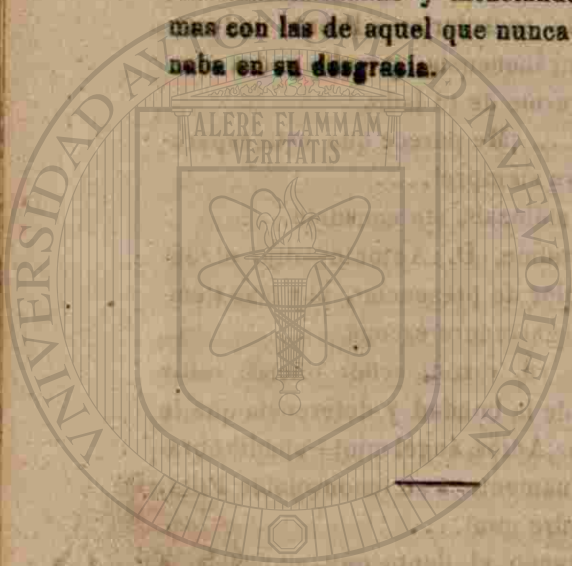
La actriz.

Miguel se encontraba del todo restablecido. La herida recibida en el pecho se había cerrado completamente, aunque no así la del alma, que era cada día mas incurable y profunda.

María y Enrique habían velado á su cabecera durante el riesgo de su vida; y los tiernos cuidados de aquella y la dulce amistad de éste, fueron un bálsamo que influyó de una manera activa en su pronta curacion.

El entendido médico que con tanto acierto y asiduidad le había curado, hacia cuatro dias que se había despedido, encargándole que procurase distraerse y divertirse: pero Miguel, semejante á Prometeo, á quien

redor, y al contemplar á su padre que le esperaba con los brazos abiertos, se arrojó en ellos sollozando y mezclando sus lágrimas con las de aquel que nunca la abandonaba en su desgracia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

La actriz.

Miguel se encontraba del todo restablecido. La herida recibida en el pecho se había cerrado completamente, aunque no así la del alma, que era cada día mas incurable y profunda.

María y Enrique habían velado á su cabecera durante el riesgo de su vida; y los tiernos cuidados de aquella y la dulce amistad de éste, fueron un bálsamo que influyó de una manera activa en su pronta curacion.

El entendido médico que con tanto acierto y asiduidad le había curado, hacia cuatro dias que se había despedido, encargándole que procurase distraerse y divertirse; pero Miguel, semejante á Prometeo, á quien

un huitre devoraba de día el hígado que le volvía á crecer de noche para volver á ser devorado al siguiente, llevaba á todas partes, clavado el dardo del amor, que solo le dejaba de atormentar durante el sueño, para herirle con mas fuerza en cuanto despertaba.

Amaba, y se creia olvidado; mas aún; se juzgaba aborrecido de la mujer en quien jamas esperó una traicion: de la mujer que, no contenta, en su concepto, con haberle condenado á sufrir por toda la vida, habia armado el brazo de su esposo para verter su sangre.

Es preciso haber amado de veras, con esa pasion toda pura, toda espiritual y que constituye, por lo mismo, la parte mas esencial de nuestra existencia, para conocer el dolor, la opresion violenta, aguda, que oprime el pecho del hombre como una plancha de hierro, cuando encuentra indiferencia en la mujer que idolatra.

Miguel que amaba de esta manera, y que llevaba á todas partes la amarga creencia de que Luisa habia convertido su pasado

amor en aborrecimiento, lejos de procurar distraerse, como el facultativo le habia ordenado, no salia de su gabinete, ni admitia mas visitas que las de su amigo Enrique. Sabia por éste que Luisa habia partido á Guadalajara, y esta circunstancia acabó de desgarrar su corazon.

Sin embargo, á ruegos de Enrique y de María, habia condescendido en ir aquella noche al teatro, para ver á una excelente actriz que iba á presentarse por la vez primera ante aquel público, y que, á juzgar por la fama que la precedia, debia ser una notabilidad en su carrera artistica.

Daban la hermosa tragedia de Lope de Vega, titulada "Sancho Ortiz," y las lunetas y los palcos del teatro Principal, estaban cubiertos de una escogida y numerosa concurrencia atraida por la fama de la nueva actriz que iba á desempeñar el difícil papel de Doña Estrella.

Los dos amigos se sentaron juntos, sin tomar parte en la animacion de los demas jóvenes que dirigian la vista hácia los palcos en que, las hechiceras, graciosas y sim-

páticas mexicanas, lucian sus expresivos rostros y delicadas formas.

La orquesta habia dado principio con la obertura de la Semíramis, tan tierna y tan patética como todas las de este género del inmortal Rossini.

Era una de las piezas favoritas de Miguel, y que mil veces habia oido tocar á Luisa en el piano, cuando en época mas feliz juraron no separarse jamas, y vivir el uno para el otro.

Hay cosas triviales en la vida, que no tienen ningun interes para el comun de los hombres, cuando para un alma que las escucha, encierran un poder mágico que le conmueve, que le trasporta á otros tiempos, á otros sitios llenos de recuerdos y de ilusiones.

Esto le sucedia á Miguel. Cuando todos, sin atender á lo que la orquesta tocaba, porque nada tenia de particular para ellos aquella obertura, se reian y contemplaban los hechiceros rostros de las bellas hijas de Mexico, él sentia á cada compás, á cada tiempo, á cada nota, una sensacion indefini-

ble, una grata tristeza que le tenia sin movimiento, que excitaba toda su sensibilidad, y que le tenia en un delicioso éxtasis. Cada melodía era un poema que le trasportaba á otra época de mágicos deleites, de ventura, de felicidad y de amor.

Engolfado en sus tiernos recuerdos, no advirtió que la música habia cesado, y que el telon se habia alzado; y si Enrique no le hubiese avisado de ello, tal vez hubiera pasado así gran parte de la noche.

Todos estaban esperando con impaciencia la escena primera del segundo acto en que se presenta Estrella, lujosamente vestida, esperando á Sancho, por conocer á la nueva actriz, hasta que por fin, un aplauso general, sostenido por algunos minutos, anunció la salida de ésta.

Enrique y Miguel fijaron los ojos en ella, y los dos dejaron escapar una exclamacion de sorpresa.

—¡Enrique—dijo Miguel á su amigo—es Luisa!

—Mucho se parece:—respondió Enrique—y á mí me habia sorprendido lo mis-

mo que á tí; pero no es sino una jóven que se le parece mucho.

—Es su semejanza; su vivo retrato. ¡Ah! eso es bastante para que yo quiera á esa actriz.

Y Miguel no apartaba la vista de aquella mujer á quien todos aplaudían con entusiasmo, y en la cual miraba la exacta copia de la mujer que amaba. Le pareció que la Providencia, compadecida de sus penas, le presentaba en su camino, aquella jóven para que la amara como amó á Luisa, para que realizara los dorados ensueño que habían halagado los días de su primer amor.

—Es, pensó, el arco-íris que me presenta el cielo para anunciar que van á tener fin mis sufrimientos; el salvador fanal que, en medio de las borrascas del corazón en que iba á naufragar mi vida, aparece brillante y generoso, mostrándome la amiga playa que me brinda la soñada felicidad.

Y Miguel volvió á soñar; y voló en alas de las ilusiones por los miríficos espacios de lo ideal. El, que pocos días antes había

dicho que el exámen analítico despojaba los objetos del ficticio ropaje que les presta la poética imaginación, volvía en aquel instante á prestar á la mujer que ante sus ojos tenía, formas aéreas y vaporosas, á rodear su bello contorno de una mística aureola que la divinizaba. ¡Esta es la humanidad! ¡siempre flaca, siempre débil! Creyendo en lo mismo que antes dudaba; anatematizando mañana lo que diviniza hoy...

Miguel volvió á creer en la felicidad, y ante sus ojos se dejó ver la esperanza, brindándole un porvenir de amor sin término, de dichas sin guarismo.

La esperanza es como el horizonte de los mares, que por mas que hácia él caminamos, siempre se halla á igual distancia, sin que jamás lleguemos á aquella línea en que unidos vemos el cielo y las aguas.

De repente las facciones de Miguel perdieron el tinte risueño que habían adquirido al fijar sus ojos en la jóven que, por su semejanza con Luisa, ocupaba en su corazón el lugar de ésta: se marcó en su semblante la mas viva inquietud, y sin ser due-

ño de moderar su impaciencia, dirigió á Enrique la palabra, diciéndole:

—¿Es casada esa actriz?

—No.

Miguel recobró su tranquilidad con aquella respuesta, y añadió.

—¿Sabes cómo se llama?

—Matilde.

—¿Qué lástima!

—¿Por qué?

—Hubiera dado cualquier cosa porque se llamase Luisa.

—Para que en todo guardara semejanza con mi hermana.

—Sin duda.

Y Miguel volvió á fijar sus ojos en aquella mujer, cuya dulce voz y graciosos modales, no diferían en lo mas mínimo del ser que idolatraba.

Entretanto la representacion seguía, y el público, arrebatado de entusiasmo, aplaudió á la nueva actriz que alcanzó con su talento artístico una ovacion completa.

En cuanto se acabó la funcion, todos procuraron entrar al cuarto de la hermosa Ma-

tilde, para prodigarla los justos elogios á que se habia hecho acreedora. Uno de los primeros que á ella se acercaron para felicitarla por el triunfo que habia conseguido, fué Miguel, que, olvidándose de Enrique, y preocupado con mil halagadoras ideas y risueños proyectos, corrió á ver á aquella mujer que tantos hechizos y recuerdos tenia para su corazon.

La nueva actriz manifestó á sus galantes admiradores la mas íntima gratitud; pero particularmente se mostró complacida con las atenciones de Miguel, á quien distinguió con singular predileccion.

En aquel momento se acercó otro admirador, á dar la enhorabuena á la jóven que con tanto acierto habia interpretado el difícil papel de Estrella.

Miguel fijó la vista en el nuevo personaje, así como éste en aquel, y ambos se reconocieron.

El que acababa de llegar era el capitán Rossi.

Este hombre que parecia seguir los pasos

de Miguel, viendo que Matilde se disponía á marchar, se ofreció acompañarla á su casa; pero presentándole á la vez Miguel su brazo, admitió el favor de este último, dando las gracias á Rossi y ofreciéndole su casa.

Rossi se mordió los labios al creerse desairado, pero disimuló su disgusto con la sonrisa en los labios, aunque resuelto á vencer en aquella lucha amorosa, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al rival que se presentaba en su camino como un obstáculo á la realizacion de todos sus deseos.

Miguel se consideró, con la preferencia que le habia dado Matilde, el mas feliz de los hombres, y resolvió olvidar, con la seductora actriz, la memoria de Luisa.

Al llegar á la casa en que la actriz vivía, tocó Miguel la puerta que abrió al instante un portero: la jóven le dió las gracias por la galantería que habia usado acompañándola; le ofreció su casa, y Miguel se despidió ofreciendo visitarla al día siguiente.

CAPITULO V.

¡Un aviso.

En tanto que Miguel, buscando un levitativo á la pena que la causaba la indiferencia de Luisa, pasaba los dias al lado de la hermosa actriz, solo porque á ella se parecia; los españoles, radicados en México, recibían el último golpe que la infausta suerte les tenia reservado hacia mucho tiempo.

Este golpe fué la orden definitiva de expulsion, dada en 20 de Marzo de 1829, para que salieran de la República, sin detenerse mas que el tiempo indispensable para llegar á Veracruz, punto en que debían embarcarse.

Eta terrible ley, que fué uno de los últi-

de Miguel, viendo que Matilde se disponía á marchar, se ofreció acompañarla á su casa; pero presentándole á la vez Miguel su brazo, admitió el favor de este último, dando las gracias á Rossi y ofreciéndole su casa.

Rossi se mordió los labios al creerse desairado, pero disimuló su disgusto con la sonrisa en los labios, aunque resuelto á vencer en aquella lucha amorosa, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al rival que se presentaba en su camino como un obstáculo á la realizacion de todos sus deseos.

Miguel se consideró, con la preferencia que le habia dado Matilde, el mas feliz de los hombres, y resolvió olvidar, con la seductora actriz, la memoria de Luisa.

Al llegar á la casa en que la actriz vivía, tocó Miguel la puerta que abrió al instante un portero: la jóven le dió las gracias por la galantería que habia usado acompañándola; le ofreció su casa, y Miguel se despidió ofreciendo visitarla al día siguiente.

CAPITULO V.

¡Un aviso.

En tanto que Miguel, buscando un levitativo á la pena que la causaba la indiferencia de Luisa, pasaba los dias al lado de la hermosa actriz, solo porque á ella se parecia; los españoles, radicados en México, recibían el último golpe que la infausta suerte les tenia reservado hacia mucho tiempo.

Este golpe fué la orden definitiva de expulsion, dada en 20 de Marzo de 1829, para que salieran de la República, sin detenerse mas que el tiempo indispensable para llegar á Veracruz, punto en que debían embarcarse.

Eta terrible ley, que fué uno de los últi-

mos actos del gobierno de Victoria, se publicó casi al mismo tiempo que la cámara de diputados, declarando insubsistente la elección de Pedraza, nombró presidente de la República al general Guerrero, y vicepresidente á D. Anastasio Bustamante.

D. Andrés y la hermosa Pilar recibieron aquella noticia, mudos de espanto y de terror: á ella le habian separado de su amante el dia mismo que debia unirse á él; y el verse obligada á alejarse del que era su amor, sin tener siquiera el gusto de despedirse, por haberle desterrado el gobierno á un pueblecito de indios, sintió oprimido el corazón de una pena difícil de explicar: á D. Andrés le faltaba su hijo Carlos, cuyo paradero ignoraba, y las tristes reflexiones que le sugería su desaparición, unidas á la pobreza á que le habian reducido los terribles sucesos del Parian, le tenían anonadado. El pobre anciano que hasta entonces se habia salvado de todas las órdenes dictadas contra españoles, merced á los empeños de su buen hijo, se encontraba entonces sin su apoyo, y no se atrevía á suplicar á nadie

que intercediese por él, temiendo comprometerle. En aquella época de efervescencia política, en que los partidos, guiados de un patriotismo sincero, se hacían una guerra á muerte, el que favorecía á un español era mirado por el gobierno como enemigo de la República. La noticia de la flota española y de los aprestos que en la Habana se hacían en aquel instante para invadir el territorio mexicano, irritaron mas y mas los ánimos, y fué causa de que se despertaran los enconos entre los ciudadanos de dos naciones que, por su religion, su idioma, sus costumbres y los lazos de familia, deben vivir como inseparables hermanas.

Como el decreto de expulsión total se publicó, según llevamos dicho, casi al mismo tiempo que la presidencia de Guerrero, las hijas y las esposas de infinitos españoles presentaron de rodillas al nuevo presidente una tierna exposición, manifestando una espantosa miseria á que iban á quedar reducidas mil y mil inocentes familias. Guerrero, conmovido por este espectáculo, prometió hacer de su parte cuanto á su alcance

estuviera, y pasó la expresada exposicion al congreso, manifestando lo complacido que quedaria en enjugar las lágrimas de tantos desgraciados. Al ventilarse en la cámara de diputados un asunto del cual dependia la suerte de innumerables familias, las tribunas destinadas al pueblo, se veian cubiertas de inconsolables mujeres, rodeadas de sus pequeños hijos, cuyo llanto y gemidos, sofocaban con frecuencia la voz de los oradores que tomaban la palabra ya en pro, ya en contra de la funesta ley. Pero todo fué inútil; despues de acalorados debates quedó el triunfo por los autores del decreto, y no se admitió otra excepcion que la imposibilidad fisica, manifestada por dos facultativos de entera confianza para el gobierno.

Al tocar la realidad de su desgracia, desoladas madres corrian con sus tiernos hijos ante los magistrados, para rogar á sus plantas que no expulsaran á sus esposos del país que habian adoptado como propio, pues no solo á ellos, sino tambien á sus familias que precisamente les habian de re-

guir, les privaban de la dulzura, de la quietud y de la tranquilidad. Pero aunque el corazon naturalmente sensible de los mexicanos se interesase por aquellos desgraciados séres, el deber de la patria, cuya seguridad creian comprometida y amenazada por una expedicion española, les obligaba á mantenerse inflexibles, y á llevar á cabo una determinacion que consideraban indispensable á la salud del Estado.

Sin embargo, la voz de algunas personas influyentes que trataban de desarmar la ira de las masas populares, seducidas por las lógicas de York, se hizo escuchar, y ya el horizonte político, con respecto á la expulsion, empezaba á despejarse, cuando vino á oscurecerlo completamente, la noticia de los aprestos que se hacian en la Habana para invadir la República. ¿Quién era capaz de contener entonces al pueblo? Nadie: el grito de mueran los *gachupines* dado en las lógicas yorkinas, resonó en las montañas y en las ciudades; y el gobierno, viendo comprometidas las vidas de los españoles radicados en el país, publicó una ley para

que salieran de él, creyendo que así los ponía á salvo de la muerte.

Desde el momento en que se publicó el decreto de expulsión, D. Andrés cobró algunas cantidades que le debían, vendió las alhajas y cubiertos de plata, restos de su antigua opulencia, ajustó el coche que les debía conducir á Veracruz, y esperó con religiosa resignación el día dispuesto para su marcha.

Era la noche vispera de su partida: el cielo estaba oscuro como el porvenir del hombre; las ramas de los árboles que circundaban la modesta mansion de Buenavista, murmuraban tristemente, mecidas por el viento, como si tratasen de manifestar el sentimiento que les causaba la partida de sus honrados moradores: Pilar y D. Andrés se encontraban en la misma sala en que, pocos días antes, se dispusieron los esponsales que debían unir á dos jóvenes que se amaban con la pasión mas férvida. ¡Cuánto ha cambiado la escena! Entonces todo era esperanza, todo alegría, todo proyectos de

ventura: ahora todo desengaño, todo tristeza, todo amargo porvenir.

Una vela de sebo, colocada en una palmatoria de latón, enviaba su agonizante luz sobre dos sillas y un humilde canapé de junco, únicos muebles que se encontraban en la casa; las puertas de los balcones y de los cuartos, estaban despojados de sus cortinas; y en vez de la mesita circular que antes ocupaba el centro de la sala, se veía un baúl lleno de ropa, sobre el cual descansaba la palmatoria que alumbraba la desmantelada estancia.

Pilar y D. Andrés estaban sentados en el canapé: en el rostro de ambos estaba impresa la mas profunda amargura, y en sus ojos, velados por la tristeza y el dolor, brillaban sin cesar dos lágrimas que ocupan el lugar de las que descendían por sus semblantes, para cedérselo, en el acto, á otras y otras que brotaban del corazón.

—¡Hija mía!—dijo el anciano rompiendo el silencio, y estrechando en sus manos la helada de Pilar:—tienes razon de estar tris-

te; yo, que debia consolarte, soy el primero en atormentarte con mis sollozos.

—Nada de eso, padre mio: el llanto es el consuelo de los desgraciados, y yo no puedo exigir que renuncie vd. al único bien que minora las penas del corazon.

—¿Y cómo no he de llorar? Mañana vamos á dejar para siempre el suelo en que reposa tu buena madre. ¡Trabajos y miserias te esperan, hija mia, en un país en que ya no conozeo á nadie!.... ¡Triste suerte la tuya!.... ¡Tú que has vivido siempre en la abundancia!....

—No se aflija vd., padre mio, no se aflija vd.... Yo no ambiciono mas bienes de fortuna, que verle á vd. contento, tranquilo.

—¡Contento!.... ¡tranquilo!.... ¡eso es imposible mientras no sepa qué ha sido de mi hijo, de mi querido Carlos!....

Pilar se conmovió al escuchar el nombre de su hermano; su corazon se cubrió de letal melancolía al pensar en que iba á partir sin él, sin verle, sin darle el último adios, sin estrecharle contra su amante pecho.

—Partir dejándole!....—exclamó Pilar

sin ser dueña de moderar su dolor ni sus sollozos.—Padre mio, es preciso que hagamos el último esfuerzo para alcanzar que se retarde nuestra salida, siquiera hasta encontrarle, hasta saber dónde se halla.

—Pero ¿de qué manera?

—Corramos los dos á ver á los ministros ahora mismo: pintémosles nuestra amarga situacion, y estoy segura de que, al ver nuestras lágrimas, el dolor de una hija inconsolable y la desesperacion de un padre, se interesarán por nosotros, y nos concederán lo que nuestra justa súplica les pide.

—No lo creas, hija mia.

—¿Y qué perdemos con probarlo?

—Nada, ciertamente.

—¿Accede vd?

—Sí, hermosa Pilar; demos el último paso: no quiero que me quede el remordimiento de haber dejado de hacer nada por encontrar á mi querido Carlos.

—Y le encontraremos, estoy segura de ello, me lo anuncia el corazon.

—Ademas, si conseguimos que el gobierno nos conceda algunos dias mas de per-

manencia, podrá tu inolvidable D. Antonio, el hombre de quien debias ser esposa, y de cuyos brazos te arrancaron el día mismo en que se iban á celebrar tus esponsales, podrá, repito, probar su inocencia, y marchar en nuestra compañía á España, donde te unirás á él inmediatamente.

En los ojos de Pilar brilló el amor y la esperanza.

—¡Ah!.... sí, padre mio; desterrado en ese humilde pueblo de indios, de donde no le permiten salir, no tiene otro consuelo que las cartas que le escribo, y moriría de pena al saber nuestra partida.

—Eso no, porque ya está de acuerdo en marchar á Madrid en cuanto le alean su destierro, si ántes nos hemos visto obligados á abandonar el país.

—Pero ¿cuánto sufriría él y sufriría yo, padre mio, en esta ausencia!

—Lo sé, hija mia, lo sé, y yo estoy obligado á hacer cuanto esté de mi parte para ahorrarte ese dolor.

—¡Cuán bueno es vd., amado padre!

—¡Y qué padre no lo es con sus hijos!

Salgamos, Pilar: dejaremos cerrada la casa, puesto que hemos despedido á todos los criados.

—Sí, salgamos: y quiera Dios que el coche que ha de venir al rayar el día de mañana para conducirnos á Veracruz, no tenga necesidad de sentir nuestro peso.

Al concluir estas palabras, D. Andrés y Pilar se dispusieron á salir.

Tres golpes que á la puerta dieron, les hizo suspender su marcha.

—¿Quién llama?

Preguntó D. Andrés desde un extremo de la sala á que se habia dirigido para tomar su sombrero.

—Una persona desconocida para vd., pero que es portadora de buenas noticias.

Contestó una voz desde afuera.

A la palabra *buenas noticias*, el semblante del padre y de la hija reflejaron la alegría mas intensa del alma: el anciano cruzó de un salto la sala, abrió la puerta, y vió entrar por ella un hombre del bajo pueblo.

—¡Vaya vd. á salvar á su hijo inmediatamente!

Dijo con afán y misterio, en cuanto entró en la pieza.

—¡A mi hijo!

—¡A mi hermano!

AL Exclamaron llenos de gozo y de asombro Pilar y D. Andrés.

—Si señor: una casualidad me ha conducido al sitio en que le tiene preso, segun él me ha dicho, un malvado.

—¿El nombre de ese malvado?

Preguntó con ansia el anciano.

—Rossi, segun me ha dicho su hijo de vd.

—¡Ah!... Lo sospechaba. Pero ¿cómo ha podido vd. verse con mi Cárlos en la prision en que le tiene mi mortal enemigo?

Por una de esas circunstancias providenciales que echan por tierra los planes de los malvados.

—Hable vd., hable vd.

—Es que estamos perdiendo unos momentos preciosos:—dijo el hombre impaciente por la tardanza:—su hijo de vd. D. Cárlos, me ha dicho que vuela vd. al instan

te á su lado; y mientras nos dirigimos á toda prisa á salvarle, le contaré á vd. en el camino todo lo que sé.

—Salgamos sin perder tiempo.

Dijo D. Andrés.

—No tarde vd., padre mio:—exclamó Pilar con voz suplicante.—Ya sabe vd. que quedo sola en casa, y que estaré llena de miedo hasta que vuelva vd.

—Si, volveré pronto—contestó el anciano besando en la frente á su hija:—¡adios! dentro de un instante estaré aquí con tu amado Cárlos.

Y D. Andrés, trasportado de gozo, salió tras el desconocido, dirigiendo á su hija una de esas miradas que expresan todo el cariño que encierra el corazon de un padre.

Preocupado con la agradable idea de ver á Cárlos, partió á la calle, sin acordarse de cerrar la puerta que quedó abierta de par en par.

Pilar que, participando del mismo placer que su padre, no habia fijado tampoco su atencion en aquel descuido, se sentó en el canapé á esperar la llegada de su hermano.

Ocupada su imaginación en mil risueños proyectos para el porvenir, no pensó en otra cosa que en la felicidad que le esperaba. Tras el encuentro de Carlos pensó que llegaría la libertad de D. Antonio, y su corazón experimentó esa superabundancia de ventura que vierte en el alma la seguridad de un bien que se espera.

Pero como los goces mentales, así como los materiales, solo nos halagan un instante, para hacernos sentir después con más fuerza la amargura que traen consigo las desdichas y los funestos pensamientos, á las ideas de una gloria sin término, sucedieron otras de luto y sangre.

Pilar, que al principio había experimentado ese indecible placer que siente el alma al escuchar una nueva tan grata como inesperada, quedó de repente triste y pensativa, sin saber qué juicio formar de aquel hombre que acababa de salir con su anciano padre.

Un pensamiento terrible cruzó por su imaginación, que la llenó de espanto.

—¿Es un amigo—dijo para sí—ó un mal-

vado que se ha valido de un pretexto para separarme de mi padre y dejarme expuesta á la venganza de Rossi?

Y Pilar se estremeció haciendo crujir el débil canapé en que estaba sentada.

Esta espantosa idea fué cobrando por momentos, formas colosales que la hicieron estremecer.

—¡Cuánto tarda en volver!...—dijo cuando apenas habían pasado cinco minutos: tal era el pavor que le causaba aquella soledad.—¡La noche está tan oscura!...—Y se quedó callada, porque tenía miedo aun de sus mismas palabras.—¡Oigo pasos!... ¡será mi padre! ¡Dios lo quiera!...

Pero los pasos cesaron, sin que aquel se presentase, y Pilar volvió á temblar.

—¡Y está la puerta abierta!...

Prosiguió Pilar mirando hácia la puerta que tenía enfrente, sin atreverse á cerrarla; porque el terror pánico que se había apoderado de ella, le impedía moverse del sitio que ocupaba.

De repente oyó que un coche paró en la calle.

— Ahí llega.

Exclamó con alegría. Poco despues oyó pasos en el corredor; pero cesaron de repente sin que nadie apareciera.

Pilar sintió correr por su cuerpo un frio mortal, y no se atrevia á preguntar quién era el que aquellos pasos daba. Trémula de terror, fijó los ojos en la puerta que, como hemos dicho, estaba abierta, procurando contener la respiracion, pero nada veia.

Sin embargo, el ruido casi imperceptible de las pisadas de algunas personas que se acercaban con sigilo, creia distinguir á cada instante, aumentando su temor.

La jóven estaba pálida como la muerte y sin fuerzas. Al cabo de algunos instantes vió distintamente entre las sombras del corredor, los bultos de algunos hombres que caminaban sobre las puntas de los piés, con direccion á la pieza en que ella estaba.

Pilar se estremeció. A medida que los bultos se aproximaban, su terror y debilidad se aumentaban tambien. De repente los vió entrar en la pieza en que estaba: dió un grito espantoso, y cayó en tierra sin sen-

tido. Los hombres se arrojaron entonces sobre ella, y agarrándola entre los brazos, la sacaron de allí, y la metieron en el coche que en la calle les esperaba.

— ¡Por dónde vamos, señor Rossi?

Preguntó uno de los que habian sacado á Pilar, dirijiéndose á un hombre que los esperaba dentro del carruaje.

— Al callejon de Cuajomulco, número.... Respondió Rossi, nombrandó en voz baja el número.

El coche partió al instante, y poco despues la calle quedó sola y en mayor silencio.

puerta del zaguan que cedió á su impulso, y entró en la casa volviendo á cerrar la puerta.

D. Andrés se puso á esperar, contento con la esperanza de volver á ver á su amado hijo. Ya no le parecia tan insupportable el destierro hácia el que tenia que marchar al siguiente dia. Sus dos hijos eran todo su amor, y con ellos ya se consideraba feliz en cualquiera parte del mundo.

Entregado á tan lisonjeras ideas, miró trascurrir media hora sin que el personaje que habia entrado, volviera á salir.

—¿Le habrán sorprendido?

Pensó para sí: y esperó impaciente otro cuarto de hora mas. Pero el hombre no parecia, y D. Andrés, no pudiendo resistir á la impaciencia de ver á su hijo, se decidió á entrar.

El animoso anciano cruzó de una acera á otra, empujó la puerta, y penetró en el edificio, en el cual reinaba la mayor oscuridad y el mas profundo silencio. D. Andrés miró hácia todas partes, y solo vió cuartos

CAPITULO VI.

Donde se cuenta lo que le pasó al padre de Pilar.

D. Andrés y el desconocido caminaban á prisa y en silencio por calles retiradas, muchas de ellas desconocidas del primero.

De repente se detuvo el segundo enfrente de una casa baja de mal aspecto, cuyo zaguan estaba cerrado.

—Espéreme vd. aquí:—dijo el hombre á D. Andrés.—Esa es la casa; pero antes de que vd. entre, quiero asegurarme de si está solo su hijo de vd.

—Muy bien.

Contestó el padre de Pilar. Entonces el desconocido pasó á la otra acera, empujó la

arruinados en que ninguno habitaba. Anduvo algunos pasos mas, y se encontró en un gran patio de derruidas paredes que daba al campo. Como nadie habia tampoco en aquel patio, temió D. Andrés que le hubiesen tendido un lazo, y empezó á llamar en alta voz, sin que nadie respondiera á sus palabras.

Entonces conoció que sus enemigos se habian valido de su credulidad para perderle, y su corazon tembló, con la memoria de su hija á quien habia dejado sola.

La maldad de Rossi se presentó á su imaginacion con toda su deformidad, y sospechó que, aquel paso, habia sido dirigido por él para apoderarse de Pilar.

Combatido por esta idea que heló toda su sangre, salió precipitadamente de aquellas ruinas, atrevesó en alas del amor paternal, las calles de México; penetró en su casa con el corazon palpitando de temor, llamó desde la escalera á su hija; subió de tres en tres los escalones con la ansiedad que causa el presentimiento de una desgracia, y viendo que nadie respondia, entró en la

habitacion de Pilar que la encontró sin el amado objeto que buscaba.

Pintar la desesperacion de aquel desdichado padre al encontrarse sin su amada hija, seria imposible: cosas hay que solo el que tiene conocimiento del mal, puede figurarse lo que padecerá otro en circunstancias iguales. Nunca tendrán las palabras la fuerza del sentimiento, por muy bien dichas que estén; pues nunca la pintura puede igualar á la naturaleza.

D. Andrés lloró, llamó á su hija, la buscó por todas partes, y pasó toda la noche como un loco.

La luz del nuevo dia vino á aumentar su dolor y á hacer mas horrorosa su situacion.

Tenia que partir, y Pilar se quedaba, sin duda, en manos del pérfido Rossi que trataba de perderla y deshonorarla!... ¡Terrible conflicto!

El coche de camino paró en aquel momento en la puerta, y dos agentes de policía entraron adonde estaba sin consuelo el desdichado padre, á quien ordenaron se pusiera inmediatamente en camino.

D. Andrés suplicó que le dejaran buscar á su hija; pero sus ruegos fueron inútiles: la orden del gobierno era terminante; y los agentes de policía, auxiliados de los soldados que debían custodiar, le obligaron á entrar al carruaje, que pocos instantes después salía de la capital llevando á aquel inconsolable padre, que dejaba en ella los mas caros objetos de su corazón.

CAPITULO VII.

La expulsion.

México presentaba el aspecto mas triste y desgarrador en los terribles días que se llevaba á efecto la funesta ley de expulsion.

Millares de familias de españoles, unas en coche, en carros otras, muchas en flacas caballerías, y á pié todas aquellas que no contaban con recursos pecuniarios para hacer el viaje con menos incomodidad, salian de todos los puntos de la República, y se dirigian al puerto de Veracruz, donde se debían embarcar para otros países.

Las lóginas de York, habían logrado ya lo que tanto habían deseado.

Los Estados-Unidos, bajo cuya influencia obraban los principales jefes de aquellas sociedades secretas, vieron realizada la idea que por mucho tiempo habian halagado; la de engrandecer su país con los males de los mexicanos, abriendo las puertas de su patria á los hacendados y comerciantes españoles que, con sus inmensos capitales, les llevaban la riqueza que tanto habian codiciado.

Mas de doce millones de duros que pudieron recoger de los inmensos capitales que dejaron en el país, pasaron de golpe á circular al Norte-América, que, poco despues vió llegar á su seno el resto de las fortunas de tantos expulsos, segun iban vendiendo sus haciendas, fábricas y negociaciones que habian dejado encomendadas á personas de confianza para su realizacion.

Sin embargo, muchas voces se levantaron en el congreso para probar los males que á la patria sobrevendrian con la ley de expulsion que arrancaba del suelo los mas fuertes capitales, y dejaba desiertas las poblaciones, compuestas en gran parte, de fami-

lias de españoles, que se disponian á seguir á sus padres, á extraños y lejanos países, de donde tal vez, no volverian jamas.

Entre los que sobresalieron por su energía, por la rectitud de principios, su franqueza, su honradez y las sólidas razones con que patentizaba la inconveniencia de expulsar á los españoles, debe figurar en primer término, D. Manuel Maria Perez, gobernador de Veracruz en aquella borrascosa época, quiea, al recibir la órden del gobierno para que publicase en su Departamento la ley de expulsion, se negó á hacerlo, manifestando que la consideraba contraria á los intereses de la patria.

Los comerciantes españoles de Veracruz, y los que llegaban con sus familias de los demas puntos para embarcarse, respiraron un momento, porque aquella resolucion del gobernador, les permitia disponer, siquiera, de algunos dias mas para dejar menos abandonados los intereses que, por la premura del tiempo, se veian en la dura necesidad de dejarlos encomendados á extrañas manos. Pero la luz benévola de aquella estre-

lla que aparecía en medio de la tempestad, no podía alumbrar por mucho tiempo.

El pueblo, sabedor de lo que pasaba, y capitaneado por agentes del gobierno, se agolpó á las puertas de su casa, amenazándole con la muerte, si no publicaba en el acto la expresada ley. D. Manuel María Pérez, lejos de acobardarse con aquella demostracion hostil, se presentó en el balcón y habló á la multitud en nombre de la humanidad, de la justicia y del bien de la patria, procurando disuadirla de su empeño. Pero todo fué inútil: las turbas, al ver su resistencia, echaron á tierra las puertas, penetraron en su casa con intencion de asesinarle, y él se vió al fin precisado á huir, para salvarse del furor popular.

Este rasgo, dictado por la rectitud de principios que profesaba, agregado al patriotismo á toda prueba que la nacion entera reconocia en él, fueron, pasada aquella agitada época de efervescencia y de delirio, los que rodearon su nombre, entre españoles y mexicanos, de un prestigio y respeto

que son el mejor elogio que hacerse puede de sus altas virtudes.

Don Andrés llegó á Veracruz enfermo y abatido: la memoria de sus hijos, y muy particularmente de Pilar, tan pérfidamente arrebatada de su casa la noche en que valiéndose de un engaño lograron separarle de su lado, afectó en grado tan alto aquel corazón noble y paternal, que muchos de sus compañeros de infortunio temieron por su vida.

Obligado como todos á embarcarse inmediatamente en los buques norte-americanos que habian acudido al puerto para especular con los desgraciados, ajustó su pasaje en un precio exorbitante, y se trasladó al barco que debia conducirle á extraños países.

Dada la señal de partir, los marineros levaron anclas, y el piloto dirigió la proa del bajel hácia el rumbo que debia llevar.

D. Andrés, colocado en la popa del buque, y apoyado en la obra muerta, contemplaba con el corazón oprimido, las playas

mexicanas, de que se iba alejando tal vez para no volver nunca.

Poco á poco se fué perdiendo de vista la tierra; y D. Andrés, que tenia fijos los ojos en ella, al verla confundirse en el horizonte y desaparecer al fin entre las espumosas olas, sintió una opresion aguda en su pecho, que hacia penosa su respiracion, dirigió su mirada al cielo como el hombre afligido que se mira abandonado del mundo, y volviéndola á colocar en el rumbo en que dejaba los objetos mas caros de la vida, exclamó con el acento mas profundo de dolor.

¡Hijos de mi alma!.... ¡Adios!.... adios!....

Y los sollozos ahogaron sus palabras, mientras sus lágrimas iban á confundirse con las brillantes aguas del inmenso mar.

Pero dejémosle entregado á las melancólicas ideas que ocupan su mente, pues ellas son el dulce alimento del desgraciado, y digamos algo sobre la desaparicion de Carlos.

¿Era realmente á él, á quien encontró Enrique muerto en la lógia de San Juan de York?

Sin duda alguna.

¿Cómo es, se preguntará ahora el lector, que siendo Carlos hijo de español y contrario á la doctrina de expulsion que predicaba el partido yorkino, pertenecía á las lógias de éstos? Voy á decirlo. El hijo de D. Andrés, conociendo que la mejor manera de interceder por su padre, era pertenecer á los que habian resuelto la expulsion de españoles, se inscribió en ellas para que, atendiendo á los servicios que al partido fingia prestar, exceptuaran á su anciano padre de la terrible ley que debía arrancarle del suelo que amaba como á su patria. El noble jóven contaba con el buen corazon de sus compatriotas, y hubiera conseguido, sin duda, su objeto, si Rossi, llevado de la idea de hacer salir de México á D. Andrés, por las razones que el lector irá viendo mas adelante, no hubiera cortado el hilo de sus dias. Pero á los planes del capitan sardo, convenia oponerse á todo lo que favoreciese al hombre que se habia propuesto perseguir, y no le faltó un pretexto para medir su espada con la de Carlos que, por su par-

te, odiaba á aquel malvado con todo su corazón.

Hé aquí lo que provocó el duelo entre Rossi y el hermano de Pilar.

Poco antes de que Miguel penetrara en la lógia para descubrir el secreto que á Fernando conducía, habia entrado Cárlos. Rossi que, en aquella noche tenia á su cargo recibir la contraseña de los sόcios políticos, al abrir la puerta hizo de ex-profeso, que Cárlos tropezara con él.

—Torpe está vd. esta noche.—Le dijo con tono grosero é insolente, buscando un pretexto para reñir.—El hombre bien educado mira donde pisa para no nivelarse con las bestias.

—Y vd. está altamente grosero—contestó con furia reconcentrada el jóven—para aspirar al nombre de caballero.

—Pronto le haria ver á vd. que lo soy, si vd se considerara con bastante sangre fria para ensayar la prueba.

—Nunca acostumbro desairar peticiones de esa naturaleza.

Contestó Cárlos, exaltándose por grados,

y llevando la mano á la empuñadura de una espada que llevaba oculta debajo de la levita.

—En ese caso, pronto podrá vd. resolver mis dudas.

—Bien, salgamos.

—Yo le iba á suplicar á vd. que entráramos.

—¡Cómo!

—Piezas hay en este edificio, por las cuales nadie pasa, y que guardarán el secreto con mas fidelidad que el bosque mas apartado.

—Como vd. guste. Pero faltan padrinos.

—Una persona hay que escucha nuestra conversacion, que será el mio.

Y á una órden de Rossi, un sόcio, compatriota de él segun su acento, bajó del corredor, desde donde habia presenciado la anterior escena.

—¡Es decir—exclamó Cárlos sorprendido—que estaba ya premeditado este lance?

—Sí; lo estaba; porque yo he jurado vengarme de los desprecios que de vdes. he recibido, labrando la ruina de toda su familia.

—No perdamos los instantes: entremos: no faltará en los pasillos algun amigo que se digne servirme de padrino.

En aquel momento llamaron á la puerta: Rossi recibió la contraseña, y abrió.

—Buenas noches.

Dijo penetrando en el espacioso zaguan el que habia llamado, y que vestia el traje con que iban aquella noche los socios.

—Carlos reconoció en la voz á uno de sus mas leales amigos, y le habló algunas palabras en secreto, á las que el nuevo personaje contestó con una señal afirmativa. Entonces el hermano de Pilar, dirigiéndose á Rossi, le dijo:

—Vamos.

Y los cuatro se dirigieron al cuarto en que Enrique encontró muerto á Carlos.

Allí, seguros de no ser sorprendidos, y á presencia de los padrinos, cruzaron sus espadas luchando con indecible arrojo y maestría, hasta que la suerte, favoreciendo á Rossi, hizo que Carlos cayese sin vida á los pies de su implacable enemigo.

CAPITULO VIII.

[Será ella?

En tanto que la hermosa Pilar se ve arrebataada por el hombre que ha jurado poseerla á toda costa, y marcha D. Andrés hácia otros países sin sus queridos hijos, únicos apoyos con que contaba en su vejez y su destierro, D. Antonio se encontraba desterrado en uno de los pintorescos pueblecillos de indios que se levantan á orillas del canal que une los dos grandes lagos de Chalco y de Texcoco, que embellecen el frondoso, exuberante y espacioso valle de México.

Este pueblecillo es Ixtacalco, que viene de las voces *ixtila calli*, que significa *casa*

—No perdamos los instantes: entremos: no faltará en los pasillos algun amigo que se digne servirme de padrino.

En aquel momento llamaron á la puerta: Rossi recibió la contraseña, y abrió.

—Buenas noches.

Dijo penetrando en el espacioso zaguan el que habia llamado, y que vestia el traje con que iban aquella noche los socios.

—Carlos reconoció en la voz á uno de sus mas leales amigos, y le habló algunas palabras en secreto, á las que el nuevo personaje contestó con una señal afirmativa. Entonces el hermano de Pilar, dirigiéndose á Rossi, le dijo:

—Vamos.

Y los cuatro se dirigieron al cuarto en que Enrique encontró muerto á Carlos.

Allí, seguros de no ser sorprendidos, y á presencia de los padrinos, cruzaron sus espadas luchando con indecible arrojo y maestría, hasta que la suerte, favoreciendo á Rossi, hizo que Carlos cayese sin vida á los pies de su implacable enemigo.

CAPITULO VIII.

[Será ella?

En tanto que la hermosa Pilar se ve arrebataada por el hombre que ha jurado poseerla á toda costa, y marcha D. Andrés hácia otros países sin sus queridos hijos, únicos apoyos con que contaba en su vejez y su destierro, D. Antonio se encontraba desterrado en uno de los pintorescos pueblecillos de indios que se levantan á orillas del canal que une los dos grandes lagos de Chalco y de Texcoco, que embellecen el frondoso, exuberante y espacioso valle de México.

Este pueblecillo es Ixtacalco, que viene de las voces *ixtila calli*, que significa *casa*

blanca; pintoresca mansion llena de vida y de poesía, cubierta de árboles y flores, descansando sobre el apacible lago, como una sirena de resistible atractivo en medio de las azules ondas de un mar en calma; pueblo que no ha perdido el tinte original de sus primitivos tiempos; pueblo que conserva en todo su vigor aquella agricultura sencilla, pero adelantada, que llenó de asombro á los guerreros españoles, que, no cabiendo sus hazazas en el viejo mundo, buscaron otro nuevo, vírgen y espacioso donde eternizarlas.

D. Antonio vivia en este ameno sitio, mas tranquilo y mas contento de lo que habiera estado en una de las muchas y buenas ciudades en que abunda aquel país: allí, al menos, sabia que estaba casi á las puertas de la capital en que respiraba la mujer que amaba: un indio salia casi todas las mañanas muy temprano en su canoa y bajaba á la ciudad para entregar á Pilar alguna carta amorosa, y volvia á las cuatro horas con la anhelada respuesta y algunos periódicos que D. Antonio leia con indecible afán. Su

carácter dulce y servicial le habian conquistado el cariño de todos los habitantes de aquel pueblecillo, en que no oia mas que el ruido de las ligeras chalapas que se deslizaban por el estrecho canal, y el canto de los pájaros de brillante plumaje que, cual errantes flores, cruzaban de rama en rama entonando himnos al Autor de la naturaleza. Al pasar por las chozas de los indios, los hijos de éstos, que desnudos jugaban á la puerta, llamaban á sus padres que se asomaban para saludar con respeto al benévolo médico que les curaba sus dolencias sin retribucion de ninguna clase.

D. Antonio vivia en este pueblo de indios como un buen padre en medio de sus amorosos hijos. Las chozas de todos estaban abiertas para él, de la misma manera que se abren para el jefe de la familia; y cuántas veces, en sus proyectos de ventura, pensó que en ninguna parte podria ser mas feliz con su amada Pilar, que en medio de aquellos sencillos habitantes que descono-

cian el dolo y las intrigas, la enconosa política y la bastarda ambicion.

Sin duda el lector extrañará que califique yo de sencillos y pacíficos á los indios, después de la pintura que de ellos nos hacen muchos novelistas y viajeros, los cuales nos los presentan con los rostros pintorreteados, con flechas, arcos y plumas en la cabeza. No hace mucho que leí un libro, apreciable por otros títulos, donde el héroe era un indio de uno de los pueblos de México, y al cual le presentaba el autor ni mas ni menos que como podría presentárnoslo al desembarco de Hernan Cortés. Este es un error nacido del ningún conocimiento del país que describen, y el cual me creo en la obligación de desvanecer, para que el lector tenga una idea cabal de lo que en realidad son los indios, y no viva engañado con narraciones inexactas.

Esta aclaracion, además de ser de suma utilidad para aquel que desee conocer la índole de los pueblos, servirá también para que fijemos mas y mas la atencion en el gé-

nero de vida que haria en sitio tan pacífico, el novio de la simpática Pilar.

Es innegable que aquella raza indómita y guerrera, que tan obstinadamente luchó contra las fuerzas aliadas del intrépido Hernan Cortés; aquella raza que contaba entre sus emperadores con hombres del temple de Guatimoc, que sufriendo con heroicidad el tormento del fuego, y sintiendo abrasarse las plantas de sus piés sin exhalar un gemido, solo despegó sus labios para decir á uno de sus guerreros que se quejaba: *¿estoy yo acaso sobre una alfombra de rosas?* Es innegable, repito, que aquella valerosa y arrogante raza, ha degenerado completamente. A la intrepidez, arrojo y patriotismo que entonces desplegaron los hijos de aquella encantadora region, han sucedido la humildad, la timidez y la desconfianza. Al tornarse de conquistadores en conquistados, debieron sentir sin duda tanto el dolor que experimenta el valiente de verse vencido, que el desaliento y la tristeza forman sin duda los poderosos agentes que operaron ese cambio repentino que se notó en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

desde los primeros años de la conquista. Se creyeron superiores á todos los pueblos; y al perder su libertad, desapareció el encanto que les prestaba aliento y brío; se desvaneció la dulce ilusion que los alimentaba, y viendo que hasta sus dioses eran inferiores al Dios que luchaba contra ellos, se entregaron á esa desesperada indiferencia en que cae el hombre cuando llega á vencerse de la incurabilidad de sus males. Mientras creyeron en sus tradiciones, mientras tuvieron á su lado valientes emperadores que los condujeron al combate; mientras creyeron en el poder de sus dioses y en la influencia que con ellos ejercian los sacerdotes, lucharon con una constancia que asombró al mismo Hernan Cortés. Pero cuando viéndose vencidos llegaron á persuadirse de que sus tradiciones descansaban sobre una base falsa; cuando vieron aherrajados á sus emperadores casi divinizados por ellos hasta entonces; cuando se persuadieron de que sus deidades eran impotentes, y que sus sacerdotes carecian del inflajo divino de que los creian revestidos,

cayeron en ese abatimiento que cambia la naturaleza del hombre, y que es el virus mortífero que inocular á las generaciones que van á sucederle.

Hé aquí, á mi juicio, la causa de ese cambio que se nota entre la raza primitiva india y la presente. Podré muy bien equivocarme; pero en mi concepto, no reconoce otro origen esa transicion violenta que se operó en el antiguo imperio azteca.

Comparemos hoy el carácter de los indios de esas tribus nómades y salvajes que caen como un torrente sobre las provincias de Durango y Zacatecas, arruinándolas y devastándolas, con el carácter del indio que admitió el influjo de los conquistadores, y veremos que los primeros son arrogantes, valientes, robustos, sufridos, astutos y altaneros, á la vez que el segundo es sumiso, débil, apocado y falto de energía.

La independencia es á las naciones, lo que el sol á las plantas; necesitan de su fuego vivificador para que no se hiele la raíz que las nutre y fortalece. Verdad es, que los indios han recobrado su independencia

desde que México se emancipó de su metrópoli; pero á las sociedades que perdieron una vez su libertad, les acontece lo que á las flores arrancadas del pensil en que crecían libremente, y que se colocan en brillantes bombas de cristal dentro del retrete de alguna hermosa; extrañan las brisas puras de la campiña y crecen débiles; y cuando vuelven á ser colocadas en el lugar de que fueron arrancadas, se encuentran ya tan lánguidas, que nada puede prestarles su pasada galanura.

Los reyes españoles vigilaron con un amor verdaderamente paternal, desde los primeros años de la conquista, por la conservación y bienestar de los indios; y las leyes de Indias son un monumento que honrará siempre á nuestros monarcas. Empero, estos cuidados, dignos por cierto de elogio, podían considerarse como los que prodigan los botánicos de la helada Rusia á las plantas de países cálidos, que crecen sin fuerza en los invernáculos en que las han colocado.

Los indios habían cambiado, no por grados, sino de repente, de religion, de creen-

cias, de costumbres, de trajes, de Dios y de ceremonias: vieron naufragar su imperio en la sangre vertida por los intrépidos guerreros que lo defendieron, y levantarse otro sobre la roja espuma, como se levanta un bajel sobre las mismas olas que acaban de sepultar en su seno otra velera embarcacion que poco antes se deslizaba serena sobre el húmedo elemento; vieron suceder á sus *teocalles*, magestuosos templos católicos; á sus queridos penates, las imágenes de los santos; á sus arraigadas costumbres, otras nuevas que habían importado de Europa sus dominadores; y al cambiar de posicion social, cambiaron también de carácter y hasta de fisonomía, que hasta allá se extiende el influjo que ejerce la fuerza moral sobre la física.

Los indios tienen la tez cobriza, largo, negro y lacio el cabello, que muchas veces lo llevan trenzado con cintas de colores; junta y poblada la ceja; nada de patilla; y escasos el bigote y la perilla; son bien formados; sueltos y ligeros; tienen ojos grandes, vivos y negros; gruesos labios y encen-

didos, nariz chata y dientes blancos como el marfil. El traje que usan es: pantalon poco largo de gamuza, abierto por los lados, que llaman *calzoneras*, sostenidas por un ceñidor ordinario; sombrero de petate de anchas alas; sandalias ó *guaraches*, como dicen los indios, sujetas al pié, que lo llevan sin media, por medio de ligeras correas de cuero; camisa de algodón que hace á la vez los usos de chaqueta, y una frazada de poco valor, hecha por ellos, que desempeña los oficios de capa, de colcha, y con frecuencia de sofá.

El indio es excesivamente dócil, humilde y servicial: á estas bellas cualidades que lo recomiendan, reúne otra no menos importante, su respeto profundo hácia la raza blanca, y muy particularmente á las personas que en su fisonomía revelan un fondo de alma compasivo. No una, sino mil veces he visto á los indios de ambos sexos, acercarse á personas que juzgan virtuosas, y poniéndose de rodillas, pedir que les echen la bendición; y no retirarse hasta haberla alcanzado; conseguido lo cual, besan la ma-

no del que les ha bendecido, retirándose llenos de regocijo.

Esta humildad y este respeto hácia la gente blanca, hacen del indio un buen criado, un ciudadano pacífico y un excelente soldado que sabe morir donde sus jefes le mandan.

La comida del indio es sumamente frugal, pues se reduce á *frijoles* (judías) *chile*, (pimiento) y á un poco de maiz molido de que hace *tortillas*, que es el pan que consumen: sus casas son débiles chozas construidas por ellos mismos, y su placer favorito las funciones religiosas, como el día destinado á festejar el santo del pueblo.

Los indios son altamente supersticiosos; creen en brujas, y evitan el que ciertas personas, que están designadas como poseídas de espíritus malignos, los miren, porque dicen que hacen ajojo, esto es, que con solo fijar la vista en cualquier objeto, lo rompen si es inanimado, y lo enferman para siempre si es animado.

Entre esta clase, pues, sencilla, humilde y servicial, vivía D. Antonio, el apasionado

amante de Pilar. Dotado, como hemos tenido lugar de conocerlo, de una alma noble á todas luces, y sin otra ambicion que la de alcanzar la mano de la mujer única que había hecho latir su corazón de amor, su pensamiento estaba dominado continuamente por una sola idea; la de volver al lado del ángel de sus ensueños, en quien residía su eterna felicidad.

Hombre de claro talento y que apreciaba en su justo valor la grandiosa mision que está llamado á llenar todo el que abraza la honrosa profesion de médico, los ratos que robaba al recuerdo de su cariño, los dedicaba al análisis de varias yerbas desconocidas que aumentarían los recursos de la ciencia.

Su habitacion, situada á orillas del estrecho canal, y enfrente á las floríferas chinampas que, en número infinito, descansan sobre el tranquilo lago como otras tantas islas encantadas, disfrutaba de una vista la mas deliciosa que la imaginacion del mas fecundo poeta pudiera concebir.

Generalmente pasaba D. Antonio la mayor parte del día en un sencillo, pero poé-

tico mirador que sobre la azotea de la casa se elevaba, dominando el espacioso valle de México, desde donde veia, casi perdiéndose en el horizonte, los suntuosos edificios de la gran ciudad en que residia la bella mujer que amaba.

Desde que salia el sol, subia á aquel sitio, escribia alguna sentida carta para Pilar, que la enviaba en seguida con el indio que á su servicio tenia; y mientras llegaba éste con la contestacion, se entretenia en leer los periódicos, para ver si decian algo de la expulsion de los españoles que se esperaba de un momento á otro, y que él temia por no ver salir del país á las personas que debian formar su familia.

El día en que nos encuentra nuestra historia, se habia levantado una hora antes de la de costumbre: un secreto presentimiento de que le iban á separar de la mujer que amaba, le habia impedido consiliar el sueño en toda la noche. Atormentado con esta funesta idea, escribió una esquela corta, pero expresiva, á su amada; llamó al indio que entró con unos periódicos que colocó

sobre una mesita redonda, le entregó cerrado el papel, y le encargó volviese lo mas pronto posible. El indio obedeció; preparó su ligera chalupa, y se puso en camino para la capital.

D. Antonio, deseando apartar de la memoria el alarmante pensamiento que le atormentaba, cogió uno de los periódicos que había llevado el criado, rompió la faja en que estaba puesto, y se puso á leer las noticias de mas interés. De repente se le vió palidecer á la vista de un epígrafe que en cabeza un párrafo.

—¡Dios mio!—exclamó fijando los ojos en los renglones que le habian alarmado.—
¿Se realizará mi terrible presentimiento?
¡Ah!... leamos.

Y sin detenerse un instante, y con la avidez del que espera la realizacion del asunto mas importante de la vida, leyó lo siguiente: "Expulsion." Hoy al rayar el dia han salido de la capital para embarcarse en Veraacruz, varias familias de españoles, entre las cuales se cuenta la de D. Andrés Moneada."

—¡Qué veol—gritó sin querer leer mas, y arrojando el papel de las manos—¡les han obligado á salir sin darles tiempo de que me lo escribieran?... ¡Me arrebatan la mujer que amo!... ¡me separan de ella... ¡No: eso es imposible!... Es preciso que yo vea á las personas de mas influjo con el gobierno, que les suplique, que les ruegue, que gaste toda mi fortuna, si es preciso, para alcanzar la excepcion de D. Andrés, para que no salga del país la hermosa jóven que era el bello ideal á que se encaminaban todas mis aspiraciones!....

Y D. Antonio se paseaba á largos pasos por la pieza, como un demente.

—Pero ¿cómo apersonarme con ellas?—añadió luego deteniéndose abatido en medio de la estancia.—¿Cómo abandono este pueblo en que estoy bajo mi palabra de honor? Quebrantar mi destierro seria faltar á mi deber de caballero: echar una mancha sobre mi honra.... ¡Ah!.... no; jamas....

Y sin poder resistir á la lucha interna del amor y el deber que disputaban despóticas

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 10

la absoluta posesion de su alma, se dirigió á la parte del mirador que daba al canal, y fijó los ojos en las últimas ondas que murmurando se acercaban á México, para ver si volvía de la ciudad el fiel indio que había partido en la chalupa. Pero aunque descubrió sobre la brillante cinta de plata que forma el pintoresco lago, multitud de canoas que subían y bajaban en ordenada confusion, no veía entre ellas la ligera embarcacion que esperaba con angustioso afán.

—¡Ah!.... ¡yo me voy á morir de impaciencia!... —volvió á exclamar con el acento de la desesperacion. —¡Cada momento que pasa es una eternidad que me aleja de la mujer que amo!....

Y abrumado con el peso de su fatalidad, se arrojó de pechos sobre la barandilla del mirador, quedando á poco abismado en un revuelto mar de reflexiones.

En aquel mismo instante se acercaba una canoa conducida por dos robustos remeros que bogaban á toda prisa.

En la popa de esta canoa, iba sentada una mujer que cubria su rostro con un rico

pañolon de Manila, llamado *tápalo* en México.

A su lado marchaba un hombre, observándola sin cesar, pero en el mas profundo silencio.

De pié, y junto á uno de los remeros de proa, se encontraba otro pasajero, de aspecto imponente que, cruzado de brazos, se entretenía en contemplar la rapidez con que cruzaban el estrecho canal.

El que iba junto á la tapada, apartó la vista un instante de ella, y la dirigió hácia el campo y los objetos que le rodeaban. De repente quedaron sus ojos fijos en un sitio; se pintó en su semblante la sorpresa; permaneció otro instante mas, mirando el objeto que le había llamado su atencion; en seguida se puso en pié; y dirigiéndose á donde estaba el que marchaba en proa, le dijo en voz baja, cuidando de que sus palabras no llegasen al oido de la encubierta.

—¡No es D. Antonio aquel que está asomado al mirador?

El hombre á quien se hizo la pregunta,

fijó la vista en el sitio que se le indicaba, y contestó con el mismo misterio.

—Sí señor, es él.

—No deja de ser un contratiempo.

—Pero terrible.

—¡Y yo que no me acordaba de ese hombre!

—¿Qué resuelve vd. hacer?

El primero solo necesitó reflexionar un instante, tras el cual brilló en su semblante y en sus ojos la alegría.

Su interlocutor, que no perdía ni la mas imperceptible gesticulación, leyó en su rostro la concepción de algun feliz pensamiento, y le dijo:

—¿Ha discurrido vd. algo?

—Sí, escuche vd.

Y le dijo al oído algunas palabras que el otro escuchó con la mayor atención.

—¿Me ha comprendido vd?

Añadió luego en voz un poco mas alta.

—Perfectamente.

—Pues no hay que perder tiempo: ejecútese vd. cuanto le he dicho, mientras nosotros

avanzamos, y despues tomará vd. otra canoa para alcanzarnos.

—Lo haré así.

—Atraquen vdes. á la orilla para que salte el señor.

Dijo á los remeros el pasajero que acababa de comunicar al otro sus órdenes.

Los remeros obedecieron en el acto: el hombre saltó á tierra, y penetró, corriendo en el zaguan de la casa que habitaba D. Antonio.

—Ahora continúen vdes. remando á toda prisa.

Volvió á decir el que quedaba en la canoa: los remos empezaron á batir el agua, y él se fué á sentar junto á la tapada, manifestando la mayor tranquilidad.

El amante de Pilar que habia permanecido engolfado en sus tristes reflexiones, salió de repente de ellas al escuchar el ruido de los remos: fijó la vista en el hombre que acababa de sentarse junto á la mujer encubierta, y sin ser dueño de reprimir su sorpresa, exclamó en alta voz, y esprimito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
S.R. B. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

do en su acento todo el asombro de que estaba poseído.

—¡Es Rossi!

El hombre que le había arrancado aquellas palabras, las oyó distintamente, y alzando la vista hacia el mirador, y asomando á su rostro una insultante sonrisa, con testó.

—El mismo, D. Antonio.

A este nombre, se estremeció violentamente la jóven encubierta: iba á despojarse del manton que encubría su faz, para ver al jóven médico que no acertaba á comprender lo que le pasaba, pero desistió temblando de su intento, cuando oyó que Rossi le decía en voz baja.

—Una imprudencia cualquiera de parte de vd. le costará á ese hombre la vida.

Una exclamacion de terror que fué á herir el oído de D. Antonio, conmoviendo su corazón de una manera íntima, inexplicable y profunda, se escapó de los labios de la jóven que, sin poder resistir á la opresion aguda de los afectos, dejó caer sin fuer-

zas su cabeza sobre la obra muerta de la canoa.

—¡Pilar!....

Gritó fuera de sí D. Antonio, creyendo descubrir en aquella exclamacion el acento de su amada, y arrojándose á la puerta de la escalera para bajar inmediatamente. Pero ¡oh fatalidad! por mas esfuerzos que hace para abrirla, no consigue su objeto: la puerta está cerrada por fuera; el hombre que saltó de la canoa, no había entrado á la casa con otro objeto que con el de impedirle la salida.

—¡Me han tendido un lazo!

Gritó luego desesperado, dejando la puerta y volviendo á asomarse al canal para insultar á Rossi. Pero para entonces la canoa había desaparecido, y D. Antonio rugió como un león á quien aprisionan, arrebatándole su dulce compañera.

El hombre que había saltado á tierra, salió en aquel momento de la casa del desesperado amante, y se dirigió á la del alcalde.

—¡Ah!.... ¡Es preciso que yo arroje al

suelo esa puerta, y que los siga inmediatamente!....

Volvió á decir D. Antonio, dirigiéndose de nuevo hácia la escalera, y haciendo inauditos esfuerzos para allanar aquella barrera que se oponia á su paso.

—¿Quién da esos golpes?

Gritó una persona que en aquel instante subia apresuradamente la escalera. El enamorado médico reconoció en la voz al indio que habia enviado con la carta, y contestó:

—Soy yo á quien han encerrado: abra aprisa.

El indio dió vuelta á la llave, y se presentó en la pieza, quitándose el sombrero.

—¿Qué noticias traes?

—Malas, muy malas, señor amo.

—Pero ¿cuáles? no te detengas.

—Que el señor D. Andrés ha salido para España.

—¿Y Pilar?

—La señorita Pilar....

Y el indio se detuvo, pasando la mano

por las alas del sombrero, sin atreverse á contestar categóricamente á la pregunta.

—¡Acaba!

Gritó impaciente D. Antonio al notar la irresolucion del indio.

—Pues no quisiera yo dar un disgusto á su merced, señor amo.... —Y el indio se detenia en cada palabra dando vueltas al sombrero, y D. Antonio se impacientaba—pero la señorita Pilar.... que era tan *guena*....

—¿Concluirás?

—No ha ido con su padre.

—¿Cómo!

—Porque *jué* robada anoche.

—¿Dios mio!.... ¡era ella!... —exclamó el enamorado jóven, bajando la escalera precipitadamente.—Vamos á la canoa.

—¿Pero á dónde *quere* ir su *mercé*, señor amo?

Contestó el indio siguiendo á D. Antonio.

—Despues te lo diré; pero salgamos ahora de este pueblo.

—Pero no ve su *mercé* que entonces será *pior*, porque le encerrarán á su *mercé* como

si fuera verdaderamente *cospirador*, y será mas difícil que la *jaye*?

—¿Y qué me importa todo, si logro hoy arrancarla, como la arrancaré, de las manos de Rossi? Partamos.

Si se empeña su *mercé*, no replico.

Don Antonio se preparaba á salir á la calle, cuando fué detenido por tres indios armados que custodiaban la puerta, y que fueron conducidos por el agente de Rossi.

—¡Atras!

Dijo el centinela tendiendo el fusil con la bayoneta calada.

Don Antonio retrocedió admirado.

—Pero ¿quién les ha dado á vdes. órden de que no me dejen salir?

—El señor alcalde.

Contestó el que hacia de cabo.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—Le prometo á vd. volver dentro de un instante.

—No puede ser—añadió el cabo con severidad:—yo no puedo faltar á mi consigna.

Don Antonio se mordió los labios con de-

sesperacion; volvió á subir la escalera; entró en el mirador; se dejó caer sobre una silla, y permaneció en silencio. con las manos puestas en el rostro, por un gran rato: junto á la puerta, y con el sombrero en la mano, se quedó el indio mirándole con cariñosa compasion, y maldiciendo el nombre de Rossi, que tantos males habia causado á personas tan buenas y recomendables.

Una canoa partia en aquel instante á alcanzar á la del sardo.

Era la que conducia al ejecutor de sus instrucciones.

de aquel hombre, por el cual prohibió que le visitaran los que hasta entonces le habían obsequiado, excepto á Rossi que, como á persona de influencia, quiso seguir dispensándole su gracia.

Pero á medida que en Matilde se iba despertando una pasión desconocida para ella, porque jamás había amado á nadie, aunque con todos había especulado, en Miguel iba muriendo aquel entusiasmo, producido por la semejanza entre aquella mujer y la que amaba. Así es que, aunque pasaba los días enteros con Matilde, era solo por tener á la vista la semejanza de Luisa.

La hermosa actriz había notado, con dolor, aquel cambio repentino.

—Tú no me amas, Miguel:—le dijo un día Matilde dándole un beso en la frente:—tú no me amas; porque si me amases, no estarías siempre tan triste á mi lado. ¿En qué te he ofendido?.... ¿No soy tuya de todo corazón?.... ¿no he despedido á tanto amante importuno por solo poder estar

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 11

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPITULO IX.

Otra vez la actriz.

Dejemos por un momento á D. Antonio abrumado con el dolor de la desaparición de Pilar, á la vez que con la expulsión de D. Andrés, y ocupémonos de otros personajes de nuestra historia.

Matilde que, aunque joven, estaba educada en la escuela de la adulación y de la falsedad en que aprende toda actriz bonita, escuchó al principio á Miguel como había escuchado á otros muchos, á espensas de los cuales había vivido gastando un lujo extraordinario; pero poco á poco fué siendo su cariño más íntimo, hasta que por fin acabó por no poder pasar sin la compañía

contigo?.... ¿qué mas quieres?.... habla y todo lo haré por tí.

Miguel la miró tristemente, y guardó silencio.

—Mira, Miguel;—prosiguió diciendo Matilde—nunca le digas á otra mujer que le amas, porque la harás infeliz para siempre con esa frialdad terrible; sí, porque la harás infeliz como me has hecho á mí.

Miguel la miró tiernamente, y no pudo menos de abrazarla, al ver que sus ojos estaban bañados de lágrimas.

Miguel habia vivido hasta entonces en esa preocupacion que es casi general en los hombres, de que en una mujer que se presenta en las tablas, y que á todos corresponde con la sonrisa en los labios, el amor era una cosa desconocida.

No sabia que, esa sonrisa, la mas de las veces es forzada para alcanzar con ella el favor de un público veleidoso, á quien tiene que mantener contento para que no la silbe ni la perjudique en su carrera artistica. No sabia que el corazon de una actriz tiene tantos grados de sensibilidad como el

de cualquiera otra mujer, y que estos grados de sensibilidad, si no llegan á desarrollarse, es únicamente porque los hombres que á ella se acercan no llevan otro fin que el sensual, ni otro anhelo que el de alcanzar sus favores para olvidarla despues.

Pero en Matilde estaba viendo lo contrario: porque Matilde habia rehusado recibir de él todo, excepto su amor.

—¿Por qué me amas tanto, Matilde?

Dijo Miguel cubriendo de besos la mano de la jóven.

—¡Ingrato!.... ¡Te pesa que te ame!.... ¿Por qué, pues, has formado tanto empeño en cautivar mi corazon?.... ¿O te pesa que te ame, porque tú no me amas ya?....

—Eres tan buena, Matilde, que seria un pérfido si te olvidase.

—Eso no es bastante; yo necesito tu amor, como necesito el aire para respirar y vivir.

Rossi apareció en la puerta de la pieza en que tenian este diálogo; pero viendo que no habian advertido su llegada, se detuvo, y se ocultó detras de la puerta, para escuchar lo que hablaban. Matilde prosiguió.

—Mira, Miguel, de quince días á esta parte, he notado un cambio completo en tí; ya no eres mas que un frio espectador de las gracias que mis aduladores dicen que tengo, y esto me mata, me desgarrá el corazón, porque mi corazón necesita de tu amor: porque todo lo que no es tu amor, es la muerte.

Miguel la miró tristemente, exhaló un hondo suspiro y contestó.

—No me pidas mas de lo que te puedo dar.... ¡Matilde, soy muy desdichado....!

—¿Careces de dinero?.... Todo lo que yo gano te lo cedo desde hoy.

—No es eso, Matilde.

—Pues no comprendo de qué otra causa pueda provenir tu desdicha, porque solo esa y el amor, causan nuestra amarga tristeza.

Y cual si hubiese pisado un áspid, retrocedió algunos pasos con este último pensamiento; y acercándose luego á Miguel, le preguntó con marcada inquietud.

—¿Amas á otra mujer?....

Miguel se estremeció en la silla; pero procurando recobrar su serenidad, contestó:

—No hay ninguna mujer como tú en el mundo.

Esta contestacion ambigua, era muy poco para satisfacer las exigencias del corazón enamorado de Matilde, y dijo.

—¿Pero amas á otra?....

—¿No te he dicho mil veces que te amo á tí?

—Yo tambien he dicho á mil importunos, que les amaba, y sin embargo, mentia, porque solo á tí he amado en la tierra.

Rossi se mordió los labios con despecho.

—Pues bien, Matilde—contestó Miguel haciendo un esfuerzo para mentir—no amo á nadie mas que á tí: ¿estás contenta?

Las abundantes lágrimas que se agolparon á los ojos de la jóven, fueron la única contestacion que recibieron aquellas palabras.

Miguel entonces, procurando salir de aquel estado comprometido en que se hallaba de fingir lo que no sentia, se levantó, y acercando sus labios á la frente de Matilde

de, é imprimiendo en ella un beso mas de compasión que de amor, la dijo.

—Adios, hermosa: tengo que hacer, y salgo para volver dentro de un instante.

—¡Tan pronto!...

—Me es preciso. Me espera en casa un amigo que debe partir para Veraacruz á unirse á los voluntarios que se disponen á impedir el desembarco de la expedicion española, dispuesta en la Habana para invadirnos.

—Bien; no quiero ser molesta; pero prométeme que volverás en cuanto tus ocupaciones te lo permitan.

—Te lo prometo.

Y Miguel salió con el corazon desgarrado de dolor y de remordimientos.

Aun no acabaria de bajar la escalera, cuando entró Rossi adonde estaba la engañada Matilde entregada al placer que habian derramado en su corazon las palabras del hombre que tanto amaba.

—¡Cómo siento venir á desvanecer esa alegría, Matilde!

Dijo Rossi acercándose á ella. Matilde se volvió hácia donde hablaban, y respondió.

—¡Ah!... ¿eres tú, Rossi!

—Sí; yo que he oido la conversacion que acabas de tener, y que vengo á desengañarte de que Miguel ama á otra.

Matilde no tuvo fuerza ni para arrojar una exclamacion: tan terrible fué la opresion que sintió en su pecho; pero poco á poco la sorpresa fué cediendo su lugar al sentimiento, y dijo:

—¡Ama á otra?

—Sí; ama á otra mujer, y te engaña: hé aquí la causa de su tristeza.

Si á pedazos le hubieran arrancado el pecho, no hubiera sufrido Matilde mas. Sintió encenderse en su corazon un odio terrible; pero este odio, como siempre sucede, no era contra el hombre que la engañaba, sino contra la mujer que le robaba el corazon del que amaba. ¡Como si uno delinquiera en ser amado!

—¡Y tú, Rossi, conoces á esa mujer?

Preguntó exaltada Matilde con la fuerza de los zelos.

—Sí, la conozco.

—¿Su nombre?

—María.

—¿Dónde vive?

—En casa de Miguel.

—¿En su casa!

—Sí; es su prima.

—¿Y dices tú que se aman?

—Con delirio.

—¿Estás persuadido de ello?

—No me cabe duda.

Un grito espantoso lanzó Matilde que revelaba bien la furia de los celos; y levantándose de la silla en que estaba sentada, exclamó, encendidos los ojos por el fuego del despecho.

—¿Que tiemble esa infeliz!.... ¡que tiemble... porque no he de descansar hasta que no pruebe toda la furia de mis celos.

Rossi saboreó en su corazón la esperanza de la caída de Miguel; y Matilde, entrando á su gabinete, en que generalmente recibía sus visitas, se arrojó sobre una silla sin poder contener sus lágrimas.

CAPITULO X.

La partida.

Mientras la hermosa y engañada actriz, herida en lo mas delicado del corazón, permanecía en su cuarto pronunciando el nombre de la mujer que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, María, muy agena de imaginar que la situación que guardaba con respecto á su primo, pudiese inspirar celos á persona alguna, se encontraba triste, envidiando á su vez, la felicidad de la mujer que habia conseguido interesar el corazón del hombre que en secreto amaba.

Sentada junto á la vidriera del balcón de la sala, y ocupada en bordar un chaleco de raso negro que pensaba regalarle, como una prueba de cariño, no apartaba los ojos del

bastidor, como si en el objeto que dedicaba á su primo creyese encontrar un sér amigo que revelase á su dueño los tiernos sentimientos de su apasionada alma.

Entregada á estas ideas se encontraba, cuando entró una criada anunciando la llegada de Enrique.

María dejó su agradable ocupacion y contestó.

—Dile que pase.

—Y colocando á un lado el bastidor en que bordaba, se dispuso á recibir á Enrique, el cual entró á poco, vestido con elegante sencillez.

—¿Y Miguel?

Dijo Enrique, despues de los saludos de costumbre, y tomando asiento enfrente de la jóven.

—Ha salido—contestó María—pero creo que no tardará en volver.

—Me dijo que le esperase, porque desea verme antes de partir.

—¿Va á partir él?

Preguntó con inquietud María.

—No señorita; soy yo quien debe dejar la capital.

La jóven respiró con tranquilidad.

—¡Ah!... ¿Es vd. quién nos abandona?

—Ciertamente.

—¿Y á dónde va vd?

—A Veracruz: hay noticias de que está próxima á salir de la Habana la expedicion española: y yo, como toda la juventud mexicana, voy á unirme en clase de voluntario, á la division del general Santa Anna que, con una fuerza respetable, se prepara á rechazar á los que osen invadir nuestro territorio.

—¿Y cuándo sale vd?

—Mañana mismo.

—Dios quiera que tengamos el gusto de volverle á ver pronto.

—Así sucederá, si es que una benévola bala no se quiere tomar la molèstia de ahorrarme nuevos padecimientos.

—No presagie vd. tal desgracia. Aquí deja vd. personas que sentirian infinito su muerte.

—¡Personas que sentirian mi muerte!....

¿Y qué me importa el sentimiento de todo el mundo, si á ese sentimiento no va unido el de la mujer que amo?

—Yo creo que la jóven que vd. ha considerado digna de su amor, no puede carecer de sentimientos nobles y humanos.

—¡Ah!... no:—exclamó Enrique con entusiasmo—los posee en alto grado.

—Siendo así, como no dudo que lo es, estoy persuadida de que la jóven que vd. ama, no cederá en cariño á ninguna de las personas que se honran con la amistad de usted.

—¿De veras?

Exclamó Enrique, dejando ver en sus ojos por un momento, esa mirada de alegría que arroja la esperanza, y que poco á poco desapareció de ellos bajo el velo de la melancolía, como brilla, instantáneamente, en medio de la tempestad una estrella, para ocultarse de repente, tras de las nubes negras que cruzan la esfera.

María, que habia leído los dos encontrados afectos que, con una rapidez indecible, se habian operado en el alma de aquel hom-

bre que con tanto respeto y amor la miraba, trató de endulzar, en lo posible, la honda pena que reflejaba en su semblante, y contestó:

—Sí, Enrique; puedo asegurar á vd. de que esa mujer, á la cual distingue vd. con su respetuosa pasion, excederá tal vez á todos en el sentimiento que vierta la noticia de cualquiera desgracia que á vd. acontezca.

—¿Y cree vd., María, que debo esperar en que ese cariño del ángel que yo adoro, y que es mi único pensamiento, mi bello ideal, se convierta en amor?

María se puso encendida como la grana, y no se atrevió á contestar, temiendo desgarrar, con un desengaño, el corazon enamorado de aquel hombre. Enrique interpretó aquel silencio favorablemente, y continuó:

—Responda vd., María; ¿puedo esperar en que algun dia corresponda vd. al amor infinito que le consagro, dejándome entrever una vida de eterna felicidad y de ventura?

—Enrique—contestó la jóven, procurando
EL CAPITAN ROSEL.—TOM. II. 13

do con el dulce acento de su voz, minorar la amargura que sabía iban á producir sus palabras en el corazón de su adorador—mi cariño hacia vd. ha ido creciendo á medida que he ido conociendo las bellas cualidades que adornan á vd.; pero mi corazón no ha podido sacudir el yugo amoroso á que lo sujeta ya otro hombre que conocí y traté antes de que tuviera la dicha de contarle á vd. en el número de las personas de mi aprecio.

—Comprendo toda la virtud de ese corazón, y todo el peso de mi desgracia.

La llegada de Miguel que se presentó en la sala en aquel instante, dió nuevo giro á la conversacion.

—¿Te he hecho esperar mucho, Enrique?

—No; hace un momento que llegué.

—Y está definitivamente resuelto que sea mañana la marcha?

—Sin duda.

—Mucho siento no poder ser tu compañero de armas en la próxima campaña.

—¿Conque nada has conseguido?

—Nada. El gobierno teme poner sus sol-

dados bajo las órdenes de algunos que profesamos distinto credo político, y nos prohíbe incorporarnos al ejército que va á combatir contra los invasores. Pero dejemos esto, y dime si has llegado á saber algo respecto al paradero de Pilar.

—Ni la mas ligera palabra que tenga relacion con ella.

—¿Pero es cierto que fué Pilar la descubierta que pasó en la canoa, por debajo del mirador del médico D. Antonio?

—Parece que no cabe la menor duda; y nada viene á dar mayor viso de verdad á esta sospecha, como el haber desterrado, á las pocas horas de haber sucedido esto, á otro pueblo del interior á su amante, por influjo, sin duda, de Rossi, que trató de quitar obstáculos que pudieran embarazar sus planes.

—¿Y qué pueblo es ese?

—Lo ignoro.

—¿Si le hará perecer á D. Antonio de la misma manera que á su hermano Carlos?

—Mucho lo temo.

—Sin embargo, yo tengo alguna esperanza.

—¿Cómo?

—Hace tres noches que, al dirigirme al teatro, vi llegar por enfrente de mí, una joven que me miró fijamente; yo, al notar su curiosidad, sentí despertar la mia, y traté de averiguar quién era; pero al conocer sin duda ella mi intento, se cubrió con el rebozo, y pasó como una exhalacion á mi lado sin darme lugar á nada.

—¿Y crees que fuese Pilar, una señorita criada en el regalo y educada esmeradamente, la que se presentara en público, envuelta en un humilde rebozo?

—Era de noche, y podia confiar en no ser conocida. Además, ¿quién es capaz de contener las evoluciones de la rueda de la fortuna? ¿No vemos mil y mil que, despues de haber gozado todas las comodidades de la vida, se ven reducidos á mendigar el sustento?

—Tienes razon. Pero, ¿por qué no la seguiste hasta averiguar la verdad?

—Esa fué mi intencion; mas me fué imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque ella pasó á la acera contraria; y al prepararme á hacer lo mismo, varios coches que cruzaban corriendo, me lo impidieron; cuando desembarazaron la calle, nada vi; la mujer habia desaparecido, perdiéndose entre el gentío que se dirigia al teatro.

—No le hace: si era ella, la volveremos á encontrar, y entonces trataremos de favorecerla si es desgraciada. Pero el tiempo se pasa, y yo tengo aún que arreglar varias cosas para mi viaje.

Dijo Enrique levantándose y tomando el sombrero.

—¿Te vas?

—Sí; ya ves que es indispensable.

—Bien: no quiero detenerte; sin embargo, mañana, antes que te pongas en camino, iré á verte.

—Pues hasta mañana, Miguel.

—Hasta mañana, Enrique.

Este saludó á María, y dirigiéndola una

mirada que expresaba toda la ternura y el amor que le consagraba, salió á la calle, llevando impreso en el corazón el pesar mas profundo, al tener que renunciar aún hasta la remota esperanza de ver correspondida su pasión.

Al siguiente dia, despues de despedirse de su íntimo amigo, se puso en marcha para Veracruz, en union de otros muchos jóvenes que, llenos de noble patriotismo, se dirijian á engrosar las filas del general Santa-Anna.

CAPITULO IX.

Salida de la expedicion española del puerto de la Habana.

Dejemos por un momento á Enrique marchando hácia Veracruz, á Matilde proyectando la manera de vencer á la inconsolable María que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, y á éste pensando en la ingratitude de Luisa, y trasladémonos á la Habana, en cuyo puerto se disponia la expedicion que dentro de pocos dias debia desembarcar en las costas mexicanas.

Era el mes de Junio de 1829. En aquella hermosa ciudad, emporio de la riqueza y de la abundancia, no se escuchaba mas que el bélico sonido de los instrumentos de guerra y la palabra reconquista que, algu-

mirada que expresaba toda la ternura y el amor que le consagraba, salió á la calle, llevando impreso en el corazón el pesar mas profundo, al tener que renunciar aún hasta la remota esperanza de ver correspondida su pasión.

Al siguiente dia, despues de despedirse de su íntimo amigo, se puso en marcha para Veracruz, en union de otros muchos jóvenes que, llenos de noble patriotismo, se dirijian á engrosar las filas del general Santa-Anna.

CAPITULO IX.

Salida de la expedicion española del puerto de la Habana.

Dejemos por un momento á Enrique marchando hácia Veracruz, á Matilde proyectando la manera de vencer á la inconsolable María que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, y á éste pensando en la ingratitude de Luisa, y trasladémonos á la Habana, en cuyo puerto se disponia la expedicion que dentro de pocos dias debia desembarcar en las costas mexicanas.

Era el mes de Junio de 1829. En aquella hermosa ciudad, emporio de la riqueza y de la abundancia, no se escuchaba mas que el bélico sonido de los instrumentos de guerra y la palabra reconquista que, algu-

nos ilusos repetían sin cesar en algunos corrillos.

Los aprestos de guerra se hacían con una alegría y una prontitud que excedían á toda ponderación: los soldados, seducidos por algunos españoles que abrigaban fuerte resentimiento contra el país que les había arrojado de su seno, esperaban con impaciencia el momento de embarcarse para una expedición, de cuyo buen éxito estaban seguros, según los informes que les habían dado de que, los mexicanos se unirían á ellos en cuanto desembarcaran.

Sin embargo, los hombres de criterio, los buenos españoles, que conocían que la posesión de las Américas no había sido más que un mal para la España, la ruina de ella, la tumba de la más florida juventud que, dejando sin brazos á la madre patria, había ido por espacio de tres siglos á poblar un vasto continente, arruinando la industria de su país y la agricultura; los hombres que conocían que la España no tiene necesidad de posesiones extrañas, cuando su suelo abunda en todo lo más rico; los hombres

que estaban persuadidos de que la España no podía volver á ser lo que había sido, hasta que sus hijos no formaran una familia compacta y unida en su mismo suelo; los que conocían que mientras saliera el oro de las Américas, el espíritu de industria estaría muerto; esos hombres lamentaban la ceguedad del gobierno español que, seducido por deslumbrantes informes, llegó hasta el grado de creer que, con solos dos mil seiscientos hombres, bastaba para atraer á su antigua obediencia un país de siete millones de habitantes, colocado á una distancia de más de dos mil leguas.

Si la idea del gabinete de Madrid, al enviar la expedición, se hubiera encaminado á pedir reparación por las vejaciones cometidas contra los súbditos españoles perseguidos y expulsados por el gobierno de México, exigiendo, además, garantías para lo sucesivo en vidas y haciendas, todos hubieran aplaudido una providencia que envolvía el patriótico pensamiento que reclaman en voz muy alta, la justicia y el derecho de gentes; pero al ver que, en vez de reconocer

tan laudable origen el envío de tropas, solo se pensaba en la reconquista de aquellas apartadas regiones. mil y mil voces de desaprobacion resonaban en los círculos privados de las personas sensatas, que no teniendo libertad para emitir su opinion por hallarse la prensa encerrada en un círculo de hierro, lamentaban la ceguedad de los que regian las riendas del Estado. Ellas sabian muy bien que la adquisicion de inmensos territorios, por fértiles y ricos que fueran, no constituye la fuerza, el engrandecimiento, ni la felicidad de las naciones.

Y no se engañaban. ¿Qué bienes materiales le vinieron á nuestra querida patria mientras gobernó sus colonias, con el oro que salia de las Américas? ¿qué colegios se plantearon con él en la Península? ¿qué casas de beneficencia se hicieron? ¿qué canales? ¿qué caminos? Ninguno. La América era una mina que la España cuidaba con cariñoso afan: un cuerpo sin brazos á quien se le proveía de ellos, arrancándolos del cuerpo de la madre patria, que iba quedando débil y lastimosamente mutilada; el cuer-

no de la abundancia gravitando sobre el brazo de su metrópoli, y vertiendo á raudales sus tesoros sobre el suelo de la Inglaterra.

Pero veámosla hoy que no tiene que cuidar esas vastas posesiones, levantarse de su letargo, ocuparse en empresas grandes, dar un fuerte impulso á su comercio y su marina, abrir por todas partes vías férreas que cruzan su territorio, construir sorprendentes canales, explotar las ricas minas que en su seno encierra, llevar sus armas triunfantes por el territorio. Marroquí con asombro del mundo entero, y adquirir, en fin, entre las naciones mas grandes un lugar digno, un lugar que lo sabrán conservar sus hijos valientes á toda prueba, hidalgos hasta el extremo y religiosos como ninguno.

¿Qué le importa á la España que algunos cuantos gozaran de la abundancia y bienestar que les proporcionaba el oro de la América, si el resto de sus hijos perecia de hambre? ¿De qué le servia ser en su cuerpo un coloso sin igual, si no correspondia su fuerza á la extension que ocupaban sus miembros?

La pérdida del rico suelo de México y del Perú, ha sido la causa del engrandecimiento de la España. La generacion presente lo conoce, y por lo mismo, solo tiene hácia México un cariño desinteresado, y un deseo de verla grande, poderosa y fuerte, porque mira á aquella nacion de primer órden en sus elementos de grandeza, como á su antigua hija, y como á su moderna hermana.

No hay nacion ninguna que tan interesada esté en que México llegue al alto grado de prosperidad á que está llamada por sus inagotables recursos de riqueza, como la España. A nadie, como á ella, le conviene que, al lado de la república del Norte, se levante otra nacion poderosa que ponga á raya sus miras ambiciosas, porque de este equilibrio y de esta igualdad de fuerzas, resulta la seguridad de nuestra rica isla de Cuba, de esa bellissima perla de la corona de España, que ha despertado la insaciable codicia de los Estados-Unidos.

Dios, pues, ponga término á las sangrientas revoluciones que han entorpecido hasta ahora la brillante marcha que se prepuso

seguir al consumir su independencia la nacion mexicana, y asentando la paz en ella su benéfica planta, eleye al país á la altura de las primeras potencias del mundo.

Eran las ocho de la mañana del dia 6 de Julio de 1829. La bahía de la Habana presentaba una perspectiva imponente y risueña á la vez. La expedicion compuesta de tres batallones, que formaban una fuerza de dos mil seiscientos hombres, hacia su salida en medio de mil aclamaciones, vítores, músicas, y del mas patriótico entusiasmo.

La hermosa fragata de guerra *Restauracion*, y la no menos graciosa *Lealtad*, seguidas de la goleta *Amalia* y del bergantin *Cautivo*, tambien de guerra, se mecian magistuosamente sobre las azuladas ondas, como otras tantas fortalezas flotantes coronadas de intrépidos guerreros ambiciosos de gloria y de laureles. A su lado y formando una extensa línea, se veian el bergantin mercante *Tres-Amigos*, la corbeta norteamericana *Bigham*, varias lanchas cañoneras y un número considerable de buques de

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 13

trasporte que, puestos en facha á la vista del Morro, en espera del navío *Soberano*, en que debia embarcarse el brigadier D. Isidro Barradas, jefe de la expedicion, parecian una bandada de blancas gaviotas cerniéndose con las alas extendidas sobre la trasparente llanura del mar.

El muelle estaba cubierto de un inmenso gentio de ambos sexos y de todas edades, que saludaba con sus pañuelos á los soldados que, desde la cubierta de los buques, correspondian, de igual manera, á las manifestaciones de interes de la poblacion.

En medio de aquel regocijo y entusiasmo general, solo un hombre permanecia triste y pensativo, agobiado, al parecer, por siniestros y amargos pensamientos: este hombre era un soldado como de cincuenta y cuatro años de edad, de aspecto agradable y maneras distinguidas que, de pié, y apoyando el codo sobre la obra muerta de la goleta *Amalia*, dirijia hácia el rumbo de Méjico sus ojos, que con frecuencia se le llenaban de lágrimas.

—Muy triste parece que viene tu tio, mi querido Rafael Ramirez.

Dijo un cadete que estaba en la popa del mismo buque en conversacion con otros de su clase, á un jóven de 18 años, de interesante fisonomía, rubio y bien formado, que vestia, como sus amigos, el uniforme de cadete.

—No es extraño que no participe del regocijo general que á todos nos anima—contestó Rafael Ramirez—los golpes de fortuna, los pesares, las desgracias que sobre él se han acumulado en poco tiempo, y sobre todo, el invencible presentimiento que le acompaña, de nuevas y mas funestas desventuras, son motivos bastante poderosos para que su alma no encuentre placer sino en su tristsza.

—Pero á su edad ¿qué motivos le han podido llevar á inscribirse de voluntario en esta expedicion?

—Muy poderosos.

—¿El de conquistar un nombre brillante en la historia?

—Sabe demasiado que á su edad, y con-

fundido entre los últimos soldados, no se alcanzan mas que trabajos jamas recompensados.

—¿La idea de arquirir oro?

—Desconoce tan bastarda ambieion.

—¿Su odio á los mexicanos?

—Lejos de odiar, aprecia á los hijos de ese país, casi tanto como á sus compatriotas.

—Buen modo de apreciarles, marchando á combatir contra ellos.

—Y sin embargo—contestó Ramirez—os puedo asegurar que nada es mas cierto.

—Pero con vuestro permiso, voy á darle un rato de conversacion para distraerle.

—Si; dile que á los militares españoles no nos gusta ver caras tristes de disciplinantes, y mucho menos cuando la hermosa Belona nos brinda con sus suntuosos banquetes de granadas de tres arrobas, confites de á onza y almendras de treinta y seis.

Los joviales cadetes celebraron la ocurrencia, y Ramirez se acercó á su tío que permanecia en el mismo sitio y en la misma postura que dijimos.

—¿Es posible, querido tío—exclamó e p-

locándose á su lado—que no tenga atractivo ninguno para vd. el aspecto guerrero que presenta tanto buque, dispuesto á hacerse á la vela para reconquistar el país que nuestros valientes antepasados añadieron á la corona de España?

—Rafael—contestó el anciano soldado, fijando sus ojos con paternal cariño sobre el interesante rostro de Ramirez;—el aspecto guerrero que presenta la expedicion y el estruendo de las armas, reservan todos sus encantos para la juventud entusiasta, que llena de ilusiones y de noble ambieion, vive con la memoria de los grandes hechos de nuestros héroes, y aspira, como ellos, á dejar consignados en la historia, rasgos de abnegacion y de patriotismo que eternicen en el mundo su memoria.

—Ese es mi bello ideal, mi sueño dorado, mi única ambieion.

—Que se realizará á juzgar por tu valor de todos tus jefes ponderado, y de tu vasta instruccion.

—Siempre he procurado alcanzar la es-

timacion de mis superiores y un lugar distinguido entre mis compañeros de armas.

—No puedes figurarte con cuánto placer suelo escuchar los elogios que todos hacen de tí. Hijo de una hermana á quien he querido entrañablemente y cuyo retrato estoy viendo en tu fisonomía, mi cariño hácia tí excede al de tío, para nivelarse al de padre.

—¡Gracias!

—Así es que al propormiame la casualidad, en la Habana, la dicha de conocerte, sentí, por un momento, libre mi corazón de las penas que lo devoraban, y pensé que aun me reservaba Dios alguna felicidad en la tierra.

—Y no solo espero yo que sea la de habernos encontrado, sino tambien la que resulta de la reaparicion de todo lo que hemos llorado perdido.

—¡Ah!.... ¡no abrigo yo tan dulce esperanza!—exclamó el anciano, exhalando un profundo suspiro.—¡El que muere no vuelve.... lo robado se oculta!....

Y el soldado se cubrió con ambas manos el rostro para ocultar algunas lágrimas,

—Yo no desespero como vd., querido tío: mi corazón menos receloso que el suyo, me presagia que muy en breve tendré el gusto de conocer y abrazar á mi querida prima y á mi buen primo.

—¡Pilar, Carlos!....—exclamó D. Andrés, pues no era otro el anciano soldado, sin poder resistir á la emocion profunda que le causaba escuchar aquellos dos nombres.—¡Ah!.... no.... esa seria una dicha que excederia á todas las que están reservadas en este mundo al hombre!.... ¡Pilar!.... ¡Ah!.... ¡si vieras cuánto te pareces á ella!.... ¡Tus ojos, tu aire, tu cabello.... todo me trae á la memoria la imagen de la hija de mi alma!.... Es la única prenda del corazón que aun conservo la esperanza de estrechar contra mi seno.... Por lo demas.... ¡Carlos ha muerto: me lo dice una voz secreta que no me puede engañar!.... ¡Vele él desde el cielo por la honra de su desgraciada hermana!....

Y las facciones de D. Andrés se contrajeron de una manera horrible al pronunciar la palabra honra que el corazón formuló in-

voluntariamente en los labios. Su semblante se puso lívido como el de un muerto, y gruesas gotas de sudor frío bañaban su frente.

Rafael leyó lo que pasaba en el corazón de aquel desventurado padre, y procurando apartar de la imaginación de su tío las amargas ideas de que le consideraba dominado, le dijo:

—Será posible que se deje vd. subyugar por el dolor, en el instante en que el cielo parece favorecerle, disponiendo esta expedición que le vuelve á llevar al país de que fué arrojado? Vamos, alégrese vd., y no se diga jamás que un niño aturdido y sin experiencia ha dado lecciones de conformidad á un anciano lleno de saber y de talento, porque eso sería el mundo al revés.

—Sentimientos hay, sobrino mío, que se arraigan en el corazón con tanta más fuerza cuanto es más la edad del hombre en quien se hospedan. En el primer albor de la vida en que, por decirlo así, tú te encuentras, las pasiones pierden en constancia lo que ganan á la nuestra en fogosidad y energía.

Son lo que el espejo que refleja detalladamente la imagen del objeto que está delante, riéndose si este ríe, llorando si llora, identificándose en un todo, con el ser presente, y cuya forma desaparece del cristal en el acto que se aleja, para ostentar otra y otra que ve huir con la misma prontitud, sin que en su diáfana materia quede huella ninguna de lo pasado. Las pasiones de la juventud son fuertes como el sol vivificante que abrasa al llegar al zénit, y que muere á las pocas horas, para ir á visitar nuevos países que á poco abandona también, enviando sus fulgentes rayos sobre otros pueblos y otros países. Son lo que el relámpago que deslumbra por un momento sin dejar rastro de su existencia, mientras las de nuestra edad son como la lámpara inextinguible consagrada á Vesta que no abrasa, pero que alumbrá.

—Tiene vd. razón, querido tío. Pero los hombres, lo mismo que las plantas, necesitan del baño reformador del tiempo que sazona los frutos y modifica las pasiones. Es una ley invariable de la naturaleza que nos

empuja primero por la senda de las ilusiones, para hacernos despues mas apreciable el camino de la verdad: nos deslumbra con el oropel, para que examinado podamos estimar mas tarde los quilates del oro. La niñez es el crepúsculo matutino que alhora nuestra risueña entrada en la vida; la juventud, la primavera que da fragantes flores; la ancianidad, el otoño que produce los mas sabrosos frutos; y la decrepitud, el crepúsculo vespertino que precede al esplendente sol de la eternidad. ¿Cree vd. que, sin esta misteriosa y sublime trabazon, si no estuviera tan íntimamente eslabonada la cadena de los distintos períodos de la vida del hombre, pudieran operarse los maravillosos resultados que se desprenden de ese en la cepara bien de las sociedades y del individuo?

—De ninguna manera—contestó D. Andrés, admirado del juicio que en la manera de razonar revelaba su tierno sobrino.—Decir que las pasiones del jóven y del anciano, difieren en esecia y duracion, no es condenar las de aquel, sino justificar la inten-

sidad del dolor que en mí, que soy anciano, domina. La pasion de la juventud es egoista, exigente; la del anciano es tierna, pura, desinteresada. Tú lo has dicho; la juventud es la primavera que da flores; la ancianidad el otoño que produce regalados frutos. Pero las flores exigen, imperiosas, los besos del aura, las caricias de la brisa, el amor del rocío; en tanto que el otoño, vierte su benéfico poder sobre las plantas sin otro afan, sin aspirar á otra retribucion, que á la del placer que le proporciona ver que ha labrado la felicidad ajena. ¿Por qué los padres son mas cariñosos, generalmente, con sus últimos hijos que lo que fueron con los primeros? Porque á la edad de las pasiones violentas en que se casaron, en que aun existe vivo el deseo de brillar, de lueir en la sociedad; de concurrir á los bailes, de juntarse con los amigos, objetos todos con quienes reparte su cariño, sucede la edad de la reflexion, del amor dulce, tierno, desinteresado, que se aparta de todo lo ficticio, para encerrarse todo entero en el círculo de su familia, de sus hijos, de su esposa,

cifrando su felicidad en los deleites puros de la vida doméstica.

—No puedo menos que convenir con la opinion de vd.

—Y hé ahí la causa de mi constante tristeza: hé ahí por qué existe profundamente grabada en mi corazon la memoria de mis hijos, sin que ningun otro pensamiento pueda venir á distraer mi imaginacion, fija siempre en ellos.

—¿Y no tiene parte en esa tristeza, la consideracion de que va vd. á combatir contra la patria de sus hijos?

—Sin duda alguna; ya te lo he dicho otras veces: el deseo de encontrar á mis hijos, me ha obligado á formar parte en esta expedicion; pero mi fusil no se dirigirá contra pechos mexicanos; la bala que yo disparé irá á una altura que no pueda lastimar á nadie.

Al llegar á este punto del diálogo, se escucharon en el muelle varias voces que, en extraña confusion, y formando desagradable murmullo, llegaron á herir los oídos

de los marineros y soldados que poblaban las cubiertas de los buques.

—¿Qué ha sucedido?

Preguntó Rafael á uno de los cadetes que se acercaba con muestras de descontento hácia donde ellos estaban.

—¿Qué ha de suceder?—dijo dando un fuerte puñetazo sobre la obra muerta—una desgracia para quien, como nosotros, está impaciente por partir.

—Pero ¿qué es ello?

—Que no puede verificar su salida el navío *Soberano* hasta mañana, por habersele roto el cabrestante al levar su ancla mayor.

Rafael no pudo contener un gesto de disgusto, producido por la noticia aquella que retardaba un dia mas la marcha de la expedicion.

Este ligero contratiempo, que los antiguos romanos lo hubieran tomado por un aviso del cielo, en nada enfrió los ánimos de los festivos y esforzados españoles, para quienes los momentos eran siglos que retardaban el feliz éxito de la empresa.

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero las horas pasaban: á la luz del sol sucedió la oscuridad de la noche que, á su vez, cedió su lugar al astro principal: y las nueve y media del día 7, en medio de los vítores de un pueblo entusiasta, que cubría el espacioso muelle de la Habana, salía la flota hácia las ardientes playas mexicanas, henchido el blanco velámen por un viento en popa, deslizándose los buques por la superficie de las aguas como una ciudad flotante, engalanada con blancas colgaduras, celebrando una fiesta nacional.

CAPITULO X.

Una mujer ofendida.

En tanto que la flota, con viento bonancible y llena de entusiasmo, se dirigia á las playas mexicanas, llevando entre sus soldados al anciano padre de Pilar, volvamos á ocuparnos de los personajes que nos esperan en la capital de México.

Hemos dicho en uno de nuestros capítulos que, cuando la hermosa actriz Matilde escuchó de los labios de Rossi la causa de la indiferencia de Miguel, penetró en el gabinete destinado á recibir sus visitas, y que se dejó caer abrumada con el peso de un inesperado desengaño.

Aquel gabinete era, por decirlo así, el

Pero las horas pasaban: á la luz del sol sucedió la oscuridad de la noche que, á su vez, cedió su lugar al astro principal: y las nueve y media del día 7, en medio de los vítores de un pueblo entusiasta, que cubría el espacioso muelle de la Habana, salía la flota hácia las ardientes playas mexicanas, henchido el blanco velámen por un viento en popa, deslizándose los buques por la superficie de las aguas como una ciudad flotante, engalanada con blancas colgaduras, celebrando una fiesta nacional.

CAPITULO X.

Una mujer ofendida.

En tanto que la flota, con viento bonancible y llena de entusiasmo, se dirigia á las playas mexicanas, llevando entre sus soldados al anciano padre de Pilar, volvamos á ocuparnos de los personajes que nos esperan en la capital de México.

Hemos dicho en uno de nuestros capítulos que, cuando la hermosa actriz Matilde escuchó de los labios de Rossi la causa de la indiferencia de Miguel, penetró en el gabinete destinado á recibir sus visitas, y que se dejó caer abrumada con el peso de un inesperado desengaño.

Aquel gabinete era, por decirlo así, el

muséo que ostentaba por todas partes, los triunfos artísticos de la célebre actriz. Las paredes estaban cubiertas de lujosos cuadros dorados, puestos simétricamente, bajo cuyo brillante cristal, se veían curiosas y exquisitas coronas, que habían sido arrojadas á la fiel intérprete de los pensamientos de los poetas, al desempeñar los difíciles papeles de sus comedias favoritas. Debajo de esta línea de cuadros, y á distancia conveniente, se descubrían otros mas pequeños que contenían magníficos sonetos, con que los inspirados hijos de Talía, habían tratado de pagar un tributo de admiración, al esclarecido mérito de la aplaudida jóven. Enfrente de la puerta, lucía su primorosa hechura, un pequeño estante de finísima caoba, incrustado de exquisitas labores de concha y nácar formando caprichosos dibujos, que contenía varias obras lujosamente encuadernadas que sus autores le habían regalado en prueba de la alta estima en que tenían su talento. Encima de este estante, y á una altura conveniente, se veía pintado al óleo, y del tamaño natural, el retrato del

inmortal Maiquez, uno de los actores mas distinguidos que han pisado la escena española. En medio de la pieza, cuyo pavimento estaba cubierto por una exquisita alfombra turca de agradables colores, descansaba una mesita redonda de mármol blanco, sobre la cual se veía un precioso grupo de camelote, hecho en Oajaca, que representaba á Talía y á Melpómene, coronada aquella de hiedra, calzada de zueco, con una máscara en la mano, y ésta, como musa de la tragedia, vestida magníficamente, calzada de coturno, con un puñal en una mano, y en la otra con cetros y coronas, conduciendo al templo de la fama á la eminente actriz, á quien Apolo, con risueño semblante, ceñía una elegante corona de laurel y de siemprevivas: un elegante costurero, con riquísimo espejo de forma circular, estaba enfrente de un sofá forrado de damasco de seda azul con flores blancas, que hacía juego con las sillas y la cortina que velaba la entrada de la puerta: el resto del ajuar que adornaba la pieza, no presentaba nada que digno de atención fuese.

Matilde permaneció largo rato apoyado el codo derecho sobre el brazo de la silla, descansando la frente en la palma de la mano; su respiracion era agitada, sus labios estaban pálidos por la ira, y sus ojos se veian inyectados por la fuerza de la sangre que la indignacion habia llevado á su rostro.

Aunque es cierto que entre la fisonomía de esta jóven y la de Luisa, existia, á primera vista, una semejanza casi idéntica, desaparecia esta igualdad con poeo que se examinasen las facciones de la una y de la otra.

En las de Luisa habia mas dulzura, tintas mas apacibles y suaves en su cútis, mas pudor en su virginal mirada, mas espiritua- lismo en su semblante, mas candor en su sonrisa, mas recato en sus palabras, mas compostura y dignidad en sus modales y movimientos. En Matilde se notaba esa mirada libre que se adquiere cuando el celes- tial pudor, ese toque delicado del alma vir- ginal que de tantos hechizos rodea el bello contorno de la mujer, desaparece de su tier- no corazon: en su fisonomía se advertia

mas atrevimiento; en sus palabras esa fran- queza varonil que tan mal cuadra en los la- bios de una jóven; y en sus movimientos y en sus modales, esa desenvoltura que, aun- que no reprehensible, rebaja notablemente el mérito de la que, por desgracia, se ha olvi- dado de que el recato y la modestia, son el mas bello adorno con que puede presentar- se á los ojos del hombre, esa dulce mitad del género humano.

Miguel habia notado esta enorme diferen- cia, y por lo mismo fué perdiendo la jóven actriz á sus ojos, aquel encanto, aquel atrac- tivo, aquel espiritualismo de que la habia rodeado la semejanza con la pudorosa Luisa.

Matilde era hermosa. Pero ¿qué es la hermosura sin pudor? Flor sin aroma que halaga la vista, pero que no interesa el co- razon.

Aunque nuestra linda actriz sintió el ter- rible torcedor de los zelos, y permaneció largo rato sentada, proyectando la manera devengarse de la mujer que le disputaba la posesion del hombre que amaba, pasado aquel primer momento de ira que ofuscó de

pronto su mente, dió entrada á la reflexion, y ya, mas tranquila, calculó que, el medio mas eficaz para descubrir lo que de cierto habia en las palabras de Rossi, era no dar se por entendida con Miguel, y no dar paso ninguno hasta no estar plenamente convencida de que, en efecto, amaba á su prima.

Abrazado este plan, Matilde siguió como hasta allí, risueña y obsequiosa con Miguel, á pesar de que cada dia era mayor la frialdad de él y su tristeza.

La jóven al palpar aquella indiferencia, sintió aumentarse la furia de los zelos. ¿Y quién no es zeloso cuando ama de veras? ¿quién no es zeloso cuando su corazon pertenece exclusivamente á la persona que ama, y teme que lo desprecie y lo pisotee?.... Matilde amaba, y por consiguiente era zelosa: habia entregado entero su corazon á Miguel, y no queria verlo despreciado y pisoteado por el mismo que amaba. ¿Cómo podria, pues, ver con calma, la fria indiferencia del hombre que era sus ilusiones, su esperanza, su amor y su ventura!...

Era imposible: el corazon de Matilde estaba henchido de amargura, y era preciso que reventara la pena que encerraba.

—¡Tú no me amas, Miguel!—le dijo un dia en que éste se mostraba mas triste y mas insensible á sus caricias; y las lágrimas corrieron con abundancia de sus bellos ojos.—¡Tú no me amas ya!....

Miguel levantó con languidez los ojos, y al verla llorar, exclamó.

—Sí; te amo.

—¿Por qué tratas de engañarme?.... ¿Sé que amas á otra! sí, lo sé.... estoy persuadida de ello.... y esto me mata, Miguel... sí; ¡esto me mata!.... porque yo no puedo sobrevivir á tu indiferencia....

—No llores, Matilde.... no llores, porque tus lágrimas me hacen mal.

—¿Por qué, pues, te has empeñado en hacérmelas verter?.... Yo era muy feliz antes de conocerte.... porque entonces mi corazon ignoraba lo que era abrigar esa pasión terrible que nos hace olvidar todo, para pensar únicamente en las personas que amamos.... entonces ignoraba que la re-

flexion, los consejos y las advertencias, venian á estrellarse en la firmeza del amor!...
¡Entonces era feliz!.... ¡Pero ahora!....—

Al llegar aquí se detuvo nn momento; y luego prosiguió.—¡Ahora soy mas feliz que entonces.... sí.... ahora soy mas feliz.... porque mas gratas y dulces me son las mismas penas que padezco por tí, que la calma fria en que vivi hasta conocerte!....

—¡Matilde!.... ¡hermosa mia!....

Exclamó Miguel abrazándola.

—¡Y es capaz de amarte esa por quien me olvidas, como yo te amo?

Miguel, dejándose llevar de lo que sentia en su corazon, y preocupado con el recuerdo de la mujer que amaba, no reflexionó en lo que iba á decir, y contestó.

—¡Ojalá!....

Pero no bien habian pronunciado sus labios estas palabras, cuando conoció su falta.

Matilde se retiró de él aterrada, pálida y sin aliento, y se dejó caer sobre una silla, donde permaneció por algunos instantes sin poder respirar.

Miguel se levantó asustado, y corrió á fa-

vorecerla, hasta que Matilde, recobrando sus facultades, le rechazó de sí, diciendo:

—¡Déjame.... déjame!.... ¡Vé con la mujer cuyo amor tanto codicias!....

Y sus ojos brillaron de cólera, y tomaron un aspecto amanzador.

—¡Matilde, perdóname!....—exclamó Miguel—te he ofendido, lo confieso: pero perdóname!....

—¡Me desprecias por otra mujer!....

—La conocí, por desgracia, antes que á tí, Matilde.... Sí; fué una desgracia para mí conocerla....

—¡Y has venido á empozoñar mi vida, á engañarme, á robarme la tranquilidad que sin conocerte disfrutaba, sin mas miras que el ver en mí la imágen de la mujer que amas, de la mujer que detesto?.... ¡No sabes, Miguel, que esa es una infamia?....

Y Matilde, con las mejillas encendidas por la violenta agitacion de los zelos, miraba á Miguel con los ojos inyectados y cubiertos de lágrimas.

Miguel conoció todo el peso de las reconvencciones de aquella jóven á quien habia

engañado, y buscó todos los medios de desagraviarla; pero la ofendida actriz, sin atender á las disculpas con que procuraba calmarla, y dominada siempre por la ira, le preguntó con marcado afán.

—¿Y la amas aún?.....

—No es digna de mi amor.

—¿Pero la amas?

Volvió á repetir con voz terrible Matilde.

—A pesar mio, á pesar de los esfuerzos que hago para olvidarla.

—Y creyendo que una cómica es un sér formado únicamente para suplir las faltas de esas señoras que os desprecian—dijo Matilde sonriendo con esa amargura de un corazón ultrajado;—creyendo que una cómica no merece vuestras atenciones, sino en cuanto os representa el objeto que amais, has dicho, entretengámosla; engañemos á esta mujer que se parece á la que amo; hagamos de ella el retrato de la ingrata que adoro; ¿qué me importa que mis palabras enciendan en ella una pasión profunda, inconmensurable? ¿qué me importa que yo despierte en ella esa misma pasión que consagro á otra? ¿qué

me importa hacer su eterna desgracia?.... ¡al fin es una cómica!.... ¡una mujer destinada á entretener al público!....!

—No, Matilde, no: te juro que nunca te he ofendido de esa manera. Verdad es que yo busqué tu amor, arrastrado por la semejanza que entre ambas existe; pero lo busqué para olvidarla, para amarte á tí sola, para desterrar de mi corazón y de mi memoria, la imágen de esa mujer que amo á pesar mio, por la que padezco y te hago padecer!....

—No prosigas:—le interrumpió Matilde con voz de trueno, no pudiendo reprimir el sentimiento profundo del amor propio herido.—¿No te basta haber labrado la desgracia de toda mi vida, sin que te complazcas en recordarme el odioso instrumento con que has herido de muerte mi corazón?

—Pero escucha....

—Nada quiero escuchar: tus disculpas solo sirven para hacerme ver mas y mas la vil manera con que he sido engañada.

Miguel insistió aún en tranquilizar, con tiernas y sentidas expresiones, el corazón de Matilde; pero sus palabras en vez de calmar, como él pretendía, sus zelos, no hacían mas que encenderlos mas y mas.

Conociendo entonces que, en el estado de exaltacion en que se encontraba Matilde, todo cuanto hiciera para vindicarse, produciría el resultado contrario de lo que se habia propuesto, determinó salir de la situacion molesta y embarazosa en que se encontraba, dejándola sola, hasta que, pasada aquella especie de frenesí, pudiese dar oídos á la ternura y á la razon. Tomada esta resolucíon, que le pareció la mas acertada, se dirigió á la silla en que tenia su sombrero, y lo tomó en la mano.

Matilde leyó con la penetracion del corazón que ama, el pensamiento de Miguel, y aunque interiormente sentía que se alejase, no quiso manifestar interes ninguno porque permaneciese á su lado: muy lejos de eso, cuando conoció que el primo de María, deseando dar la última disculpa fijaría los ojos en ella, dirigió la vista hácia otra parte tra-

tando de manifestar la mas alta indiferencia.

Miguel, pesaroso de haber labrado involuntariamente la desgracia de aquella mujer, estuvo por arrojarle á sus piés pidiéndola perdon; pero reflexionando que con sus demostraciones no haría mas que renovar la herida de los zelos, se quedó con timidez al lado de la puerta, junto á la cual habia estado el sombrero, y con recelo y tierno acento, dijo contemplando tristemente á la jóven.

—¡Adios, querida Matilde!

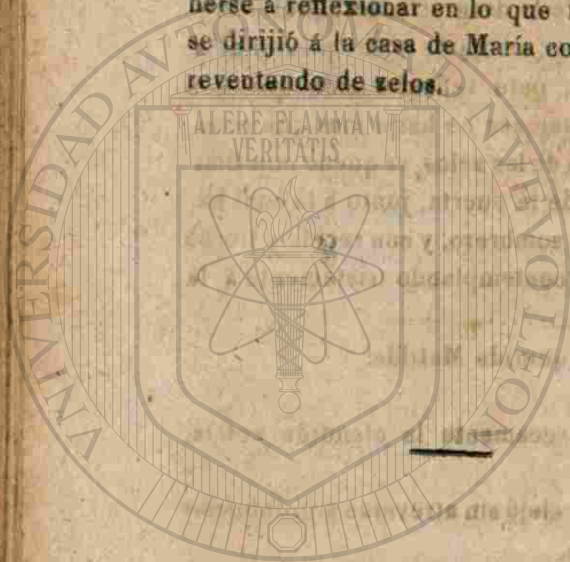
—Adios.

Contestó secamente la ofendida actria, sin mirarle.

Miguel se alejó sin atreverse á pronunciar otra palabra.

—¡Ah!... ¡venganza!...—Exclamó Matilde en cuanto quedó sola.—Es preciso que esa rival renuncie para siempre al ingrato que me ha ofendido y á quien amo mas que á mi vida!... ¡Sí, es preciso que yo la vea, y que la vea en este mismo momento, ...!

Y sin detenerse un instante, entró en su cuarto, se vistió violentamente, y sin detenerse á reflexionar en lo que iba á hacer, se dirigió á la casa de María con el corazón reventando de celos.



CAPITULO XI.

Las dos rivales.

María se hallaba en su gabinete, entretenida en contemplar una hermosa dália que pocos dias antes le habia regalado Miguel, colocada en un precioso tiesto de porcelana, cuando entró una criada anunciándole que la buscaba una señorita que deseaba hablarla.

—¿Una señorita?

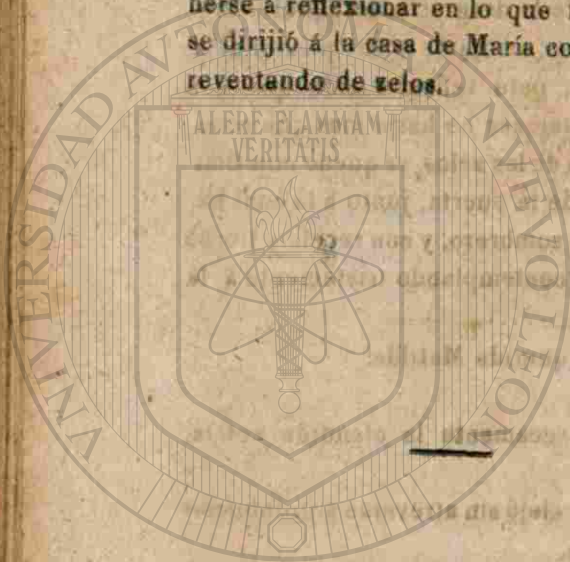
Preguntó la jóven con extrañeza.

—Sí.

—Pero ¿estás segura de que es á mi á quien busca?

—Sin duda: ha pronunciado el nombre de vd., y aquí no hay otra María mas que usted.

Y sin detenerse un instante, entró en su cuarto, se vistió violentamente, y sin detenerse á reflexionar en lo que iba á hacer, se dirigió á la casa de María con el corazón reventando de celos.



CAPITULO XI.

Las dos rivales.

María se hallaba en su gabinete, entretenida en contemplar una hermosa dália que pocos dias antes le habia regalado Miguel, colocada en un precioso tiesto de porcelana, cuando entró una criada anunciándole que la buscaba una señorita que deseaba hablarla.

—¿Una señorita?

Preguntó la jóven con extrañeza.

—Sí.

—Pero ¿estás segura de que es á mi á quien busca?

—Sin duda: ha pronunciado el nombre de vd., y aquí no hay otra María mas que usted.

—Dile que pase.

La criada se fué, y á poco se presentó Matilde en el gabinete.

María, al verla, se levantó de su asiento, le saludó con afabilidad, le ofreció el sofá, y se sentaron las dos una al lado de la otra.

Apenas se sentó Matilde, examinó exacta, aunque rápidamente á la rival, á quien encontró demasiado hermosa para tranquilizarse. Consideró al punto que, sus muchos atractivos, por fuerza tenían que cautivar el corazón de Miguel; y esta consideración que en su mente fué mas rápida que el tiempo que hemos empleado para decirlo, fué un motivo mas para aumentar sus zelos.

En María causó el efecto contrario la presencia de Matilde. Su noble porte, su agradable fisonomía y su esbelto tallé, cautivaron de tal modo el corazón de la jóven, que ni ella misma acertaba á explicarse la causa de aquel interes, de aquel cariño que le arrastraba hácia una mujer con quien no habia hablado en su vida. Sin embargo, creyó haber visto otra vez aquella fisonomía, re-

capacitó un instante, y se acordó de haberla visto en el bosque de Chapultepec.

María equivocó á Matilde con Luisa, como acontecia á todo el que no las hubiese tratado mucho; y juzgándola hermana de Enrique, como se lo habia dicho Miguel en el bosque, cuando le preguntó si conocia á la que iba acompañada de Fernando, la recibió con extrema amabilidad, y le preguntó sonriéndose con cariño.

—¡Tendré la dicha de saber á qué debo la satisfacción de verme obsequiada por persona tan hermosa y recomendable!

—El obsequio creo que no será del agrado que vd. se ha imaginado.

Contestó Matilde con una sequedad que sorprendió sobremanera á su interlocutora.

—De todas maneras envolverá algun atractivo para mí, por haberme proporcionado la dicha de conocer á vd.

—Gracias.

—Diga vd. lo que tiene que ordenarme.

—Sé que ama vd. á Miguel, y vengo á exigir de vd. que le olvide.

Dijo Matilde en tono imperioso, y dando á sus facciones un aspecto severo.

María quedó como herida de un rayo, mirando á la actriz con una extrañeza mezclada de asombro, que revelaba lo poco dispuesta que había estado á escuchar tan extraño mandato.

Matilde, sin cuidarse del efecto que producian sus palabras, continuó:

—Sí; vengo á exigir de vd. que le olvide, porque yo también le amo.... y le amo, porque él me ha jurado mil veces eterno amor.... Vengo á exigir de vd. que le olvide, porque me pertenece, y porque no consentiré jamás en que vd. me robe su corazón.

Aquel lenguaje acabó de confundir á María. Engañada como estaba con la semejanza que existía entre aquella mujer y la que había visto en Chapultepec cuando Miguel y Fernando estuvieron á punto de desafiarse, su alma cándida y pura, se avergonzó de oír de boca de una jóven á quien consideraba casada, palabras tan poco dignas de

asomar á los respetables labios de una esposa.

—Extraño, señora—dijo recobrando con aquella consideracion su perdida serenidad—que me venga á exigir olvide á mi primo, quien tal vez no se pertenece á sí misma.

—Mi mano es libre, si no lo es mi corazón.

—¡Luego me engañó Miguel!....—dijo interiormente María.—¡Ah!.... sí; quiso desvanecer mis sospechas, y para conseguirlo se valió del medio de suponerla enlazada con aquel hombre que tal vez era su rival!....

—Mi mano es libre—prosiguió diciendo Matilde—porque hasta ahora también lo ha sido mi alma. Pero hubo un hombre que yo creí que no se parecía á los demás: hubo un hombre que lleno de respeto y mostrando un amor sin límites, trató de alcanzar el mío: un hombre en cuya amorosa mirada leía mi corazón su ternura y su candor, la pureza de su pasión y su melancolía.... Sí; y este hombre que me respetaba; este

hombre que no me prodigaba esas vanas lisonjas que los hombres que nada sienten dirijen á las artistas, acabó de interesar mi alma, de robarme la tranquilidad, de trastornar todo mi sér!... Por eso he venido á reclamarlo; por eso he venido á exigir de vd. que no me dispute el cariño de su corazón hácia el cual me han dado derecho sus juramentos, sus protestas de amor.

—Si vd. ama á Miguel, y él, como vd. dice, corresponde á ese amor, ¿qué necesidad tiene vd. de que yo lo olvide? Pero, aun cuando estuviera vd. revestida de ese derecho que no disputo, ¿qué dominio ejerce vd. sobre mi misma naturaleza, en la suposición de que yo amase á mi primo, para obligarme á que arranque su imágen de mi corazón?

Matilde que no esperaba esta respuesta de una jóven sin mundo, enmudeció á su vez; pero pronto la fuerza de los celos, despertados por aquella contestacion que, en su concepto, embozaba la confesion de que era amada, contestó con acento terrible y gesto amenazador.

—Mucho siento que tan obstinada esté vd. en ceder á la razon que me asiste porque así me obliga vd. á que haga uso de la fuerza.... sí; de la fuerza.

María se estremeció al notar la mirada frenética que se pintaba en los ojos de aquella mujer, encendidos por la cólera que robosaba en su pecho.

—Si—prosiguió Matilde exaltándose por grados—mi venganza caerá sobre él y sobre vd., en cuanto advierta que me desprecia.

—Señora—contestó María dominando su temor, y revistiéndose de una serenidad que anonadó á su rival—yo no provocho la venganza de vd., pero tampoco la temo. Ha venido vd. á mi casa y no quiero ser descortés mandando que la arrojen á vd. de ella. Pero advierta vd. que estoy en el derecho de poderlo hacer, porque á nadie le es permitido penetrar en el hogar doméstico á insultar, y mucho menos á amenazar á personas pacíficas que jamas nos han ofendido, que jamas se han ocupado de nosotros.

—Con que me amenaza vd?

Dijo Matilde reprimiendo su mal disimulo.

lada cólera, y mirando de una manera tan resuelta, que hizo bajar los ojos á María.

—Conocer lo que puedo—contestó la prima de Miguel volviendo á recobrar su aplomo—no es amenazar.

—Pues bien; dejemos las amenazas, y dirijámonos á los hechos—exclamó la actriz poniéndose en pié y disponiéndose á salir.—Yo vine á ofrecer á vd. la paz; vd. quiso guerra: pues bien, haya guerra entre las dos, y guerra desde este momento. Prepárese vd. á la defensa, porque mi venganza será atroz.... Adios, señora.

Y sin esperar respuesta, salió de allí precipitadamente, dejando á María absorta y sin saber lo que le pasaba.

Todo el valor, toda la energía que había demostrado ante el imperioso tono de su hermosa rival, se convirtió en temor y espanto, no bien se encontró sola con sus tristes pensamientos, con su timidez natural. En sus tiernos oídos quedó vibrando con eco terrible y constante, la palabra venganza, pronunciada con espantoso acento por Matilde en el instante de salir.

—¿Qué es lo que intenta hacer esa mujer que jura mi desgracia?—se preguntó de repente María.—¿Es posible que Miguel, el que es digno por su dulce carácter, por su amabilidad, por su ternura, del amor de un ángel, se haya hecho esclavo de esa joven de imperioso génio, de altanera mirada, que rebosa venganza y odio?... ¡Sí; él le ama...!—añadió luego con profunda tristeza:—Esta es aquella Luisa de su corazón... aquella Luisa con quien hablaba en sus sueños.... ¡aquella por quien nunca seré yo feliz!.... ¡Ah!.... ¡ella es la causa de mis sufrimientos!.... y sin embargo.... yo no aborrezco á esa mujer.... por el contrario, siento hácia ella un interés tierno, una simpatía, un afecto íntimo que me hace olvidar todas sus ofensas....

Y María volvió á quedar triste, abismada en sus pensamientos, en tanto que su rival se dirijía á su casa, frenética de los zelos, ideando la manera de vengarse de la que, en su concepto, le disputaba el cariño del hombre que amaba.

Pero mientras una y otra dominadas por afeciones diametralmente opuestas, luchan contra el destino que parece complacerse en sus padecimientos, volvamos nosotros la vista hácia la flota española que dejamos navegando hácia las costas mexicanas, y á la cual seguiremos paso á paso, para que el lector pueda hablar con toda exactitud de aquella expedicion, cuyos detalles me propongo narrar concienzudamente.

CAPITULO XII.

La flota española.

La alegre expedicion que llena de entusiasmo y de halagadora esperanza se alejó el dia 7 de Julio, ambiciosa de gloria y de inmortal renombre del animado puerto de la Habana, navegó tranquila con viento en popa, y sobre un mar en extremo benigno, hasta la sonda de Campeche, aumentándose el patriótico ardor de los soldados á medida que se aproximaban al sitio en que esperaban inmortalizar, con altos hechos de armas, el digno nombre que de españoles llevaban.

Todo parecia que se presentaba á favorecer aquella empresa que, ninguna otra na-

Pero mientras una y otra dominadas por afeciones diametralmente opuestas, luchan contra el destino que parece complacerse en sus padecimientos, volvamos nosotros la vista hácia la flota española que dejamos navegando hácia las costas mexicanas, y á la cual seguiremos paso á paso, para que el lector pueda hablar con toda exactitud de aquella expedicion, cuyos detalles me propongo narrar concienzudamente.

CAPITULO XII.

La flota española.

La alegre expedicion que llena de entusiasmo y de halagadora esperanza se alejó el dia 7 de Julio, ambiciosa de gloria y de inmortal renombre del animado puerto de la Habana, navegó tranquila con viento en popa, y sobre un mar en extremo benigno, hasta la sonda de Campeche, aumentándose el patriótico ardor de los soldados á medida que se aproximaban al sitio en que esperaban inmortalizar, con altos hechos de armas, el digno nombre que de españoles llevaban.

Todo parecia que se presentaba á favorecer aquella empresa que, ninguna otra na-

cion del mundo, con tan reducido número de valientes, se hubiera atrevido á imaginar siquiera. Ese arrojo, esa temeridad, ese espíritu guerrero y de aventura, que no cuenta el peligro, los obstáculos, ni los trabajos sino que antes parece vive y se alimenta con ellos: ese desprecio á la vida, ese indómito denuedo para afrontar todos los riesgos sin contar con el número de enemigos ni la extension de terreno en que van á operar, sin mas elementos por su parte que con el valor de un puñado de hombres, solo es propio de los sufridos y arrestados españoles que se han singularizado en todas épocas por su espíritu caballeresco y emprendedor.

Recórrase la historia de las naciones página por página, y se verá que todas, desde la mas remota antigüedad hasta el gran capitán del siglo, Napoleon, han emprendido sus conquistas con numerosos ejércitos bien disciplinados, excelentemente armados, provistos de cuanto es necesario á la vida del soldado, y con recursos inmensos para dar cima á sus empresas. Solamente los españo-

les, que encuentran irresistible atractivo en lo maravilloso, y que cuentan los placeres por el número de trabajos que hay que arrostrar y vencer, se lanzan á países desconocidos sin las precauciones que no olvidan jamas los demas reinos. Trátase de la conquista de México, de ese gran imperio poblado de valientes guerreros, y Hernan Cortés, ese héroe, ese gran político, superior á todos los capitanes que han producido los siglos, sin contar con mas ejército que con trescientos hombres, algunos mosquetes y catorce caballos, sin bagajes, sin tiendas de campaña, desembarca en Veracruz, barreña los buques que le habian conducido á la costa, y plantando el estandarte de la cruz, toma posesion en nombre de los reyes de España, y empieza la colosal conquista de aquel vasto imperio, resuelto á vencer ó morir en la demanda.

Igual cosa acontece con Pizarro en el Perú; y mas tarde, cuando México independiente, poderosa y fuerte, llena de fé y con numeroso ejército se ostentaba en todo su vigor, tres mil once soldados, se disponen

á la reconquista, (1) seducidos por unos cuantos visionarios que habian hecho creer con exageraciones ridiculas, que el país entero, cansado de las revueltas políticas, se uniría á los expedicionarios tan pronto como pisasen las playas mexicanas.

El día 11 bajó mucho el barómetro, y anunció un terrible y próximo temporal.

Efectivamente, á las doce de la noche, hallándose todavía la flota sobre la sonda, arreció el viento y sobrevino una tormenta espantosa que, siguiendo cada vez mas imponente, obligó el día 12 á pasar por entre los bajos con una mar espantosamente gruesa, obligando á separarse á los buques, y llevando la capitana el rumbo mas seguro de todo el convoy.

Así continuó el tiempo, y la flota estuvo á la capa hasta las doce del día 13 con viento S. E. y fuertes chubascos que, continuando sin interrupcion, fueron causa de que, al llegar la noche, no se hallase ningun bu-

(1) Aunque los soldados que llegaron á desembarcar solo fueron dos mil seiscientos, el número que salió de la Habana fué de tres mil once.

que á la vista del otro, ignorando cada cual la suerte que le habia tocado al resto de la expedicion, hasta que el tiempo les permitiese aproximarse á Cabo Rojo, punto convenido de reunion, que se habia dispuesto en caso de temporal.

Por fortuna, el 14 calmó algun tanto el viento, y aunque los horizontes se veian negros y cargados, los barcos pudieron dirigirse al sitio en que debia reunirse la flota. Favorecida ésta al fin por el viento que se manifestó bonancible, se presentaron á las diez de la mañana, cinco velas á la vista de Cabo Rojo, que eran la goleta de guerra *Amalia*, y los trasportes números 5, 9, 14 y 15.

A la vista de tierra, dos semblantes brillaron con una alegría superior á la del resto de los demas soldados, sobre la cubierta de uno de los buques. El de D. Andrés que volvia á ver el suelo donde habia dejado los objetos mas caros del corazon, y el de su sobrino Ramirez que soñaba en la gloria y los grados que iba á conquistar en el campo de batalla.

—¡Mira.... allí está la tierra de mis hijos....!

Exclamó el anciano señalando la arenosa playa en que se iban á estrellar las espumosas olas del amar, sin poder contener el gozo que inundaba su corazón, ni las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—¡Y llora vd., querido tío?

—Sí; pero estas lágrimas son de placer; las arranca la vista de esa dilatada costa en donde me parece á cada instante que van á presentarse mis queridos hijos para esperar á que salte á tierra su cariñoso padre: se me figura escuchar entre el murmurio del abrasado viento, que de allí viene, la voz argentina y dulce de mi adorada Pilar que, al lado de su hermano, sonríe de placer al volverme á encontrar para no separarnos nunca!....

—Y Dios querrá que se realicen las risueñas esperanzas que le sonríen al descubrir el país encantador en que dejó las caras prendas del corazón.

—Conozco que todo no es más que una quimera, un delirio, un sueño encantado en

que vuela mi mente por los horizontes sin término de la felicidad; pero es tan dulce este sueño, son tan deslumbrantes los colores con que se presentan ataviados los delirios de la fantasía, preséntanse las quimeras de tan seductores hechizos rodeadas: embalsaman sus consoladoras mentiras de tal manera las penosas amarguras de la verdad, que sus ficticios placeres existentes solo en los maravillosos espacios de la imaginación, son de más estima al alma, que la estéril realidad que no llena el vacío de un desgarrado corazón.

—Al menos mientras sueña uno que es feliz, no padece; y ese instante en que la fantasía arrebatada al hombre del mundo real de los dolores al mundo ideal de los deleites sin término, es verdaderamente un instante de positiva ventura, puesto que ese instante ha sido una tregua dada á sus padecimientos; la dulce medicina que ha suspendido los tormentos de la enfermedad, dejando descansar al doliente.

—¡Pero con qué rapidez pasan, Ramirez, esos dorados ensueños!

—Con la rapidez con que pasan todos los bienes de la vida.

—Sí; yo que hace un instante dejaba volar mi fantasía por los deslumbrantes cielos de lo irrealizable, acabo de descender al amargo mundo de mis miserias....! Yo que esperaba se apareciesen de un momento á otro en la desierta playa mis queridos hijos para abrazarme, acabo de leer en el fondo de mi corazón la muerte del uno, la espantosa miseria de la otra!....

Y D. Andrés llevó el pañuelo á los ojos para ocultar y secar su llanto.

—Destierre vd. de su mente, querido tío, tan tétricas ideas.

Eso es imposible.

—¡Qué diantre! alma heroica, y no dejarse avasallar, como débil mujer por suposiciones que no tienen de cierto otra cosa sino anticipar males. Hace un instante que soñaba vd. con venturas y era vd. feliz; ahora sueña vd. con desgracias y es vd. desgraciado: pues señor, sueño por sueño, mas vale el que nos proporciona alivio que tormentos. Soñemos los dos que desembarca-

mos: que lleno de fé y de esperanza cruza el ejército por los frondosos valles y pintorescas poblaciones de la reina de las Américas: que acogidos benévolamente por todas partes, nos acercamos á las suntuosas puertas de la magnífica ciudad que perdió mas de doscientos mil hombres, defendiéndose heroicamente contra Cortés y sus aliados; que

—¡Ah!.... ese mas bien que sueño—contestó D. Andrés con el acento de la mayor fristura—es un cuento de hadas que excede á lo posible.

—¿Por qué razón?

—Porque nuestro reducido ejército va á tener que luchar con una nacion de siete millones, que se levantará como un solo hombre á combatir por su independencia.

—No es esa la opinion de los que han influido en esta empresa.

—Porque á esos hombres les ha obcecado su mal entendido patriotismo.

—¿Es decir que vd. no abrigo ninguna esperanza de llegar á la capital?

—Ninguna.

Exclamó Don Andrés exhalando un suspiro.

—Pues entonces ¿qué ha podido impulsar á vd. á venir en la expedición?

—La esperanza de encontrar á mis hijos; el afán de preguntar por ellos á cuantos vea: la obligación de escribir á todos mis amigos de la capital suplicándoles me digan la suerte que han corrido los dos caros objetos de mi corazón.

La llegada de un grupo de soldados al sitio en que se encontraban D. Andrés y Ramirez, puso fin al diálogo de éstos, que fué sustituido por otro menos ordenado de aquellos.

—Oye, *camarao*—decía un soldado—alárgame la bota de vino para ver si besándola se me acaba de quitar el mareo que me ha acompañado en *toa* la navegación.

—Voy á servirte; pero dile al señor Neptuno que no haga dar tantos respingos á esta caja, para que pueda dártela.

Y abriendo las piernas para guardar el balance del buque, se acercó poco á poco á donde estaba el devoto del dios Baco.

—Esto neutraliza la humedad que deja en el estómago el viento de los mares.—Dijo despues de haber disminuido el volumen de la bota en algo mas de un cuartillo.—Pero ¿cuándo darán orden de que saltemos á tierra?

—Eso es imposible, hasta que no lleguen los otros buques que salieron con nosotros.

—¿Y si ha concluido el temporal con ellos?

—Entonces es regular que nos manden volver por donde hemos venido.

El toque de corneta que llamaba á pasar lista, deshizo al momento el grupo que lamentaba la tardanza de los otros buques de la expedición.

El temor de que le hubiera sucedido alguna desgracia al resto de la escuadra, tenía impaciente á aquella gente que hubiera considerado como la mayor fatalidad, se renunciase por algun contratiempo, á la proyectada empresa. Pero al temor empezó á suceder el contento desde el siguiente

dia 15, en que, al amanecer, se reunió el trasporte número 7; siguió á éste el bergantín de guerra *Cautivo*, hasta que, por fin, el día 22 se presentaron las fragatas de guerra *Lealtad* y *Restauracion*, el trasporte número 6, y el bergantín *Tres-amigos* que, juntos con el navío *Soberano*, presentaban sobre el mar la mas risueña y alegre perspectiva.

Solo faltaba para completar el número de velas que habia salido de la Habana, la corbeta norte-americana *Bigham* que, arrojada por el temporal, arribó á Nueva Orleans con cuatrocientos soldados españoles y su comandante D. Manuel de los Santos Guzman; quedando por este motivo reducida la expedicion á 2,600 hombres.

El día 24 á las seis y media de la tarde, despues de haber pasado el anterior con la misma impaciencia por parte de los soldados, dió fondo la escuadra en 15 brazas de agua, enfrente á la punta de Jerez, á distancia de seis millas de ésta: en el siguiente se dió la órden de aproximarse los transportes á tierra, y el 26 á las seis de la ma-

ñana, el jefe de la expedicion D. Isidro Barradas, y el almirante D. Angel Laborde, salieron en dos falúas, con objeto de aproximarse á tierra, para buscar sitio conveniente para el desembarco, porque en la ensenada de toda aquella costa, hay mucha resaca que hace muy dificultoso verificarlo.

Estando en esta operacion, aparecieron en la costa seis hombres á caballo, que temieron acercarse á la orilla. Entonces el general de marina, dispuso que pasase un marinero á nado hasta ella: al verle solo, se acercó uno de los seis, á quien el espresado marinero entregó una onza de oro y algunas proclamas de parte de Barradas que llevó en un cañuto de hojalata perfectamente cerrada. El mexicano recibió el dinero en premio del servicio que le pedian de repartir aquellos papeles, y se fué, prometiendo volver por la tarde, y diciendo que para ser conocido pondria una banderita blanca. Cumplió su palabra, y á las cuatro se la vió flamar sobre el médano, correspondiéndole con la misma señal el bergantín *Cautivo*.

Contentos Barradas y Laborde de la ad-

hesion que hacía ellos manifestaba aquel mexicano, se metieron en una falúa y se acercaron, cuanto les fué posible, á tierra; pero como era imposible llegar á esta, por lo fuerte de la resaca, ordenaron al mismo marinero de la mañana, que se dirigiese á la orilla, llevando en el mismo cañuto de hojalata, proclamas y papeles de Barradas, en que exhortaba á los naturales de los pueblos cercanos se mantuviesen tranquilos en sus hogares, y viniesen á la playa con toda clase de comestibles, los cuales se les pagaria con religiosidad.

El mexicano, que no debía ser hombre muy tímido, manifestó al marinero, deseos de hablar con el jefe de la expedición, y poco despues se encontraba á bordo, siendo objeto de la atención de los soldados que se hallaban al lado de Barradas.

—¿Ha repartido vd. las proclamas entre los habitantes de los pueblos comarcanos?

Le preguntó sonriendo y con afabilidad el jefe de la expedición.

—Sí señor; todas sin dejar una.

Contestó el mexicano con bastante des-
embarazo.

—Nosotros no venimos como enemigos, venimos como hermanos á tenderles una mano amiga, para que dejando sus revoluciones, vuelvan á ser felices bajo el amparo de la España.

El mexicano hizo con la cabeza una señal de asentimiento, con la cual ni contrariaba á su interlocutor, ni se exponía á decir tal vez lo que no sentía.

—¿Y se observa—continuó Barradas—algun movimiento hostil, en la clase militar?

—Ayer se dió parte á la autoridad de Tampico, de la aparición de la flota. Pero por ahora no deben vdes. tener ningun temor, pues hay muy poca tropa por estas costas.

Despues de haberse cruzado algunas palabras mas, Barradas, agradecido á las noticias y deseo que en servir pensó ver en el mexicano, le dió otra onza de oro, y le encargó que al siguiente dia apareciese en la playa.

Por poco que aquel mexicano meditase,

¡cuán sorprendido quedaria al hacer un paralelo entre la expedicion llevada á cabo trescientos años hacia, por Hernan Cortés, y la del poco experto Barradas! En aquella, los españoles solo habian obsequiado á los hijos del país, con objetos deslumbrantes de ningun valor, recibiendo, en cambio, ricos presentes de oro, mientras ahora, regalaban codiciadas onzas, en cambio de palabras y promesas que, regularmente, no se cumplirian.

Tampoco debia formarse un favorable concepto de la capacidad de un general que, antes de desembarcar y en un punto á cuya orilla no podian llegar las lanchas, repartia proclamas que debian dar un resultado contrario á lo que su limitado talento le habia hecho concebir: porque aquellas proclamas venian á ser el grito de alerta que daba al país para que se prepara á la lucha; grito que debia levantar á la nacion en masa, para ir á combatir contra un puñado de hombres que osaban invadir aquella moderna república.

Dada la señal de desembarco á las seis de

la mañana del dia 27, las lanchas, llenas de soldados, se aproximaron á tierra cuanto les fué posible, y desde allí aquellos valientes, desnudándose, y colocando la ropa y el fusil sobre el hombro, se arrojaban al agua para ganar la arenosa orilla, cantando y dando gritos de alegría, como los israelitas conducidos por Moisés al descubrir la tierra de promision.

El mismo Barradas, á quien no le negaré yo un valor á toda prueba, aunque no le conceda disposicion ni estrategia militar, confundiéndose entre los soldados, y desnudo como ellos, permaneci6 por mucho tiempo en medio del agua, animando á unos y ayudando personalmente á otros, risueño y alegre como pudiera estarlo despues de la mas brillante victoria.

Era español en cuanto al desprecio del peligro, en su arrojito, en su sed de gloria; pero, por desgracia, no estaba en relacion su capacidad ni su buen deseo, con el valor indisputable, casi temerario de su corazon.

Si de ex-profeso se hubiera buscado la manera de destruir á los valientes soldados

españoles que, llenos de confianza no calculaban en los riesgos ni en los peligros, no hubiera escogido el gobierno época mas terrible, ni Barradas punto menos conveniente para desembarcar. El vómito y las fiebres amarillas que diezman en toda estacion la gente europea que desembarca en las costas de México, en el mes terrible de Julio, en que la expedicion española llegaba, debía necesariamente concluir con ella, sin necesidad de otros enemigos. Sin embargo, nada era capaz de entibiar el noble ardimiento de los esforzados expedicionarios.

Bajo los rayos abrasadores del sol de los trópicos, en la estacion mas calurosa y mortífera del año, desembarcaban los soldados españoles con el agua hasta el pecho, llenos de entusiasmo, de fe y de alegría, corriendo á vestirse en la playa los que salian, mientras los que ya lo habian conseguido, construian barracas y abrian pozos para mitigar la ardiente sed que, despues de tan larga fatiga, les devoraba.

El cuadro que presentaba aquel conjunto de hombres, unos saltando de las lanchas,

otros luchando con la resaca para ganar la orilla, maldiciendo algunos, cantando otros, vistiéndose aquellos entre la arena, y convertidos en Adanes los que aun avanzaban por el agua, era digno del pincel del mas célebre pintor.

Este penoso desembarco que, como he dicho, empezó como á las seis de la mañana, terminó poco antes de ocultarse el sol, convirtiéndose, como por encanto, aquel desierto arenal en una poblacion animada, alegre, festiva y poderosa.

Al verse todas en tierra, los soldados entonaban alegres canciones, se divertian, se abrazaban, y en medio de aquel júbilo que excede á toda ponderacion descriptiva, ninguno sentia ni la fatiga de los trabajos pasados, ni el sofocante calor que se levantaba de la caldeada arena que tenian de pavimento.

El R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, que participaba del regocijo general, y que se hallaba en la tienda preparada á Barradas, con este general, con Laborde, Bazán y otros oficiales de alta graduacion, llevado

del placer que le dominaba, felicitó á los tres con el siguiente soneto que improvisó al saltar á tierra, y que lo copio, no porque encierre mérito alguno literario, sino por las circunstancias en que fué dicho, y por ser mexicano el expresado religioso. Esto probará lo que dije al hablar del cura Hidalgo; que muchos de los que figuraban en el país, estaban tan bien hallados con los títulos, dignidades y consideraciones que les prodigaba el gobierno español, que aquel valiente anciano se vió en la precisa necesidad de acoger en sus filas á las clases mas humildes del pueblo para poder luchar por la independencia de su patria.

Hé aquí el soneto dicho á los jefes principales de la expedición por el expresado religioso mexicano Bringas que, aunque defectuoso, he querido copiar tal cual lo escribió.

Baje Neptuno su cerviz altiva,
Recoja Eolo sus furiosas alas,
Empaque Marte sus pesadas balas
Cuando Barradas ó Laborde arriba:

Viva Barradas y Laborde viva
A quien las costas bravas forman calas,
Pues á los héroes uno y otro igualas
Muy á pesar de la fortuna esquiva:
Tiemble Tenochitlan si se resiste
Y arroje el hierro que en sus manos traiga,
Cuando Barradas por la costa embiste:
Pues si sobre la arena así se arraiga,
¿Qué ataque de Anáhuac no será triste
Cuando Bazán sobre sus huestes caiga?

Como acontece en momentos de entusiasmo y de placer, el soneto fué aplaudido por todos, tanto por el alto aprecio con que todos á porfía distinguían á su autor, hombre de preclaras virtudes, cuanto por la oportunidad.

Al siguiente día 28, despues de haber recuperado con el sueño las fuerzas debilitadas por la fatiga de la víspera, se les leyó á los soldados á la hora de la lista, la proclama siguiente que lo copio al pié de la letra.

“Soldados: Hemos emprendido la navegación en la estación mas rigurosa del año,

en la que se tienen por inaccesibles estas playas; el Dios de las batallas que vela por nosotros, nos ha traído á puerto de salvamento, y es el mejor preludio de que saldremos victoriosos en la grandiosa empresa que el rey nuestro señor ha confiado á nuestro valor, constancia y fidelidad. Soldados: demos primero gracias al Sér Supremo, y en seguida emprendamos la marcha por tierra á inmortalizarnos en los campos de las armas y en los pueblos y humildes cabañas, siendo el amparo del desvalido, y generosos é indulgentes con los vencidos. Os recomiendo de nuevo, la mas severa disciplina y el buen comportamiento con los naturales de estos países. Me conoceis, y sabeis que, así como recompensaré vuestras buenas acciones, castigaré los excesos. Viva el rey nuestro señor. Cuartel general de las playas de Santander, á 27 de Julio de 1829.—Comandante general de la division de vanguardia. Isidro Barradas.”

Los soldados que habian escuchado en silencio y con el mayor afan las palabras de su general, prorumpieron, al terminar la

proclama, en vivas á España y al rey, que fué repitiendo el eco por aquellas desiertas playas.

Aquella escena, tierna por el sitio y las circunstancias en que tenia lugar, y por la fé y entusiasmo que abrigaba el corazon de todos, la presenciaban seis mexicanos, que dijeron ser guarda-costas de Tampico, y que no eran sino gente devota del bolsillo ageno, que se habian acercado á caballo para hablar con los expedicionarios.

Don Andrés, que en cada mexicano creia ver un amigo que pudiera darle noticias respecto á la suerte que habia corrido su amada hija Pilar, se aproximó adonde estaban, y les preguntó.

—¿Ha vivido alguno de vdes. en la capital de México?

—Yo he morado en ella muchos años.

Contestó el que tenia peor catadura de ellos.

—¿Y hace mucho que salió vd. de allá?

—Poco despues del saqueo del Parian, del que vdes. tal vez ya tendrán noticias.

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 18

—¡Demasiadas!—dijo Don Andrés suspirando—como que lo presencié por desgracia.

—¿Usted?

Exclamó examinándole de arriba abajo el que había tomado la palabra.

—Allí me sequearon cuanto tenía.

—Como que mas de cuatro se pusieron las botas, y muy particularmente un extranjero llamado Rossi, que se ha hecho poderoso.

—¿Cómo!...—dijo D. Andrés irradiando de alegría su semblante.—¿Conoce vd. á Rossi?

—Demasiado.

—¿Y sabe vd. dónde se halla?

—En Tampico.

—¿Tan cerca de aquí!... ¿Será posible?

—Como que hace cuatro dias que llegó con órdenes del gobierno, para levantar gente que dispnte á vdes. el paso.

—Y persiga á los ladrones.

Agregó otro de los seis de faz morena y feroz gesto.

—Por eso es bueno robar en grande:—agregó el primero:—á esos se les deja vivir

como le sucede á él. Bien me decia D. Antonio Miron la noche del saqueo, en que le enseñé la casa en que vivia Rossi: Pedro, los extranjeros son la causa de todos nuestros males.

—¿Tambien conoce vd. á D. Antonio?

Preguntó D. Andrés cada vez mas interesado en la conversacion.

—¡Toma si le conozco! como que era el médico de la casa en que yo servia.

—Y dígame vd., ¿Rossi ha venido solo?

—Le acompaña una señorita muy guapa y jóven que, segun malas lenguas...

El corazon de D. Andrés latió con violencia y con temor. Desde que desapareció su hija, sus sospechas recayeron sobre su implacable enemigo.

—¿Será Pilar!...—pensó para sí, llevado de un fatal presentimiento; y luego, resuelto á saber la verdad, por amarga que ésta fuese, añadió:—¿Y podria vd. darme las señas de esa jóven?

—Y con toda exactitud. Su edad es...

El toque del tambor que llamaba á formar, y la presencia de un oficial que se

acercó mandando que nadie se detuviera, cortó aquel diálogo que tanto interesaba á D. Andrés. Los seis hombres se alejaron un poco, y el padre de Pilar, combatido de mil temores y esperanzas, se formó con sus compañeros de armas.

Al estar reunidos, se repartió á los soldados esta proclama que, como la de Barradas, copio sin alterar en nada.

“Soldados y marineros: He visto con placer cumplidas mis esperanzas: sabia que mandaba á españoles valientes y arrojados, y contaba con estas virtudes cuando os hablé en la Habana: solo con ellas pueden vencerse los obstáculos que opuso la naturaleza para operar un desembarco en estas costas. El Dios de los ejércitos protegió vuestros esfuerzos: el pabellon español ha vuelto á tremolar en las riberas de México, y la valerosa vanguardia del ejército Real, en torno suyo unió sus aclamaciones á las vuestras, y mil y mil vivas que partieron de vuestros corazones, saludó aquella noble insignia, con que vuestros abuelos inmorta-

lizaron su memoria. El mundo entero observa y admira vuestro denuedo: esta empresa era digna de vosotros. Regocijaos, marineros y soldados: el rey nuestro señor, el padre de sus pueblos, el amado Fernando VII, oirá con complacencia vuestros hechos: yo os lo aseguro, y os doy las gracias en su real nombre. Démoslas nosotros al Sér Supremo, y en la efusion de nuestros sentimientos de amor al mejor de los monarcas, hagamos resonar en todo el orbe los votos que nos arranca el mas sincero de todos los afectos. ¡Viva el rey; viva el rey y siempre viva el rey! Navío *Soberano*, al ancla frente á Punta de Jerez, en la costa de Nueva España, á 28 de Julio de 1829.—*Angel Laborda.*”

La tropa volvió á poblar los aires con nuevos vivas á España y Fernando VII.

A estas dos proclamas, que distaban mucho de entrañar el patriótico entusiasmo que herbia en el corazón del soldado, siguió la del R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, autor del soneto; esta proclama que envió

á los pueblos comareanos, con la ilusoria creencia de atraerlos á la España, estaba concebida en estos términos.

El R. P. Fr. Diego Miguel Bringas, misionero apostólico del colegio de Sta. Cruz de Querétaro, predicador honorario de S. M., á nuestros hermanos y fieles de los pueblos de Nueva-España, Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Las desgracias y nuestros pecados, hermanos míos, os han sepultado en el abismo de males que estais experimentando, desde que como ovejas descarriadas, abandonando la verdadera guía de vuestro real pastor, os introdujeron en la tortuosa senda que seguís hace ocho años, desoyendo la voz de vuestro monarca. Compatriota vuestro, hijo de nuestro seráfico padre San Francisco, y profesor de su pobreza, sin aspirar jamás á los caducos tesoros de la tierra, no os puedo ser sospechoso; y me complazco de que los votos que continuamente he dirigido á Dios Nuestro Señor por vuestra felicidad y la salvacion de vuestras almas, han sido oídos.

No perdais tiempo: presentaos con confianza al jefe de la vanguardia, el Sr. comandante general D. Isidro Barradas que, autorizado por vuestro augusto soberano y antiguo monarca, viene con el ramo de oliva á ofreceros la paz y restituiros la antigua ventura que habeis perdido. Antes érais felices, y disfrutábais todos los bienes terrenales, con la firme esperanza de que en la otra vida gozaríais de la gloria en premio de vuestra virtud; mas desde que el espíritu de impiedad vino á introducirse en vuestro suelo, no habeis tenido un instante de reposo: guerras, pestes, robos, homicidios y cuantas plagas han tomado asiento en esta moderna Egipto, han sido el castigo que, el Redentor del linage humano os ha enviado. Dios es grande, misericordioso, y está entre nosotros: su piedad ha sido los votos que, sin cesar, le he dirigido por vosotros. Confíad en mí, y restituíais al seno de la paz, bajo el amparo del mejor de los monarcas, el Sr. D. Fernando VII, y él os recibirá como la tierra madre recibe en su regazo á su querido hijo. Cuartel general en las playas

de Jerez, á 28 de Julio de 1829.—Fr. Diego Miguel Bringas.”

—Cree v.d., querido tío—dijo el cadete Ramirez á D. Andrés en voz baja—que esta proclama dará los bellos resultados que su autor se ha imaginado?

—Muy lejos estoy de pensarlo siquiera. Esa creencia en que algunos están de que los mexicanos desean volver á formar una colonia de España, no es mas que un sueño. ¿Puede renunciar nación ninguna en el orbe á los goces de independencia y libertad, á ese sentimiento innato en el corazón del hombre que le pone en el goce de todos sus derechos, que le enaltece? No: si cierto es que los mexicanos lamentan los males que les afligen, también lo es que buscan el remedio, no en la dependencia de ninguna nación extraña, sino en sí mismos, por medio de sus propios esfuerzos, de sus solos recursos.

—¿Pues esa decantada adhesión hacia la España de que tanto mérito se hacía durante los aprestos militares?

—Esa adhesión está entre una docena de personas, pero no en el cuerpo de la nación: los mexicanos aman á los españoles, pero los aman para amigos, no para señores, y los sucesos vendrán á demostrarlo.

Mucho mas se disponía á decir D. Andrés; pero habiendo dado los jefes órdenes de que se dispusieran para emprender la marcha al siguiente día, Ramirez se fué á reunir con los demás cadetes, mientras D. Andrés se mezclaba entre los muchos voluntarios que, por afán de gloria y de aventuras habian tomado parte en la expedición.

CAPITULO XIII.

La laguna de Chapala.

A distancia de trece leguas de la bellisima ciudad de Guadalajara, cuna de hombres ilustrados, francos y corteses, donde tantas muestras de aprecio me dispensaron sus finos habitantes cuando tuve la dicha de pisar aquella poblacion de suntuosos edificios, se extiende como un inmenso mar, la grandiosa laguna de Chapala, la mayor, la mas hermosa, la mas admirable de todas las de América. Su longitud, desde la orilla de Jecotepec hasta las haciendas llamadas Moreñas, es de treinta y dos leguas, ostentando en sus fértiles orillas dos cordilleras de pintorescos pueblos cubiertos de verdura,

de árboles y flores que realizan los fantásticos jardines de las hadas, orlando las misteriosas márgenes de un lago encantado. El agua siempre limpia y trasparente de este delicioso mar chapálico, como acertadamente lo llama uno de sus mas ardientes y entusiastas hijos de Jalisco, mi malogrado amigo y apreciable abogado D. Pablo J. Villaseñor, á quien la poesía mexicana es deudora de muchas y recomendables producciones, tiene la ventajosa circunstancia de ser potable y de excelente calidad.

En medio de esta hermosa laguna, joya de inestimable precio, que adorna la deliciosa, rica y floreciente provincia de Guadalajara, se levanta como la Vénus al nacer de la espuma de los mares, la risueña isla de Mescala, presidio de los hombres altamente criminales, llena de cultivadas huertas y de animados talleres, donde trabajan con cuidadoso empeño los alegres confinados.

La inmensa extension de este mar de dulces aguas, sobre el cual pudieran navegar los buques de mayor porte, pues cuenta

treinta varas en su mayor profundidad, y ocho en su menor, encierra en sus brillantes senos los mas sabrosos y delicados peces que adornan la mesa de los grandes y los pobres.

Cuando por vez primera visité ese gran lago encerrado entre fértiles campiñas y magníficas haciendas, conocí que cuantos elogios me habian hecho de él, quedaban muy lejos de la verdad, pues aun los mismos geógrafos, incluso Balbi, llevados sin duda de agenos informes, apenas le conceden la mitad de la extension que ocupa.

Dado á conocer el punto en que van á tener lugar algunas escenas de nuestra historia, volvamos á reanudar el hilo de ella.

Era una hora despues de haberse ocultado el sol; millares de cintilantes estrellas brillaban en la azulada bóveda del cielo como otros tantos ojos de la Providencia que observan las acciones de la criatura humana. Una canoa, ligera como el vuelo de las aves, se deslizaba sobre la tranquila superficie de la dormida laguna, impelida por el toscó remo de un indio que, de vez en

cuando, y con cariñoso interes, fijaba sus ojos en otro personaje de gallarda presencia, que triste y en silencio marchaba de pié á su lado. Ninguna otra barquilla se descubria sobre la plateada superficie de aquel mar delicioso que, como un diáfano espejo, retrataba en sus cristalinas ondas los fulgurantes astros de la noche que bordan la régia alfombra del divino alcázar del Supremo Hacedor.

La calma y la tranquilidad envolvian aquel escogido oásis de la creacion. Las aves dormian, oculta la cabeza debajo de las pintadas alas, en las ramas de los frondosos árboles que sombreaban la orilla; solo el dulce trovador de las selvas de América, el misterioso cantador de la noche, el melancólico zenzontle elevaba sentidos y melodiosos trinos á la sublime naturaleza que se mezclaban con el acompasado golpe que producía el remo al romper el agua.

—Descansa un momento, Pablo, para que recobres tus fatigadas fuerzas.— Dijo el

hombre que iba junto al indio—hace rato que remas, y aun nos falta un gran trecho.

—No estoy causado, señor amo; y además el deseo de servir á su merced me da *ánimos* para todo.

—Estoy convencido de ello, y por lo mismo no sé cómo pagar tus leales servicios.

—Antes yo soy el que sale debiendo á su merced.

—¿Tú? ¿Por qué?

—¿No me salvó su merced de ser fusilado?

—Sí; pero esa deuda me la pagaste con usura, dejándome salir de la casa del Recreo en que me encerró Rossi.

—No hay *comparanza*, señor amo, entre un favor y otro: del encierro se sale, pero no del *joyo* (1), pues ya sabe su merced, que la vida no retoña.

—Sin embargo, tú comprometiste la tuya favoreciendo mi fuga, pues estoy seguro de que no te perdonará aquel paso el vengativo Rossi.

—Mientras sirva yo á su merced, nada

(1) Término muy usado por la gente baja en vez de la palabra tumba.

temo de ese *zaragate* (1) que de *al tiro* (2) ha perdido la vergüenza.

—Es un bribon que deslumbra á las gentes sencillas con su fingido patriotismo.

—Un *lépero* que tiene méritos sobrados para formar una *mancuerna* (3), pues mas de cuatro conozco yo que arrastran el grillete con menos motivos que él.

Tienes razon; pero no nos ocupemos de semejante personaje, y tratemos de lo que á mí me interesa.

—Dice bien su merced. Pero ¿no *devisa entovia* su merced ningun bulto en la orilla?

—Nada.

—A ver si yo que tengo ojos de *tecolote* (4), *deviso* algo.

Y Pablo, suspendiendo por un instante el remo, se puso á mirar hácia la orilla, de la cual estaban ya cerca.

(1) Pillo redomado.

(2) Completamente.

(3) *Mancuerna* llaman á la union de dos presidarios que en México van unidos por un pié á la misma cadena, sin que se separen ni para dormir, ni para trabajar.

(4) *Teacolote* llaman al moquelo.

—¿Descubres lo que deseo?

—Por mas que *pele el jalisco* (1) nada veo.

—No habrás venido: soy tan desgraciado...

—Todo está enteramente *sólido* (2).

—¿Viaje inútil!

—Pero no:—dijo Pablo con alegría:—allí veo estar *silencio* (3), un bulto por el *chisgo* (4) de una mujer.

—¿En dónde?

—Allí—dijo el indio extendiendo el brazo, y señalando con el dedo hacia tierra.—

¿No le ve su merced?

—Sí... es verdad... y efectivamente parece una mujer.

—Sino que está *silencio* como una *estdutua*.

—Rema, y acerquémonos á ver si es ella.

—Me *chisparé* (5) la frazada para remar *mas mejor*.

Dijo Pablo despojándose de la manta, en que iba envuelto, y poniéndose á remar con

(1) *Pelar el jalisco*: mirar de hito en hito.

(2) *Sólido*, por solo, sin gente.

(3) *Silencio*, quieto.

(4) *Chisgo*, semejante, parecido.

(5) *Chispar*, desprender, soltar, etc.

todo vigor. Luego, volviendo á tomar la palabra, siguió hablando á la vez que remaba

—Yo no sé cómo *quiere* su merced á una mujer que de *al tiro* se muestra *polinaria* (1).

—¿No te ha sucedido nunca querer á quien no te ha correspondido?

—Nosotros los plebellos de la plebe no entendemos nada de eso, señor amo: cuando nos *nace* (2) querer á una, nos metemos de *al tiro*, y si no corresponde á buenas, la obligamos á *chaleco* (3).

—Pero ¿qué harías si por ejemplo amases á una que no te correspondiera, y á la cual no pudieras obligar por la fuerza ó *chaleco* como tú dices?

—Lo que le puedo asegurar á su merced, señor amo, es que no me *atorarian* sus deseos, porque con un trago de *chingre* (4) ó de *tlamapa* (5) se me irían las penas.

(1) *Polinaria*, ingrata, esquivada.

(2) *Nace*, tener voluntad, desear.

(3) *Chaleco*, por fuerza.

(4) *Chingre*, aguardiente de caña.

(5) *Tlamapa*, nombre que muchas veces dan al licor llamado pulque.

—Dichoso tú que puedes hacer eso. Yo, si no de la manera que tú dices, si lo he intentado por medio de la razón; pero mi cariño ha superado á todas mis reflexiones. Antes de salir de México y de emprender este viaje, consideré que mi imprudente paso en venir al sitio en que vive la mujer que amo, era indigno de mí, pues con él me expongo á turbar la paz y la tranquilidad de un digno matrimonio; pero una imperiosa necesidad de calmar la inquietud de mi corazón, un desasosiego inaudito que me lastimaba el pecho, nacido del temor de haber sido despreciado, vendido por ella, una rebeldía interna de la naturaleza contra la razón, me han obligado á venir para ver si logro tener una entrevista con ella, y oigo de sus labios que no me aborrece, que me ama en secreto.

—¡Pobre amo mio!

—Sí, compadéceme, Pablo. El amor es una cosa indefinible. Tú sabes los esfuerzos que he hecho para curarme de esta enfermedad llamada pasión: tú me has visto entregarme, por todos los pueblos que he-

mos atravesado, á los placeres y á las diversiones, con el único fin de no pasar adelante, y de permanecer lejos de la mujer que adoro; pero todo ha sido en vano, porque aquellos mismos placeres, sin ningun trabajo conseguidos, me hacian conocer mas y mas el precio del cariño del ángel puro que yo amaba. Solamente Matilde, esa jóven actriz, á quien sin querer he hecho desgraciada, pudo hacerme creer por un instante en la felicidad: su hermosura, su semejanza con Luisa, deslumbraron mis ojos, pero no pudieron, por desgracia, cautivar mi corazón!....

—¡Y crea su merced, que me *cuadraba* mucho la comediante. ¡Y con qué *perfección* trabajaba! Sobre todo cuando traen muerto á su hermano D. Justo Talavera.

—Bustos Tabera, querrás decir.

—Eso es. Pero ¿no descubre *entovia* nada su merced?

—Sí; el bulto se mueve, y es sin duda una mujer.

Pablo volvió la cabeza suspendiendo en el aire el remo, y exclamó:

—¡Es ella!

El bulto que, al parecer había estado esperando la canoa, se acercó á largos pasos á la orilla, casi al mismo tiempo que atracaba la barquilla.

Pablo saltó á tierra para afianzar en ella la cuerda á que estaba amarrada la canoa, y en seguida hizo lo mismo el otro personaje, que corrió al encuentro de la mujer que venia hácia ellos.

—¡Juana!

Dijo el arrogante caballero, reconociendo á la que se acercaba.

—Mucho ha tardado vd., D. Miguel: hace una hora que estoy esperando.

—¡Y Luisa! ¿Le has dicho que deseo hablar con ella para no volverla á ver en mi vida; que anhelo oír de sus labios que no me aborree, que no fué ella la que armó el brazo de su esposo para herirme?

—Todo se lo he dicho; pero nada he alcanzado.

—Me niega esta gracia que no la compromete, que ningun sacrificio le costaba.

—Me ha dicho que sus deberes le sepa-

ran de vd., y que no puede escucharle sin faltar á la obligacion que como buena esposa y amante madre tiene.

—¡Siempre vanos pretextos!

—Pero no hay que desesperar.

—¿Tienes tú alguna esperanza?

—Sí.

—¡Cómo! habla.

—Dentro de unos dias debe salir D. Fernando hácia Tampico, á reunirse con las tropas que se disponen á rechazar á los españoles, y entonces, una noche, con cualquier pretesto, yo haré de modo que entre vd. sin que los criados adviertan la mas mínima cosa.

El ruido de alguna persona que se acercaba por detras con sigilo, obligó á Juana á interrumpir la conversacion.

—¡No ha oído vd. ruido, D. Miguel?

Dijo la criada con muestras de inquietud.

—Sí; me pareció que se escuchaban pasos entre las hojas de esa enramada.

—¡Si nos habrán espiado? ¡Ay!.... ¡entonces soy perdida!....

—Voy á ver; nada temas.

No bien pronunció estas palabras, voy á ver, se escucharon claramente los pasos como de alguno que huía. Juana se puso pálida como la muerte; Miguel se metió en la maleza, separando las ramas, mientras un cuerpo se deslizaba como una culebra, perdiéndose entre las sombras de los árboles que cercaban una risueña y elegante casa, que á distancia como de un cuarto de milla se elevaba.

—¿Ha visto vd. á alguno?

Preguntó Juana viendo volver á D. Miguel.

—Sí; era un hombre que ha desaparecido por entre los árboles que circundan la habitación de Luisa.

—¿Dios mio! . . . huyan vdes.: sin duda es un criado que al notar mi falta, me ha seguido, y que ahora le estará contando á D. Fernando nuestra conversacion.

—Pero escucha . . .

—Nada, nada; ¡adios! . . . voy antes de que nos sorprendan.

Y Juana echó á correr sin detenerse un

instante, desapareciendo á poco por el mismo sitio que habia llevado el hombre.

—Hemos hecho el *viaje del vidriero* (1).— Dijo Pablo al notar el inesperado desenlace de aquella entrevista.—Vámonos, señor amo, no sea que salga D. Fernando con sus *rancheros* (2), y nos hagan *atole* las costillas.

—¿Temes?

—Por mí, no, señor amo, que ya *está hecho el cuero á pulque*; pero temo por su merced y por la niña Luisita á quien pudiéramos comprometer permaneciendo aquí.

Miguel pensó toda la fuerza de esta última reflexion; pero el sentimiento de alejarse de aquel sitio, cerca del cual respiraba el objeto de su amor, le retenia allí á pesar suyo.

De repente se oyó como el ruido de varios remos que cortaban con rapidez el agua. Pablo, cuyo receloso oído vigilaba temiendo una sorpresa, dirigió la vista há-

(1) Frase que se usa para significar que nada se ha adelantado.

(2) Nombre que se da á la gente del campo; se deriva de la voz *ranchó* que equivale á aldea.

cia donde aquel se oía, y desamarrando á toda prisa la canoa, exclamó.

—Entre su merced, señor amo; entre su merced corriendo, que nos rodean con las canoas.

Miguel miró hácia la laguna, y al ver que, en efecto, se deslizaban con el mayor silencio varias canoas, saltó á la suya, preparó un par de pistolas que á prevención llevaba, y dijo:

—Rema, y verémos quién se atreve á cerrarnos el paso.

Al ver los que en las otras embarcaciones iban, que habian sido descubiertos, violentaron mas y mas su marcha para dar caza á la de Pablo; pero éste, impulsado por el deseo de servir al hombre á quien debía la vida, hacia esfuerzos sobrehumanos para no ser alcanzado.

Sin embargo, los que les perseguían llevaban mas remeros y era preciso que les cerraran el paso: Miguel lo conoció y se dispuso á luchar á todo trance.

A los pocos instantes se acercó una de las canoas por el costado.

Pablo redobló sus esfuerzos.

—¡Alto ahí!

Exclamó un hombre, arrojando desde su canoa la temible reata, formando lazo sobre Miguel, que se sintió extrangular por la formidable cuerda que le sujetaba.

Pablo, al verle próximo á caer al agua, soltó el remo para auxiliarle; poco despues sonaron dos tiros, á los cuales siguió el ruido de un cuérpo que cayó á la ancha laguna.

CAPITULO XIV.

Por servir á su amo.

Nos hallamos en un cuarto que, por el descuido que en él se advierte, revela al ojo menos inteligente, que pertenece á la habitacion de un hombre soltero.

Sobre una mesa redonda, veíanse varios papeles, unos sobre otros, llenos de polvo y en completo desórden: un plato con un vaso de agua, un par de pistolas, una carta abierta, algunos libros esparcidos, un tintero y dos plumas fuera de él. Encima de una silla que junto á la expresada mesa se encontraba, habia una corbata amarrada al respaldo, una servilleta con la señal del

polvo que con ella se habia quitado á los zapatos, otro plato con una fiera de chocolate puesta sobre el asiento, un cepillo de ropa, y debajo un periódico.

Un hombre, abrumado sin duda por el peso de serios pensamientos, se paseaba solo por la estancia con los ojos fijos en el suelo, dejando leer en su melancólica fisonomía, la huella que debieron dejar en su alma hondos y prolongados pesares.

De repente se abrió la puerta, dando entrada á otro hombre de tosco traje que, quitándose con respeto el sombrero de petate, interrumpió el silencio que hasta entonces habia reinado, diciendo:

—Buenos dias le dé Dios á su merced, señor amo.

—Bien venido, Pablo.

Contestó el saludado, mirando al que acababa de entrar, y volviendo en seguida á continuar su paseo.

El indio permaneció por un momento contemplando con cariñoso interes á aquel hombre, en cuyas facciones leia el mas profundo pesar; y procurando sacarle de sus

melancólicos pensamientos, dijo con aire resuelto, aunque respetuoso,

—No se *achahuissele* (1) su merced, señor amo; que quien con tanto valor sabe *chisparse* un lazo y herir al que le laza, no es justo que se deje vencer de una pasión.

—Mas quisiera luchar contra diez hombres que contra los desprecios de la ingrata que adoro.

—¿Quere su merced que le diga un dicho?

—Puedés decir lo que gustes.

—Es un versito que *escribió* contra esas *rijas* de Eva un *evangelista* (2) que la *entelije*, y que solemos cantar nosotros los plebellos de la plebe.

—Ya me supongo que será digno de quien lo escribió y para quien lo escribió.

—Pues á mi no me *discuadra*, señor amo. Ello es verdad que lo mandó hacer un compadre mio que era *talentudo*, para mandár-

(1) *Chahuissele*, palabra india con que se designa cierta enfermedad que en México padecen las plantas, y que las seca y arruina: así es que cuando la gente del bajo pueblo, ve á otro triste y sin ánimo, dicen que está *achahuisclado*.

(2) *Evangelista*, lo mismo que en Madrid memoria.

selo á una que se le andaba mostrando *polinaria*.

—Me lo supongo.

Contestó secamente el otro personaje, disgustado con la relacion del indio.

—Y si yo me hubiese *jayado* en la situacion de su merced, ya se lo hubiera enviado tambien á esa que tanto se *chiquea* (1) y se hace *del rogar*. Oigalo su merced, señor amo.

Permíta Dios que te topes un indio desorejado que te haga comer bodoques por lo mal que me has pagado.

El que se paseaba, hizo un gesto de desagrado, y continuó cruzando la estancia.

—¿Qué le ha parecido á su merced?

—Perfectamente.

—¿Es verdad que es *devino*?

—Nunca has dicho cosa mas cierta. Pero dime, ¿te has informado de si los que trata-

(1) Que se da importancia para que la obsequien dirigiéndole tiernas palabras de amor.

ron de darnos alcance en las canoas, eran enviados por D. Fernando?

—D. Fernando no llegó á saber nada, señor amo.

—¿Estás seguro?

—Me lo contó Juana al siguiente día. Quien *jué* el autor de la *jarana* es un criado que la vió salir de casa, la siguió, y que, al verla con su merced, corrió celoso á llamar á sus compañeros.

—Y que gracias á tu maestría en remar no nos alcanzaron.

—Ni trataron de hacerlo desde que su merced le hirió la mano con sus pistolas al que le habia lazado, y le obligó á soltar la reata.

—¿Pero qué te ha dicho Juana? ¿Hay esperanzas de que pueda ver á Luisa esta noche?

—Segun Juana, ni esta noche ni nunca; pero si su merced *quiere* seguir un plan mio...

—¡Ah!.... ¡Pablo! cualquiera que sea lo apruebo, si con él he de conseguir la dicha de ver á Luisa.

—Yo le aseguro á su merced.

—¿Y qué plan es ese?

—¿Me promete su merced no refirme por él?

—Al contrario, te lo agradeceré infinito.

—¿Y si lo hubiese puesto por obra antes de venir á ver á su merced?

—Con mas motivo.

—¿Y si hubiese que hacerle derramar *lágrimas* de San Pedro á Luisa?

—¿Hacerla llorar á ella!.... ¡á la mujer por cuya felicidad daría mi vida!.... ¡Ah!.... entonces no: toda mi existencia daría por ahorrarle un solo suspiro de dolor!....

Pablo quedó cortado con aquella contestacion que él no esperaba. Miguel advirtió la extrañeza que habia causado en el fiel criado su resolucion; y temiendo hubiese cometido alguna imprudencia por servirle, añadió con marcada ansiedad.

—No me ocultes nada de lo que has hecho, Pablo; pero por Dios, dime pronto el plan que has puesto por obra para obligar á Luisa á oirme.

El indio palideció, y se puso á dar vuel-

tas al sombrero entre sus manos sin atreverse á contestar.

—Tan extrema es la medida que has tomado—continuó impaciente Miguel notando la irresolución de Pablo—que temes confirmarla?

—Al echar mano de ella no la juzgué así; pero desde que le he oído decir á su merced que daría su vida por ahorrarla un pesar, conozco que he cometido una mala acción.

—Pero ¿cuál es?

—Que me he traído á Juanito.

—¿A qué Juanito?

—Al hijo de Luisa.

—¿Le has arrebatado su hijo!...

Exclamó Miguel aterrado, y dejándose caer abrumado sobre una silla.

Pablo quedó como una estatua, sin movimiento, pálido, sin atreverse ni aun á respirar con fuerza.

Así permaneció algunos instantes, hasta que el odio queriendo reparar el daño que sin querer había causado á su amo, abrió la puerta, y se dispuso á salir.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Miguel sacándole de sus meditaciones el ruido de la puerta, y poniéndose en pié.

—A devolver á Luisa su hijo, á su merced la tranquilidad, y á mí el aprecio de mi buen amo á quien, pensando servir le he ofendido.

—Sí; es preciso hacerlo en el momento. Aquella pobre madre estará sin consuelo, ignorando el paradero del hijo de sus entrañas. Pero de ¿qué medios te valiste para apoderarte de ese inocente niño?

—Aproximándome al jardín adonde suele salir Juana, y aprovechando el instante en que ésta le dejó solo para entrar por un juguete para él á la casa.

—¿Es decir que nadie te vió?

—Nadie.

—Respiro—exclamó Miguel, viendo desaparecer de su pecho el temor de que Luisa le creyera cómplice de aquel rapto.—De esa manera puedes presentarte como el hombre que lo ha rescatado de las manos de su malhechor.

—No, porque la niña Luisa sabe que yo fui el autor de esa maldad.

—¡Y me creerá tu cómplice!...
Pronunció aterrado Miguel.

—No señor.

—Acaba.

—Yo traje al niño por la mañana, y me presenté á Luisa por la noche cuando no estaba su esposo en casa. Estaba sola en la sala llorando por su hijo, cuando yo le dije que se lo podia devolver con una condicion.

—Continúa.

—Le hice ver la necesidad que su merced tenia de conseguir una entrevista con ella; y que yo, viendo padecer á su merced, y sin decirle nada, habia dispuesto aquel rapto para obligarla á recibir á su merced. Si su merced accede, le dije, el niño estará aquí inmediatamente, y si no, despidase su merced de él hasta que acceda. Ella iba á contestar, pero se detuvo á los pasos de un hombre que se acercaba por el corredor, yo entonces viéndome perdido, si se descubria quién habia sido el autor del rapto, le dije

que si revelaba la menor cosa, contara á su hijo por muerto; que esta noche iria á saber su resolucion, y que estuviese persuadida de que su merced ignoraba todo aquello. En seguida, viendo que el ruido de los pasos se acercaba y que me era imposible salir por la puerta, abrí el balcon que estaba bastante bajo, al mismo tiempo que entraba en la sala Fernando: al verle, salté al campo; y él, al desbubrir un hombre que huia, corrió al balcon y disparó sobre mí sus pistolas, cuyas balas pasaron rozándome el caballo.

—¡Dios mio!... ¿Y despues?

—Tal vez creyendo que me habia acertado, ví que cerró el balcon con terrible golpe, quedándose con su esposa dentro de la sala.

—¡Qué habrá pasado despues!... ¡ah!... es preciso que partamos en el momento á reparar los males que has causado!...
¿Dónde está Juanito?

—En casa de una comadre mia, que vive en la calle inmediata.

—Vé por él, y manda traer un coche para que salgamos sin perder ni un segundo.

Pablo desempeñó con toda prontitud lo que su amo había ordenado, y media hora despues salia á todo correr un carruaje de Guadalajara, llevando á un hermoso niño, á Miguel y al indio Pablo.

Véamos ahora lo que pasó entre Fernando y Luisa, cuando aquel último huyó por el balcon.

—¿Quién es, miserable—dijo el zeloso marido, dirijiéndose á su esposa—el hombre infame que acaba de salir de aquí?... responde.

Luisa, aterrada, no supo qué responder, temiendo comprometer, si decia la verdad, la vida de su hijo.

—¿Guardas silencio, infame?...—exclamó cada vez mas exaltado Fernando.—¿Qué mayor prueba quiero de tu infidelidad y de mi deshonra?... ¡Oh!.... ahora descubro todo.... ahora aclaro el misterio de la desaparicion de tu hijo.... de ese fruto de tu liviandad.... de ese hijo del hombre que acaba de salir de aquí, y que se lo lle-

vó, fingiéndome tú que te lo habian robado.... ¡Oh!.... tu sangre, tu sangre, Luisa, necesito.... ¡Me has cubierto de baldon y de amargura para siempre!.... para siempre, sí.... ¡Aquel hijo no era mio!.... ¡aquel hijo era el padron de mi infamia que tú tuviste la audacia de que creciera á mi lado!.... ¡infame!.... ¡infame!....

Y Fernando se paseaba como un frenético por la sala, mientras Luisa, resuelta á sufrir todo antes de comprometer la vida de su hijo, permanecia callada, afligida y llorosa en un rincón de la estancia.

—Disponte á seguirme—dijo Fernando despues de un rato de meditacion.—Es preciso que yo te oculte donde nadie vuelva á saber de ti; donde no vuelvas á ver en tu vida, ni á tu amante.... ni á tu hijo.

A la siguiente noche de haber tenido lugar esta desagradable escena doméstica, una canoa atracaba á la orilla de la laguna de Chapala: un hombre saltó de ella y se dirigió solo, hácia la casa de Luisa, encargando á un indio que le esperase dentro de la em-

barcacion con un niño que con ambos habia ido.

El hombre que se acercaba á la casa, era Miguel que se adelantaba para preparar la fausta noticia que á Luisa llevaba. Llamó á la puerta, y preguntó por ella.

—No está.

Le contestó un criado.

—¿Y D. Fernando?

—Tampoco.

—¿A qué hora volverán?

—Salieron anoche para no volver.

Miguel tembló con el presentimiento de una desgracia.

—¿Y á dónde han ido?

—No lo han querido decir á nadie.

—¿Y marchó en compañía de ellos, Juana?

—Sí, señor amo.

Miguel, viendo que no podia descubrir nada, se despidió del criado, y se acercó á donde le esperaba Pablo con el niño, oprimido el corazon de pesar.

—Volvamos á Guadalajara.

Dijo entrando en la canoa.

—¿Sin dejar á Juanito?

—Ya no es tiempo: nadie habita en la casa: á mí me toca cuidar de esta criatura, procurando verter en ella tantos bienes, como males he preparado sobre su desgraciada madre; pero empieza á remar, que des pues te contaré lo que he sabido.

Pablo afligido por los males que habia ocasionado con su imprudente raptó, cogió el remo, y la canoa empezó á bogar en el mayor silencio, en tanto que Miguel cubria de besos las mejillas del hermoso niño á quien habian privado de las dulces caricias de una madre.

Volvamos ahora á ocuparnos de la expedicion.



CAPITULO XV.

Una emboscada á la expedición.

Al brillar la luz primera del día 27 de Julio, y al toque animado de diana, la entusiasta division española, se formó en tres secciones, haciendo sus evoluciones, con precision y exactitud, fijando la direccion hácia el puerto de Tampico.

La primera seccion, compuesta del primer batallon á las órdenes del teniente coronel, primer comandante D. Luis Antonio Freire, formaba la vanguardia; la segunda, compuesta del segundo batallon, mandada por el comandante D. Juan Falomir, formaba el centro; y la retaguardia, que la componian seiscientos soldados, por faltarle los

cuatrocientos hombres que, con su comandante D. Manuel de los Santos Guzman, arrojó el temporal á las costas de Nueva-Orleans, iba á las órdenes del capitan mas antiguo D. Juan Descallart, custodiando el pequeño convoy con cajas de guerra, parte del almacen, caja de fondos, algunas municiones de guerra, escasas provisiones de boca, y un decente botiquin.

La escuadra, por orden de Barradas, se dió á la vela, con objeto de hacer el crucero sobre el puerto de Tampico y Veracruz.

Puesta en marcha la reducida columna que hacia un total de dos mil seiscientos once hombres, en medio del sol abrasador de los trópicos y sobre un terreno de arena suelta y calcinada por el astro abrasador, en que se enterraban los piés del sufrido soldado, entorpeciendo su marcha, pronto se hizo sentir, como era natural, el cansancio, la sed devoradora y la necesidad de algun alimento.

Es preciso haber viajado por aquellas abrasadas playas donde no se encuentra una choza, ni una fuente, ni un arroyo; donde

caiendo á plomo los rayos del sol, vierten un calor sofocante que convierte en abrasada lava aun la escasa brisa que se recibe del mar, para apreciar cual merecen, las penalidades de aquel pequeño ejército que caminaba bajo un cielo de fuego, respirando una atmósfera sofocante, y sobre un pavimento de llamas, pues no era ya otra cosa el inmenso arenal que atravesaban.

Después de haber caminado de esta suerte hasta las once del día, el jefe mandó hacer alto para que descansara el soldado y tomase algún alimento.

En aquella hora en que el sol se encontraba casi en la plenitud de su fuerza, reflejando en la abrasada arena como en un lago de fuego, los soldados españoles, sin una tienda de campaña, sin encontrar un árbol donde guarecerse, cubiertos de sudor y agobiados bajo el peso de las armas, dispusieron un rancho con arroz, patatas y tocino, que reanimó las agotadas fuerzas del ejército.

Emprendida de nuevo la marcha, pernoctaron, á la caída del sol, en los motíferos

médanos, después de haber hecho en aquel día una jornada de cinco leguas, que es una marcha asombrosa, si se atiende á lo abrasador del clima y al ir marchando sobre un suelto arenal que nadie sino aquellos hombres de hierro, sufridos y animosos podían soportar.

Pero si terribles en alto grado fueron las penalidades del día, no fueron menores las que tuvieron que sufrir durante las largas horas de la noche.

Tendidos aquellos hombres sobre los malos médanos que aun conservaban el calor de los ardientes rayos del sol, abrasados los pies por el fuego de la arena sobre la que habían caminado, se vieron acometidos de repente, por el ponzoñoso *jején* (1) y el enconoso mosquito, que formando una espesa nube, caía á millares sobre los rostros y manos de sus nuevos huéspedes, martirizándolos de una manera espantosa.

—Tengo la cara como si me acabasen de dar las viruelas, querido tío.—Dijo Rafael

(1) Especie de mosquito, cuyo piquete levanta grande ampula, causando una comazon insoportable,

á D. Andrés que estaba á su lado, ocupada su mente con la memoria de sus hijos.— ¡Malditos mosquitos.... y sus agudos piquetes causan una picazon insoportable.

—No te rasques, Rafael:—contestó el anciano— procura aguantar todo lo posible, porque de lo contrario se aumentaria mas y mas el dolor.

—¿Pero quién es capaz de resistir? Mas quisiera habérmelas contra un escuadron de coraceros, que con esos zumbadores avechuchos que le rejonean á uno de lo lindo sin dejarle parte sana.

Y el jóven cadete se rascaba al decir esto, hasta hacerse sangre con las uñas.

—Te he dicho que resistas la picazon.

—Eso es imposible.

—Te daré un remedio.

—¿Cuál?

—Que cojas lodo y te lo apliques á la parte en que te hayan picado, pues el barro fresco es una cosa eficaz para calmar el ardor del piquete y obligar á que desaparezca la roncha que alza el mosquito.

—Pues será preciso que me ponga una máscara y unos guantes de barro.

—Haz lo que te digo, y la comezon desaparecerá.

—¿Pero dónde cojo ese lodo, si aquí no hay mas que arena?

—Siempre mitigará, aunque no tanto como la tierra: coje, pues, un poco de agua, y haz con la arena una especie de lodo que supla al que en otro terreno te pudieras aplicar.

Rafael se levantó, cojió agua, y se puso á hacer lo que D. Andrés le habia aconsejado.

—Le digo á vd. tio, que con semejantes guarda-costas—dijo el jóven cadete mientras humedecia la arena—no necesitan los mexicanos ejército para acabar con los que invadan sus playas. Para estos lanceros alados no hay parapetos que valgan, ni centinelas que eviten su sorpresa.

—No hay duda de que es un enemigo temible y tenaz.

—Vamos:—dijo Ramirez cubriéndose la cara con la masa de arena mojada—ya ten-

go la invulnerable cota: véamos si ahora me dejan dormir los volátiles escuadrones.

Y se tendió sobre la manta que la tenia extendida sobre el suelo: los mosquitos parecieron respetar el extraño remedio dado por D. Andrés, y el jóven que estaba rendido por la fatigosa marcha del dia, por el excesivo calor y por el exigente sueño, propio de la juventud, se quedó á los pocos instantes profundamente dormido.

D. Andrés, que velaba á su lado, ocupado con los tristes recuerdos de sus hijos, de su pasada fortuna, de sus presentes miserias y con su oscuro porvenir, le contemplaba con solícito interes, envidiando la tranquilidad de aquella alma que no habia probado aún los sinsabores de la vida, y que soñaba tal vez con la gloria y la felicidad.

—¡Cuánto se parece á mi amada Pilar...!
—pensó el anciano que miraba en aquel jóven el retrato de su hija:—¡Qué habré sido de ella, Dios mio!... ¡La habré perdido para siempre, ó gemirá en la miseria mal-

diciendo la hora en que vino al mundo para padecer como su padre?....

Y D. Andrés se enjugó las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

El dia, por él tan deseado, brilló por fin, y la pequeña columna, despues de tomar algun alimento, volvió á continuar su marcha con direccion á Tampico, dispuesta en el mismo órden del dia anterior.

Como á las nueve de la mañana, se dejó ver un paisano mexicano á caballo, el mismo que habia llevado las proclamas, el cual, acercándose á Barradas le dijo:

—Vayan vdes. con cuidado, porque he oido que se trata de preparar á la tropa una emboscada.

—¿Dónde?

Preguntó Barradas sin mostrar gran interes.

—Ignoro el sitio, pero no debe ser muy lejos de aquí.

—¿Y sabe vd. cuánta gente?

—Lo ignoro.

—Gracias.

—Adios.

—Adios.

El paisano se alejó siguiendo su camino, y la columna continuó su marcha, sin que Barradas aprovechara el importante aviso que le habían dado. ¡Descuido reprehensible en un jefe que no cuenta con ningún ejército de reserva y que camina sobre un país contrario y mortífero!....

A las pocas horas de marcha, el calor empezó á ser insoportable: el sol parecía caer con mas fuerza, caldeando la suelta arena en que hundian sus calcinados piés los sufridos soldados, cuyas manos y rostro llevaban las terribles marcas del agudo aguijon del jején y del mosquito: ni una ráfaga de aire que refrescara el sudor del ejército, ni una fuente ni un arroyo donde aplacara la sed devoradora, ni una benigna arboleda se presentaba á los ojos de los expedicionarios.

Conociendo Barradas los incalculables padecimientos de la columna que mandaba, ordenó hacer alto al medio dia, y que con los instrumentos que cada cual pudiese conseguir, hiciesen hoyos en la arena para pro-

porcionarse agua. Los soldados con una ansiedad indecible emprendieron el trabajo, y al descubrir el precioso líquido, se arrojaron sedientos á él, filtrando para poder beber aquella agua salobre y arenosa, por los pañuelos, por un trapo, y muchos que de esto carecian, por la punta de la camisa que sacaban para conseguirlo.

En tan críticas y angustiosas circunstancias, un recio aguacero, tan comunes en aquella costa en el mes de Julio, vino á reanimar el espíritu de aquellos bravos guerreros. Mil gritos de alegría resonaron por aquel acontecimiento, considerado entonces por el mas grato de la vida.

—¡Agua!.... ¡Agua!....

Exclamaban henchidos de placer inexplicable; y todo el mundo, soldados y oficiales, recogian el agua, abriendo unos sus pañuelos, recibéndola otros en sus chacós, algunos en las fundas que las quitaban de sus morriones, y no pocos sacando la delantera de la camisa.

Hubo momentos de efusion difíciles de
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 22

explicar. El agua era para aquellos sedientos hombres, lo que el puerto para el afligido náufrago que se salva de las olas. Habían creído encontrar el principal elemento de la vida, y sin embargo, aquel celebrado aguacero, no era otra cosa que el germen de las enfermedades, de las dolencias, y tal vez de la muerte.

Nada hay mas mortífero en aquellas abrasadas costas, para quien no ha nacido en ellas, que mojarse despues de caminar bajo la influencia del ardiente sol de su brillante cielo. Cada gota caida sobre el cuerpo agitado por el calor, debe considerarse como otros tantos agentes de la muerte; y tan seguro es su daño, que aun los hijos de aquellas playas, procuran no mojarse, pues ni ellos mismos se libran, de lo contrario, de molestas calenturas dificiles de curarse.

En las guerras civiles de aquel país, se ha dado el caso de tener que levantar el sitio puesto á Veracruz, por haberse enfermado ochocientos hombres de los sitiadores, al dia siguiente de un fuerte aguacero sufrido á la intemperie.

Aquellos lectores que solo buscan en la lectura un rato de entretenimiento, disimularán la minuciosidad con que relato estos hechos, á la vez que los interesados en conocer los menores detalles de aquella expedicion, celebrarán la exactitud con que los voy narrando, sin poner ni quitar una escena, ni un solo paso que sea contrario á la verdad.

Entre los preciosos documentos que á fuerza de tiempo y de trabajo logré adquirir sobre esta expedicion, ocultà hasta ahora en la oscuridad y en el misterio, se encuentra el diario que con toda minuciosidad llevaba un oficial de aquel pequeño ejército: diario manuscrito que, por una casualidad llegó á mis manos, trazado, como se revela á primera vista en sus breves páginas, con el único objeto de recordar en el seno de su familia, todos los pormenores de aquella penosa campaña.

Despues del pequeño respiro concedido á la tropa, y aplacada del todo la sed del soldado con el agua traída por la tempestad, se continuó la marcha hasta la caída

del sol, haciendo igual número de leguas que el día anterior.

Pasada la noche entre un enjambre de incómodos mosquitos, el ejército emprendió su penúltima jornada hacia Tampico. El espíritu del soldado empezó á reanimarse, descubriendo á un lado, á medida que se levantaba hacia la anhelada ciudad, alguna vegetacion que indicaba iba á tener fin el inmenso arenal que atravesaban.

Alegres caminaban con la consoladora perspectiva que á sus ojos se presentaba, cuando de improviso, despues de haber pasado el primer batallon, se escuchó la terrible detonacion de varias piezas de artilleria que retumbaron en un sitio de espesa enramada que, á corta distancia de la playa se descubria.

A esta inesperada detonacion que derramó una lluvia de metralla sobre las primeras filas del segundo batallon, siguió una descarga de fusileria que tendió en el suelo once soldados.

Esta sorpresa introdujo, por de pronto, algun desorden en la division; pero la ser-

nidad y sangre fria del comandante D. Juan Falomir, hizo recobrar al soldado su aplomo y valor.

Sin pérdida de tiempo dispuso que el teniente D. Antonio Sanjurjo y el alférez D. Eduardo Agusty, penetrasen á reconocer el sitio de la emboscada, con media compañía de soldados, entre los cuales iban Rafael Ramirez y D. Andrés.

La órden fué puesta en ejecución al momento: aquel corto número de hombres, sin saber la fuerza contra la cual iban á combatir, penetraron por distintas direcciones, con el arma á discrecion, hasta llegar al sitio crítico, y á las voces de ¡viva el rey, viva España! penetraron en una especie de reducto circular, formado de ramaje, sorprendiendo á su vez á los que dentro estaban, y matando en el acto á uno de sus soldados que, con el botafuego en la mano se disponia á disparar un cañon.

El jefe que los mandaba, lejos de acobardarse al verse sorprendido, animó á los mexicanos que no pasaban de cincuenta hombres, y amartillando una pistola, la disparó

sobre el cadete Ramirez, que fué el primero en arrojarle sobre una pieza. Pero afortunadamente el tiro no salió, y el jóven se lanzó sobre su intrépido contrario que le esperó con espada en mano. Ramirez, para no llevar ventaja, sacó la suya, y entonces se travó una lucha terrible, aunque instantánea, cuerpo á cuerpo y á la arma blanca, entre los que defendian los cañones y los que trataban de apoderarse de ellos.

No se puede concebir cómo tan corto número de mexicanos se atreviesen á preparar una emboscada á toda una expedicion, si no es conviniendo en que se habian propuesto perecer por el solo gusto de matar algunos enemigos. ¡Rasgo de temeridad y patriotismo que aplaudieron los mismos expedicionarios!

Don Andrés que, como mas anciano, no habia podido seguir de cerca á su sobrino, penetró en el reducto, cuando acosando á su contrario, apenas le daba tiempo á éste para separar los multiplicados y terribles golpes que sin cesar le asestaba. El oficial que defendia el reducto, hombre de formi-

dable musculatura, poco acostumbrado, sin duda, á ver superiores en el alma que esgrimia, buscaba de ira al verse tan mal parado por aquel jóven suelto y arrogante, cuya espada era un molinete, que tan pronto amenazaba la garganta como el corazon. Pero temiendo que acudieran mas en auxilio de los españoles, y viendo á la mayor parte de los suyos muertos unos, prisioneros otros y el resto en retirada, empezó á perder terreno, pero siempre defendiéndose con valor, hasta que, tropezando en un tronco que no habia visto, cayó al suelo de espaldas.

—¡No le mates!.... ¡qué es Rossi!....!

Gritó D. Andrés, al mismo tiempo que el sardo levantándose con la velocidad del pensamiento, emprendió la fuga, perdiéndose á la vista de todos entre la maleza, sin que nadie pudiese seguirle.

Dueños del campo los soldados que habian penetrado en el reducto, se apoderaron de cuatro cañones de á doce y de algunas armas. En seguida, la columna, despues de haber hecho el fisico D. Pedró Santell, la primer cura á los once heridos de la prime-

ra descarga, se continuó la marcha sin contratiempo ninguno, aunque pasando la noche con mas vigilancia y doblando los centinelas.

A las cinco de la tarde del siguiente dia, penetraron las avanzadas de los españoles en Tampico el Alto, abandonado por sus habitantes tan pronto como supieron que se acercaban los expedicionarios.

Poco despues entró el resto de la columna, quemada por el sol, sedienta, con los piés llagados por el ardiente fuego de la arena sobre la que habian caminado cuatro dias, haciendo en ellos veintiuna leguas; enfermos muchísimos soldados de calenturas, originadas por el fuerte aguacero sufrido, y desfigurados los rostros y las manos por las infinitas ronchas causadas por el jén y el mosquito.

El comandante de la escuadra Laborde que, como los soldados, conoció lo poco que esperarse debia de una expedicion sin ningunas prevenciones emprendida, conferenció con Barradas para que reembarcara su tropa y volviera á la Habana; pero Bar-

radas, en vez de atender á las sanas observaciones de Laborde, le despidió con su escuadra, diciéndole que ya no le era necesaria para nada. El general español pasó de Tampico el Alto, á Tampico de Tamaulipas, donde trató de formar inmediatamente un nuevo ayuntamiento, para lo cual, viendo que ningun mexicano habia quedado en la ciudad, ofreció la vara de alcalde á algunos extranjeros, únicos que no se alejaron de la poblacion.

Siendo considerable el número de soldados atacados de malignas calenturas, y procurando colocarlos en un sitio ventilado, se escogió para hospital el convento de San Francisco, en el cual murieron cinco de los once expedicionarios heridos en la emboscada.

A la alarmante noticia de que los españoles habian desembarcado, todo el país se puso en movimiento, y se reunieron al instante las milicias mas cercanas al punto del desembarque. Apresuráronse tambien á enviar sus tropas nacionales al lugar del peligro, los Estados de Nuevo-Leon, Zacate-

cas, Veraacruz, México, Tamaulipas y San Luis Potosí. De suerte que los que habian soñado en la adhesion de los hijos del país hácia la causa española, se encontraron de repente, cercados de enemigos, faltos de recursos, enfermos, y sin punto de retirada, pues Barradas, ya que no pudo como Hernán Cortés, barrenar los buques, los despidió para imitarle en algo.

Tan pronto como Santa-Anna, cuya actividad y arrojo le harán siempre uno de los primeros generales mexicanos, supo la ocupacion de Tampico por las tropas españolas, desplegando su natural energía, é impulsado de un laudable amor patrio, hizo préstamos forzosos, reunió dos mil hombres, echó mano de todos los buques mercantes y de guerra que en Veraacruz habia, y embarcando en ellos su tropa, marchó á situarse cerca del enemigo.

Si Barradas por un acto de imprudencia y vanidad, no hubiera despedido la escuadra española, claro es que Laborde hubiera impedido este paso atrevido de Santa-Anna; pero Barradas en nada pensó sino en la

fama que iba á alcanzar, é ignorando todo lo que le era indispensable saber, colocó á sus valientes soldados, dignos por cierto de ser mandados por jefe mas entendido, en los cuarteles, y esperó tranquilo y confiado, que el país se pronunciara por Fernando VII.

Entretanto, la nacion mexicana se puso toda en movimiento, y de todas partes corrian los jóvenes al sitio del peligro. El general mexicano D. Manuel Mier y Terán, tambien obraba con actividad y con prudencia al frente del enemigo, fortificando todos los puntos cercanos á Tampico, como Altamira, la hacienda del Cojo, Paso de Doña Cecilia, y algunas otras que juzgó de importancia, como en efecto lo eran.

—¿Qué te parece del aspecto que presenta el país, sobrino mio?

Preguntó D. Andrés al cadete Ramirez, mirando desde una alta azotea el campo enemigo.

—Que no tendríamos las manos ociosas, ni se occidarán las espadas en la vaina.

—Pero es una severa lección para nuestro general y Fr. Diego Bringas, que esperaban un gran resultado de sus proclamas.

—Mejor, así tendremos mas obra, y en consecuencia, mas motivos para ascender. La paz se ha hecho para los ministros del Señor, la guerra para los hijos de Marte. Suene, pues, el parche que alegra al soldado como el tamboril á los que van á la romería, y conquistemos una charretera á bayonetazos, ó dejemos la piel en estas costas para que la acaben de convertir en ce dazo los mosquitos.

—Recomendable es el valor; pero te aconsejo que no rayes en temerario como antes de ayer al penetrar en el reducto.

—¡Ah!.... si hubiera sabido que quien combatia conmigo era Rossi, la ira hubiera redoblado mi esfuerzó para atravesarle el corazón.

—Al contrario; yo celebro que no haya sucumbido, pues sospecho que él es quien dispuso el rapto de mi hija, y su muerte me hubiera quitado los medios de saber de ella; por eso te grité que no le mataras: mi

afán era hacerle prisionero para exigirle que me dijese dónde se encontraba mi pobre Pilar.

—Todavía nos colocará la suerte uno frente al otro, y entonces veremos si á ese infame italiano le obligo con la punta de mi espada, á confesar el sitio en que tiene oculta á mi querida prima.

—Si la casualidad te coloca en las batallas cara á cara con él, combate como corresponde á un valiente, pero no seas tú quien busque jamas esa lucha personal.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre funesto, parece que ha nacido para ser el exterminador de toda mi familia, y temo que me arrebaté tambien al hijo de mi adorada hermana.

—Antes creo que Dios me ha elegido para ser el vengador de vd. y de mis primos.

El toque de la corneta puso fin al diálogo, y tío y sobrino se dirijieron á saber lo que se disponia.

—

—

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 23

CAPITULO XIV.

Llegar tarde.

Acababa de dar la última campanada de las ocho, cuando un joven, vestido con el traje militar del ejército español, se dirigía á paso veloz hácia el cuartel en que se hallaban alojados sus compañeros de armas. Las calles estaban solitarias y oscuras como la mansión de los muertos: las puertas y balcones de las casas se veían cerradas, sin que dentro se notara ni el ligero resplandor de una sola luz.

—No parece sino que hemos llegado á una ciudad de cartujos á juzgar por el silencio que en todas partes reina—pensó para sí el joven militar, observando el as-

pecto lúgubre que presentaba la ciudad.—Tras el cansancio, tinieblas y soledad. ¡Y luego dirán que los mexicanos son amables!.... ¡Vaya una amabilidad de dejarnos solos!.... ¡Si hubiera quedado al menos alguna chica guapa!.... Pero ¡quia!.... nada: no se encuentra ni una sola para remedio. Pues señor, paciencia y al cuartel.

Y Ramirez, pues no era otro el joven militar que nos ocupa, violentó el paso, aburrido de recorrer el pueblo sin encontrar alma viviente con quien poner en ejercicio la sin hueso.

De repente vió al extremo de la calle, dos bultos que marchaban en dirección encontrada á la suya, aunque por la otra acera.

—¡Serán faldas ó faldones los que descubro!—dijo algo animado con aquel encuentro.—Si son lo primero, doy por bien empleada mi excursion nocturna y me ofreceré á servirles de caballero; si lo segundo, podré decir á mis compañeros que he visto el tipo de los hijos de esta desierta ciudad.

—Pues son faldas y faldones—añadió al irse acercando;—y si he de juzgar por el

aire, ella debe ser lo que se llama toda una real moza. Pues, señor, véamos si á las apariencias corresponde la realidad.

Y el intrépido cadete, al decir esto, cruzó hácia la acera que los dos personajes traían.

—Parece que ese militar trata de observarnos.

Dijo la mujer en voz baja al que le acompañaba.

—No tengas cuidado—contestó el hombre—si en algo se excede, yo le daré una buena leccion que le ahorrará el trabajo de volver á examinar á las personas.

—No, por Dios: eso seria comprometerte.

—La calle está sola, su cuartel retirado, mi brazo vigoroso, y mi espada con buena punta.

—Sin embargo, prométeme no darte por entendido, si por casualidad te direje alguna palabra picante.

—Haré todo lo posible por complacerte; pero estoy bramando de ira contra esos malditos, desde que nos sorprendieron en la emboscada, y no puedo responder de que

tendré suficiente calma. Si, como habíamos dispuesto, la tropa y la caballería que estaba próxima al sitio de la escaramuza, se hubiera presentado acauchillando, el ejército expedicionario hubiera concluido; pero no llegaron á la hora precisa y todo se perdió.

—Hablemos mas bajo.

—Estoy pronto á obedecerte.

—Pues por de pronto embózate en tu *jongo*, para que no vea que vienes armado.

—Eso me conviene.

Y el desconocido se embozó en su finísima manta, inclinó el sombrero *jarano* sobre los ojos, y agachando la cabeza sobre el pecho para ocultar mejor la cara, pasó rozando con el brazo de Ramirez que alargó cuanto le fué posible el pescuezo para ver el rostro de la dama.

—¡Caramba—dijo para sí, cuando la pareja iba á distancia de ocho pasos—no he podido ver mas que un pedazo de su rostro, pero si por el hilo hemos de sacar el ovillo, es una jóven hechicera.... *bocato di cardinali!*.... No; pues yo no me quedo á medio acabar la tela; no hay cosa que mas me dig-

guste que los quebrados; ó ver todo ó no ver nada; sepamos dónde vive, que el saber no ocupa lugar.

Y el curioso cadete cambió el frente con una prontitud admirable, y se puso á seguir á la pareja á distancia conveniente, procurando no llamar la atención de ella.

—Nos viene siguiendo.

Dijo la jóven agarrándose bien del brazo de su acompañante y mirando con disimulo hácia atrás, con pretexto de arreglarse un rico pañolon bordado, de Manila, que llevaba, llamado en el país *tápalo*.

—Le has llamado la atención, y quiere saber dónde vives para hacer el oso paseando tu calle. Y es un cadete bravo.

—¿Le conoces?

—Me he batido con él.

—¿Dónde?

—En la emboscada. Es de pocos años, pero de mucho cuerpo y fornido brazo.

—Y á pesar de eso te he visto con impulsos de arrojarte sobre él, al pasar rozando con su cuerpo.

—Precisamente porque me gusta vencer

á los fuertes; pero ya has visto que á una demostracion que has hecho, me he contenido.

—Te lo agradezco, porque sé que te ha costado un sacrificio.

—¿Qué no haria yo por tí, hermosa? ¿Hay algo que te pueda negar?...

—Hasta ahora no tengo de que quejarme.

—Te amo y te he respetado: amas á otro, y no le he matado, porque tú deseas que viva.

—¿Y no ha encontrado recompensa en mí tu noble proceder?... Cuando te conocí, seré ingénuo, te odiaba, Rossi; tu presencia me daba miedo, tu voz y tus miradas me aterraban; pero desde que he notado tu respeto, tus consideraciones hácia mí, y el deseo que en servirme y complacerme tienes, mi corazón se ha ido reconciliando contigo hasta el grado de consagrarte, si no amor porque mi alma pertenece á otro hombre, sí un cariño íntimo de verdadera amistad.

Rossi disimuló el disgusto que le causaba verse pospuesto á un rival, y exclamó con fingida ternura.

—Aunque aspiro á merecer entero tu corazón, me creo bastante feliz con la distinción que haces de mí, considerándome como un verdadero amigo.

Mientras Rossi y su compañera iban ocupados en este diálogo, Ramirez que los seguía sin apartar la vista, creyó encontrar en el aire del primero algo que, hirió su viva imaginación.

—Juraría—dijo para sí—que este hombre es el mismo que se batió conmigo en la emboscada.... su cuerpo, su estatura.... Y esa jóven.... si fuese Pilar.... pero, no; imposible.... mi tío me ha contado que ella le odiaba.... Sin embargo.... ¡Ah!.... es preciso averiguar.

Mientras Ramirez iba ocupado con estos pensamientos, Rossi llegó á la puerta de una casa pequeña, á la cual acababa de llamar otro hombre que estaba en la calle.

—Buenas noches, Picaluga.—Dijo Rossi al que estaba en espera de que abrieran la puerta.—¿Has llamado?

—Sí, no deben de tardar en abrir.

—¿Y está todo en casa?

—Todo: mientras las autoridades por temor á los expedicionarios abandonaban la ciudad, yo he metido el contrabando sin riesgo ninguno.

—Perfectamente. ¿Y puedes darme alguna parte de lo que á mí me pertenece, en dinero?

—Como sé que en campaña lo esencial es el metálico, he pedido en una casa inglesa una cantidad que aquí traigo para entregártela.

—Te agradezco infinito. Pero este portero no abre: ¿se habrá quedado dormido?

Y Rossi llamó con toda su fuerza.

Ramirez, interesado en ver la cara de la jóven para dar las señas de ella, se colocó á distancia proporcionada, desde la cual pudiese ver sus facciones, si por fortuna se presentaba con luz el portero.

—¿Quién es?

Preguntó una voz desde adentro.

—Abre, majadero.

El portero conoció la voz y abrió la puerta.

Ramirez fijó los ojos en la mujer que

empezó á sospechar fuera su prima, pero no habia luz ninguna, y la jóven entró sin que lograrse verla el rostro.

Tras ella penetraron Rossi y Picaluga, volviendo el portero á cerrar en seguida la puerta.

El jóven cadete, miró el número de la casa, leyó el nombre de la calle, y se alejó diciendo:

—Es preciso decírselo á D. Andrés: este hombre es su enemigo, y esa jóven no puede ser otra que la víctima obligada por temor á vivir al lado de su verdugo.

Y Ramirez, animado de los mas nobles deseos, se dirigió á toda prisa al cuartel en que habia dejado á su tío.

Entretanto Rossi y Picaluga, sentados junto á una mesa, sobre la cual el segundo habia colocado cien onzas de oro, estaban entretenidos en el siguiente diálogo.

—Con otro contrabando como el que acabo de introducir—decia Picaluga satisfecho del buen resultado de su empresa—podemos dejar yo mi buque y tú las armas, para

vivir en una de las ciudades mejores con todas las apetecibles comodidades.

—Gozamos de la amistad del presidente Guerrero, y esto basta para que en tu barco no se practique registro ninguno escrupuloso, ni trate nadie en mi carrera de entorpecerme el camino.

—¿Y piensas reunirte al ejército muy pronto?

—Mañana mismo: no he venido sino á poner en salvo todo lo que tengo, no sea que si emprendemos algun ataque contra esta poblacion, se les antoje á los gachupines apoderarse de todo lo que encuentren para vengarse.

—¿Y es mucha la fuerza mexicana que se está reuniendo al rededor de Tampico

—Muchísima, y dentro de dos ó tres dias podremos contar con mas de trece mil hombres.

—De suerte que á la expedicion de Barradas se la lleva Barrabás.

—De seguro; ¿qué va á hacer con cuatro gatos enfermos de calenturas?

En aquel momento penetró en el cuarto la jóven que habia entrado con Rossi.

—¿Qué hay?

Preguntó éste al verla.

—Ya están dispuestos los baules, y los mozos esperando para llevarlos á la casa de ese amigo inglés que se ha ofrecido á servirte.

—Vamos allá—dijo Rossi guardando en los bolsillos el dinero que estaba sobre la mesa—los momentos son preciosos y es preciso aprovecharlos.

Poco despues la puerta de la calle se abria dando paso á varios mozos cargados con baules, tras los cuales salieron Picaluga, Rossi y la jóven.

—Si alguno preguntase por nosotros—dijo el primero dirijiéndose al portero—conteste vd. que hemos salido, pero sin decir á dónde.

—Está muy bien, señor amo.

Y el portero cerró la puerta en cuanto se alejaron.

No habria trascurrido media hora de esto, cuando Ramirez y D. Andrés, llenos de

esperanza y de impaciencia, se acercaban á la casa en que el cadete habia visto entrar á la jóven.

—Por las señas que me das de su cuerpo y de su aire—decia D. Andrés apresurando el paso para llegar pronto—sospecho que no es ella. Sin embargo....

—Pronto saldremos de dudas.

—Pero esa familiaridad con que dices iba con Rossi, me asusta.... ¡Si fuese ella y la encontrara indigna del aprecio de las gentes honradas!....

Y D. Andrés se estremeció con un horrible pensamiento.

—No anticipemos males con funestas conjeturas.

—Tienes razon.

—Ya hemos llegado: llamaré.

Y Ramirez tocó la puerta: D. Andrés se puso á temblar como el que espera la sentencia que va á decidir de su vida ó de su muerte.

—¿Quién llama?

Preguntó el portero entreabriendo la puerta.

—¿Está el señor Rossi en casa?

—No señor; ha salido hará como media hora.

—Dígale vd.—continuó Ramirez sin darse por entendido y creyendo que era una excusa—que es un asunto que le interesa muchísimo.

—Pero ¿cómo quiere vd. que le dé tal recado si no está en casa?

—¿Ni la señora que vino acompañada de él?

—Tampoco; han salido juntos en union de su pariente y amigo Picaluga.

—¡Todo se ha perdido!....

Dijo D. Andrés á su sobrino en voz baja.

—Espere vd.—contestó de la misma manera Ramirez; y luego dirigiéndose al portero, añadió:—¿Ha mucho tiempo que vive aquí esa jóven?

—Desde ayer que llegó de México.

—¿Y sabe vd. su nombre?

—Como yo estoy todo el dia en la puerta, lo ignoro.

—Bien; eso nada importa; lo que nos interesa es saber dónde está Rossi, para comunicarle una noticia de suma importancia para él; ¿dónde podremos encontrarle?

—Ignoro á dónde ha ido.

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro tambien; hay veces que no tarda, y noches que duerme fuera de casa. Pero si vdes. quieren pasar á esperarle....

Esta oferta del portero reveló á Ramirez que efectivamente habia salido, y contestó:

—Gracias: volverémos mañana.

—Cuando vdes. gusten.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Contestó el portero, y cerró la puerta.

—Bastaba que yo viniese, para que todo saliera mal.

Dijo D. Andrés abatido con aquel contra tiempo.

—No hay por qué desesesperar; sabemos lo principal, esto es, que vive aquí Rossi, y que esa jóven llegó ayer de México: este es el prólogo, mañana volverémos para enterarnos del segundo acto, y por último, si

es necesario, tomaremos parte en el desenlace.

—¡Quiera Dios que éste no sea desgraciado para mí!...

—No lo será, pero volvamos al cuartel que es ya tarde.

—Sí; marchemos.

Y tío y sobrino, entregados á un diálogo en que el nombre de Pilar se repetía con frecuencia, se alejaron de la calle y penetraban poco despues en el sitio en que descansaban sus compañeros de armas.

CAPITULO XV.

Acciones y escaramuzas.

Tan pronto como el general Santa-Anna, tuvo dispuesta su gente en los buques que habia encontrado en Veracruz, se hizo á la vela, y desembarcó á las pocas horas en la barra de Tecolutla, marchando en seguida á situarse en las Piedras, y por último en Pueblo Viejo, en que formó su cuartel general.

La llegada de Santa-Anna, á quien nombraron general en jefe del ejército mexicano, fué oportuna y necesaria, porque aunque es cierto que de todas partes marchaban las milicias á rechazar á los españoles, carecian de un general que inspirara esa confianza que presta valor al soldado. To-

es necesario, tomarémos parte en el desenlace.

—¡Quiera Dios que éste no sea desgraciado para mí!...

—No lo será, pero volvamos al cuartel que es ya tarde.

—Sí; marchemos.

Y tío y sobrino, entregados á un diálogo en que el nombre de Pilar se repetía con frecuencia, se alejaron de la calle y penetraban poco despues en el sitio en que descansaban sus compañeros de armas.

CAPITULO XV.

Acciones y escaramuzas.

Tan pronto como el general Santa-Anna, tuvo dispuesta su gente en los buques que habia encontrado en Veracruz, se hizo á la vela, y desembarcó á las pocas horas en la barra de Tecolutla, marchando en seguida á situarse en las Piedras, y por último en Pueblo Viejo, en que formó su cuartel general.

La llegada de Santa-Anna, á quien nombraron general en jefe del ejército mexicano, fué oportuna y necesaria, porque aunque es cierto que de todas partes marchaban las milicias á rechazar á los españoles, carecian de un general que inspirara esa confianza que presta valor al soldado. To-

dos los cívicos del lado derecho del Pánuco volaron llenos de entusiasmo á engrosar las filas de su predilecto general, así como de otras mil partes corrian, llenos de patriótico ardor á reunirse en Altamira con D. Manuel Mier y Terán, hombre de relevantes prendas militares, que reunia á una prudencia justa un valor á toda prueba.

Los expedicionarios, pues, se vieron casi de repente, por este espíritu de independencia que resaltó marcadamente en los mexicanos, se vieron, repito, amenazados por cuatuplicadas fuerzas, al mismo tiempo que luchaban con las enfermedades de su mortífero clima.

Deseando Santa-Anna sacar provecho del entusiasmo del soldado, ordenó el día 9 de Agosto, que las tropas regulares bajasen en respetable número por los Corchos, para provocar al combate á los expedicionarios.

Noticioso Barradas de esta orden, dispuso la salida de cuatro compañías del primer batallón, cuatro del segundo y dos del tercero, á las órdenes del comandante D. Juan Falomir, cuya fuerza salió con dirección á

los Corchos, bien persuadido de que, por valientes que los mexicanos fuesen, componiéndose su mayor fuerza de milicias poco instruidas en el arte de la guerra, se verían obligados á ceder á la táctica, instrucción y pericia de sus tropas. Y efectivamente, exceptuando algunos cuerpos de línea, toda la demás era gente, brava sí, pero sin disciplina. Esto consistía en que temiendo el gobierno otra expedición más fuerte por Veracruz, mandó situar todo el ejército en Jalapa, á las órdenes del general Bustamante para defender aquel puerto.

Los soldados partieron llenos de júbilo en busca de sus contrarios, y muy particularmente el cadete Ramirez á quien el jefe que mandaba aquella corta columna le miraba con particular predilección.

Tomadas las posiciones de un pequeño barranco que se encuentra en las inmediaciones de dos lomas que separan ambos caminos, y defendida la avenida de otro que marcha en dirección al río, se presentó un paisano anunciando la aproximación de mucha gente armada, término suyo,

Aprovechando el comandante D. Juan Falomir el oportuno aviso, hizo desplegar en guerrilla, como á las seis de la tarde, la segunda compañía del primer batallón, mandando una descubierta que observase al enemigo, para impedir, en todo caso, una sorpresa de noche.

Todo fué ejecutado en el instante, y á la caída del sol, la avanzada vió á los mexicanos trasponer un collado y prepararse á pernoctar en aquel sitio.

La noche la pasaron los españoles á la espera y con bastante precaucion, durmiendo por mitad toda la fuerza.

Con el alba del siguiente dia, se vieron distintamente los mexicanos, sobre los cuales hizo fuego la avanzada al que contestaron ellos inmediatamente.

—Ya se ha dado principio al fandango, tío:—dijo Ramirez á D. Andrés, acariciando entre sus manos una brillante carabina—no hay música mas deliciosa que el estruendo de las armas.

Entretanto, se hizo el despliegue de la

guerrilla por la segunda compañía, y antes de una hora se habia generalizado el fuego.

En esta situacion el comandante Falomir, ordenó que las compañías restantes, formadas por mitades en columna, avanzasen al paso de carga, mientras las guerrillas de la segunda compañía, flanqueaban á los enemigos.

Los mexicanos, al conocer la crítica posicion en que se encontraban, trataron de hacer un esfuerzo para contener á sus contrarios, manteniendo un fuego sostenido, pero viendo á los españoles continuar en su proyecto de flanquearlos por un lado mientras la columna de ataque marchaba de frente, empezaron á desordenarse, hasta que, por último, considerándose inferiores en instruccion militar, y mirando descubiertos sus flancos, y el centro sobre ellos, se pronunciaron en completa refirada, dejando sobre el campo 97 muertos, 132 heridos, 180 prisioneros, muchísimas armas, mantas, cajas de guerra y algunas provisiones.

Terminada la accion, D. Juan Falomir elogió á los soldados su digno comporta-

miento, y acercándose á Rafael Ramirez, que tanto se habia distinguido haciendo prisionero por su propia mano á uno de los jefes contrarios, le dijo que haria presente á Barradas la intrepidez con que se habia batido.

Recogidos los despojos ganados en este encuentro, la columna emprendió su vuelta hácia Tampico, donde Barradas puso en libertad á los prisioneros mexicanos, creyendo con esto atraerse las simpatías de los hijos del país.

A esta accion siguió el dia 13 la conocida por *Paso de Doña Cecilia*, ganada por mil doscientos españoles á las órdenes del coronel D. Luis Vazquez contra fuerzas muy superiores, en que dejaron los mexicanos sobre el campo, 29 muertos, 340 prisioneros que, como de costumbre, los dejó al otro dia Barradas en libertad, muchas armas, algunos bagajes y 57 heridos, muchos de gravedad, entre ellos tres oficiales.

Tambien los españoles tuvieron sensibles pérdidas; entre ellas la del teniente de la cuarta compañía D. Alejandro Cajigal, jó-

ven valiente que murió por su temerario arrojo; la del subteniente D. Manuel Blanco y del cadete D. Rufino Robles, que salieron heridos; la del soldado distinguido D. Juan Sol, y por último, la de los sargentos segundos, Tartajada y Ramos, aunque no de gravedad.

Sin embargo de estos reveses, las milicias de aquel país no desmayaron; antes por el contrario, buscaban la lucha con indecible afán, y pedian se les llevase al combate para recobrar, con un triunfo, el brillo de sus armas. Parecíales á los soldados que el valor era suficiente para alcanzar las victorias, y se creian humillados al verse vencidos por número inferior. No sabian que en las batallas, la pericia y la prontitud en las evoluciones es el todo. ¿De qué les servia á los mexicanos, cuyo valor es indisputable, presentarse con triplicadas fuerzas, si éstas se componian, en su mayor parte, de gente que jamas habia servido en las filas del ejército? Cualquiera que tenga una ligera idea de lo que es éste, comprenderá la inmensa ventaja que tiene la tropa disci-

plinada sobre las masas voluntarias, y conocerá que los mexicanos cumplan como cumplir pueden los hombres mas patriotas y decididos.

El general mexicano D. Manuel de Mier y Terán que, á un valor á toda prueba reunia el saber y la prudencia que deben adornar á todo buen militar, era el contrario que mas cuidados causaba á la expedicion española que iba viendo erizarse los caminos de reductos hábilmente concebidos y situados.

Sabedor ademas Barradas, de que una fuerza respetable se hallaba hácia el camino de Altamira, consultó con el entendido jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, lo que hacer se debia, y se resolvió que, el mismo general en jefe saliera con dos mil hombres al encuentro del enemigo, dejando en la plaza una corta fuerza, casi toda enferma, á las órdenes del coronel D. Miguel Salomon.

El cadete Ramirez, cuyo elemento era la guerra, y que cada vez que se disponia una salida soñaba en grados y en inmortalizar

su nombre, se acercó á su tio pocos instantes antes de ponerse en marcha la columna, y encontrándole de centinela en el cuartel, le dijo:

—Hoy gano la charretera: dicen que el general contrario es osado y extratéjico: mejor; así habrá mas proporción de distinguirme y de alcanzar un premio, si no me alcanza un balazo.

—Mucho celebros al valiente; pero no puedo aplaudir al temerario; tu afán de gloria, tu deseo de distinguirte entre tus compañeros, te hace tocar en la temeridad, y cada vez que hay una accion, temo por tu vida.

—Morir luchando con denuedo, es buscar la vida en las páginas de la historia, obligando á las generaciones á que pronuncien nuestro nombre con respeto. Cortés, Guzman el Bueno, Pelayo, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Paredes, hé ahí los héroes que existirán mientras durare el mundo. ¿Quién no daría mil y mil vidas por alcanzar como ellos la inmortalidad del guerrero?

En su interior D. Andrés se complacía
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 25

en ver en su sobrino las ideas elevadas que enaltecen al hombre; se llenaba de satisfacción cuando escuchaba á los soldados y oficiales elogiar el valor del hijo de su querida hermana; entonces las palabras arrojado y temerario, sonaban gratamente en su corazón: pero cuando hablaba con él, procuraba esconder aquella satisfacción, temiendo que, si le aplaudía, no se podría contener en los justos límites que prescribe el valor.

—Vamos, sé prudente, que no por mucho madrugar amanece mas temprano: todavía eres una criatura, y no es razonable que por querer alcanzar antes de tiempo las cosas, llegues á perderlas para siempre.

—¿Y vd. se queda?

—Ya ves, estoy enfermo, y me es imposible acompañarte: á nosotros nos toca cuidar lo que vosotros ganais.

El toque de la corneta que llamaba á formar, fijó la atención de Ramirez.

—Llegó el momento de partir: hasta la vuelta, querido tío.

—Adios, Rafael.

Y D. Andrés estrechó la mano de su so-

brino con la ternura de un padre. El joven corrió alegre á reunirse con sus compañeros, mientras el anciano quedaba lleno de zozobra y de inquietud por su suerte.

Era el dia 18 de Agosto: Barradas, siguiendo como hemos dicho, el parecer del jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, reunió una columna de dos mil hombres, y salió al encuentro del enemigo.

Cerca aún del punto de salida, y en el sitio llamado la Laguna de la Puerta, ordenó el jefe español se dividiese su fuerza en dos secciones, una por la derecha en dirección al rio Tamesí, y la otra por el sitio de las lomas, mientras extendía por el centro una compañía de cazadores en guerrilla.

Dispuesta de esta manera la gente, y avanzando la noche, se esperó la luz del siguiente dia con una impaciencia indecible. Por fin brilló el anhelado sol del 19 y entonces rompió el fuego la expresada guerrilla, cuyos extremos se hallaban fuera del alcance de las dos secciones.

Los mexicanos, engañados con aquella acertada maniobra de Barradas, y creyen-

do que desbaratada la corta fuerza que venia haciéndoles fuego, el triunfo era seguro, se arrojaron sobre ella á paso de carga, desordenándose las filas por la confianza en la victoria. Entonces la guerrilla, por movimiento extratético, se replegó haciendo fuego en retirada.

—No hay que huir, *gachupines*—gritaba un oficial que venia delante de todos con la espada desnuda.—No hay que huir, cobardes.

Uno de los que iban en la guerrilla, reconoció á aquel oficial, y salió de las filas para esperarle.

—Señor cadete—le gritó el capitán que mandaba la guerrilla—no se separe vd. del resto de la gente.

—Pero....

Dijo tratando de quedarse, Rafael, pues no era otro el que se habia detenido á esperar, al reconocer en su contrario al capitán Rossi.

—Obedezca vd., señor cadete.

Rafael se reunió á sus compañeros que continuaban retirándose á la vez que dispa-

rando. Los mexicanos, empeñados en darles alcance, marchaban tras ellos cada vez en mayor desorden, hasta que, bien calculado el tiempo, dió lugar á que la seccion de la izquierda les presentase la batalla, mientras la de la derecha se corrió y les ocupó su retaguardia.

Al verse atacados por tres puntos diferentes, resonando en sus oídos los gritos de ¡viva España, viva el rey! lanzados por los expedicionarios, los mexicanos se consideraron perdidos, y abandonaron el primer reducto que sobre el camino habia mandado construir su entendido jefe.

Los españoles siguieron avanzando hasta el segundo reducto, donde el valiente general Terán, subiéndose sobre el parapeto, dirigió á los soldados estas entusiastas voces:

“Soldados, si México ha de ser libre, es menester regar con la sangre de sus hijos el camino que disputan sus enemigos.”

Los mexicanos, reanimados con aquellas palabras y con el ejemplo de su general, recibieron á sus contrarios con un nutrido fuego, trabándose á poco un combate á la

bayoneta que duró algunos instantes, hasta que, viéndose envueltos por todas partes por los soldados españoles, se retiraron hacia Altamira, salvando los cañones. En este encuentro murió un comerciante español llamado Zubiaga, que se había ofrecido á servir de guía á los expedicionarios.

Vencidas estas dificultades, Barradas continuó marchando sobre Altamira, resuelto á tomarla á toda costa. Pero en tanto que sus tropas se adelantan haciendo fuego, y los mexicanos se detienen á cada instante á disputarles el paso, pasemos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XVIII.

Donde menos se espera....

Estamos en Altamira; pueblo ligeramente fortificado por los mexicanos, y desde el cual el general D. Manuel Mier y Terán, estaba en observacion de todos los movimientos del ejército español, para oponerse á su marcha.

Mas de seis mil hombres, incluso los que habian entrado en accion, guarnecian este punto importante hacia el cual hemos dejado retirándose á las tropas mexicanas, batidas por los expedicionarios que avanzaban sobre la poblacion.

En un largo salon de un edificio situado en la principal de sus calles, se veian va-

bayoneta que duró algunos instantes, hasta que, viéndose envueltos por todas partes por los soldados españoles, se retiraron hacia Altamira, salvando los cañones. En este encuentro murió un comerciante español llamado Zubiaga, que se había ofrecido á servir de guía á los expedicionarios.

Vencidas estas dificultades, Barradas continuó marchando sobre Altamira, resuelto á tomarla á toda costa. Pero en tanto que sus tropas se adelantan haciendo fuego, y los mexicanos se detienen á cada instante á disputarles el paso, pasemos á ocuparnos de otros personajes de nuestra historia.

CAPITULO XVIII.

Donde menos se espera....

Estamos en Altamira; pueblo ligeramente fortificado por los mexicanos, y desde el cual el general D. Manuel Mier y Terán, estaba en observacion de todos los movimientos del ejército español, para oponerse á su marcha.

Mas de seis mil hombres, incluso los que habian entrado en accion, guarnecian este punto importante hacia el cual hemos dejado retirándose á las tropas mexicanas, batidas por los expedicionarios que avanzaban sobre la poblacion.

En un largo salon de un edificio situado en la principal de sus calles, se veian va-

rias camas colocadas de trecho en trecho con la cabecera arrimada á la pared: en todas ellas, excepto en dos, se ven hombres cuyo pálido color revela hondos padecimientos físicos.

Al lado de cada cama se descubria una silla con el traje perteneciente á la persona que ocupaba el lecho: aquel traje era el uniforme que vestia la oficialidad mexicana: aquel salon, pues, era el departamento dedicado á los oficiales mexicanos heridos que mantenian la campaña contra las tropas invasoras.

—Señor facultativo—dijo un coronel penetrando á toda prisa en el salon, y dirigiéndose á un jóven que estaba vendando el brazo á uno de los oficiales—va á llegar un herido que le recomiendo á vd. muy encarecidamente.

—Coronel, al que sabe cumplir con los deberes de la humanidad y no desconoce la sagrada mision que está llamado á desempeñar, recomendarle un herido es inferirle un agravio.

—Protesto á vd. que he estado muy lejos

de pretender tal cosa; pero conozco que he estado torpe, y retiro mi recomendacion.

—Yo le prometo á vd. hacer cuanto esté bajo el dominio de mi limitado saber, por la salud de la persona por quien vd. tanto se interesa.

—Gracias.

—¿Es algun amigo de vd?

—Intimo.

—¿De los que están defendiendo el paso hácia esta poblacion?

—Precisamente.

—Nada descuidaré para salvar á ese oficial.

—Voy á decir que le traigan inmediatamente.

—Muy bien.

—Hasta luego.

—Adios, señor coronel.

Pocos momentos despues de haber salido éste, traian en una camilla á un oficial herido: el facultativo que se encontraba en aquel instante ocupado en curar á otro de los de la sala, ordenó desde donde estaba,

desnudasen al recién llegado y le pusiesen en una de las camas vacías.

Los mozos del hospital desempeñaron pronta y cuidadosamente la orden; y después de colocar la ropa en la silla próxima al lecho del paciente, corrió uno á traer hilas, mientras los otros salieron á disponer todo lo que es necesario á la primera curación.

En cuanto el facultativo concluyó con el que estaba curando, se dirigió adonde estaba el nuevo herido.

—Vamos, señor oficial—dijo con cariño al acercarse al lecho—tenga vd. la bondad de permitir que reconozca la herida.

El oficial que estaba acostado de lado, se volvió un poco. Entonces fijó la vista en la persona encargada de curarle, á la vez que éste en el hombre que con tanto empeño le habían recomendado, y ambos, llenos de asombro, formularon en sus labios distinto nombre.

—¿Don Antonio!...

—Rossi!....

—Sí:—contestó el médico con dulzura:—

fui vuestra víctima cuando erais mas fuerte, mas poderoso que yo, y hoy que está vd. indefenso, hoy que está en mi mano su vida ó su muerte, hoy soy vuestro amigo, hoy olvido al hombre que labró mi desgracia, para acordarme del prójimo que padece y necesita de mí. Véamos la herida.

—¿Quién me asegura que no se valdrá vd. de su posición para vengarse?

Contestó Rossi, negándose á la solicitud de D. Antonio.

—Los juramentos que de ser útil á la humanidad presta ante Dios y los hombres quien por su intachable conducta, su aplicación y sus muchos años de estudios, pertenece al ilustre gremio encargado de aliviar las dolencias físicas de la humanidad.

—Mas que en esos juramentos, confío en otra circunstancia que tranquiliza mi corazón.

—¿Cuál?

—En los hidalgos sentimientos que reconozco en vd.

Dijo Rossi leyendo en la fisonomía franca

del facultativo, la nobleza de una alma sin doblez.

—El médico y el sacerdote no tienen enemigos cuando los que han tratado de ofenderlos acuden al uno en solicitud de la vida temporal, y al otro de la eterna. Son dos verdaderos héroes que sacrifican en aras de la humanidad todas sus pasiones de hombres.

—Tan no dudo de esa verdad, que con toda confianza me pongo en poder de vd.—contestó Rossi alzando un lado de la sábana para mostrar la herida;—examine vd. detenidamente.

—Está en la ingle.

Dijo D. Antonio reeconociéndola.

—Precisamente.

—Es preciso que le haga á vd. padecer un poco, para extraer la bala que ha quedado adentro.

—Obre vd. con libertad: los padecimientos se han hecho para los corazones varoniles.

Don Antonio sacó los instrumentos quirúrgicos y empezó la operación.

La herida era profunda, y por lo mismo la extracción de la bala, atendida la inflamación de aquella, era difícil y dolorosa.

Rossi, como hombre de altivo corazón, no dejaba ver en su fisonomía ni la menor señal de sufrimiento. Por el contrario, acordándose de las palabras que poco antes le había dicho el facultativo, dijo sonriendo con la mayor calma.

—¿Quién es aquí mas héroe, D. Antonio, el que se pone en manos de un ofendido, ó el ofendido que se propone salvar á quien ha sido su contrario implacable?

—En mi concepto es mas héroe el primero;—contestó D. Antonio sin dejar la curación—porque confiar en nuestros enemigos reclama un valor á toda prueba, mientras hacer bien á quien nos ha ofendido, además de ser una acción que desarma el brazo de nuestro contrario, es un rasgo de humanidad que halla en Dios su recompensa, y que no exige el sacrificio de la vida, sino de una pasión bastarda, como es la venganza.

— Tiene usted sentimientos altamente rectos.

En aquel instante se acercaron los enfermeros que habían salido por las hilas, vendas, agua, y cuanto es indispensable en estos casos.

— Hemos concluido— exclamó D. Antonio con satisfacción:— la bala está ya fuera: vea la vd., señor Rossi.

— En la mano pesa menos que en la ingle.

Contestó Rossi con buen humor, examinando la bala que le acababa de dar D. Antonio.

Después de haber concluido la curación, y de haberse alejado de la cama los enfermeros, D. Antonio se sentó junto á la cabecera del herido, y le dijo.

— Tengo, Sr. Rossi, que pedirle á vd. un favor.

El sardo conoció á dónde se encaminaban aquellas palabras, y contestó.

— Nada hay que pueda negar á quien le voy á deber la vida.

— ¡Era Pilar la que el día en que me ha-

llaba en el mirador de una casa de Ixtacalco, iba en la canoa que vd. ocupaba?

— Sí:— dijo Rossi, conociendo que, negar una cosa que su rival estaba firmemente persuadido de su certeza, hubiera sido confesarse raptor de la jóven:— era Pilar á quien tuve órden de conducir á Chalco, para que no presenciara la dolorosa escena en que debía ser conducido su padre á Veracruz.

— ¡Y esa órden quien la dió?

— El gobierno.

— ¡Por motivo tan fútil pudo el gobierno ocuparse de una jóven desconocida en los círculos políticos?

— Parece que esos parientes, á cuya casa la llevé yo en Chalco, se valieron de personas de influencia para conseguirlo.

— Señor Rossi; ningún pariente arranca á una jóven de su casa, mientras su padre está ausente, y deja partir á éste haciéndole ignorar la suerte de su querida hija.

— Desconozco todo lo que precedió á la salida de D. Andrés— dijo Rossi conociendo lo falso de su posición, y lo vano de sus disculpas— solo sé que se me comunicó esa ór-

den, y que conduje á Pilar á Chalco, á casa de una familia que me aseguró ser parienta de ella.

—¿Y despues no volvió vd. á ver á Pilar?

—Sí;—contestó Rossi, estudiando la manera de engañar á su interlocutor;—la ví varias veces: mas aún; entré á la casa en que vivia.

—¿Cómo!

—Vd. sabe que yo la amaba.

—Continúe vd.

—Pues bien, creyendo que mostrándome generoso con ella, cuando se hallaba en la desgracia, podria desterrar de su alma el odio inmerecido que hasta entonces me habia manifestado, la dije que alcanzaria la excepcion de su padre, y que me valdria de todos mis amigos para hacerle volver á México, si en premio me concedia su mano.

—¿Y su respuesta cuál fué?

—Rechazar altiva mi proposicion.

—¿Y despues?

—Despues, cansado de sus desprecios y desaires, convencido de que nada alcanzaria, y sobre todo, conociendo que un matri-

monio donde la mujer odia al hombre, no podia proporeionar mas que desgracias y disgustos sinnúmero, prescindí de mi intento, resuelto á no ocuparme de ella el mas ligero instante de mi vida.

—¿Me habla vd. con sinceridad?

—Con la mas alta franqueza. Yo traté entonces de poner en conocimiento de vd. lo que habia pasado y el sitio en que se encontraba; pero me dijeron que el gobierno le habia dado á vd. orden de salir de México, y de incorporarse al ejército para curar los heridos, por ser muy corto el número de facultativos de que se podia disponer.

—¿Y cuál era el apellido de esa familia que la recibí en Chalco?

—¿Su apellido?—respondió algo trastornado con aquella pregunta Rossi; pero para disimular su turbacion, fingió ponerse á meditar.—No recuerdo.... estaba puesto en la orden, pero como ésta la rompí luego.... no traigo á la memoria.

—D. Antonio conoció que Rossi no era sincero; que sus palabras, excepto las que tenian relacion con la orden que recibió de

unirse al ejército para curar los heridos, no era mas que una historia que estaba mu y lejos de ser la realidad. Resuelto, pues, á apurar hasta las heces el cáliz del dolor, le dijo:

—Señor Rossi, no quiero ni pasar por crédulo, ni dudar de lo que vd. me acaba de decir: lo único que deseo saber es si Pilar se ha salvado de todas las asechanzas puestas por vd. á su honor.

—¿Señor D. Antonio?—entró diciendo un enfermero que impidió contestar á Rossi.—Llama á vd. el médico de la sala contigua, para que le ayude vd. á amputar la pierna de uno de los que acaban de ser heridos en este momento.

—¿En este momento?

—Sí señor.

—¿Pero dónde?

—En el camino que conduce á esta poblacion: los españoles, dice, que vienen á atacarnos, y todo se está preparando para resistirles.

El toque de generala se dejó oír entonces en Altamira.

—¿Lo oye vd?—continó el enfermero | no se detenga vd., que le esperan.

Don Antonio, sin detenerse un segundo, y dejando para otra vez el asunto que afectaba su alma de una manera íntima, se dirigió adonde su deber le llamaba.

Una mujer cubierta el rostro con el velo de la mantilla, y acompañada de un dependiente del hospital, se presentó en la puerta á la vez que él salía.

—Ahí tiene vd., señorita, el capitan por quien vd. pregunta.

Dijo el dependiente señalando el lecho en que estaba Rossi.

La mujer hizo una inclinacion de gracias con la cabeza, y se dirigió adonde estaba el herido.

El jóven médico se conmovió al sentir el roce del vestido de la que entraba; un vuelco dióle el corazon al examinar el aire de aquella mujer, cuyo rostro no pudo descubrir, pero en el que, á pesar de eso creyó encerraba al través del velo de la mantilla, algo que tenia relacion con su alma.

—¿Será ella!....—fué el primer pensa-

miento que hirió su imaginación....—¡Ah!... ¡no, imposible....! ¡no puede haber descendido hasta el grado de amar al perseguidor de su buen padre!.... ¡Sin embargo!... su cuerpo.... ¡su aire!.... ¡Ah!.... es preciso que yo me acerque.... que averigüe.... Por fortuna su agitación le ha impedido reparar en mí, y desde aquí podré escuchar su voz, y tal vez descubrir sus facciones si se levanta el velo.

Pero el ruido de varias descargas que entonces resonaron, unido al que producía el de los tambores que seguían tocando generala, y la voz que volvió á oír reclamando su presencia para operar al herido en la sala contigua, le obligaron á renunciar por entonces á su intento, aunque resuelto á volver á descubrir la verdad tan pronto como se lo permitieran sus deberes.

CAPITULO XIX.

Lo que pasó en Altamira.

Las descargas que se habían oído, eran efectivamente, como el enfermero dijo á D. Antonio, hechas sobre la columna expedicionaria que se hallaba ya á las puertas de Altamira.

El general Terán, aunque conocía como buen militar, la ventaja que el ejército de línea tiene sobre el formado de voluntarios que no han tenido tiempo para instruirse en el manejo de las armas, como era la mayor parte del que él mandaba, arengó á su tropa y se presentó en el lugar del peligro. A los pocos momentos el ataque se hizo general.

miento que hirió su imaginación....—¡Ah!... ¡no, imposible....! ¡no puede haber descendido hasta el grado de amar al perseguidor de su buen padre!.... ¡Sin embargo!... su cuerpo.... ¡su aire!.... ¡Ah!.... es preciso que yo me acerque.... que averigüe.... Por fortuna su agitación le ha impedido reparar en mí, y desde aquí podré escuchar su voz, y tal vez descubrir sus facciones si se levanta el velo.

Pero el ruido de varias descargas que entonces resonaron, unido al que producía el de los tambores que seguían tocando generala, y la voz que volvió á oír reclamando su presencia para operar al herido en la sala contigua, le obligaron á renunciar por entonces á su intento, aunque resuelto á volver á descubrir la verdad tan pronto como se lo permitieran sus deberes.

CAPITULO XIX.

Lo que pasó en Altamira.

Las descargas que se habían oído, eran efectivamente, como el enfermero dijo á D. Antonio, hechas sobre la columna expedicionaria que se hallaba ya á las puertas de Altamira.

El general Terán, aunque conocía como buen militar, la ventaja que el ejército de línea tiene sobre el formado de voluntarios que no han tenido tiempo para instruirse en el manejo de las armas, como era la mayor parte del que él mandaba, arengó á su tropa y se presentó en el lugar del peligro. A los pocos momentos el ataque se hizo general.

Los soldados españoles exasperados por los sufrimientos, atacaban mas como hombres que anhelan la muerte, para dejar de padecer pereciendo con gloria, que como simples guerreros que buscan en el triunfo, el botín y el pillaje.

Los mexicanos resistieron el terrible ímpetu de sus contrarios con serenidad y valor; pero al verse acometidos de nuevo á la bayoneta, empezaron á desordenarse un poco.

Los expedicionarios creyeron ya suyo el triunfo, y al grito de ¡viva el rey! ¡viva España! penetraron tras de sus contrarios en las calles de Altamira.

En aquellos momentos se presentó á la cabeza de un batallón un intrépido coronel que pronunciando en alta voz ¡viva México! ¡viva la República! detuvo la marcha de los españoles.

Este valiente coronel era el mismo que habia recomendado á D. Antonio la vida de Rossi.

Pero mientras mexicanos y españoles se disputaban en las calles la victoria, volva-

mos á la sala en que dejamos á Rossi acompañado de la mujer que llamó la atención de D. Antonio.

—No puedes figurarte lo mucho que te agradezco esta visita—dijo el herido estrechando la mano de su interlocutora que se habia sentado junto á la cabecera de la cama—mi primer pensamiento al caer en tierra fuiste tú, y mi único deseo verte antes de espirar, si por desgracia era mortal la herida.

—Te agradezco lo primero, y tengo el gusto de que hayas visto realizado lo segundo, con la doble satisfaccion de mi parte de saber que tu herida no es de gravedad.

—Dios me reserva la vida porque sin duda hago todavía falta en el mundo.

—Al menos para mí.

—Que es á lo que aspiro únicamente.

—Pero ¿dónde se oculta el hombre que me inspiró el primer amor, que no he conseguido verle en ninguna parte?

Rossi reprimió un sentimiento de disgusto.

—¡No me dijiste—continuó la dama—que habia venido á unirse á las filas que combaten contra el invasor?

—Sin duda.

—Siendo así no sé cómo no logro descubrirle en ningun lado.

—Eso no es extraño: en tiempo de campaña no hay sitio fijo ni hora segura.

—¿Cómo!.... ¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¡Habla, por Dios, habla!.... tú sabes que le amo.... que no le he olvidado un solo instante.

Un gesto de indignacion se retrató en el semblante de Rossi.

—No, ninguna desgracia le ha sucedido—contestó el sardo procurando disimular la indignacion que rebosaba en su pecho—vive y está bueno.

—¿Le has visto hace mucho?

—No han trascurrido aún dos horas.

—¿Luego está cerca?

—Muy cerca.

—¿En Altamira?

—En Altamira.

—¡Ah!.... ¡qué felicidad!....

—Pero ¿tendrás valor despues de lo que ha pasado para presentarte á él?

—¡Ah!.... no.... tengo demasiada vergüenza para que me atreva á tanto!.... Sin embargo.... le veré de lejos.... oculta donde le pueda observar sin ser vista por él....

Conozco que ya no puedo ser suya porque mi contraria suerte así lo ha dispuesto.... pero á pesar de eso mi corazón no puede vivir sin la imágen del hombre con quien soñó ser feliz para siempre!....

El ruido de muchas armas y de algunos tiros que se oyeron en la escalera del edificio, agregado á los gritos y pasos de muchas personas que se acercaban á la sala, sobresaltó á la dama, á Rossi y á cuantos permanecian en sus lechos.

—¿Qué indica esa confusion?

Preguntó el sardo á un practicante que entró pálido y azorado á la sala.

—Que están ahí los españoles.

—¿Será posible!....

Exclamó aterrada la dama.

—Nuestras tropas abandonaron la ciudad,

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 27

y se retiraron hácia el rancho (1) del Chocolate.

—Pues ¡y esos tiros que aun se escuchan? Son disparados por unos cuantos que se han refugiado á este edificio, y que se ven perseguidos por algunos españoles que han penetrado tras ellos.

En aquel momento se oyeron nuevos disparos, y poco despues penetró en desordenada confusion un grupo de soldados mexicanos, revueltos entre varios expedicionarios que les intimaban rendicion.

—Miramos antes que rendirnos.

Exclamó Fernando, pues no era otro el coronel mexicano que recomendó á Rossi, y que despues vimos combatiendo en la calle.

Y al decir esto se defendia con un fusil que habia cogido de uno de los que habian perecido, de un intrépido cadete que ostentaba la bayoneta de su carabina llena de sangre: este cadete era Ramirez.

Al lado del esposo de Luisa, entraron

(1) Pueblo ó aldea de poca importancia, habitada por gente dedicada al cultivo del campo.

tambien defendiéndose Miguel y D. Antonio, resueltos á vender caras sus vidas.

La mujer á la vista de uno de estos personajes, dejó escapar una exclamacion, y cayó desmayada, levantándosele al caer el velo que la cubria.

A su grito, las miradas de todos se fijaron en el sitio de donde salia, y Miguel, Fernando, D. Antonio y Ramirez que vió aquella mujer junto á Rossi, lanzaron un grito de asombro que les dejó sin accion,

—¿Quién era aquella mujer?

Mas tarde lo sabrá el lector. Por ahora le dirémos que viendo los que habian penetrado en la sala lo inútil que seria defenderse por mas tiempo, entregaron sus armas, y se pusieron á disposicion de los expedicionarios que no mancharon su triunfo con ninguna accion bastarda.

CAPITULO XX.

Agudeza y serenidad de un ayudante.

Entretanto que Barradas permanecía en Altamira con la mitad de su columna, y alcanzaba D. Fulgencio Salas con la otra mitad un nuevo triunfo; arrojando á los mexicanos del Rancho del Chocolate, obligándoles á retirarse al del Choçoy despues de hacerles 82 muertos, multitud de heridos y 133 prisioneros que, como de costumbre, los dejó Barradas en libertad; mientras tranquilo con estas ventajas se dormia el jefe expedicionario á la sombra de sus laureles, Santa-Anna, aprovechando la ausencia del general español, se disponia á caer de sorpresa sobre la plaza de Tampico, defendida

por Salomon y la corta fuerza que habia quedado de guarnicion, la mayor parte enfermos de calenturas.

Santa-Anna, aprovechado la oscuridad de la noche del 20, hizo pasar sus tropas en piraguas á la otra parte del rio, desembarcando á poco á las goteras de la plaza (en el Espartal.)

Nadie habia advertido en Tampico aquel movimiento.

El general mexicano, contento del sigilo con que se habia hecho el desembarco, dispuso tres columnas compuestas del tercer batallon de línea, de cuatro compañías de preferencia pertenecientes al 2.º, 5.º y 9.º de línea; los escuadrones de Jalapa, Orizava y Veracruz, algunos cuerpos de cívicos, y unos cuarenta artilleros.

Al frente de una de ellas se puso el mismo Santa-Anna; el mando de la otra se la dió al coronel del 3.º D. Antonio Mejía, que mas tarde murió en Amozoc, víctima de la guerra civil, y la tercera la puso bajo los órdenes de un jefe de acreditado valor.

Dispuesta de esta manera la gente y for-

mando tres columnas paralelas, penetraron los mexicanos á la una de la madrugada en la ciudad, sin que fueran sentidos de nadie.

La sorpresa iba á ser completa, cuando un tiro salido del fusil de uno de los cívi-
cos que se habian unido á la tropa, extendió la alarma por la ciudad.

Los españoles corrieron á sus puestos, y los que se hallaban enfermos, saltaron de sus camas y marcharon arrastrándose á las ventanas para disparar desde ellas sus fusiles sobre el primero que avanzase.

El infeliz D. Andrés, á quien la edad, las calenturas y las aficciones le tenian postrado, se levantó tambien de su lecho, y cogiendo el arma que apenas podia sostener en sus manos, se dirijió adonde se hallaban sus compañeros, mas bien por no echar sobre sí la fea nota de cobarde, que porque tuviese intencion de disparar sobre los mexicanos.

Salomon, despues de haber dado las órdenes mas oportunas para contener al enemigo, envió un ayudante á Barradas, avi-

sándole del peligro en que se encontraba la plaza.

Entretanto el fuego se habia roto de una manera horrorosa.

De las ventanas de los edificios caia una lluvia de balas que causaba grandes bajas en las filas mexicanas. Sin embargo de esto, no se veia en ellas desmayar su bravura; y si cierto es que de muchas partes se vieron rechazadas, tambien lo es que se apoderaron de la casa del francés Mr. Tuger, á pesar de la resistencia heroica con que la defendieron los españoles.

En esta obstinada lucha se mantuvo un fuego tan vivo por una y otra parte, que causó á los expedicionarios algunos muertos y heridos, y sensibles pérdidas á los mexicanos, entre ellas la muerte de los tenientes coroneles Ortega y Jáuregui.

El frac que vestia Santa-Anna, estaba agujerado en el cuello y los faldones por tres balas de fusil.

Viendo el general mexicano la tenaz resistencia que se le oponia en la plaza, y queriendo rendir la guarnicion antes de que

llegasen en socorro de ella, como estaba persuadido sucedería, elevó una bandera blanca en señal de parlamento, aunque otros dicen que fué Salomon quien la presentó.

Pero sea de esto lo que fuere, porque en nada ofende á los unos y á los otros, lo cierto es que en vista de ello se suspendieron los fuegos, y Santa-Anna intimó al coronel español se entregase con toda su fuerza.

Salomon, deseando tambien ganar tiempo para dar lugar á que llegase la columna de Altamira, contestó que escucharia las proposiciones, y á cosa de las dos de la tarde del dia 21, se avistaron ambos jefes para arreglar los términos en que debía hacerse la capitulacion.

En esto estaban cuando las tropas mexicanas tuvieron aviso de que llegaba Barradas. Entonces el coronel Castellon, ayudante de Santa-Anna, y hombre de agudo ingenio y de valor, penetró al sitio en que conferenciaban, diciendo con voz firme y ademan sereno:

—Mi general, acaban de llegar dos mil hombres mas.

—¡Dos mil!

Dijo Salomon alarmado con la noticia, creyendo que se referia á nuevos refuerzos enemigos.

—Dos mil.

Contestó Santa-Anna engañado como él, y acariciando la idea de dictar á su placer los artículos del convenio.

Y siguieron en el arreglo de la capitulacion.

Entonces el sagaz y sereno Castellon se colocó en frente á su general, y cuando éste alzó la vista para mirarle, el otro le hizo una seña con el ojo para que se saliera inmediatamente.

Santa-Anna, hombre de claro entendimiento, comprendió lo que pasaba, y se levantó del asiento, pero sin revelar en su semblante nada que delatarle pudiese.

—Voy á ver al jefe de esos dos mil hombres, y volveré dentro de un instante para que acabemos de arreglar los términos de la capitulacion.

—Está muy bien.

Contestó Salomon.

Y Santa-Anna, aprovechando el error del jefe español, se disponia á reembarcarse con su gente, cuando se presentó Barradas con toda su division, impidiéndole el embarco.

Santa-Anna, viéndose perdido y amagado por las tropas de Salomon y las del general en jefe, con número inferior de gente y con pequeñas piraguas para embarcala inmediatamente, conoció que toda resistencia sería inútil en posicion tan desventajosa, y se apersonó con Barradas, con el objeto de sacar las ventajas posibles para él y su division.

El general español, llevado de sus ideas de generosidad, laudables en algunas ocasiones, pero perjudiciales en otras, le contestó que no le consideraba como á contrario, sino como á amigo; que desde aquel momento estaba en libertad lo mismo que su division, para dirigirse adonde lo creyera conveniente; pues su objeto no era otro que el de atraer á los pueblos por medios suaves, á la obediencia de su amado rey D. Fernando VII.

Santa-Anna que á las primeras palabras

de Barradas conoció que, cuanto tenia de valiente contaba de cándido, creyó conveniente tornarse en consejero; y despues de elogiar el valor de los soldados españoles, concluyó diciéndole: "Si permanecen vdes. mucho tiempo en el país, sin balas y solo con las enfermedades, se quedará vd. sin un soldado de su division; yo, en nombre de la humanidad, le aconsejo vuelva á embarcar su gente para la Habana, si quiere vd. librar de una muerte cierta á tantos bravos que sucumbirán sin gloria."

Barradas le dió las gracias por sus sentimientos humanitarios; y despues de manifestarle que su deber era cumplir con las órdenes de su soberano, le repitió que podía emprender su marcha con su division.

Santa-Anna se reembarcó entonces con su tropa en las piraguas, y cruzó tranquilo el rio, dirijiéndose á Pueblo Viejo, donde estaba su cuartel general.

Este acto generoso de Barradas, ha dado lugar á que algunos, sin conocimiento de los hechos, le hayan acusado de traidor, diciendo que se vendió al oro de Santa-Anna,

Nada mas injusto que esa acusacion. Barradas hizo con el personaje que nos ocupa, lo que mas conveniente creia para atraer á sus banderas á los mismos que le combatian. ¿No dejó antes de esto, libres al general D. Felipe de la Garza y á otros muchos jefes y oficiales hechos prisioneros en diferentes acciones? Barradas estaba en la firme creencia de que así se captaria la voluntad de los mexicanos, y no quiso separarse jamas del plan de conducta que se habia trazado al comenzar la campaña.

Por mas que yo critique su falta de prevision en haber elegido por punto de desembarco Cabo Rojo, cuando pudo ahorrar al soldado esas veintiuna leguas, llevándole embarcado hasta Tampico, es preciso que haga justicia á sus buenos sentimientos.

"Vencer al enemigo y ser generoso con él, es alcanzar dos victorias: desarmar su brazo y ganar su corazon." Esta era su máxima.

¿Pero de qué les servia á los españoles estos triunfos, si no tenian ejército suficiente para continuar su marcha? Obligados á

permanecer en Tampico, no podian dar un paso fuera de la ciudad sin verse rodeados por todas partes de enemigos dispuestos siempre á combatir.

Escasos de víveres, acosados siempre por enjambres de mosquitos que son capaces por si solos de acabar con la vida del hombre, sin camas y sin pabellones conque ponerse al abrigo de tanto insecto ponzoñoso, bajo las lluvias terribles del mes de Agosto, mortales para los europeos; cuando las fiebres y el vómito estaban en su mayor fuerza, los españoles llegaron á exasperarse, y se entregaron á los licores espirituosos que, unidos á otros mil padecimientos, convirtieron el campo expedicionario en un inundo hospital, en donde los que morian eran envidiados de los que aún tenian espíritu para sufrir.

Allí aquellos robustos y valientes jóvenes que un mes antes tan contentos se embarcaron en la Habana soñando gloria y honor, morian arrinconados en la mayor miseria, sin el placer siquiera de espirar en el com-

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 28

bate. Aquellos hombres que tanta falta hacian en su patria, sucumbian en el abandono mas lastimoso. ¡Horror causan los padecimientos que sufrieron los expedicionarios en esta campaña tan mal concebida; padecimientos que estremecen á la humanidad! ¡Novecientos era el número de soldados enfermos; siete sargentos y trece oficiales...

Si á esta enorme cifra, para un ejército que desembarcó con solos dos mil seiscientos hombres, se agregan los que habian sucumbido á las enfermedades y á las heridas recibidas en las acciones de armas, nos veremos obligados á confesar, que el ejército expedicionario se veia reducido á una quinta parte de la fuerza que habia salido de la Habana.

Y no se crea que en mi pintura hay exageracion ninguna: soy demasiado amante de la verdad para intentar nada que sea contrario al deber de historiador. No hay mas que leer lo que dice el entendido escritor mexicano Zavala, para formar una idea de las penalidades que acosaban á aquel puñado de soldados españoles. Hé aquí la

palabras con que se expresa el indicado historiador.

“La estacion, dice, era de las mas calurosas en aquellas costas, y por consiguiente, las tropas invasoras comenzaron desde el momento de su desembarque, á experimentar la funesta influencia del clima. Cada dia se aumentaba el número de enfermos; y el campo de batalla, antes de ningun ataque, se habia convertido en un vasto hospital.”

¿Qué mas pudiera decir un escritor español? Las palabras de este mexicano que á nadie pueden ser sospechosas, prueban el heroísmo de aquel puñado de españoles que á pesar de sus enfermedades, mostraban en el combate un valor que llenó de admiracion á los extranjeros radicados en Tampico.

Pero dejemos á los sufridos expedicionarios sucumbiendo bajo la influencia del mortífero clima de la costa, y volvamos á Santa-Anna.

Este jefe en cuanto llegó á su cuartel general de Pueblo Viejo, trató de buscar los medios mas convenientes para hostilizar al

enemigo. Igual cosa hacia Terán por su parte, y ambos de acuerdo, situaron á pocos dias una batería de ocho piezas en el paso de Doña Cecilia, punto intermedio entre el fortin de la Barra y Tampico, cortando así toda comunicacion entre la plaza y el reducto.

Desde este momento los españoles, imponentes por su corto número para emprender nuevos ataques que hubieran sido estériles como los triunfos anteriores, é impossibilitados de poder retirarse á la Habana por haber cometido Barradas la torpeza de despedir su escuadra al empezar la campaña, se vieron precisados á ponerse á la defensiva.

Informado Santa-Anna de que los hospitales estaban llenos de enfermos, y convencido de que á Barradas no le quedaba otro recurso que rendirse, le envió la siguiente intimacion.

“El territorio sagrado de la opulenta México, ha sido invadido por V. S. tan solo por el ominoso y bárbaro derecho de la fuerza: la sangre del mexicano virtuoso é

“inocente, que defendia sus pátrios lares, ha sido derramada por las huestes de un rey que desconoce el derecho sacrosanto de los pueblos, que sumergiera en época mas triste á su dominacion tiránica; y en fin, V. S., obedeciendo al poder absoluto de su dueño, ha puesto en conflagracion y alarma con un puñado de aventureros, á ocho millones de habitantes, á ocho millones de libres que han jurado morir mil veces antes de ser esclavos, ni sujetarse á poder alguno extraño; y yo, señor general, he tenido el alto honor de que mi gobierno me haya puesto al frente de numerosas legiones de valientes, para vengar en un solo dia tantos ultrajes, haciendo víctimas á los que osados cometieron tan injusta agresion.

“Cumpliendo con tan caros como preciosos deberes, he bloqueado por todas partes á V. S., le he cortado todo auxilio, he puesto á cubierto las costas de una nueva tentativa, y apenas puedo contener el ardor de mis numerosas divisiones, que se arrojarán sobre su campo sin dar cuartel

"á ninguno, si V. S., para evitar tan eviden-
 "te desgracia, no se rinde á discrecion con
 "la fuerza que tiene en esa ciudad de Tam-
 "pico de Tamaulipas á sus inmediatas ór-
 "denes, y de los pocos que guardan el for-
 "tin de la Barra, pertenecientes á su divi-
 "sion, para cuya resolucion le doy el pe-
 "rentorio término de cuarenta y ocho horas;
 "el cual pasado, acometeré á V. S. sin ad-
 "mitir mas parlamentos, ni medio alguno
 "que retarde la justa venganza que reclama
 "el honor mexicano, de los ultrajes que le
 "han inferido sus invasores.

"Dios y libertad. Cuartel general en
 "Pueblo Viejo, Setiembre 8 de 1829, á las
 "ocho de la mañana.—*Antonio López de*
 "*Santa-Anna*.—Sr. Brigadier Don Isidro
 "Barradas.

"Es copia.—*José Antonio Mejía*, secre-
 "tario."

Casi al mismo tiempo que el general me-
 xicano dictaba la intimacion que precede,
 Barradas le enviaba á su vez la siguiente
 nota, que la recibió *Santa-Anna*, despues
 de dirigido su oficio.

"La division de mi mando, despues de
 "haber cumplido con honor la mision á que
 "fué destinada de orden del rey mi amo, y
 "deseoso por mi parte de que no se derra-
 "me mas sangre entre hermanos, por cuyas
 "venas circula una misma, ha determinado
 "evacuar el país, á cuyo efecto propongo
 "que entre V. S. y yo se celebre un tratado
 "sobre el particular, bajo las bases que se
 "detallarán, nombrándose dos comisionados
 "por cada parte contratante, para que se
 "extienda y ratifique en la lerna de estilo,
 "suspendiéndose entretanto todo género de
 "hostilidades, y dejándose franca la comu-
 "nicacion de este punto con la Barra. El
 "portador de este oficio, es el capitan D.
 "Mauricio Casteló.

"Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 "tel general de Tampico de Tamaulipas, 8
 "de Setiembre de 1829.—*Isidro Barradas*.
 "—Sr. general D. Antonio López de Santa-
 "Anna.

"Es copia.—*José Desiderio Aljevin*, secre-
 "tario."

Contestacion de Santa-Anna á Barradas.

“Cuando remitia á vd. mi oficio en que
 “le intimaba se rindiese á discrecion, res-
 “pecto á que le tengo por todas partes blo-
 “queado, para en su vez atacarlo con mis
 “divisiones, sedientas de lidiar con los que
 “han osado invadir el territorio sagrado de
 “la República, es entonces cuando llegó á
 “mis manos su uota oficial de hoy, que me
 “fue entregada por el capitán D. Mauricio
 “Casteló, y podria tal vez dudar en la ad-
 “mision de lo que me propone, si no fuera
 “por las últimas terminantes órdenes que de
 “mi gobierno he recibido, las cuales no per-
 “miten otra alternativa que destruir á V. S.
 “completamente por la fuerza de mis ar-
 “mas, hasta no dejar un solo individuo, ú
 “obligarle á que ceda bajo un término pe-
 “renitorio, entregándose á discrecion á la
 “generosidad mexicana, que no puede V. S.
 “de modo alguno dudar se comportará cual
 “siempre lo ha hecho con el soldado iner-
 “me y el enemigo rendido. En tal virtud,

“pues, le adjunto el pliego á que me refie-
 “ro, y cuyo contenido le ratifico; esperando
 “que V. S., calculando lo crítico de su si-
 “tuacion, ceda al imperio de las circuns-
 “tancias en que se mira, eximiéndome de
 “un derramamiento de sangre, que será tan
 “preciso como sensible.

“Entretanto, he ordenado á las divisiones
 “que circundan á V. S., suspendan las hos-
 “tilidades por el término que dejo prefijado.

“Dios y libertad. Cuartel general en Pue-
 “blo Viejo, Setiembre 8 de 1829, á las once
 “del dia.—Antonio López de Santa-Anna.—
 “Sr. brigadier D. Isidro Barradas.

“Es copia.—José Antonio Mejía, secre-
 “tario.”

Barradas á Santa-Anna.

“No es la impotencia ni la debilidad la
 “que me ha sugerido á abrir negociaciones
 “para evacuar el país: razones de Estado,
 “y el evitar un derramamiento inútil de
 “sangre, es lo que me movió á dar el paso
 “que motiva la contestacion de V. S.

“No he podido menos de extrañar que

“V. S. trate de aventureros y esclavos, á
 “soldados que en tantas batallas y comba-
 “tes han acreditado que prefieren el honor
 “sobre todo. Soldados del rey, y de una na-
 “cion tan ilustre y respetada en los anales
 “de la historia, conservamos aquel pundo-
 “nor militar que no sabe transigir con el
 “oprobio y la ignominia.

“La division de mi mando, al partir para
 “este país, ha obedecido las órdenes de su
 “rey, porque era y es un deber hacerlo así.
 “V. S., su gobierno y los pueblos por donde
 “ha transitado, no pueden quejarse con jus-
 “ticia de que haya cometido la mas leve
 “estorsion, porque ha respetado las vidas
 “y las propiedades de sus habitantes.

“En vista de esto, V. S. es árbitro de ele-
 “gir, ó una transaccion con honor, ó los efec-
 “tos de que es capaz una division de va-
 “lientes que dista mucho de llegar al esta-
 “do que V. S. la supone, y que prefiere
 “sobre todo sus virtudes militares.

“El portador de este pliego es el coronel
 “D. José Miguel Salomon, por cuyo con-
 “ducto aguardo la resolucion de V. S.”

“Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 “tel general de Tampico de Tamaulipas, 9
 “de Setiembre de 1829.—*Isidro Barradas.*
 “—Sr. general D. Antonio López de Santa-
 “Anna.
 “Es copia.—*José Desiderio Aljovin, secre-*
 “tario.”

Respuesta del general Santa-Anna.

“No la nota de V. S. que recibí la mañana
 “de ayer, ni el creerlo débil ni impotente,
 “motivó la intimacion que le hice antes de
 “que llegara á mis manos su corresponden-
 “cia, sino el considerarme con fuerzas mas
 “que suficientes para rendirles en sus atrin-
 “cheramientos, y hacerles sufrir la muerte
 “que debe esperar el enemigo que se arro-
 “ja á profanar el suelo sagrado de una na-
 “cion culta, valiente y zelosa de sus dere-
 “chos civiles é independencia política, ni
 “este lenguaje puede serle nuevo á V. S.
 “cuando tal vez de mi labio escuchará el
 “señor coronel Salomon en esa posicion
 “misma que ocupa V. S., el que muy en

"breve habria sobre sus fuerzas 20,000 me-
 "xicanos que impidieran el reembarque de
 "uno solo de los que osaron insultarnos al
 "cometer nuestros pueblos inermes, sojuz-
 "gándolos por el derecho bárbaro de la
 "fuerza; así es que, sin descender á por me-
 "nores de que no es ocasion oportuna para
 "ocuparnos, solo le manifestaré, que ejér-
 "citos aguerridos de las naciones mas civi-
 "lizadas y bizarras, han tenido que ceder
 "á la imperiosa necesidad de las superio-
 "res fuerzas y ventajas del contrario.

"Yo, pues, me hallo respecto de V. S.,
 "con bastantes ventajas y superioridad, y
 "de ellas prevalido, le intimo nuevamente
 "escoja entre rendirse á la generosidad de
 "los mexicanos, á fin de que volvieran otra
 "vez á su patria natal esos desgraciados que
 "comanda, ó resignarse V. S. á una eviden-
 "te catástrofe, que experimentará dentro de
 "pocas horas esa division, á pesar mio; pero
 "qué mis deberes mas preciosos me harán
 "ejecutar.

"En tal concepto, reitero, pues, á V. S.,
 "el contenido de mi nota oficial de ayer,

"recordándole que mañana á las ocho de
 "ella se concluye el armisticio en que he-
 "mos convenido, no habiendo tratado nada
 "sobre el particular con el Sr. coronel Sa-
 "lomon, respecto á su ninguna mision para
 "este asunto, segun la nota citada de V. S.
 "de hoy, á que contesto.

"Dios y libertad. Cuartel general en Pue-
 "blo Viejo, Setiembre 9 de 1829.—Antonio
 "López de Santa-Anna.—Sr. brigadier D.
 "Isidro Barradas.

"Es copia.—José Antonio Mejía, secre-
 "tario."

Contestacion del general español.

"Segun manifiesta V. S. en su nota de
 "ayer, es evidente que la imperiosa necesi-
 "dad ha obligado muchas veces á ejércitos
 "numerosos y aguerridos á rendirse al con-
 "trario, pero tambien es constante por los
 "hechos de la historia, que siempre lo hi-
 "cieron precediendo una capitulacion mas
 "ó menos honrosa que pusiera á cubierto
 "las vidas y propiedades, y honor de los

"vencidos. Las capitulaciones de Dupont
 "en los campos de Bailen, y la de Junot en
 "Portugal, son los festimonios mas recien-
 "tes. El capitan mas ilustre del siglo se en-
 "tregó en los brazos y bajo la buena fé de
 "su mas poderoso y constante enemigo, y
 "por no haber precedido un tratado que lo
 "garantizase, fué aherrojado á una isla mor-
 "tífera que concluyó con su existencia. Fun-
 "dado en estos antecedentes y en las expli-
 "caciones verbales que se hicieron por V.
 "S., y la junta de señores oficiales y jefes
 "al coronel D. José Miguel Salomon, de
 "garantir bajo su palabra de honor estas
 "tres bases principales en que se fundan
 "todas las capitulaciones, vuelve el mismo
 "coronel Salomon, acompañado del coman-
 "dante D. Fulgencio Salas, jefe de la plana
 "mayor, autorizados competentemente pa-
 "ra que conferencien, arreglen y concluyan
 "con V. S. ó con las personas que se sirva
 "designar, un convenio bajo las bases de
 "asegurar y respetar las vidas y propieda-
 "des, y honor militar de la division de mi
 "mando, sin cuyas garantías V. S. puede

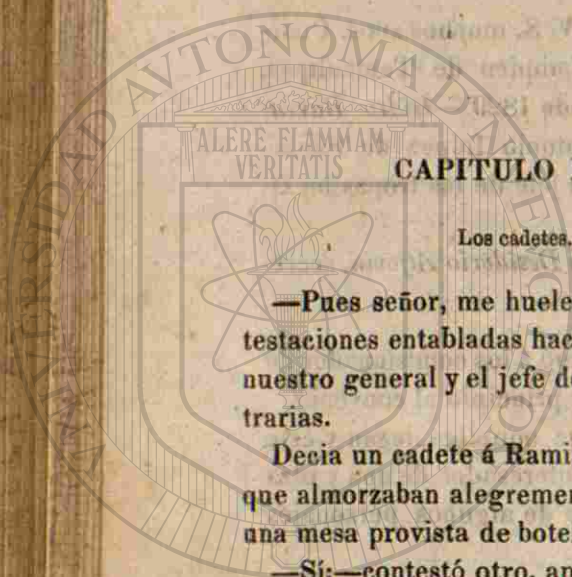
"conocer tambien como yo, que esta no
 "puede presentarse á rendir sus armas á
 "discrecion.

"Dios guarde á V. S. muchos años. Cuar-
 "tel general de Tampico de Tamaulipas,
 "10 de Setiembre de 1829.—*Isidro Barra-*
 "*das.*—Sr. Don Antonio López de Santa-
 "Anna, general en jefe de las tropas mexi-
 "canas.

"Es copia.—*José Desiderio Aljovin*, secre-
 "tario."

Santa-Anna esperó á los comisionados de
 Barradas, para dar principio al convenio.

Pero en tanto que aquellos llegan y éste
 se discute por los interesados de una y otra
 parte, ocupémonos de algunos personajes
 de nuestra historia.



CAPITULO XXI.

Los cadetes.

—Pues señor, me huelen mal estas contestaciones entabladas hace dos días entre nuestro general y el jefe de las fuerzas contrarias.

Decía un cadete á Ramirez y otros varios que almorzaban alegremente al rededor de una mesa provista de botellas de buen vino.

—Sí;—contestó otro, apurando una copa de Jerez—parece que Barradas se inclina ya mas á una capitulacion honrosa, que á continuar escuchando el silbido de las balas.

—¿Y qué quereis que haga, si no llega el ejército de reserva como se nos habia prometido?

Añadió un tercero,

—¿Qué? morir, como moriremos nosotros en la Barra:—contestó Ramirez inflamado de noble patriotismo.—El valiente jefe D. Luis Vazquez que allí manda, ha contestado que él no entrará en convenio ninguno, mientras no se haya defendido hasta el último extremo.

—Brindemos por el coronel Vazquez.

Exclamó uno llenando la copa.

—Brindemos.

Contestaron todos; y apuraron los vasos.

—Pero ¿cómo os habeis atrevido—les preguntó uno á Ramirez, á un tal Ortega, y á otro conocido entre ellos por Cupido—á venir del fortin á Tampico, estando suspendido el Paso de Doña Cecilia por las tropas mexicanas, interpuestas entre uno y otro sitio?

—Confiado, contestó Ramirez, en unos capotes de paisanos que nos pusimos sobre el uniforme, y en que estarian demasiado entretenidos en sacar las piezas del lodo en que debe haberlas enterrado el espantoso huracán que hoy parecia anunciar el fin del mundo.

—¿Y en la Barra ha sido lo mismo?

—Tanto, que nos vimos precisados y abandonar el fortin por un momento, para salvarnos del mar cuyas olas caian como otro diluvio sobre nosotros.

—Pues para un baño de agua—añadió Ortega:—no hay mejor que un sol de vino.

—Es verdad.

Contestaron los demas volviendo á llenar los vasos.

—Compañeros;—dijo Ramirez poniéndose en pié, y dejando ver en su rostro juvenil el fuego del patriotismo.—Brindemos por la patria, y porque nuevas batallas vengán á sacarnos de la inaccion en que estamos.

—¡Bravo!

Exclamaron todos, y apuraron los vasos.

—¿Qué te parecen los mexicanos, Ramirez?

Dijo uno despues de agotar una copa de Valdepeñas.

—Que se baten perfectamente y que por lo mismo les quiero.

—Y eso que la mayor parte de las tropas

que hasta ahora se han presentado pertenecen á las milicias.

—Los valientes demuestran el temple de su alma lo mismo como soldados que como voluntarios; y si cierto es que los primeros cuentan sobre los segundos las ventajas de instruccion, de disciplina, obediencia y rapidez en la evoluciones, en compensacion los voluntarios tienen sobre aquellos la cualidad de no decaer por los reveses, y de presentar una accion tras otra sin que las derrotas rebajen en lo mas mínimo el fuego del entusiasmo.

—Compañeros, si nos entretenemos tanto en la conversacion, las botellas recibirán un desaire que lo sentirán nuestros estómagos. ¡Ea! otro asalto á ellas, y pasemos á tragos estos instantes que nos deja descansar el enemigo.

—¡A ellas, pues!

Gritaron los alegres cadetes vaciando el licor en los vasos.

—¡Brindo porque en tanto que conferencian nuestro general y el contrario, se de-

en ver en la ciudad algunas lindas muchachas.

—¡Bravo!

Exclamaron todos.

—Brindo—dijo Ramirez chocando su copa con la de sus compañeros—porque en la primera accion que tengamos, alcancemos con nuestro valor y nuestra sangre, un grado en la honrosa carrera de las armas.

—A ese brindis nos adherimos con toda el alma.

Dijeron los entusiastas jóvenes vaciando completamente las copas.

—Pero, dispensadme, compañeros—interrumpió Ramirez—un antiguo camarada me está esperando en el cuartel y voy á cumplir con él para volver á gozar de vuestra compañía.

—Es un valiente y simpático joven este Ramirez.—Dijo uno de los cadetes en cuanto aquel salió á la calle.—Jovial en su trato, franco con sus amigos, alegre en el cuartel y bravo en el campo de batalla, se hace querer de todos.

—Y dicen que su tío fué un rico comer-

ciante de México, que entre otras desgracias tuvo la de que le robaran una hija, hermosa como una Vénus.

—¿Será la joven aquella que se encontró con Ramirez en el hospital de Altamira?

—Lo ignoro. ¿La viste tú?

—Como que entré al edificio al lado de Ramirez.

—¿Y era guapa?

—Capaz de incendiar el corazón de un beato.

—¿Y qué hacia allí?

—Parece que habia ido á visitar á un capitán herido con quien dicen si tenia ó no relaciones.

—¿Y no te acercaste á ella para ampararla?

—Iba á hacerlo, pero ví á Ramirez aproximarse á la joven lleno de afán, y no quise interrumpir la animada conversacion á que se entregaron desde el instante mismo.

—¿Y no sabes si era su prima?

—Nada llegué á saber, porque á poco tocaron llamada y corrí á formar dejando todavía allí á Ramirez.

—¿Y despues no le has preguntado?....

—Nada; mi poca curiosidad me hizo olvidar pronto aquel asunto. Sin embargo, el ver que se quedó ella en Altamira, me hace creer que no es D. Andrés su padre, pues de lo contrario hubiera venido á nuestro cuartel general.

—¿Y si estaba casada con el hombre que dices se hallaba herido?

—Tienes razon; no habia reflexionado en ello.

—Señores—dijo entrando un mozo que habia estado sirviendo la mesa—ahí fuera está una señorita que pregunta por el Sr. Ramirez.

—¿Una señorita!....

Exclamaron á una voz todos los cadetes dejando la mesa y acercándose al mozo llenos de alegría.

—¿Y dices que pregunta por Ramirez?

Agregó aquel á quien por aficionado á las hijas de Eva le habian puesto sus compañeros Cupido.

—Sí señor.

—Dile que pase.

—Está muy bien.

El mozo se fué, y los festivos militares se quedaron esperando la llegada de la jóven.

—¿Quién será?

Dijo uno arreglándose el pelo con la mano y colocando con gracia los cordones de su uniforme.

—De la calidad del género no puedo hablar—contestó otro—pero respecto á figura, estoy seguro de que es *bocato di cardinali* cuando ha puesto en él los ojos Ramirez, que es el pollo de mejor gusto que he conocido respecto á las hijas de Eva.

—Vamos, bien digo yo—agregó un tercero—que es el hombre mas afortunado que viene en la expedicion: mientras otros no hemos visto ni rastro, ni retrato, ni nada que se parezca á mujer, á él se le presentan bellos originales no solo á quienes seguir, sino que le buscan.

—Y apuesto á que esa jóven pertenece á una de las principales familias.

Aventuró uno que hasta entoces habia permanecido callado.

—Puede ser muy bien.

Contestaron varios.

—Pues yo digo—interrumpió Cupido— que una joven que viene á buscar á un hombre á una casa extraña, no puede ser mas que una de tantas que andan comerciando con su hermosura.

—Tienes razon.

Exclamó uno.

—Sin duda debe ser una de esas caritativas que andan á caza del bolsillo de los incautos.

—Alguna á quien citó en sitio retirado de aquí, y que aburrida de esperar viene á buscarle.

—Por eso sin duda nos dejó pretestando que iba á ver á un camarada.

—Silencio que oigo el crugir del vestido.

Y efectivamente era así, porque á poco se presentó una mujer cubierto el rostro con el velo de una rica mantilla que, al encontrarse con aquella reunion de jóvenes, se quedó quieta y sorprendida cerca de la puerta.

Los cadetes le suplicaron que tomase asiento.

—Mil gracias—contestó la encubierta con agradable acento—me habian dicho que estaba aquí el Sr. Ramirez.

—Y no le han engañado á vd., señorita:—dijo con el mayor aplomo el cadete á quien sus compañeros denominaban Cupido.—Yo soy Ramirez.

—¡Usted!...

Exclamó sorprendida la tapada.

—Para servirla en cuanto ordene.

—Le agradezco infinito; pero el nombre de la persona que busco es Rafael.

—Precisamente me llamo Rafael.

—¿Tambien?

—Tambien.

—Pero el joven á quien me contraigo es un cadete.

—¿Y no le dicen á vd. los cordones de mi uniforme que soy cadete?

—¡Funesta casualidad!—exclamó la mujer.—Y sin embargo, no es vd. el hombre que busco.

—Pues en el ejército expedicionario no hay mas Rafael Ramirez que yo.

—Entonces, permitanme vdes. que me retire, porque sin duda he confundido su nombre.

Y la encubierta se dispuso á salir.

—No, no podemos permitir que salga vd. sin haber descansado un rato, y haber tomado alguna cosa en nuestra compañía.

Dijo Cupido poniéndose en la puerta para impedir la salida.

—Sí, es preciso que tome alguna cosa.

Exclamaron los demas, llenando cada cual una copa y presentándosela á la encubierta.

—Señores, les agradezco el obsequio, pero no puedo admitir nada: tengan vdes., pues, la bondad de dejarme salir.

—Vamos, dejemos á un lado las ficciones que cuadran mal con gentes que ya están curadas de espanto, y marchemos al grano.

Exclamó Cupido que estaba algo calomacano de tanto vaciar copas, creyendo que la calificación que habia hecho de aquella

mujer cuando se hizo anunciar, era en su concepto la única acertada.

—Yo creo—añadió—que para vd. lo mismo es que se llame Ramirez que Fernandez, y que teniendo el bolsillo expléndido...

Y el cadete trató de tomarla una mano.

La encubierta, que creyó comprender el desventajoso juicio que aquel hombre habia formado de ella, le envió al través de la mantilla, una de esas miradas terribles que reflejan la indignacion de un corazon que se cree ofendido en lo mas delicado de su hora.

—Caballero—exclamó con entereza y dignidad—jamás creí que me veria obligada á recordar á un militar español, el respeto y los deberes que todo hombre bien nacido está obligado á guardar con las damas.

—¡Magnífico!... ¿no lo dije? Compañeros, es una Lucrecia.

Dijo el cadete soltando una carcajada, que indicaba bien lo poco que creia en la dignidad de aquella mujer.

—Y vd. es un atrevido que desconoce la urbanidad.

—Pero que al fin acabará por entenderse con vd.; ¿no es verdad, pichona?

—Caballero, me está vd. ofendiendo, y espero que no tendrá vd. la descortesía de impedirme la salida.

—Déjala marchar, puesto que lo desea.—

Dijo Ortega, que habia creído ver en el aire y las palabras de aquella mujer, sentimientos de verdadero honor.—Para chanza basta y sobra con lo que ha pasado.

—Sí; estamos porque se la deje marchar.

Añadieron los demas, que ya empezaban á cansarse de una escena que habia tomado un giro muy distinto del que ellos habian creído tendria al principio.

Cupido miró á sus compañeros, y notando en sus rostros el desagrado que les causaba su terquedad, creyó prudente no insistir mas, y dijo á la encubierta con burlesco rendimiento.

—¿De veras quiere vd. abandonarnos?

—¿Lo duda vd?

—Bien, no hay que incomodarse; no la detengo; puede vd. salir cuando lo tenga vd. por conveniente á su recato y su pudor.

Y el cadete echó otra careajada, y se hizo á un lado de la puerta en que habia permanecido, para que saliera la tapada.

Esta iba ya á poner el pié en el dintel, cuando Cupido, que se habia propuesto no acabar aquella escena sin algun rasgo que le distinguiera entre sus camaradas, exclamó acompañando la accion á la palabra.

—Pero no será sin que primero le veamos el rostro.

Y le levantó el velo sin darle tiempo á nada.

La encubierta dió un grito.

—¿Es la de Altamira!

Exclamó uno.

—Y el que ha levantado su velo, es un cobarde, indigno de ceñir espada.

Dijo indignado Ramirez que llegaba en aquel momento, y que habia visto la villana accion de su compañero de armas.

Este echó mano á la espada al verse insultado.

Ramirez desenvainó la suya.

Los cadetes se arrojaron sobre uno y otro para evitar una desgracia.

—Dentro de dos horas te espero, donde dice este papel.

Dijo Cupido arrancando una hoja de su cartera, en que trazó con lápiz un nombre, y dándoselo á Ramirez.

—No faltará.

Contestó el sobrino de D. Andrés guardándolo.

Aquel salió á la calle seguido de varios compañeros que trataban de calmarle, y arrojando sobre su contrario una mirada de venganza.

Los demas volvieron á acercarse á la mesa para dejar en libertad á la jóven y Ramirez.

—Yo soy la causa, señor Ramirez, de este desagradable incidente, cuyas consecuencias quisiera evitar á todo trance.

—Nada tema vd.

—Pero tengo con vd. una deuda de gratitud, y venia á pagarla: vd. me defendió en el hospital de Altamira de aquellos soldados que trataron de ofenderme, y yo quiero salvar ahora su vida que está en peligro.

—¿La mia? ¿pues qué, hay algun malvado que atente á ella?

—No, pero vd., si no me han informado mal, está en la Barra, y solo ha venido á la ciudad por cortos instantes.

—Es cierto; estoy en la Barra, y deberé ir á ella al caer el sol, valiéndome del mismo disfraz que he traído.

—Pues bien, yo he venido á decirle, á suplicarle á vd. que no vaya, si en algo aprecia su existencia.

—¿Por qué?

—Porque allí espera la muerte á cuantos guarnezcan el fortín.

—¿La muerte?..... explíquese vd.

—Usted no ignora que Barradas y Santa-Anna están en conferencia sobre la manera de entregar Tampico evacuándolo las tropas españolas.

—Lo sé: las contestaciones empezaron el dia ocho, y parece que hoy quedarán definitivamente arreglados los artículos de la capitulación.

—Pero vd. sabe que ese arreglo que se debia haber terminado para las cuarenta

y ocho horas, es decir, á las ocho de esta mañana, no ha tenido efecto por no haberse presentado en el cuartel general mexicano, sin duda por causa del temporal, los oficiales españoles Salomon y Salas.

—Nada de eso ignoro.

—Pero si ignorará vd. que Santa-Anna, libre para obrar por haberse cumplido el plazo, ha jurado tomar á sangre y fuego esta noche el referido fortin, que no tiene elementos ni gente bastante para resistir, por cuyo motivo tendrán que sucumbir sus defensores.

—¿Y quiere vd. que yo falte adonde mi honor y mi deber me llaman? De ninguna manera; le doy á vd. las gracias por el interés que se toma por mi vida; pero el enemigo me encontrará disputándole el paso, allí en el sitio mismo que mis jefes me han señalado.

—Creí que era un deber de gratitud avisar á vd. del peligro, y he venido á cumplirlo: por lo demás, nada intento que pueda empañar su honra militar: vd. conoce mejor que yo, lo que es ó no compatible

con su honor de soldado, y me retiro deseando que salga vd. ileso de todos los encuentros.

—Mil gracias.

—Suplico á vd. guarde el mayor silencio con sus compañeros sobre lo que le he comunicado, pues podria perjudicarme si llegase á oídos de mis compatriotas que yo habia revelado su secreto.

—Descanse vd. en mi discrecion: ya los ve vd.: siguen bebiendo, y ni siquiera sospechan el motivo que habrá traído á vd. á este sitio.

—Descansando en su palabra, parto sin temor á Pueblo Viejo, antes que noten mi falta: Adios.

—Adios.

La jóven volvió á echarse el velo, y salió dejando al cadete entregado á serias reflexiones.

—Muy cabizbajo has quedado, Ramirez; parece que las noticias que te ha traído esa señorita, no son muy satisfactorias.

Dijo Ortega, despues de apurar una copa.

—Por el contrario, son de suma importancia y de todo mi gusto.

—Me alegro, para que así tenga siquiera algun interes el duelo que vas á tener por ella.

—En el cual me vas á servir de padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué sitio va á tener lugar el desafío?

—Fuera del fortin de la Barra, en donde ambos estamos de guarnicion.

—Y á qué hora hemos de salir de aquí?

—Ahora mismo, porque la noche avanza á toda prisa.

—Pues andando.

—Al instante.

Y los dos, despues de despedirse de los amigos que se quedaban tomando café y que estaban de servicio en Tampico, se dirigieron á la Barra en busca del compañero de armas con quien Ramirez debia de medir su espada.

CAPITULO XXII.

La oficialidad mexicana, y una cita.

Mientras Ramirez, acompañado de su padrino, se dirige á la barra en busca de su adversario, trasladémonos á Pueblo Viejo, donde estaba el cuartel general del ejército mexicano.

En un espacioso comedor de las principales casas de la poblacion, con vista á una hermosa huerta, tenia lugar una escena semejante á la que hemos visto desempeñada en el anterior capítulo, por los jóvenes cadetes.

Serian poco mas de las dos de la tarde: un viento terrible y espantoso, últimos res-

—Por el contrario, son de suma importancia y de todo mi gusto.

—Me alegro, para que así tenga siquiera algun interes el duelo que vas á tener por ella.

—En el cual me vas á servir de padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué sitio va á tener lugar el desafío?

—Fuera del fortin de la Barra, en donde ambos estamos de guarnicion.

—Y á qué hora hemos de salir de aquí?

—Ahora mismo, porque la noche avanza á toda prisa.

—Pues andando.

—Al instante.

Y los dos, despues de despedirse de los amigos que se quedaban tomando café y que estaban de servicio en Tampico, se dirigieron á la Barra en busca del compañero de armas con quien Ramirez debia de medir su espada.

CAPITULO XXII.

La oficialidad mexicana, y una cita.

Mientras Ramirez, acompañado de su padrino, se dirige á la barra en busca de su adversario, trasladémonos á Pueblo Viejo, donde estaba el cuartel general del ejército mexicano.

En un espacioso comedor de las principales casas de la poblacion, con vista á una hermosa huerta, tenia lugar una escena semejante á la que hemos visto desempeñada en el anterior capítulo, por los jóvenes cadetes.

Serian poco mas de las dos de la tarde: un viento terrible y espantoso, últimos res-

tos del furioso huracán que había llenado de consternación en aquel día á los habitantes de la costa, pasaba rugiendo y haciendo cimbrar las puertas vidrieras de los balcones que en aquel instante estaban cerradas.

Tres mesas se veían en este amplio comedor: una en cada extremo de él, y la tercera que contaba diez varas de largo, ocupaba el centro.

En una de aquellas se descubrían multitud de botellas de variados vinos, vasos, copas y fragmentos de alambre y plomo al lado de agujerados tapones que indicaban claramente que el espumoso champagne había corrido en abundancia.

En la del otro extremo se veían muchos y finos platos colocados unos sobre otros, cubiertos de plata y limpias servilletas que rivalizaban en blancura con la misma nieve.

Al rededor de la mesa principal que como he dicho, ocupaba el centro, y que ostentaba los mas delicados manjares, estaban sentados, sin distinción de grados, excepto

el coronel D. Pedro Lemus que ocupaba la cabecera, algunos coroneles, varios comandantes, capitanes y oficiales de inferior graduación.

Una cordial y fraternal alegría reinaba en todos los concurrentes.

Cuatro soldados, asistentes de los mismos oficiales, estaban destinados exclusivamente á atender á los que se hallaban en la mesa: otros dos se ocupaban en destapar botellas y quitar las vacías, á la vez que algunos, con la servilleta al brazo, se esmeraban en presentar limpios y relucientes los platos.

Entre los alegres militares que estaban allí reunidos, se veía al intrépido coronel D. Nicolás Acosta, que había alcanzado, por varios hechos de armas, el renombre de valiente. A su lado estaba su íntimo amigo, el simpático capitán Tamariz, hijo de español como él, y bravo hasta la temeridad, Seguían á éstos el entendido capitán de granaderos D. Manuel María Iturria, oficial muy estimado del general Terán; los de

igual graduacion Gomez del Cid, Quintero, Sandí y Franco: enfrente y ocupando el otro lado, estaban Enrique, Miguel, el capellan de uno de los regimientos, el teniente Agüero, y por último el infame Rossi que, en union de otros compatriotas suyos, ocupaban el otro extremo de la mesa.

El buen humor de los oficiales iba en aumento á medida que se sucedian los platos y se apuraban las botellas.

—Señores:—dijo el intrépido Acosta—puesto que esta será tal vez la última comida que muchos de los que aquí estamos tengamos en este mundo, es preciso que nos entreguemos á la locura, y que brindemos cada cual por los objetos mas caros á su corazon.

—Sí, sí: brindis, brindis.

Gritaron todos.

Entonces se puso en pié el capitán Iturria, y llevando la mano izquierda al corazon, para expresar que sentia el alma lo que los labios pronunciaban, dijo estas palabras.

—Compañeros, brindo porque dentro de

pocas horas, uno de los que presentes estamos, colocará, á no dudarlo, el pabellon mexicano en el fortin de la Barra.

Y apuró el vaso hasta el último, indicando así *que tenia fé en lo que decia*.

Los demas hicieron lo mismo despues de chocar sus vasos con el del que habia brindado, lo que equivalia á decir: *participamos de la misma opinion; paz y union entre nosotros: juramos desear lo que brindamos*.

Acosta, que tenia un corazon fogoso y patriota, se levantó en seguida, llenó su copa, y se dispuso á brindar.

Todos los concurrentes se pusieron en pié y llenaron las suyas.

—Brindo—dijo llevando la mano izquierda al corazon—por el exterminio de nuestros enemigos, y por el triunfo y prosperidad de la patria.

Y al libar, vertió un poco de licor en el suelo, ejemplo que imitaron los demas, diciendo con esto: *verteré mi sangre por ella en su defensa*.

Trascurridos algunos instantes de anima-

da conversacion, se puso en pié el valiente Tamariz, y pronunció estas palabras.

—Brindo porque con sus altos hechos, immortalice nuestro general Santa-Anna su nombre en la historia.

Y mientras se expresaba así, tuvo la copa puesta sobre la mesa, pero sin dejarla de la mano, como se acostumbra cuando se brinda por el rey ó por un héroe, lo que significa: *me entusiasma; le defenderé á toda costa; gloria inmortal al caudillo.*

Los platos entre tanto se sucedian, y la conversacion era cada vez mas animada.

—Muy agenos están los españoles que defienden la Barra, de la visita que les espera esta noche.

Dijo el teniente coronel Gonzalez, que se hallaba junto al valiente Lemus.

—Sin embargo, añadió Gomez el Cid, no creo que les encontremos muy descuidados.

—Mejor, replicó Acosta, así tendrá mas mérito el asalto.

—Y estoy seguro que se defenderán como héroes.

—En eso es preciso hacerles justicia;—

observó el capitan Iturria:—el valor y la constancia es patrimonio de los hijos de esa nacion, que ha sido la primera del mundo en armas y en letras.

—Señores—dijo Rossi—brindo porque la lucha sea tenaz y sangrienta, para que sea mayor nuestra gloria; y brindo porque la suerte coloque bajo el alcance de mi espada á un tal D. Andrés, enemigo irreconciliable, cuya vida detesto.

Todos los militares correspondieron al brindis, excepto Enrique y Miguel que colocaron sus copas vacías boca abajo, dándole á entender con esto: *no tenemos vuestras opiniones; nos dáis pesar.*

El capellan tambien, al escuchar las últimas palabras de venganza, opuestas á su doctrina, de caridad, colocó su copa vacía, aunque boca arriba, lo cual equivalia á decirle: *me abstengo de manifestar mi opinion; no puedo decir lo que pienso.*

Rossi observó el desprecio de los primeros, y se mordió los labios.

Los dos amigos llenaron entonces sus copas, cruzaron los brazos derechos, y que-

daron sujetos por este lazo, en tanto bebían, expresando así este concepto: *quedamos sujetos a una misma cadena; nuestra suerte será una; nuestra amistad es indisoluble.*

—Si antes—dijo Rossi para sí—no hay quien rompa esa cadena.

Y siguió hablando alegremente con los que estaban á su lado, sin dejar ver en su semblante ni la mas ligera muestra de resentimiento.

De repente dejó su asiento, y presentando un motivo cualquiera, salió de la sala diciendo que volvía al instante.

A nadie llamó aquello la atención, y continuaron vaciándose botellas.

Poco despues se levantó de su asiento el capellan, que habia guardado la mayor moderación, y dijo:

—Yo, cuyo ministerio es de paz y de caridad, brindo por la augusta religion del Crucificado, que nos dará la verdadera felicidad.

Y despues de beber, besó la copa, acción que imitaron todos: y con la cual expre-

saban: *Dios acoja mi ruego; moriré en su creencia.*

El capitán Quintero, que le habia tocado estar junto á Rossi, se puso en pié, y dijo con voz robusta y clara.

—Brindo por el bravo militar que preside la mesa, y á quien Santa-Anna confía el mando de la division, que asaltaré esta noche el fortín de la Barra.

D. Pedro Lemus se alzó de la silla, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y contestó:

—Yo brindo por la prosperidad de la República, y por el digno presidente que rige sus destinos.

Y en tanto que pronunciaba estas palabras, puso la mano sobre sus condecoraciones, y en esta actitud apuró la copa, expresando con aquella acción este concepto: *juro defender tan caros objetos ó perecer en la demanda* (1).

Rossi volvió á entrar en el comedor: echó

(1) En vez de llevar la mano á las condecoraciones, algunos la llevan al puño de la espada, pues tiene el mismo significado.

una mirada significativa sobre Enrique y Miguel; asomó á sus labios una sonrisa de satisfacción, y se sentó á la mesa tomando parte en todo lo que se hablaba, y manifestando un claro ingenio en los asuntos festivos que se tocaban.

Terminada la comida en medio de la alegría, de la fraternidad y del entusiasmo patrio, los oficiales se dirijieron á tomar sus espadas de que se habian despojado para sentarse á la mesa.

—Ya es hora—dijo Acosta—de reunirnos á nuestros soldados, para estar dispuestos á marchar al combate.

—Sí;—contestó Tamariz—al estruendo de las botellas, es preciso que siga el estampido del cañon.

—Pues bien, cada uno á su puesto, y á cumplir con la patria.

Los oficiales salieron juntos del comedor; en la puerta de la calle se despidieron dándose la mano, y cada cual se dirigió hácia el cuerpo á que pertenecía.

Miguel, que tambien se habia despedido

de Enrique, marchaba á su casa, preocupado con mil ideas funestas.

La memoria del último golpe que, por su causa habia descargado su fiel criado Pablo sobre Luisa, arrebatándole el hijo querido de sus entrañas y comprometiéndola con su esposo, era un terrible torcedor que le robaba la tranquilidad, y le sumia en una melancolía que no podia arrancar de su razon.

Ignoraba lo que habia sido de Luisa.

Al ver á Fernando en Altamira, preguntó con prudencia á varios amigos de aquel, si habia llevado en su compañía á su esposa, pero nadie supo darle razon de ella.

La misma pregunta dirigió á Enrique, y éste que ignoraba los acontecimientos de Chapala, porque su cuñado tuvo buen cuidado de ocultárselos, no supo decirle mas, sino que Fernando habia llegado solo.

Todas las pesquisas tambien del indio Pablo para adquirir noticias del sitio en que se encontraba, habian sido inútiles.

Todo esto, unido á la sequedad que creia advertir en Fernando para con Enrique, le

obligaron á que diese entrada en su mente, á una idea espantosa.

Esta idea era la muerte de Luisa, sacrificada á los zelos de su indignado esposo, llevada á cabo en medio de las sombras y de la soledad.

Miguel tembló al fijarse en este pensamiento.

Lo pavoroso y sombrío de la tarde, y el aspecto lúgubre que habia impreso el huracán en las calles de la ciudad, contribuían á dar mayor verosimilitud á sus téticos zelos.

Nuestro acongojado jóven cruzaba á paso lento el espacio que mediaba de la casa en que habia sido la reunion á la suya, sin que nada pudiera distraerle de los pensamientos que en aquel instante le preocupaban.

Un hombre del bajo pueblo, embozado en una ordinaria frazada, caminaba detras de él y á su mismo paso, sin perder el mas ligero de sus movimientos.

La voz de *cabo cuarto, relevo*, pronunciada á pocos pasos de Miguel, por un centinela que permanecia quieto en la puerta de

un cuartel, vino á sacarle de sus meditaciones.

Miguel le miró, y dejando los recuerdos de Luisa, pensó en los deberes que tenia que llenar como mexicano, y apresuró el paso.

El hombre que le seguia hizo lo mismo.

Miguel llegó á un callejon lúgubre y solitario, por donde no transitaba en aquel instante persona alguna.

El desconocido violentó entonces su marcha para darle alcance.

Al ruido de sus pasos volvió Miguel el rostro.

—Dispense vd., caballero.

Dijo el de la frazada.

—Qué se le ofrece á vd?

Contestó Miguel deteniéndose.

—Hace rato que ando buscando á vd.

—¿A mí...? ¿para qué?

—Para darle un recado de parte de una mujer.

—¿De una mujer!....—exclamó Miguel alborozado, creyendo que tal vez le iba á hablar de Luisa.—¿Y quién es esa mujer?

—Lo ignoro.

—¿Pero su nombre?

—Lo ignoro tambien.

—Pues entonces....

—Solo sé que parece una señora principal, y que me ha encargado vea á vd. con mucho sigilo.

—¿Pero con qué objeto?

—Dice que tiene que hablar con vd. de un asunto muy importante,

—¿Y en dónde está?

—Me ha dicho que la espere vd. en una canoa, junto á las Piedras.

—¿Y esa canoa?

—Es de una persona de mucha confianza, que está ya avisada.

—Y ¿á qué hora asistirá?

—A la oracion: un coche la llevará.

—Es que la columna va á salir dentro de poco para el Paso de Doña Cecilia.

—Seguramente no lo ignora ella, pues me ha dicho pida vd. licencia para permanecer ese tiempo mas, prometiendo reunirse despues á sus compañeros.

Miguel quedó pensando en quién podria ser aquella mujer que con tanto empeño

solicitaba hablar con él, y en lo que debia de hacer.

—No puede ser sino Luisa:—volvió á pensar—ella que ha llegado con su esposo, y que desea verme, sospechando tal vez, que soy yo quien le arrebató su hijo.

—¿Qué respuesta le llevo?

Preocupado Miguel con la idea que habia concebido, contestó despues de meditar otro instante.

—Que estaré á la oracion en el sitio señalado.

—Se lo diré así: adios.

—Adios.

Y Miguel se dirigió en el acto á pedir la licencia de permanecer algunas horas mas en la poblacion, mientras el desconocido, volviendo por las mismas calles que habia llevado, se dirigió á un personaje que se hallaba quieto en una esquina, esperándole sin duda.

—¿Qué ha dicho?

Preguntó el que habia estado esperando.

—Que irá.

En el rostro del primero brilló la alegría, y continuó.

—¿A la oracion?

—A la oracion.

—Bien, Pedro; y dime, ¿estaré la canoa?

—Pierda vd. cuidado, que eso corre de mi cuenta.

—Corriente.

—¿Tiene vd. algo mas que ordenarme?

—Nada, Pedro, sino que recibas esta gratificacion en premio de tus servicios.

Dijo el personaje alargando á su interlocutor algun dinero.

—Gracias.

—Ahora, á disponer la canoa, que dentro de un instante estaré yo allí.

—Pues hasta luego, señor amo.

—Hasta luego, Pedro.

Y ambos se separaron, tomando cada cual por distinto rumbo.

En aquel instante salia Miguel de conseguir su solicitud, y se dirijia hácia su casa, ocupado con la idea de la misteriosa cita.

En todas las casas y cuarteles se escucha

ba el ruido de las armas, que los soldados empuñaban para marchar al asalto.

De repente se oyó el ruido de muchos pasos, sin que se escuchasen mas que las palabras: *alto, alinearse, firmes y descansar*: era la tropa que salia de sus cuarteles y se formaba en las calles, sin que sonase una caja ni una corneta.

Miguel desempeñó en su casa lo que tenia que hacer, y se asomó al balcón á ver la columna que en aquel instante emprendia su marcha en el mayor silencio.

Detras de él apareció el indio Pablo, observándole con cariñosa solicitud.

La tarde estaba nebulosa y fria; y aunque el huracán habia calmado su terrible furia, el cielo se presentaba triste, y la naturaleza sombría.

—Cuánto siento, señor amo, que su merced *haiga* dejado su marcha para *mas despues*.

Dijo el indio con timidez, quitándose el sombrero con una mano, y llevando la otra á la cabeza en ademan de rascarse.

—¿Por qué, Pablo?

—Porque yo todo lo *desamino*, señor amo, y....

—Vamos, ¿y qué has examido que te haga sentir mi permanencia aquí por algunas horas?

—Primeramente el que en la *escuridad* puede caer su merced en *posicion* del enemigo al pasar el río.

—Adelante.

—*Segundamente*, que de *al tiro* se me resiste creer que una señora *talentuda* y *provisora* como Luisa, se *chispe* de su casa á esa hora, y *vaiga* á buscar á su merced á una parte tan *sólida*.

—Continúa.

—Y *últimadamente* que no *deviso* en la tropa que acaba de salir, por mas que *pelo* el *jalisco*, á un *siñor* capitan que es mas *maleta* (1) que el que mató á su hermano *Babel*.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, señor amo.

—¿Y dices que no ha salido con la *division*?

—Estoy seguro, señor amo, y temo....

(1) Malo.

—¿Qué, habla?

Contestó Miguel algo preocupado con lo que decia el indio.

—Aunque á *ocasiones* soy indio *cuatro oras*; señor amo, algunas no dejo de ser *pico largo*, y entonces el que me la pegue tiene que saber mas que *Salomé*, que dicen *jué* un rey muy *sabijondo*, y mas valiente que *Jonatás* cuando se tragó á la ballena.

—Dí lo que tengas que decir, y acaba.

Exclamó con alguna impaciencia Miguel.

—Veo, señor amo, que se le altera á su merced la *biblia*, y no me atrevo....

—No, hombre, mi bilis no se exalta por tan poca cosa; pero das tantos rodeos para decir algo....

—Tiene razon su merced; pero su merced sabe que lo digo porque deseo su bien.

—Sí, Pablo, sí; tú eres un buen criado, y yo sé apreciar tus nobles y leales sentimientos.

En aquel instante se oyó galopar en la misma calle un caballo, guiado por un oficial que se dirijia en alcance de la columna. Miguel y Pablo fijaron la vista en el

ginete que pasó por enfrente del balcon, sin notar al parecer en ellos.

—¡Rossi!

Dijo Pablo cuando el oficial iba ya á una distancia considerable.

—¿Sospecharás ahora que es él quien me envió el recado, cuando se aleja con la division?

—Con efecto....

Y el indio se quedó pensando. De repente, como iluminado de una idea infalible añadió:

—¿Y si es su marido?

—¡Su marido!....

Exclamó Miguel, viendo en aquella observacion una cosa verosimil que le alarmó.

—Desde que se encontró con su merced en Altamira, no me hace güen *estógamo* ese hombre. Siempre que le encuentra á su merced le echa una mirada que la verdad no me *cuadra*.

—No, no, imposible:—dijo al fin Miguel deshechando aquella idea y teniendo por ridículo aquel temor.—Fernando sabe muy bien que no rehusó un duelo, y no hubiera

echado mano de un medio tan poco noble para hacerme acudir á la cita: ademas le he visto marchar con la division, y esto le pone á cubierto de toda sospecha injuriosa.

—Me convence su merced, y sin embargo....

—Deja de sospechar de nadie, Pablo: Luisa sabia sin duda por su marido que la columna iba á salir, y se ha valido de aquel hombre para preguntarme por su hijo, por su querido Juanito.

Pablo movió la cabeza con aire de duda: Miguel no advirtió aquel movimiento, y quedó callado.

—¿Y no quiere su merced que yo le acompañe?

—Pablo—contestó Miguel con tono impetuoso—te he dicho que quiero ir solo y basta.

—Está bien, señor amo; no se *desincomoda* de su merced por mi *güena* voluntad.

Miguel, provisto de sus armas, salió á la calle cuando se extinguía en el cielo la última luz crepuscular.

Pablo, al verle marchar, le envió una de

esas miradas melancólicas que solemos dirigir á la persona que se despide para un largo viaje, y á la cual tememos no volverla á ver jamás.

— ¡Pobre amo mio! — dijo al verse solo. — ¡Mal *haiga* *Tupido* y mal *haigan* sus flechas que así le han puesto! Los buenos que debieran vivir mas que *Jerusalen*, son los que encuentran siempre enemigos, mientras los malos están firmes como el *Goloso* de *Ruedas*. No, pues yo, aunque se enoje, no abandono á mi amo. Por fortuna sé una vereda que conduce al mismo sitio, y por la cual llegaré á tiempo sin ser visto. Arreglemos, pues, lo que me ha encargado, y en seguida iremos á ver lo que se ofrece.

Mientras el leal Pablo discurría de esta manera, Miguel, libre de todo temor, y entregado en cuerpo y alma á la memoria de Luisa, repetía entre dientes las sentidas y tiernas reconvenções que iba á dirigirla por la imprudencia que habia cometido en entregar á su esposo la carta que una noche le habia arrojado por la ventana: los pensamientos de amor que, á pesar de su

crueidad le consagró cuando en medio del campo y herido por la mano de Fernando, esperaba la muerte; los inútiles esfuerzos que habia hecho para arrancar de su corazón la imágen de la ingrata que le olvidaba; y por último, su desesperación al saber que Pablo, creyendo servirle, cometió el crimen de arrebatarle la prenda mas cara que una madre tiene en el mundo.

Embebecido en estas ideas atravesaba el solitario camino por donde no transitaba ni una sola persona.

El cielo estaba negro y cubierto de espesas nubes que en caprichosas formas caminaban suavemente impelidas por un ligero viento.

El huracán habia cubierto de agua y arena todas las sendas, y Miguel se sumía con frecuencia hasta las rodillas en el inmenso lodazal que le impedía andar tan aprisa como él hubiera querido.

De repente oyó el murmurio del río cuyas aguas iban á besar la orilla.

Miguel levantó la cabeza; dirigió la vista hácia donde aquel se escuchaba, y descu-

brió entre la bruma una canoa que oscilaba mansamente en la cristalina superficie.

La canoa estaba atada á la orilla.

Dentro de ella habia un hombre envuelto en un capoton con mangas y capucha que entonces cubria su cabeza, como usan los marinos en las noches chubascosas.

Nuestro héroe se adelantó hácia la orilla.

En aquel mismo momento se deslizó entre las sombras otro hombre que se ocultó en las rocas sin ser visto de nadie y que, al parecer, llevaba un fusil en la mano.

—Buenas noches.

Dijo Miguel aproximándose á la ligera embarcacion.

—Buenas noches.

Contestó el que estaba dentro.

—¿A quién aguarda esta canoa?

—A un caballero, á quien de parte de una señora, cité esta tarde para este sitio.

—Ese caballero soy yo.

—Le he reconocido á vd. al momento; puede vd. entrar cuando guste, y tomar asiento.

Miguel saltó á la canoa y se sentó en la popa.

El del capuchon desató la cuerda á que estaba atada y empezó á remar.

—¿Cómo! . . . —Dijo Miguel poniéndose en pié al notar aquello.—¿Pues no hemos de esperar en este sitio?

—No señor: este es el punto mejor para embarcarse, pero no el mas á propósito para una cita, puesto que en las Piedras hay tropa que pudiera descubrirnos.

—Entonces ¿á dónde vamos?

—A muy pocas varas de aquí, adonde tal vez nos estará esperando ya ella.

Contestó el del capote, empezando á remar con todo vigor.

Miguel pensó que de un hombre solo nada tenia que temer, puesto que llevaba buenas armas, y tranquilo con esta idea que le aseguraba de la fidelidad del remero, volvió á sentarse sin cuidarse de otra cosa que de las palabras que pensaba dirigir á Luisa.

El que lo conducia le echó una mirada al soslayo, y brilló en su rostro, oculto en la capucha, una alegría que en nada se pare-

cia á la que brilla en el semblante del honrado.

Miguel, que marchaba impaciente por llegar al sitio de la cita, dirigió la vista hácia el rumbo que llevaban, y notando que lejos de navegar junto á la orilla, se alejaban de ella internándose cada vez mas en el rio, se acercó al remero y le dijo:

—¿A dónde me llevas? ¿No ves que nos dirigimos á la orilla opuesta?

—No llegaremos á ella, pierda vd. cuidado.

—Pero ¿dónde está esa persona que me espera?

—Le prometo á vd. que la verá, antes de cinco minutos.

Contestó el de la capucha, sin dejar de remar siempre hácia el centro del rio.

—Pero aquí no hay mas que agua, y lejos de acercarnos á tierra, nos alejamos mas y mas de ella.

—Y sin embargo, la entrevista se verificará.

Contestó el hombre encubierto, dejando

de remar, y colocando el remo dentro de bote.

—¿Y por qué dejas de vogar?

—Porque hemos llegado al sitio dispuesto por la persona que desea hablar con vd.

—¿Aquí?

Dijo Miguel sorprendido y dirigiendo la vista al rededor, para ver si descubría alguna otra canoa.

—Aquí. Sino que la mujer—dijo el remero tomando un acento terrible y acercándose á su interlocutor—se ha trasformado en hombre.

Y se quitó la capucha dejando ver un rostro indignado, donde se pintaba el odio y el deseo de venganza.

Miguel dió un paso hácia atras, dejando escapar este nombre:

—¿Rossi!

—Sí;—contestó el sardo con voz terrible.—Rossi, vuestro mortal enemigo desde la lógia: Rossi, que se vió desarmado villanamente por vd., y que cuando creyó tomar venganza de aquel insulto, se vió bur-

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 33

lado por el criado á quien vd. sin duda habia seducido: Rossi, que ama á una mujer cuyo corazon vd. posee: Rossi, que hoy mismo se ha visto humillado por vd. en la mesa delante de toda la oficialidad; y Rossi, en fin, que viene de una vez á tomar satisfaccion por su mano de tantos insultos, dándole por tumba el rio, y por sudario el negro cielo que nos cobija.

—¡Traidor!

—Exclamó Miguel echando mano á la espada; pero Rossi, que previendo todo lo que iba á pasar, se habia acercado á él mientras hablaba, le echó los brazos sin darle tiempo á que la sacara.

—No; todo es inútil ya:—pronunció el sardo sujetándole siempre—yo le podía haber matado á vd. mientras nada recelaba, pero me he propuesto que sea una lucha leal donde no haya sangre: sé que vd. no sabe nadar, única ventaja que le llevo, y me ha parecido mejor que el rio se encargue de quitarle la vida.

Y al decir esto, hizo un esfuerzo para arrojarle al agua.

—¡Veremos si lo consigues, miserable!

Exclamó Miguel, echando á su vez sus robustos brazos al sardo.

En aquel momento, salió de las rocas el hombre que poco antes se habia deslizado armado de un fusil; corrió hácia una canoa que se veia en la orilla, entró en ella, dejó el arma en la popa, desató la barquilla, y empezó á remar en la misma direccion que habia llevado la de Rossi.

Entre tanto, la lucha brazo á brazo entre Miguel y el sardo, seguia terrible y dudosa. El italiano tenia una musculatura atlética, y al emprender aquella lid, lo habia hecho creyendo vencer á su contrario con la mayor facilidad. Pero Miguel, aunque esbelto y fino en sus formas, era vigoroso y fuerte: su pecho elevado y robusto, encerraba la pujanza de los atletas romanos, y sus brazos, aunque no gruesos, eran nervudos y poderosos.

Rossi comprendió bien pronto, que se las habia con un contrario temible.

El pecho del sardo y el pecho de Miguel

estaban estrechamente unidos el uno contra el otro, como dos planchas que se oprimen por dos aros de hierro, pues no parecían otra cosa los nervudos brazos de ambos combatientes.

La respiración del uno y del otro era trabajosa, fuerte y violenta, por la opresión de aquel círculo de hierro en que cada cual estaba encerrado.

Rossi, cuya idea era lanzar al agua á su contrario, para que muriese ahogado, y evitar así toda señal de asesinato, dejó de hacer fuerza por un momento para descansar; en seguida afirmó los piés sobre la canoa, hizo un esfuerzo supremo, comunicó á sus brazos el coraje de su corazón, y consiguió levantar á Miguel dos dedos del piso, llevándole hasta la orilla de la canoa. Miguel, comprendiendo todo el peligro que corría, juntó su barba al pecho del sardo, oprimiéndole con ella como con un martillo, mientras con sus brazos le sujetaba horriblemente: Rossi, al sentir el agudo dolor que le rompía el pecho, aflojó un poco; Miguel consiguió entonces afirmar uno

de sus piés en la obra muerta, y continuó con nuevo ardor la lucha.

Sin embargo, Rossi había alcanzado una gran ventaja sobre su contrario, pues mientras él podía afirmarse con ambos piés en la canoa, el otro se veía reducido al estrecho borde en que había conseguido colocar uno solo de los suyos.

El italiano, conociendo que para alcanzar el triunfo solo le faltaba no dejar reponer á su rival, le asió con mayor furia para poner término al combate. Miguel, lejos de decaer de ánimo por la tenacidad de su furioso enemigo, sintió renacer su vigor: reunió todas sus fuerzas, y haciendo un esfuerzo poderoso, logró hacer caer de rodillas á Rossi con estruendo terrible, junto á la misma obra muerta en que había afianzado su planta.

Al golpe de aquel cuerpo, la frágil canoa osciló violentamente haciendo perder el equilibrio á Miguel, poco acostumbrado á embarcarse.

Rossi, trató entonces de aprovechar aquella coyuntura favorable, y empujó hácia el

rio á su contrario: éste, conociendo su posición, se afianzó mas y mas del sardo: en aquella desesperada lucha la canoa dió otro vaiven mas fuerte que el primero, y ambos cayeron al agua.

Miguel, aturdido con el golpe y con el agua que al caer habia tragado, soltó á Rossi; y despues de flotar un momento buscando la canoa para agarrarse á ella, desapareció en el fondo, mientras el italiano, como buen marino, se mantenía tranquilo sobre el rio, en espera de que volveria á aparecer á flor de agua su víctima, como acontece por dos ó tres veces á todo el que se está ahogando, dispuesto á concluir con su vida se-pultándole cada vez que se presentase.

No se engañó en sus conjeturas. Miguel, luchando con las terribles ansias de la muerte, volvió, despues de un instante, á aparecer sacando un poco la cabeza, agitando las manos buscando algo de donde asirse, y arrojando espumarajos por boca y narices; pero Rossi que le esperaba, volvió á zambullirle con crueldad inaudita, sin darle tiempo á respirar siquiera.

En aquel momento salió un tiro, disparado al aire por el hombre que vimos entrar en una canoa y seguir el rumbo de la de Rossi, al mismo tiempo que se escuchaba su voz llamando gente.

—¡Que vengan ahora!... — exclamó Rossi con sonrisa infernal:—ya llegan tarde; en vez de un hombre hallarán un cadáver!...

Y satisfecho de su venganza, y temiendo ser conocido, ganó nadando la orilla opuesta, perdiéndose á poco entre las sombras del camino que conducia al sitio llamado Paso de Doña Cecilia.

El hombre de la canoa, al ver salir una persona, comprendió quién era, y remó con todas sus fuerzas para ver si podia llegar á tiempo de salvar á la otra.

—¡Señor amo! ¡señor amo!....

Gritaba con desesperado acento el que remaba.

Al mismo tiempo hizo algunos borbotones la parte del rio por donde habia desaparecido Miguel: poco despues se vió asomarse á flor de agua una sombra humana; sacó la mitad de la cabeza, dirigió sus ma-

nos hacía todas partes, y ya iba á volverse á sepultar en el fondo, cuando logró asirse del borde de la canoa que habia quedado abandonada.

Afianzado de aquel objeto de salvacion, hizo un esfuerzo desesperado, y logró respirar el aire de que tanto necesitaba.

—¡Señor amo, señor amo!....

Volvió á gritar el mismo hombre que habia disparado el fusil, aproximándose mas y mas en su canoa.

—¡Pablo.... es la voz de Pablo!....— exclamó Miguel con acento débil como el del moribundo, y pálido como un cadáver.—¡Mi fiel indio!.... ¡Ah!.... pero aún está muy lejos.... ¡y á mí me faltan las fuerzas para sostenerme mas tiempo agarrado á ésta tabla!....

Y en efecto, la prolongada lucha que habia sostenido contra Rossi, unida á la no menos terrible que aun mantenía con un elemento funesto para él, habia agotado completamente su vigor, y apenas podia sostenerse.

Pablo entre tanto se acercaba remando con todas sus fuerzas.

—Sosténgase su merced un poquito mas, señor amo; un poquito mas!....

Exclamó cuando ya pudo descubrir á Miguel, y remando cada vez con mas afán.

Pero la canoa era pesada, y Miguel se sentia desfallecer.

—¡Dios mio!.... ¡permitid que salve á mi amo!....

Y el indio con la cabeza vuelta hacía atrás y con los ojos fijos en el hombre que en un tiempo le habia salvado la vida, avanzaba remando sin descansar.

Pocas varas separaban ya al amo del criado.

Cinco minutos mas, y el primero iba á deber á su vez la vida al segundo.

Pero la fuerza física no correspondía á la fuerza moral.

El continuo esfuerzo que habia hecho Miguel para sostenerse, acabó por acalambrar sus brazos, que de repente se negaron á obedecer á su voluntad, cediendo al peso de

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el

paso de Doña Cecilia, y estaban disponiéndose para el combate.

En aquel momento se presentó frente al reducto español, el teniente coronel Medina, campechano, á intimar rendicion de parte de Santa-Anna.

Don Luis Vazquez que defendia el punto y que era uno de los militares mas pundonorosos y valientes que fueron en la expedicion, recibió al comisionado, y despues de enterarse de la mision que llevaba, le contestó:

—Decidle á vuestro general que yo no entrego el depósito que se me confia, que venga él á tomarlo.

El oficial mexicano se retiró á su campamento, y Vazquez se ocupó en seguida en dar algunas instrucciones ó los oficiales, con respecto á la vigilancia que era preciso guardar al frente de un enemigo resuelto y numeroso.

La órden comunicada en aquel mismo instante, para que todo soldado, sin distincion, se retirase al puesto que le pertenecia, obligó á Ramirez y á su contrario á

suspender el duelo, aplazándolo para mas tarde.

La noche estaba negra y pavorosa, como el pensamiento del impio.

La luna que se habia presentado á las primeras horas resplandeciente y nítida, acababa de velar su misteriosa faz entre negros y sombríos nubarrones.

En medio de las sombras, se destacaba imponente, como un gigante misterioso el reducto de la Barra, que tenia la figura de un tambor, circunvalado de una estacada gruesa y alta, que se levantaba en el centro de dos fosos. Su posicion defendia la márgen izquierda del rio, la embocadura de la mar, y toda la parte de la campiña oriental de Doña Cecilia.

Los centinelas, colocados en el fortin se paseaban silenciosos, como vagarosos fantasmas, dirijiendo su mirada hácia el sitio por donde podria acercarse el enemigo, pero sin que descubriesen mas que espesas nubes.

Todo parecia participar del aspecto lúgubre.
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 34

gubre que presentaba el cielo, en cuya inmensa extension no brillaba una estrella.

El viento mismo se habia ocultado en los senos de los mares, para negar á la tierra la vida que con su soplo le presta.

Todo yacía en la mas completa calma.

No se escuchaba ni el mas ligero ruido.

El fortin de la Barra semejaba el lúgubre mausoléo de algun héroe, custodiado por marmóreas estátuas que se movian á impulsos de algun resorte.

De repente se vieron dos bultos cruzar las sombras con el mayor sigilo.

Poco despues, pasaron otros dos siguiendo la misma direccion.

Los primeros hicieron alto donde creyeron estar á cubierto de la mirada de los centinelas.

Los segundos llegaron á poco, y se detuvieron en el mismo sitio.

Reunidos los cuatro hablaron algunas palabras.

En seguida dos se hicieron á un lado, y los otros dos se colocaron uno enfrente del otro,

Poco despues se vieron relucir dos espadas, y se oyó el ruido de sus hojas que se chocaban con una fuerza y rapidez inauditas.

De repente se oyó un tiro disparado por el centinela.

En seguida se oyó otro, y otro.

Los combatientes suspendieron sus espadas, sorprendidos por aquellos disparos de fusil.

El grito de *¡á las armas!* pronunciado en el fortin por multitud de voces, acabó por interrumpir aquel duelo.

—Ramirez—dijo acercándose uno de los que se habian hecho á un lado durante la lucha—el enemigo se acerca.

—Sí; y á ese enemigo es preciso combatir antes que á los otros; la patria es antes que nuestras pasiones; la defensa de la honra nacional, antes que la defensa de nuestras preocupaciones—contestó Ramirez.—Aplacemos, pues, nuestro duelo, si mi contrario quiere, para despues de rechazar al enemigo, y luego podremos dar fin á nuestra cuestion particular.

—Accedo.

Respondió su contrario.

—Gracias:—repuso Ramirez dándole la mano—veo que participa vd. de sentimientos nobles y elevados. Adios; hasta despues del combate.

—Adios.

Y el sobrino de D. Andrés, y el que le habia servido de padrino, se dirigieron adonde estaban sus compañeros de armas.

Igual cosa hicieron los otros dos cadetes, y pronto estuvieron dispuestos á recibir á sus contrarios, que avanzaban con un denuedo que excede á toda ponderacion.

La luna que habia estado largo rato velada por espesos nubarrones, se dejó ver en aquel instante blanca y melancólica, como la lámpara de los sepuleros.

¡Cuántos de los valientes que iban á perder la vida en aquel enenetro, presagiarían, al contemplar el tibio resplandor con que se presentaba, que salia para manifestarse por la última vez á sus ojos!

Los tiernos recuerdos y las memorias intimas que despierta en el alma ese astro benéfico que parece velar los destinos del

género humano, nadie es capaz de valorizarlos ni de escribirlos.

¿Qué persona en esos instantes supremos en que el hombre en toda la plenitud de su salud ve la muerte al lado de su vida, el mundo á un paso de la eternidad, no lee en los tibios rayos del astro misterioso de la noche, la historia de sus pasados goces y la tristeza de su soledad presente? ¿Qué individuo llevado por la suerte á extranjero suelo, no recuerda al fijar sus ojos en el plateado disco de la luna, su amada patria, y le consagra alguna lágrima? ¿Qué padre ausente no trae á la memoria las caricias de sus queridos hijos y el cariño de su mujer? ¿Qué buen hijo los cuidados y atenciones de su amorosa madre?

Entre los guerreros de ambos lados habia padres, esposos, hijos y extranjeros, y era preciso que al ver en aquellos solemnes instantes presentarse la luna sobre el terreno en que iban á abrirse para ellos millares de tumbas, consagrasen en el fondo de su alma, un recuerdo á los objetos que formaban las delicias de su existencia,

Sin embargo, aunque esto pasase en el corazon de los mas, en el rostro de todos brillaba el placer, el desprecio á la muerte, y el olvido á cuanto en la tierra pudiera ligarlos.

De repente rompieron el fuego sobre el fortin dos lanchas mandadas por el coronel mexicano Don Nicolás Acosta, al mismo tiempo que la columna de ataque, á las órdenes de D. Pedro Lemus, avanzaba intrépida por otro lado á tomarlo por asalto.

Los españoles al ver cerca á sus contrarios, arrojaron sobre ellos una lluvia nutrida de metralla que dejó inmensos claros en sus filas; pero lejos de desmayar por este golpe, se lanzaron con mas ímpetu sobre el reducto, resueltos á vencer ó morir en la demanda.

Animados de un sentimiento patriótico que resaltó en aquellos momentos de una manera pronunciada, y conducidos por valientes y pundonorosos oficiales, los mexicanos avanzaron hasta los mismos fosos, que quedaron cubiertos de cadáveres, al recibir una segunda descarga de metralla y

fusilería disparada á quema ropa por los expedicionarios.

Para hacer mas imponente aquella terrible y sangrienta escena, la luna volvió á velarse entre las negras y gruesas nubes que enlutaban la tierra.

—No hay que desmayar, soldados: nuestros compañeros muertos, son el puente formado por el honor para apoderarnos del fortin.

Dijo á sus cazadores el valiente capitán Tamariz; y despreciando la lluvia de balas que diezmaba las filas, se lanzó, seguido de sus soldados, sobre los parapetos, resuelto á apoderarse del punto tan heroicamente defendido por los españoles.

Igual cosa hizo despues de arengar á sus granaderos el entendido capitán D. Manuel María Iturria, siguiéndole su compañía, con un valor que rayaba en los límites de la temeridad.

Pero la fortuna no correspondió á aquel denuedo que honra los nombres de los mexicanos que tuvieron la gloria de asistir á tan sangriento combate,

Al saltar el foso para luchar cuerpo á cuerpo con los que defendian el reducto, una bala atravesó las sienes del jóven Tamariz, sacándole ambos ojos y privándole á poco de la vida.

Otra bala atravesó la pierna derecha del capitán Iturria, que cayó herido cerca del parapeto español, donde aun luchando, recibió un bayonetazo en el hombro.

Entonces se vieron rasgos de valor personal de una y otra parte, que podrian servir de ejemplo á los ejércitos mas aguerridos.

Los granaderos, queriendo retirar á su capitán del sitio en que estaba tendido, hicieron esfuerzos inauditos por arrollar á los españoles, recibiendo en esta lucha generosa ouce mas la muerte, procurando salvarle.

El bravo coronel español D. Luis Vazquez, que se habia propuesto defender el fortín hasta que pereciera el último soldado, á pesar de haber recibido dos balazos en la clavícula del hombro izquierdo, continuaba animando á sus valientes, sin atender á la sangre que en abundancia manaba

de sus heridas. Parecía que el furor bélico de que estaba poseido, restañaba la sangre de las heridas de aquel hombre de hierro.

—Compañeros, un esfuerzo supremo, y adentro.

Gritó en aquel instante el jefe de la columna mexicana, Lemus.

Y á su vez Acosta, Gomez del Cid, Quintero, Sandí, Franco, Agüero, Gonzalez, Enrique, y cuantos el lector vió brindar en el convite, se lanzaron, seguidos de sus soldados, sobre los parapetos españoles: la luz de los cañones brilló entonces en las aspilleras del fortín: en seguida se oyó su terrible detonacion acompañada del ¡ay! de mucho asaltantes, y de repente solo se escuchó el ruido de las bayonetas y de las espadas que se chocaban.

Los mexicanos habian llegado hasta abrazar los cañones enemigos:

El foso estaba lleno de cadáveres, y la lucha se hizo ya cuerpo á cuerpo y al arma blanca.

El cadete Rafael Ramirez que era, sin disputa, uno de los jóvenes mas valientes

que componian aquella expedicion, agarrado á una estaca con la mano izquierda, y con la derecha empuñando la bayoneta, luchaba con un denuedo que rayaba en temeridad, hiriendo y matando á cuantos intentaban subir la disputada estacada.

Colocado sobre el parapeto en una actitud elegante y amenazadora á la vez: con el chaco á sus piés roto á sablazos; con el blondo cabello en agradable desorden, llena de sudor su frente, y sus manos de sangre; brillando en sus azules ojos la luz del patriotismo, del valor y de la inteligencia; dejando ver en su simpático rostro la belleza femenil y la serenidad del guerrero, parecia uno de esos héroes mitológicos cuya vida defendian los dioses del Olimpo.

Era el Héctor de la fábula defendiendo los muros de Troya.

Cuantos intentaban penetrar en el fortin por aquel punto, tantos encontraban su tumba al pié del parapeto.

De repente un oficial mexicano, cuyo nombre nunca he podido saber cuál fuera,

se lanzó sobre la misma estaca á que estaba afanzado Ramirez, y agarrado tambien de ella, comenzó entre los dos una de esas luchas terribles, llenas de interes, que suelen formar el bello episodio de los reñidos combates.

Animados con su ejemplo otros muchos, trataron de subir al parapeto defendido tenazmente por los expedicionarios, cuyo jefe á pesar de sus dos heridas, arengaba á su tropa, y se hallaba siempre donde mayor era el peligro.

Ramirez, sin cuidarse mas que del oficial que parecia empeñado en vencerle, le tiró un bayonetazo que el otro se quitó con la espada. El cadete redobló sus golpes dando y recibiendo algunas heridas, sin que en ninguno de los dos flaqueara el valor ni la energia para seguir combatiendo: de repente salió una descarga de una de las columnas que avanzaban sobre el foso: Ramirez bamboleó sobre el muro; sintió su cuerpo atravesado en varias partes por las balas: su uniforme se cubrió de sangre; su rostro perdió el tinte que lo animaba, y sus azules

ojos el brillo que los hacía interesantes. Sin embargo, sus fuerzas y su valor no le abandonaron: antes por el contrario, su ardor bélico parecía crecer en aquel instante; y no pudiéndose vengar en los que habían hecho la descarga, se arrojó sobre el oficial que había luchado con él brazo á brazo. Animados los dos del mismo deseo de terminar de una vez aquel combate personal, se acometieron á un tiempo sin darse lugar á parar el golpe que se dirijieron: la bayoneta de Ramirez quedó clavada en el pecho de su contrario, mientras la espada de éste atravesó el cuerpo del cadete. Un quejido, precursor de la muerte, salió del corazón de ambos, sus ojos se enviaron una lánguida mirada de admiración y de sentimiento, sus rostros se cubrieron de una palidez mortal, y sus manos, perdiendo de repente sus fuerzas, soltaron la estaca á que habían estado asidos, y rodaron juntos al foso.

Don Andrés, que estaba dentro del fortín, pero siempre cerca de su sobrino, al verle caer, dejó escapar un grito espantoso, y quiso arrojarse tras él para salvarle.

Nuevas columnas que en aquel instante asaltaban el reducto se lo impidieron.

Los mexicanos llegaron por segunda vez, hasta la boca de los cañones contrarios; pero una descarga de metralla barrió sus filas y cubrió el foso de mil y mil valientes.

Enrique, animando á sus soldados, saltó sobre el parapeto; pero toda su gente cayó destrozada por la artillería, y él se encontró solo en medio de sus enemigos.

Al verle, un soldado español iba á darle un bayonetazo; pero D. Andrés detuvo su golpe diciéndole, *no le mates*.

Enrique miró á su salvador, y al reconocerle, saltó dentro del fortín para abrazarle.

Entretanto el asalto seguía con el mismo ardor con que había empezado.

Sin embargo, la lucha no podía prolongarse ya por mucho tiempo.

La mayor parte de la oficialidad mexicana, que allí se portó con un valor que honraria á los oficiales del primer ejército del mundo, había sido víctima de su arrojo.

A excepción de tres ó cuatro de los que
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 35

el lector vió en el convite poco antes de la accion, todos habian perecido.

El valiente coronel Acosta, Andrús, Gomez del Cid, Mendoza, Quintero, Andonágni, Tamariz y otros muchos, cuyos nombres sienta no conocer, murieron, unos abrazados á los cañones, y otros subiendo á la estacada.

Entre los heridos, cuyo número fué considerable, figuraba D. Pedro Lemus, jefe que habia mandado la columna, Sandí, Franco, Iturria, Agüero y el coronel Gonzalez.

¿Qué otra cosa se puede exigir del ejército mas disciplinado y aguerrido, que luchar hasta morir?

Los mexicanos habian combatido con una constancia que excede á todo elogio. Mas de dos terceras partes de su fuerza habia sucumbido bajo el fuego enemigo, y sin embargo, todavia luchaba el resto con el mismo vigor y entusiasmo.

Los mexicanos habian dejado perfectamente puesto su honor: no solo se habia salvado en aquel refido combate la honra

militar, sino que el ejército mexicano se colocó á la altura de los primeros. Habia luchado contra soldados que, como dice el general francés La Foix, son los mejores del mundo para defender un punto parapetado, ó una plaza.

Muchos al recordar la última guerra con los Estados-Unidos, apenas se atreven á creer en aquellos hechos de acendrado patriotismo y de marcado valor que enalteció el nombre mexicano; pero ese contraste que advierten entre una y otra época, es de fácil explicacion. Cuando desembarcó la expedicion de Barradas, acababan los mexicanos de conquistar su Independencia: la nacion, pues, estaba jóven y vigorosa; rica y llena de esperanza: habia fé política en los corazones, y ésta fé política que engendra el patriotismo, la abnegacion y todas las virtudes cívicas, era el móvil poderoso que hizo levantar al país entero cual si un solo individuo fuera, á combatir contra los que se presentaban á arrebatarle el bien supremo de libertad. Pero en los diez y seis años trascurridos de 1829 á 1845, en

que los norte-americanos invadieron aquel país, ¡cuánto había cambiado de faz! Una cadena no interrumpida de revoluciones, que sembrando en el pueblo la esperanza de una felicidad sin término, hacia recoger abundante cosecha de desengaños, acabó de matar su fé política: los constantes sacrificios hechos de sangre y de dinero para elevar á hombres que mentían sentimientos patrióticos que contrastaban con sus obras tan luego como subían al poder, fueron introduciendo la desconfianza en la nación que, cansada de verse burlada de continuo, llegó á dudar de todos los que hasta entonces había calificado de probos y honrados. Los principios de libertad, de esa justa libertad que es la sávia fecundante del entendimiento, y sin la cual mueren los pueblos como las plantas sin el sol: ese don precioso de la Divinidad, sin el cual no podría el hombre decir que estaba hecho á imagen y semejanza de Dios: esa rueda motriz de la inteligencia que da impulso á la agricultura, al comercio, á las ciencias, á las artes, á la industria y á las naciones lo mismo que á los

individuos; ese bien inapreciable que cada aspirante al poder preconizaba como un hecho que disfrutaria el país, y que cada gobierno, olvidándose de sus promesas anteriores, lo convertía en palabras sin sentido, en mentira, en tiranía, en intolerancia y despotismo, acabó de introducir en las clases trabajadoras y honradas de la sociedad ese desaliento en que cae el enfermo cuando no encuentra remedio á sus dolencias, cuando ve que todos los encargados de curarlas, lejos de disminuir sus males los aumentan.

No tenía, pues, el pueblo cuando la invasión norte-americana, ni fé en el gobierno, ni confianza en los jefes que había elegido, ni esperanza en el porvenir; y sin embargo del triste estado á que los malos gobernantes habían conducido al país, México hizo sacrificios que otra nación, en su estado, tal vez no los hubiera hecho; y en la Angostura, en Molino del Rey, en Churubusco y en las calles de la capital manifestó con rasgos de valor que yo presencié, pues me hallaba entonces allí, que bajo un gobierno

justo y paternal, ninguno de sus vecinos invasores hubiera salido de la República.

Perdóneseme esta digresion, en obsequio del buen nombre de los hijos de aquel hermoso suelo, y continuemos la relacion de los acontecimientos que dejamos interrumpidos.

Hemos dicho que á pesar de haber perdido los mexicanos en el terrible combate de la Barra, cerca de dos terceras partes de su fuerza, luchaban todavía con un valor que admiraban sus mismos contrarios.

Pero todo era ya inútil. Muertos ó heridos los principales jefes; retirado del campo de batalla el caudillo que los mandaba, por estar herido de una pierna, sembrados los fosos y el campo de intrépidos soldados, prolongar la lid hubiera sido poco menos que un crimen.

Conociendo esto el oficial que habia sucedido en el mando á Lemus, dispuso la retirada, ordenó su gente y volvió con los restos de la columna al Paso de Doña Cecilia, donde se encontraba el general Terán. Este entendido jefe, que habia previsto aquella

desgracia, y que antes de dar el asalto habia procurado disuadir á Santa-Anna de su intento, diciéndole: "compañero, los ataques de noche tienen graves inconvenientes; durante la oscuridad, podremos situar piezas de artillería que paralelas rompan sus fuegos sobre el fortin, cuya débil estacada vendrá pronto al suelo, y nuestras tropas podrán mañana apoderarse del punto, sin sufrir mas que insignificantes pérdidas;" este entendido jefe, repito, hizo que se atendieran á los sufridos soldados, como eran acreedores por su brillante comportamiento.

Santa-Anna comprendió, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido, sacrificando la vida de tantos valientes sin necesidad ninguna.

Terminado el combate, D. Andrés saltó el foso en busca de su sobrino, seguido de Enrique y del cadete con quien habia tenido el desafio.

—¡Ramirez! ¡Ramirez!.....

Exclamó el anciano estrechándole entre sus brazos con el cariño de un padre que va á perder al hijo de sus entrañas,

El jóven abrió con dificultad los ojos, los fijó un instante en el hombre que le hablaba, le envió una mirada de gratitud; y estrechándole la mano, le contestó:

—¡Ah!.... ¡gracias á Dios que veo á vd. antes de morir!....

Los ojos de D. Andrés se llenaron de lágrimas.

—¡Morir!.... ¡tú morir, hijo mio!....

Y el anciano no pudo continuar.

—Sí;—respondió Ramirez, con voz sepulcral:—mi vida solo durará algunos instantes!.... Yo que hace un instante soñaba en triunfos y grados, ahora solo tengo un pensamiento.... ¡mi madre!... ¡pobre madre mia!.... ella, ella solo ocupa en este momento mi corazon y mi memoria!.... No la diga vd., querido tio, que he muerto, porque la pobre moriria de pesar!.... ¡y yo no quiero que muera por mi causa!.... ¡La adoro tanto!....

—Tal vez no sean graves tus heridas:—respondió D. Andrés.—Contenida tu sangre que aun te queda, acaso vuelvas á recobrar

tus fuerzas y á ser el consuelo de esa amorosa mujer que te dió la vida.

Y el anciano suplicó á Enrique, le ayudase á llevar á su sobrino al fortin.

—No, ¡no hay que moverme, por piedad! exclamó Ramirez:—mis heridas son graves y conozco que nada puede ya salvarme. ¡Dejadme, pues, morir, sin hacerme padecer!.... Y tú, amigo mio—continuó dirigiéndose al cadete con quien habia tenido el duelo—perdóname si pude ofenderte ésta tarde!.... te suplico que no me guardes rencor en estos sublimes instantes, y que me permitas que te dé al morir el nombre de amigo que siempre te dí en vida.

—Sí, Ramirez:—contestó el otro cadete cogiéndole la mano—soy tu amigo, y tu amigo verdadero.

—¡Gracias!.... ¡gracias!....!

Y Rafael estrechó con su débil y fria palma, la vigorosa de su compañero de armas.

—¡Ah!.... ¡Dios mio!....—exclamó D. Andrés con el acento del mas profundo dolor.—¡Será posible que esté condenado á

ver desaparecer de mi lado á todos los que forman mi familia!....

—¡Tio!....—dijo Ramirez con débil y trabajosa voz, fijando sus moribundos ojos en el anciano:—vd. aún tiene objetos caros sobre la tierra.... Dios sabe lo que á cada cual le conviene.... no hay mas que conformarse con su voluntad.

—¡Objetos caros sobre la tierra!....

Pronunció el anciano con acento de duda y de dolor.

—Sí. ¡Pilar!....

Contestó Ramirez mas bien con el aliento que con palabras.

Don Andrés pareció al escuchar aquel nombre, despertar de un largo sueño: su rostro se animó de repente, y olvidándose aun del triste estado en que se encontraba su sobrino, le preguntó con la mas pronunciada avidez.

—Dime, ¿era por ventura ella la mujer con quien te encontraste en Altamira?....

¡Ah!.... respóndeme la verdad por la vida de tu madre!....

—No; no era Pilar....

—¡No?.... ¡Pues quién era, que aun no me has querido decir su nombre?

—Matilde.... una actriz que....

Y Ramirez no pudo continuar. La sangre que sin cesar habia salido toda la noche de once heridas que contaba en su cuerpo, habia agotado sus fuerzas. Conoció que el último instante de su vida habia llegado: fijó en su tio sus azules ojos velados en aquel momento por las sombras de la muerte: abrió con trabajo sus secos y blancos labios; y pronunciendo estas palabras ¡madre mia!... ¡pobre madre mia!... dejó de existir cuando apenas entraba en el umbral de la vida.

Así terminó la carrera de aquel intrépido cadete, cuyos hechos, ocultos hasta ahora en el diario manuscrito de uno de los oficiales expedicionarios, he procurado narrar sencillamente. ¡Ojalá que mi frágil pluma haya conseguido sacar del olvido su nombre, para que otra mejor cortada le haga vivir en la historia como merecen todos aquellos que por medio de sus virtudes patrióticas, se elevan sobre la esfera comun de los hombres.

Si este personaje hubiera sido creacion de mi fantasía, un ente novelesco y ficticio, yo le hubiera destinado un lugar menos sangriento en las escenas de mi libro; pero fiel narrador de los hechos históricos, he respetado los fueros de la verdad, y he referido lo que realmente pasó.

Don Andrés permaneció por algunos instantes abrumado con el peso del dolor, mudo y sin exhalar un gemido, junto al yerto cuerpo de su sobrino.

Pero aquel silencio, aquella falta de lágrimas que se advertía en sus ojos, y que cualquiera hubiera atribuido á fortaleza de espíritu, no era mas que el postramiento que sigue á una desgracia grande y repentina: el golpe eléctrico que apenas nos da tiempo para pensar en lo que ha pasado.

Era que tantas penas acumuladas en breve tiempo sobre aquel amoroso corazón, habian consumido su energía, haciendo que permaneciera, insensible el rostro, cuando el alma escondia en el fondo la pena desgarradora, como bajo el trasparente y sereno

hielo que cubre la superficie de un rio helado, corren bramando las inquietas ondas.

D. Andrés hubiera permanecido en aquella actitud largas horas, si Enrique no hubiera tratado de sacarle de su doloroso éxtasis.

—Amigo mio—le dijo:—permanecer por mas tiempo así podria perjudicarle á vd. mucho; es preciso hacernos superior á las desgracias, y no dejarnos abatir por ellas.

—¡Ay, D. Enrique!—exclamó el anciano con el acento de la mas profunda tristeza—la desgracia es un castigo del cielo, y hacerme indiferente á ese castigo, seria manifestarse el hombre criminal. ¡Está visto que estoy condenado á presenciar la muerte de todos los objetos que amo!.... ¿Por qué llegué á conocerle, si le habia de perder tan pronto?....

Y D. Andrés se quedó contemplando las facciones de Ramirez, que tanta semejanza tenian para él, con las de su adorada Pilar.

—Es preciso que le saquemos de aquí, y le demos digna sepultura.

Volvió á decir Enrique.

— Si, tiene vd. razon:— respondió D. Andrés— así podrá visitar su sepulcro, y elevar junto á sus cenizas una súplica por su alma.

— Pues conduzcámosle al instadte dentro del fortin.

Y Enrique, auxiliado del cadete que debió batirse, cogieron el cuerpo de Ramirez y penetraron á los pocos instantes en el reducto, seguidos del infortunado D. Andrés.

CAPITULO XXIV.

Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre.

Barradas, que habia escuchado toda la noche el nutrido fuego del fortin de la Barra, sin poder enviarle socorro ninguno por hallarse los mexicanos interpuestos, como he dicho en otro capítulo, en el camino de Tampico á la Barra, en el sitio llamado Doña Cecilia, elevó el dia 11 bandera de parlamento para continuar las negociaciones interrumpidas, y evitar así nuevo derramamiento de sangre, que en nada podia mejorar su crítica posicion.

Falto de todo auxilio y recursos, abandonado del capitan general de la Isla de Cuba, Vives, que desde un principio habia

Volvió á decir Enrique.

— Si, tiene vd. razon:—respondió D. Andrés— así podrá visitar su sepulcro, y elevar junto á sus cenizas una súplica por su alma.

— Pues conduzcámosle al instadte dentro del fortin.

Y Enrique, auxiliado del cadete que debió batirse, cogieron el cuerpo de Ramirez y penetraron á los pocos instantes en el reducto, seguidos del infortunado D. Andrés.

CAPITULO XXIV.

Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre.

Barradas, que habia escuchado toda la noche el nutrido fuego del fortin de la Barra, sin poder enviarle socorro ninguno por hallarse los mexicanos interpuestos, como he dicho en otro capítulo, en el camino de Tampico á la Barra, en el sitio llamado Doña Cecilia, elevó el dia 11 bandera de parlamento para continuar las negociaciones interrumpidas, y evitar así nuevo derramamiento de sangre, que en nada podia mejorar su crítica posicion.

Falto de todo auxilio y recursos, abandonado del capitan general de la Isla de Cuba, Vives, que desde un principio habia

desaprobado aquella descabellada expedición, sin poder avanzar por falta de gente, ni retirarse por haber despedido la escuadra al principio de la campaña, el general español no encontró ya otro medio de salvar las cortas reliquias de su división, que entrando en arreglos con el caudillo mexicano para evacuar Tampico y el fortín de la Barra.

Santa-Anna recibió á los comisionados D. Miguel Salomon y D. Fulgencio Salas, que llevaban ámplios poderes de Barradas para arreglar la capitulación, con la deferencia y afabilidad que siempre han distinguido á aquel jefe mexicano.

Discutido amistosamente el asunto, se extendió la capitulación en los términos siguientes.

“En el cuartel general de Pueblo Viejo de Tampico, á los once dias del mes de Setiembre de 1829, reunidos los ciudadanos mayor general del ejército de operaciones, coronel D. Pedro Landero, el coronel de ingenieros, José Ignacio Ibarri, y el de igual clase del tercer batallón permanente José

Antonio Mejía, facultados por parte del Exmo. Sr. general en jefe del ejército mexicano D. Antonio López de Santa-Anna, y los señores brigadier D. José Miguel Salomon, y teniente coronel, jefe de la plana mayor, D. Fulgencio Salas, por parte del general de las tropas españolas invasoras de la República, D. Isidro Barradas, y cangeados sus poderes respectivos para acordar los capítulos á que debieron sujetarse los primeros, y garantir los segundos, conforme á las instituciones oficiales que sobre el particular han ocurrido, y convinieron.

1.^o Mañana á las nueve del dia, evacuarán las fuerzas españolas el fuerte de la Barra, con sus armas y tambor batiente, para entregarlas junto con las municiones de guerra, al ejército mexicano, quedando bajo el mando del general D. Manuel Mier y Terán, segundo jefe del ejército. Dichas tropas pasarán á Tampico de Tamaulipas, junto con sus oficiales, quienes conservarán sus espadas.

2.^o A las seis de la mañana del dia siguiente, toda la división española que se

halle en Tampico de Tamaulipas, marchará á las órdenes del general Terán, y entregará sus armas, banderas y municiones de guerra en los arrabales de Altamira, reteniendo los oficiales sus espadas.

3.^a El ejército y gobierno mexicano garantizan solemnemente á todos los individuos de la division invasora, sus vidas y propiedades particulares.

4.^a La division española pasará á la ciudad de Victoria, donde permanecerá hasta su embarque para la Habana.

5.^a Se concede al general español permiso para mandar uno ó dos oficiales á la Habana para conseguir los trasportes en que han de conducirse sus fuerzas á dicho puerto.

6.^a Será de cuenta del general español pagar los gastos de manutencion de su division, mientras permanezca en el país, lo mismo que los de trasporte.

7.^a Los enfermos y heridos de la division española, que no puedan marchar, se mantendrán en Tampico hasta que puedan trasladarse al hospital del ejército mexicano,

donde serán asistidos por cuenta de la division española, la que dejará los cirujanos, practicantes y soldados necesarios para cuidar de ellos.

8.^a Se proporcionará á la division española los bagajes necesarios para su marcha, que pagará dicha division al precio corriente del país, lo mismo que los víveres que se le han de suministrar.

9.^a El coronel de la division española queda encargado del cumplimiento de esta capitulacion con respecto á las tropas que se hallan en la Barra, y hará que se franquee el paso al jefe que manda en la punta llamada Doña Cecilia.

10.^a El general Mier y Terán nombrará dos oficiales para que faciliten estas operaciones con arreglo al precedente artículo.

El presente convenio queda arreglado y firmado por los infrascritos el dia y fecha arriba mencionados.—Pedro Landero.—José Ignacio Ibarri.—José Antonio Mejía.—José Miguel Salomon.—Fulgencio Salas.—Ratifico la precedente capitulacion.—Auto-

nio López de Santa-Anna.—Ratifico la precedente capitulación.—Isidro Barradas.”

En virtud de este convenio, las tropas que guardaban el fortín de la Barra, salieron el día 12, á las diez de la mañana, arma á discreción y batiendo marcha hasta llegar á Altamira, donde fueron recibidos por el vecindario y la tropa mexicana, con las mas altas pruebas de deferencia y consideración.

El general Santa-Anna con suma familiaridad, manifestaba personalmente á los expedicionarios el aprecio que le merecian, y encomiando una vez, entre otras muchas, el valor de los españoles, llegó á decir á los oficiales de Barradas, estas mismas palabras: “Si yo tuviera un ejército tan bravo como vdes., me atreveria á conquistar á España.”

Los mexicanos cumplieron tan religiosamente con el tratado, que su deferencia rayaba ya en generosidad, tratando á los soldados españoles con toda la hospitalidad debida á los amigos, y proporcionándoles todos los recursos que requería su misera

y espantosa situación, aunque los mismos mexicanos tambien sufrían mucha escasez. Hé aquí cómo en pocas palabras expresa el oficial expedicionario, cuyo manuscrito conservo, la galantería de los mexicanos. “A la espera de buques de nuestra armada para volver á la Habana, dice, permanecimos un mes en el seno de aquellos habitantes, que nos trataban con la mas alta deferencia, con cariñoso respeto, con una afabilidad sin límites y con las mayores muestras de cordial hospitalidad.”

Los soldados mexicanos y españoles, lo mismo que la oficialidad, fraternizaron de tal manera, que mas parecían íntimos amigos nacidos en un mismo suelo, que hombres que pocos días antes se habían buscado en el combate para darse muerte.

Para dar una idea de esa fraternidad, que debiera ser cada día mas estrecha entre dos naciones tan íntimamente ligadas por los lazos de sangre, de idioma, de religión, de costumbres y hasta de intereses, bastará que ponga aquí uno de los brindis que, en un convite dado por los oficiales mexicanos

á los españoles, pronunció uno de aquellos, el Sr. Landero, chocando su copa con la del capitán español Burgos: "Brindo, dijo, porque donde se encuentren españoles y mexicanos, no haya brazo derecho ni izquierdo para herirse, sino que ambos sean para abrazarse."

¡Brindis filantrópico y digno de un hombre ilustrado, que honra á su autor en particular y á los mexicanos en general! A éste sucedieron de una y otra parte otros patrióticos y amistosos, siendo uno de ellos el siguiente, pronunciado por el capitán D. Manuel Iturria, sano ya de sus dos heridas: "Porque nuestros hijos gocen unidos para siempre á la sombra de una sola bandera, la bandera nacional, de la independencia que les afianzamos."

A los pocos días de la capitulación, se les repartió á los soldados capitulados algunos ejemplares de la proclama que el comandante D. Manuel de los Santos Guzman dió á su tropa en Nueva-Orleans, á donde fué arrojado por el temporal. Dice así: "Soldados: la furia de los mares nos ha

arrojado á las playas de una nación extranjera, privándonos de ceñir nuestras sienes con el laurel de la victoria; pero la palma cívica adorna vuestras cabezas, porque serenos é impávidos habeis sufrido todos los riesgos de una espantosa muerte, probando al mundo que sois españoles, dignos de este nombre glorioso que la Europa respeta y admira.

La nación que os acoge hoy en su seno con una hospitalidad tan generosa, cuenta con vuestra subordinación, con vuestra disciplina y con vuestras virtudes, para creer que nunca llegaréis á comprometer su neutralidad: yo lo he prometido así en vuestro nombre, y este es un acto de justicia que os tributo. No hay un solo soldado de cuya conducta pueda yo desconfiar. En breve volaremos á buscar nuestros compañeros de armas: cuando ellos nos reciban en sus brazos, les diremos: "Pues que nuestros padecimientos y la constancia con que los hemos sufrido, igualan á vuestro valor, somos dignos de vosotros;" y ellos repetirán sus abrazos, y despues vuestra sangre probará

que tan solo la inclemencia de los tiempos pudo privarnos por un corto periodo, de haber contribuido á la heroica empresa que el rey N. Sr. D. Fernando VII se ha propuesto, y en la que tenemos la envidiable gloria de ser partícipes.

Yo espero que los soldados que tengo la honra de mandar, no desconozcan ni por un momento sus deberes; pero si por desgracia hay uno tan solo que dé lugar á la menor reclamacion de una nacion amiga y generosa que nos tiende sus brazos en la desgracia que sufrimos, el castigo mas severo caerá sobre el cuello del criminal. La inclita España jamas perdona al que intenta mancillar su nombre siempre puro, siempre respetado.

Soldados: os lo repito: sed, como hasta aquí, dignos del heroico título de españoles: corresponded á la confianza que en nos otros todos ha depositado nuestro augusto y amado monarca, y acordaos de las pruebas de una tierna afeccion que debeis á vuestro jefe, el Sr. comandante general, que dentro de pocos dias os va á cubrir de gloria en

los campos de Marte.—Torno de los Ingleses, 31 de Julio de 1829.—El comandante del 2º batallon de la corona, *Manuel de los Santos Guzman*.

Esta fuerza tambien entró en el convenio de la capitulacion, por un artículo adicional propuesto por el general español, que dice: "Si llegase á este puerto la tropa española que pertenece á la division del general Barradas, se le prevendrá siga rumbo directo para la Habana, haciéndole conocer este convenio.

"El brigadier Barradas, dice el mismo oficial á cuyo manuscrito me he referido antes, se embarcó en una goleta norte-americana para Nueva-Orleans, con objeto, segun dijo, de facilitar buques en aquel país para conducirnos á la Habana; pero esto no fué mas que un ardid para llevarse, segun despues se dijo, el dinero que habia en la caja de los cuerpos, que consistia en nuestras mensualidades de los meses de Agosto y Setiembre que ascedian á unos cuarenta y dos mil duros." Hé aquí el por qué el ex-

presado general no volvió á presentarse en España.

Así terminó la expedición que, bajo el mando de Barradas, hijo de la ciudad de las Palmas en las Islas Canarias, pensó reconquistar el vasto país que hacia ocho años se emancipara de España.

No debió sonreírle tampoco mucho la fortuna en lo sucesivo al desgraciado general español, pues si ciertas son las noticias de algunas personas que le vieron despues, murió en Bayona de Francia en la mayor miseria!....

Esta capitulación rodeó á Santa-Anna de tal prestigio, que los mismos que habían criticado su imprudencia en empeñar un combate tan innecesario como desgraciado al fortín de la Barra, fueron despues sus mas ardientes panegiristas, y hasta se esforzaron en dar cierto tinte de triunfo al hecho de armas de Tampico y al último del reducto que antes habían desaprobado, consiguiendo así que fuera en lo sucesivo el predilecto del pueblo y que empuñase en varias ocasiones las riendas del Estado.

No sin razon ha dicho un mexicano imparcial escribiendo la biografía de Santa-Anna estas significativas palabras, que no pueden ser sospechosas á nadie, por venir de una fuente nacional.

“La suerte de este hombre es tal, dice, “que se le vuelven las derrotas triunfos; “así es que en esta campaña, la nacion mexicana, sacó ventaja de dos derrotas del “general Santa-Anna. El general Barradas, triunfante en todos los encuentros, “se decide á capitular para llevarse los caudales que su gobierno le había dado para “su expedición, y á los restos de nuestras “tropas se rinde el general español.” (1)

Pero las palabras del escritor mexicano respecto á la fortuna que ha acompañado siempre al personaje á que se refiere, no rebajan en nada el mérito contrario por Santa-Anna en aquella memorable campaña. El con su actividad, Terán con su prudencia y prevision, los oficiales con su intrepidez, los soldados con su valor, y todos,

(1) Biografía de Santa-Anna, impresa por T. Uribe, y escrita por un mexicano. México, 1847.

en fin, con su patriotismo y desprecio al peligro, contribuyeron á dar feliz cima á la empresa que el gobierno habia encomendado al primero.

En cuanto Enrique, el hermano de Luisa, que cayó prisionero en el fortin de la Barra, volvió á verse entre sus compañeros de armas, corrió á suplicar al general Santa-Anna, que exceptuara á D. Andrés del reembarque á que estaban obligados los expedicionarios; y Santa-Anna, que queria premiar de alguna manera el valor que habia desplegado siempre aquel jóven, le concedió la gracia que pedia.

Don Andrés agradeció infinito aquel rasgo debido á la amistad, y cuando el resto de la expedicion española, se embarcaba para la Isla de Cuba, el padre de Pilar caminaba hácia México con un salvo conducto del general mexicano y en compañía del generoso Enrique, á quien Santa-Anna le enviaba á desempeñar una comision con el gobierno.

CAPITULO XXV.

Encontrarse sin buscar.

Italia tiene una Venecia; esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores; acariciada por auras embalsamadas; cobijada por un pabellon de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño; bañada por las trasparentes linfas del Adriático: Inglaterra tiene á Lóndres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis: Francia tiene á la bulliciosa Paris, ciudad de la ilustracion y de la galantería, situada á las orillas del Sena que la divide en dos partes; reina del mundo, engalanada con las joyas conquistadas á la Europa entera: la petimetra del orbe que

en fin, con su patriotismo y desprecio al peligro, contribuyeron á dar feliz cima á la empresa que el gobierno habia encomendado al primero.

En cuanto Enrique, el hermano de Luisa, que cayó prisionero en el fortin de la Barra, volvió á verse entre sus compañeros de armas, corrió á suplicar al general Santa-Anna, que exceptuara á D. Andrés del reembarque á que estaban obligados los expedicionarios; y Santa-Anna, que queria premiar de alguna manera el valor que habia desplegado siempre aquel jóven, le concedió la gracia que pedia.

Don Andrés agradeció infinito aquel rasgo debido á la amistad, y cuando el resto de la expedicion española, se embarcaba para la Isla de Cuba, el padre de Pilar caminaba hácia México con un salvo conducto del general mexicano y en compañía del generoso Enrique, á quien Santa-Anna le enviaba á desempeñar una comision con el gobierno.

CAPITULO XXV.

Encontrarse sin buscar.

Italia tiene una Venecia; esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores; acariciada por auras embalsamadas; cobijada por un pabellon de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño; bañada por las trasparentes linfas del Adriático: Inglaterra tiene á Lóndres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Támesis: Francia tiene á la bulliciosa Paris, ciudad de la ilustracion y de la galantería, situada á las orillas del Sena que la divide en dos partes; reina del mundo, engalanada con las joyas conquistadas á la Europa entera: la petimetra del orbe que

extiende su dominio en letras y modas de un polo al otro de la tierra: España tiene á Madrid, embellecida con su magnífico Retiro, su incomparable y magestuoso Prado, donde se eleva el admirable muséo de pinturas, que no reconoce igual en el mundo, y ostentando por todas partes la riqueza y el gusto de una nacion que fué la dominadora de los dos mundos. Pero si Italia tiene su Venecia, Inglaterra su Lóndres, Francia su Paris, y España su Madrid, México tiene á la capital que lleva su nombre, á la antigua *Tenochtitlan*, rico floron de la jóven América: hermosa harí coronada de fragantes flores, muellemente reclinada en un delicioso valle de figura oval que cuenta diez y ocho leguas de largo y trece de ancho, cubierto de flotantes jardines ó *chinampas*, pintorescas aldeas escondidas entre la espesa enramada de los frondosos árboles que jamas se despojan de sus verdes hojas; de floríferas praderas y de magestuosos bosques: valle delicioso y encantador, donde se ostentan como otros tantos espejos del cielo, los grandes y pintorescos lagos de Chal-

co, Zumpango, San Cristóbal, Texcoco y Xochimilco; y donde los pueblos de San Angel, San Agustin de las Cuevas, Tacubaya, Mixcoac, la Piedad, Santa Fe, y otros ciento que, cual lisonjeros, ricos y serviciales cortesanos, rodean á la hermosa emperatriz de la risueña América, manifiestan en su exuberante fertilidad, la predileccion con que la Providencia miró este privilegiado suelo, donde reina una continua primavera.

Hácia esta grandiosa ciudad de las ciudades del Nuevo-Mundo, rica perla del hemisferio setentrional, se dirijian montados en arrogantes corceles y en amistosa compañía, dos hombres de fino porte, aunque de muy diferente edad.

Al salir del largo y admirable monte de Riofrio, cubierto de pinos y enramada, ambos viajeros quedaron suspensos de admiracion, contemplando, arrobados de placer, el risueño panorama que á su vista descoria la indescriptible naturaleza. ¡Y quién no se sorprende profunda y gratamente ante la grandiosa perspectiva que presenta

aquella fértil llanura, que remeda en las exquisitas plantas que ostenta, en sus canoros pájaros de brillante plumaje, en sus multiplicados jardines y sus bosques, el perdido Paraiso? En medio del delicioso vergel que extático admiraban, se levantaba la antigua Mixitly, que en lengua mexicana significa *fuerza ó manantial*, de donde ha tomado el nombre de México, sentada en ese extenso valle de vigorosa y variada vegetacion, notable por sus deliciosos jardines, sus feraces haciendas y su hermosa campiña, siempre matizada de variadas flores, presentando una vista la mas pintoresca, la mas sorprendente, la mas risueña que jamas ciudad alguna presentara al viajero. Colocada en la zona tórrida, á dos mil doscientos setenta y siete méetros sobre el nivel del mar, elevacion que la liberta del excesivo calor, haciendo que ninguna de las estaciones sea sensible ni penosa, reúne México á la bellísima posicion que ocupa, y que á nuestros personajes sorprendia, la incomparable ventaja de presentar constantemente una temperatura templada, un cli-

ma saludable y dulce que está en completa armonía con el hermoso panorama que le rodea, y con el limpio, trasparente y claro cielo, que cual luciente pabellon de gasa azul, le sirve de lucífera techumbre. México, la antigua *Tenochtitlan* de los valientes aztecas, con sus siete espaciosas calzadas empedradas y orilladas de frondosos olmos y álamos, que forman otros tantos soberbios caminos que conducen á la grandiosa ciudad: con sus ciento quince magníficos templos elevados al Señor, cuyas gigantescas torres descuellan por encima de los espaciosos edificios que la engalanan; con el variado paisaje que la circunda, con los numerosos pueblecillos que á cortas distancias se ostentan: con sus canales y su magestuoso lago de Texcoco, cubierto de una nube flotante de densos vapores que, levantándose de su superficie como un gran velo acariciado por las auras, oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihualt, es la capital mas hermosa y pintoresca del mundo, cuya vista sorprende agradablemente al europeo que descubre

en todo lo que á ver alcanza, un carácter nuevo, desconocido, que lleva el sello de la originalidad, que forma la fisonomía de ese país virgen, exuberante y encantador, donde la tierra vigorosa produce ciento por uno el trigo, ciento cincuenta el maiz, y doscientos por uno el arroz.

Cuando el asombrado viajero al acercarse á esa gran ciudad, tiende los ojos desde alguna eminencia, como acontecia en aquel instante á los dos ginetes de nuestra historia, por los objetos que le rodean, no puede formar una idea exacta de la extension de México; pero la brillante blancura del conjunto, la regularidad y solidez de sus espaciosos edificios, las multiplicadas torres de sus numerosos templos en que reflejan los rayos del sol, el considerable número de frondosos árboles que por todas las calzadas extienden su tupido follaje, sus dos magstuosos volcanes, que cual centinelas avanzados levantan su nevada cima hasta confundirse en la gasa diáfana del cielo que forma el blanco plumaje de su reluciente casco, y la admirable arquería de los sólidos

acueductos que de considerables distancias llevan el agua á la poblacion, le dan un aspecto y un tono que no se descubre en la perspectiva de ninguna otra capital del viejo ni del nuevo mundo, y que puede desde luego declararse única en su género.

México es la honrosa página de la historia monumental de ese país, que está manifestando en indelebles caracteres y á todas horas, la inagotable riqueza de su predilecto suelo; un libro de eternos recuerdos donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el mas elocuente panegírico de su ilustracion, y que da un solemne mentís á los detractores de esa parte, la mas bella de cuantas se conocen en el mapa: libro, á la vez que honroso para los mexicanos, glorioso para los españoles, que en esas mismas obras monumentales, levantadas en su mayor parte por ellos, dan una contestacion elocuente y sin réplica á los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoistas, tiranos y rapaces, olvidándose de que

los ingleses en sus posesiones de la India, nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones, á quienes miran mil veces peor que á esclavos, y á los cuales tienen sumidos en la mas crasa ignorancia, y en la mas completa abyección.

—Ya nos vamos acercando á la ciudad de los palacios, D. Andrés—dijo uno de los ginetes—¿no siente vd. ensancharse el corazón con el risueño halago de la esperanza?

—Ese dulce bálsamo de la vida no existe ya para mí. ¿Ni qué motivos tengo para que me halague esa falsa diosa que acerca á los labios el delicioso néctar de la felicidad para hacernos beber hasta las heces el amargo desengaño que oculta en el fondo de su dorada copa? Está decretado por el dedo de Dios, que cuanto me pertenece, perezca: Ramirez, el hijo amado de mi querida hermana, ese jóven á quien le sonreía un brillante porvenir, y que empezaba á hacer menos penosa mi trabajada existencia, ha perecido á mis ojos, derramando en mi alma el luto y el dolor. Era el sér que ocupa-

ba el lugar de mi Carlos, del hijo de mi corazón, y que ha dejado un vacío insondable que me hace ver con indiferencia el mundo y cuanto me rodea.

Y Don Andrés exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho; y continuó su camino sin despegar sus labios, con el pensamiento fijo en sus lúgubres ideas.

Después de un momento de silencio, Enrique se atrevió á dirigirle la palabra, con el único fin de apartar la imaginación de su compañero de viaje, de las ideas funestas que despóticas le dominaban.

—El saber que la jóven que acompañaba á Rossi era la actriz Matilde y no la hermosa Pilar, como vd. temía, debe servirle á vd. de algun consuelo: D. Andrés.

—Sí, D. Enrique; pero ¿quién me asegura que mi hija no ha estado nunca al lado de ese hombre, origen de todas mis desgracias?

—Sus palabras á D. Antonio.

—Palabras que este tiene por falsas, co-
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 88

mo las tengo yo, que conozco su pérfido corazón.

—Y piensa permanecer mucho tiempo en Altamira el joven que debió unirse en otro tiempo á su hija de vd?

—Tiene orden de no volver á México hasta no dejar libre de todo riesgo á los enfermos y heridos. ¡Cuánto hubiera dado él por acompañarme!.... ¡Qué alma tan noble la suya!....

—Por eso es desgraciado: está visto que el mundo se ha hecho para los que abrigan una alma pérfida. Ahí está Rossi; mientras otros mil, llenos de hidalgas ideas, han sucumbido en esta lamentable campaña, él recobra la salud de manos del mismo á quien habia ofendido, y se encuentra sano y contento en México, en compañía de esa actriz que le aborrece.

—Que le ama, querrá Vd. decir, cuando se expuso por seguirle, á los peligros de la guerra.

—Es que no vino por Rossi.

—Pues por quién?

—Por Miguel.

—¿Por su amigo de Vd?

—Sin duda.

—No comprendo.

Miguel, como mexicano y valiente militar, disgustado de verse en la inacción mientras otros abrazaban la defensa de la patria, alcanzó despues de muchos empeños, tomar parte en la campaña, y vino á engrosar las filas del ejército de Santa-Anna; Matilde, que se valia de Rossi para tener noticia de todos sus pasos, supo por el asquitos sardo, el viaje de mi amigo, y salió inmediatamente de México para observarle, aunque sin atreverse á presentarse á él para no verse expuesta á recibir desaires del hombre que amaba con frenesí.

—Por lo que vd. dice, vengo á creer que no fué casual la caída de Miguel al rio, de que me habló vd. hace algunos dias.

—¿Sospecha vd. de alguno?

—Sí; sospecho.

—¿De quién?

—De Rossi.

—Tambien yo. Sin embargo, Miguel y el

indio Pablo aseguran que fué un descuido del primero.

—Esa es la version que se le ha dado al menos á aquel acontecimiento.

—Que habiéndose detenido unas cuantas horas en la poblacion, y estando la noche sumamente oscura, al pasar el rio para reunirse á la division, la canoa chocó con otra, y Miguel que iba de pié en la orilla, perdiendo el equilibrio cayó á la agua.

—Es muy posible que así haya sucedido; pero...

—Por fortuna se salvó gracias á los esfuerzos del fiel indio que nada como un pez, y esto es lo principal.

—¿Y dónde se halla ese infeno sardo á quien no he conseguido ver desde que capitalamos?

—Salió el mismo dia 12 á México, llamado por el presidente Guerrero que le distingue, ignorando el pérfido corazon que abriga.

—¿Y la actriz?

—Marchó en su compañía.

—¿Y es cierto que Miguel ha sufrido el

terrible golpe de perder á sus padres mientras él luchaba contra los expedicionarios

—Me enseñó la carta en que su amable prima María le comunicaba tan infausta noticia.

—¿Y volvió á México?

—En el momento mismo, con licencia del general Santa-Ana.

—Por lo que he visto, se consagran vdes. una amistad profunda.

—Intima, como la que se profesan dos buenos hermanos; y si deseo llegar á México, no es mas que por tener el gusto de abrazarle, de acompañarle en sus penas.

—¿Y lleva vd. licencia para mucho tiempo?

—Vengo con una comision privada para el gobierno, y probablemente permaneceré quince dias.

—Me alegro, porque esto me proporcionará el placer de poder disfrutar algunos ratos de la agradable compañía de vd.

—El placer será para mí. Ademas tengo que practicar algunas diligencias, para que pongan en libertad á un amigo que está preso en la Acordada por asuntos políticos, que

es el primer paso que voy á dar al llegar á la poblacion.

—Eso es muy loable.

—¿Y vd. en que calle piensa permanecer?

—No he podido negarme á complacer á D. Antonio, y he admitido su casa.

—Me alegro infinito, porque allí estará vd. al menos solo y atendido por sus criados, como si fuese vd. el mismo D. Antonio. Pero ya vamos llegando á la deseada ciudad.

Un vuelco dióle el corazon en el pecho á D. Andrés al escuchar las últimas palabras: deseaba y temia á la vez llegar al sitio en que pensaba encontrar á la hija de su corazon: el angustiado padre se encontraba en una de esas situaciones excepcionales de la vida, en que el deseo fluctúa entre dos sentimientos diametralmente opuestos, la duda y la esperanza.

A medida que avanzaba hácia la emperatriz de las ciudades del nuevo mundo, que ostenta cuatrocientas noventa calles de catorce varas de ancho, rectas, tiradas á cordel, bien empedradas y con espaciosas ace-

ras, el corazon del anciano latia con indecible violencia hasta entorpecerle la respiracion. ¿Quién es capaz de pintar esa violenta zozobra, esa extraña mezcla de placer y de pena, de ansiedad y de resolucion, de miedo y de osadía que combaten al hombre que espera de un momento á otro la felicidad de los ángeles, ó el tormento de los condenados?

Don Andrés penetró por fin en la grandiosa capital de la República, de la que pocos meses antes habia salido.

Otro que hubiera fijado la vista en los sustuosos edificios de piedra sillar ó de tezontle (amigdaloides porosa) que embellecen la ciudad entera, y que pueden considerarse por su solidez y capacidad como otros tantos palacios: otro hubiera admirado el agradable tono que prestan á aquella admirable capital, las elegantes y cómodas azoteas que adornan las casas todas: azoteas que se convierten en otros tantos risueños jardines, cubiertas de pintadas macetas y grandes tiestos, pintados barriles y barnizados búcaros con odoríferos naranjos,

limas, dalias, del D. Juan de Noche, de arbustos y de todas clases de flores que perfuman en ambiente y ofrecen una vista agradable y pintoresca á los transeuntes; otro hubiera contemplado con admiracion, las s lidas y elegantes puertas de goznes de los edificios, las cuales exceden de 18 piés de altura, dando entrada á espaciosos patios cuadril teros, descubiertos en medio para dar claridad y ventilacion al edificio que se levanta alrededor, y que en sus espaciosas galerías ó corredores, ostenta las mas delicadas flores colocadas en lindos tiestos sostenidos en aros de hierro que adornan la parte exterior del barandal; pero el corazon de D. Andrés estaba demasiado oprimido para que sus ojos pudiesen ocuparse de otra cosa que de verter mil y mil lágrimas que enviaba á sus párpados el recuerdo de mejores dias, que despertaba en su alma el aspecto de aquellos sitios tantas veces por él pisados.

Nada parecia distraerle de sus tristes ideas; y sin embargo, cuando descubria en los balcones, ó al cruzar una calle, alguna

jóven de noble porte, sus ojos se clavaban en ella para ver si era el objeto que buscaba el corazon que, entonces mas que nunca, latia con violenta fuerza.

—Si no me engaño—dijo Enrique al llegar á la esquina de la calle de Plateros y de la Profesa—ya ha llegado vd. á la casa de nuestro amigo D. Antonio.

—Si señor—contestó D. Andrés deteniendo su caballo:—he llegado; y voy á entregar la carta que para su mayordomo me ha entregado: ya sabe vd. dónde me tiene á su disposicion.

—Mil gracias: ya tendré el gusto de visitar á vd. con frecuencia para ver si le puedo ser útil en algo.

—En estos instantes necesito de la cooperacion de todos mis amigos para encontrar á mi hija.

—Cuenta vd. conmigo para todo.

—Gracias, D. Enrique.

—Hasta mañana, y valor.

—Hasta mañana.

Y mientras D. Andrés entraba en una de las casas de la calle de la Profesa, Enrique

se dirigia hácia la Acordada, para ver al amigo á quien queria salvar y que como dijo á D. Andrés, se encontraba preso por asuntos políticos.

Despues de haber cumplido con el deber de la amistad, y de reanimar el espíritu del preso, haciéndole ver muy próximo el anhelado dia de su libertad, Enrique bajó la ancha escalera de piedra de la Acordada, con la satisfaccion que causa la práctica de una buena obra.

Las doce del dia daban en aquel instante en el reloj de San Diego, cuando puso el pié en el último escalon. Era precisamente la hora en que se agolpan á la puerta de la cárcel las hijas y las mujeres de los que por robos y asesinatos gimen en los calabozos de aquel espacioso edificio.

Enrique apartó la vista con horror del considerable número de mujeres que se agolpaban con sus canastas en que llevaban la comida á los criminales, á la puerta que da entrada á la cárcel. Ya iba á poner el pié en el dintel para salir á la calle, cuando tropezó con una mujer miserablemente

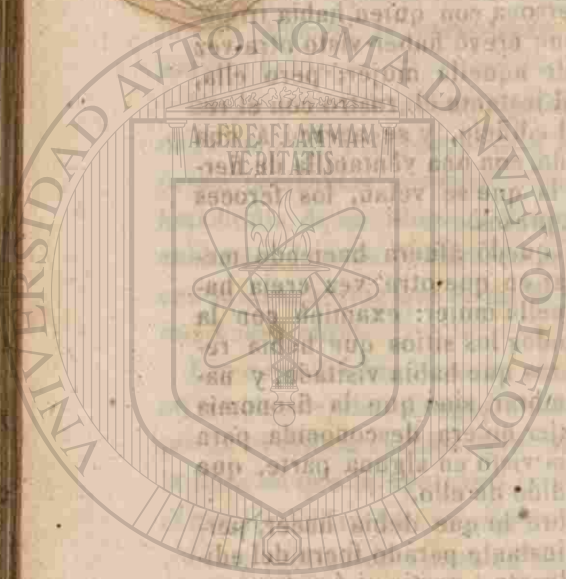
vestida, que entraba con una canasta en la mano. Como era natural, cada uno fijó la vista en la persona con quien habia tropezado, y Enrique creyó haber visto otra vez la facciones de aquella mujer; pero ella, cubriéndose al instante el rostro con el rebozo, entró al edificio, y se acercó á una puerta enrejada, con una ventanilla de fierro, detras de la que se veian, los feroces rostros de los presos.

Enrique se quedó afuera haciendo memoria del lugar en que otra vez creia haber visto á aquella mujer: examinó con la imaginacion todos los sitios que habia recorrido, las casas que habia visitado, y nada pudo vislumbrar, sino que la fisonomia de aquella mujer no era desconocida para él, que la habia visto en alguna parte, que estaba persuadido de ello.

Indeciso sobre lo que debia hacer, permaneció otro instante parado fuera del edificio, sin resolverse á partir ni á entrar.

La determinacion que por último abrazó como la mas acertada en su juicio, tendrá oportunidad de verla el lector en el primer capítulo del siguiente tomo.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL SEGUNDO TOMO.

CAP. I.—Esperar la muerte.....	3
CAP. II.—El herido.....	19
CAP. III.—Preparativos de boda.....	33
CAP. IV.—La actriz.....	53
CAP. V.—Un aviso.....	63
CAP. VI.—Donde se cuenta lo que le pasó al padre de Pilar.....	80
CAP. VII.—La expulsión.....	85
CAP. VIII.—¿Será ella?.....	95
CAP. IX.—Otra vez la actriz.....	120
CAP. X.—La partida.....	129
CAP. XI.—Salida de la expedición española del puerto de la Habana.....	139
CAP. XII.—Una mujer ofendida.....	159
CAP. XIII.—Los dos rivales.....	173
CAP. XIV.—La flota española.....	183
CAP. XV.—La laguna de Chapala....	214
CAP. XVI.—Por servir a su amo.....	220

CAP. XVII.—Una emboscada á la expedicion.....	244
CAP. XVIII.—Llegar tarde.....	266
CAP. XIX.—Acciones y escaramuzas..	281
CAP. XX.—Donde menos se espera....	295
CAP. XXI.—Lo que pasó en Altamira.	309
CAP. XXII.—Agudeza y serenidad de un ayudante.....	216
CAP. XXIII.—Los cadetes.....	340
CAP. XXIV.—La oficialidad mexicana y una cita.....	359
CAP. XXV.—Asalto al fortin de la Barra.....	394
CAP. XXVI.—Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre....	423
CAP. XXVII.—Encontrarse sin buscar.	437
CAP. VIII.—	
CAP. IX.—	
CAP. X.—	
CAP. XI.—	
CAP. XII.—Una mujer española.....	159
CAP. XIII.—Los dos rievales.....	178
CAP. XIV.—	
CAP. XV.—	
CAP. XVI.—Por servir á su dios.....	289

ERRATAS MUY NOTABLES.

- En la pág. 19, línea 10 dice: *apreciable*, léase: *apacible*.
 Pág. 26, lín. 14, dice: *mentos*, léase: *momentos*.
 Pág. 40, lín. 15, dice: *mente*, léase: *amante*.
 Pág. 45, lín. 11, dice: *América Real*, léase: *Armería Real*.
 Pág. 79, lín. 13, dice: *en mayor silencio*, léase: *en el mayor silencio*.
 Pág. 181, lín. 21, dice: *frenética de los zelos*, léase: *frenética de zelos*.
 Pág. 212, lín. 11, dice: *renuair*, léase: *renunciar*.
 Pág. 227, lín. 13, dice: *pensó*, léase: *peasó*.
 Pág. 256, lín. 8, dice: *levantaba*, léase: *adelantaba*.
 Pág. 303, lín. 15, dice: *esos parientes*, léase: *unos parientes*.
 Pág. 331, lín. 12, dice: *lerma de estilo*, léase: *forma de estilo*.
 Pág. 341, lín. 15, dice: *suspendido*, léase: *defendido*.
 Pág. 366, lín. 11, dice: *presentando*, léase: *pretestando*.
 Pág. 401, lín. 2, dice: *escribirlos*, léase: *describirlos*.
 Pág. 435, lín. 19, dice: *contrario*, léase: *contraido*.
 Pág. 451, lín. 2, dice: *respicion*, léase: *respiracion*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

